CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

2



ACABAN DE APARECER
DIEZ NUEVOS VOLUMENES
DE GRAN INTERES

		Precio del ejemplar
51	Estímulos y Recompensas. Primera promoción 1956	$ 1.00
52	Aplicación de la soldadura eléctrica en cajas de fuego de locomotoras de vapor, por el Ing. Francisco Barajas Bernal	8.00
53	Convenio de Revisión del Contrato de Trabajo (21 de enero de 1957)	1.00
54	Saber es poder en la locomotora Diesel eléctrica	10.00
55	Código de Reglas AAR-1957	20.00
56	Normas para la compraventa y arrendamiento de predios rústicos y urbanos	1.00
57	Dictamen del Consejo de Fomento y Coordinación de la Producción Nacional sobre la ubicación de la Estación de Pasajeros	2.00
58	Reglamento para los Centros Deportivos Ferrocarrileros	1.00
59	Dos estudios franceses sobre la vía	2.00
60-I.	Normas para el Consejo Técnico	1.00

Revista FERRONALES, número mensual	$ 3.00
Suscripción anual	18.00

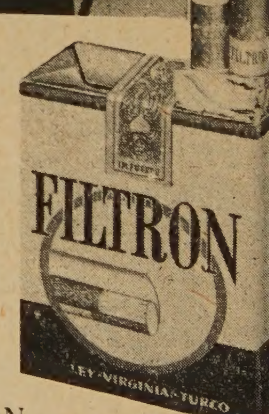
DE VENTA EN BOLIVAR Núm. 19
MEXICO, D. F.

PEDIDOS C.O.D. al APARTADO POSTAL 8020

Ahora ¡FILTRON dondequier

VILLA FONTANA MEXICO D F

. . . porque:
el placer de Fumar
está en el SABOR!



FUME FILTRON
CON FILTRO Y CON SABOR
2.00 CAJETILLA

F-7-57

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XVII VOL. XCVIII

2

MARZO - ABRIL
1958

MÉXICO, 1º DE MARZO DE 1958

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. · MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 2 Marzo-Abril de 1958 Vol. XCVIII

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

PRESENCIA DEL PASADO

DIMENSIÓN IMAGINARIA

LIBROS Y REVISTAS

●

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Nuestro Tiempo

EL SISTEMA EDUCATIVO DE ESTADOS UNIDOS EN CRISIS

Por *Marcelino C. PEÑUELAS*

El lanzamiento de los satélites rusos ha provocado en Estados Unidos curiosas reacciones. Una sorpresa mayúscula ante lo inesperado seguida de claras y extendidas manifestaciones de recelo y temor, pero todo en un grado tan alarmante que el tranquilo y confiado ciudadano se ha visto obligado a dejar a un lado su habitual actitud de arrogante complacencia.

Los Sputnik se han convertido en una inaguantable pesadilla. Durante semanas enteras no se ha hablado de otra cosa en la calle, en los medios oficiales, en las noticias de radio y televisión y en las columnas de periódicos y revistas. El tono inquietante de todos los comentarios ha despertado de su confiada indiferencia al ciudadano medio con el repetido aviso de que el éxito ruso significa al mismo tiempo un fracaso norteamericano en un campo en que no se perdonan los errores. Y por todas partes ha surgido la pregunta de quién tiene la culpa. Los políticos como es natural culpan a otros políticos rivales; los militares acusan también a los políticos y a otros militares; los periodistas acusan machaconamente a unos y otros y llevando el asunto como es su costumbre hacia lo sensacional han hablado de inminente catástrofe, de que Estados Unidos está a punto de perder el primer lugar entre las naciones del mundo y convertirse en una potencia de segundo orden. El hombre de la calle, confundido, ha esperado con impaciencia a que alguien le aclare las cosas. Pero, lejos de ello, la confusión ha aumentado porque si de algo estaba completamente seguro el norteamericano era de su indiscutible superioridad en todo y sobre todos. Había una indudable superconfianza en el presente y en el futuro. Norteamérica era el primer país del mundo en potencia militar, prosperidad económica, nivel cultural, progreso científico, etc. Y esta confianza se ha tambaleado al oír hablar a personas competentes, especialmente a los científicos

a quienes todos han dirigido la mirada buscando ansiosamente una explicación esperanzadora. Las voces de este grupo, sin embargo, han producido el mismo efecto que un jarro de agua fría. Y al oírse sus pesimistas comentarios han surgido a la luz una serie de problemas que hasta ahora nadie había querido ver a pesar de estar a la vista de todos. Se ha hablado claro y cara al público por primera vez y se han dicho muchas cosas que apuntan hacia los posibles orígenes de la crisis. La más alarmante ha sido la confesión pública de que la ciencia norteamericana no figura a la cabeza del mundo, que de las escuelas del país no están saliendo los mejores científicos como confiada e ingenuamente se creía. La mayor parte de la gente se ha dado cuenta por vez primera de que las grandes contribuciones a la ciencia en Estados Unidos han sido hechas, en su gran mayoría y en los niveles más altos, por un grupo de científicos salidos de escuelas europeas que han llegado a Norteamérica en los últimos treinta años casi sin excepción huyendo de dictaduras. Los nombres que han aparecido persistentemente en todos los comentarios despertados por los Sputnik hablan por sí solos: Albert Einstein; varios italianos entre los que destaca Enrico Fermi; los húngaros Edward Teller, conocido como "el padre de la bomba de hidrógeno", y Leo Szilard; Robert Oppenheimer, el "padre de la bomba atómica", que aunque norteamericano estudió en Alemania; el alemán Wernher Von Braun, prisionero de los aliados en la última guerra, muy conocido por haber construido el célebre proyectil "V-2" y que fue traído a Estados Unidos junto con docenas de ingenieros y técnicos que ahora dirigen las investigaciones relacionadas con los nuevos proyectiles-cohete, etc.

Es decir que de acuerdo con los comentarios prodigados en todos los tonos y por todos los medios imaginables los científicos salidos de las escuelas de Estados Unidos no son suficientes, en cantidad y calidad, para mantener según unos o recuperar según otros la primacía, a pesar de la importante contribución extranjera. Que se ha venido confundiendo la tecnología, ciencia aplicada aunque de realizaciones espectaculares en la industria, con la ciencia pura que nutre la tecnología del mañana. Y que el cultivo de la Ciencia, con mayúscula, no puede florecer bien en un país exclusivamente preocupado por la técnica, donde lo que cuenta es la aplicación inmediata, los resultados prácticos, el utilitarismo en su sentido primario. Todo complicado

porque los políticos de Washington, también superconfiados y seguros de una superioridad a prueba de "purgas", han logrado agravar el problema y con sus funestas intervenciones en nombre de la seguridad nacional han conseguido disminuir la eficacia de los hombres dedicados a la investigación, en algunos casos prohibiéndoles el menor contacto con proyectos que sin su intervención podían quedar estancados. El caso de Oppenheimer ilustra vergonzosamente esta situación aunque ahora se oyen por todas partes voces para que se le quite el sambenito de "sospechoso", que lleva pacientemente y con dignidad, y se le reintegre a sus importantes investigaciones.

Lo curioso de todo ello es que antes del lanzamiento del primer satélite por los rusos ya se venía hablando mucho de evidentes faltas de las escuelas del país. Pero los críticos orientaban sus ataques casi sin excepción hacia claras deficiencias en el estudio de las letras o humanidades, que se consideraba el punto más flaco del sistema educativo. Por eso ahora, ante los ataques dirigidos también casi exclusivamente al estudio de las ciencias, por la simple razón de que la crisis del momento planteada por los satélites es de carácter científico, se está poniendo en evidencia que todo el sistema educativo de Estados Unidos adolece de considerables y evidentes defectos; que la orientación general de las escuelas apunta hacia objetivos que tienen poco o nada que ver con un eficiente proceso de formación. Y la opinión en boga es que se impone una completa revisión de las teorías educativas que animan las escuelas si el país quiere conservar el alto puesto hasta ahora ocupado en potencia militar, poderío económico e influencia política en el concierto internacional.

Dejando aparte la cuestión de si la bondad y eficiencia de un sistema educativo pueden tener influencia decisiva en la elevación o hundimiento de un país; si las escuelas de Estados Unidos son mejores o peores que las de Rusia; si los satélites rusos significan o no el principio de la pérdida de supremacía en el campo científico y como consecuencia de la potencia bélica de Estados Unidos, los Sputnik han tenido la virtud de poner en primer plano de actualidad una viva e interesante discusión entre los que dicen que el sistema educativo norteamericano es adecuado, excelente y hasta el mejor del mundo, y los que están convencidos de que es francamente deficiente y malo. Es conveniente y saludable airear públicamente esta polémica que

hasta ahora había tenido sólo lugar entre el limitado círculo de educadores, y hay que dar la bienvenida a los Sputnik aunque sólo sea por ello. Y también es conveniente airear el tema ante los educadores hispanoamericanos. La enorme influencia de Estados Unidos en los países al sur del Río Grande llega a todos los rincones y a todos los aspectos de la vida. Lo "Made in U.S.A." suele deslumbrar al hispanoamericano y despertar en él deseos de imitación. Atraídos por el brillo de la abundancia y poder del coloso del Norte algunos educadores han podido sentirse tentados a seguir su sistema de enseñanza cometiendo el imperdonable error de creer que es la causa y razón de su extraordinario progreso material y poder económico. Incluso en el caso hipotético de que dicho sistema fuera excelente hay que obrar con mucha precaución y recordar lo que dice Ortega y Gasset en su ensayo *Misión de la Universidad*, precisamente hablando de este tema: "Búsquese en el extranjero información pero no modelo".

Los duros ataques que desde hace muchos años dicho sistema ha estado sufriendo dirigidos por personas genuinamente interesadas en el problema se han estrellado hasta ahora ante una barrera poco menos que infranqueable. La poderosa organización que forman las escuelas de educación, sus profesores y los directores o "administradores" de las escuelas públicas, englobados en el término "educadores superprofesionales" como les llaman despectivamente sus enemigos, controla de tal manera todo lo relacionado con el sistema educativo del país que la única forma de hacer mella en esta dura coraza de intereses creados es mediante un escándalo público como el que se ha promovido con motivo de los satélites rusos. Y aún así será muy difícil conseguir cambios radicales con la urgencia necesaria.

El sistema educativo reinante y las teorías de sus enemigos parten de puntos de vista, de filosofías tan dispares que ha sido siempre imposible el iniciar incluso un principio de diálogo constructivo para llegar a soluciones aceptables por unos y otros. Los dos grupos están hoy separados por resquemores y odios tan vivos que los que atacan el sistema imperante no han tenido más remedio que esperar a que un fracaso rotundo y ruidoso ahogara un poco las voces de los pontífices de la nueva educación, como también se les llama. Aunque los que creen que ese momento ha llegado se lamentan del irreparable daño ya

causado. De aquí que en estos días de confusión, cuando de una confianza sin límites en el futuro se ha pasado de repente a una actitud de temor y recelo ante los adelantos rusos, las palabras que se barajan para enjuiciar la situación son las de crisis, fracaso, peligro, catástrofe, etc., que hombres de visión ya venían aplicando al enjuiciar el concreto problema educativo. Pero ahora el tono amenazante está relacionado con el más amplio panorama de la seguridad nacional, de la supremacía de Estados Unidos en el mundo. Hasta se habla de la supervivencia de la civilización occidental. Y resulta interesante observar el clamor de los que culpan de todo ello a los métodos educativos aplicados en las escuelas del país.

Al abrir estos días (noviembre-diciembre de 1957) cualquier periódico o revista, lo mismo que en la radio o televisión, es inevitable encontrar con rara persistencia comentarios críticos y abiertos ataques a dicho sistema.

Unos ejemplos a voleo. El físico y astrónomo J. Allen Hynek dice en la revista *Time* (25 Nov., 57): "Este país debe cambiar su actitud hacia la educación comenzando por las escuelas de párvulos". En el número siguiente de la misma revista el Almirante H.G. Rickover, que ha dirigido la construcción del submarino atómico *Nautilus*, después de afirmar que en Estados Unidos se ha supervalorado a la *High School*, añade: ". . .el graduado de una escuela secundaria europea sabe más que la mayoría de los graduados de las universidades norteamericanas, y sobre los certificados de graduación de las *High Schools* cuanto menos se hable de ello, mejor". A principios de diciembre de 1957 la cadena de periódicos *Scripps-Howard* ha publicado una serie de documentados artículos bajo el tema general *How Good Are Our High Schools?* (¿Hasta qué punto son buenas nuestras escuelas secundarias?). El primer artículo comienza con las siguientes afirmaciones: "Las *High Schools* de este país no están enseñando suficientemente los instrumentos básicos de estudio, los anticuados 'leer, escribir y contar'. Están produciendo demasiados graduados que carecen de la preparación necesaria para entender una idea compleja, para expresarse por escrito o, incluso, para escribir correctamente cualquier palabra más difícil que *cat* (gato). . . Y en los últimos años la cosa se está poniendo peor". Más adelante el artículo cita las alarmantes palabras de Mr. Stephen Kurtz, Decano del "Wabash College" de Indiana: "Hemos encontrado demasiados muchachos

que nunca han escrito sobre un tema, algunos que nunca han sufrido exámenes finales y un alarmante número que nunca ha leído un libro". El resto de los artículos mantiene el mismo tono directo y sin contemplaciones, que es el corriente en todos los comentarios.

Algunos de los más duros ataques los ha venido dirigiendo desde hace ya muchos años en documentados libros y artículos Robert M. Hutchins, el conocido Rector de la Universidad de Chicago. Educador, intelectual y escritor de valía sus opiniones tienen mucho peso no sólo por su prestigio sino por conocer de muy cerca el problema. En su célebre libro *The Conflict in Education in a Democratic Society* plantea la cuestión en forma clara y precisa. Y llega a decir: "Puede ser útil plantearse la pregunta si Estados Unidos ha llegado a ser un país rico y poderoso debido a su sistema educativo o a pesar de él".

Quien no esté familiarizado con el problema posiblemente creerá que estas afirmaciones son exageradas. Pero los que estamos en contacto directo y continuo con los jóvenes acabados de salir de las escuelas secundarias norteamericanas vemos la situación tan grave, y empeorando cada año, que creemos nuestro deber dar la voz de alarma. No se trata en este caso de teorías contrapuestas *a priori*, de diferentes actitudes ante un sistema educativo al que se ataca o defiende, con pasión o sin ella, en un plan puramente especulativo. No. Se trata de resultados claros, evidentes y vivos. Se trata de algo mucho más importante, de muchachos y muchachas mal orientados, perdidos en el doloroso proceso de formación. La alarma surge imperativa, como un deber, cuando vemos llegar a nuestras clases universitarias a jóvenes desprovistos en absoluto de preparación para comenzar sus estudios superiores, cuando comprobamos que el problema empeora año tras año y que ha llegado ya a extremos increíbles. Cuando encontramos en nuestras clases algunos alumnos que no sólo carecen de los conocimientos básicos de Historia o Geometría para iniciar sus estudios universitarios, sino de la instrucción precisa para leer y escribir con mínima corrección. Estudiantes que después de doce años en las escuelas públicas no son capaces de entender un párrafo corriente del libro de texto o de escribir una sencilla carta. . . Y es conveniente hacer constar que no hay absolutamente ni un ápice de exageración en todo ello. Tanto es así que la mayoría de las universidades tienen hoy clases especiales llamadas *remedial*

courses (cursos correctivos) para tratar de eliminar deficiencias inexcusables en la lectura y escritura del inglés.

Como consecuencia natural de esta situación durante los dos primeros años de estudios universitarios el nivel de trabajo es forzosamente de escuela secundaria, ni más ni menos. Se salvan de esta triste situación contadas universidades como Harvard, Yale, Princeton y alguna más, porque debido a su bien ganado prestigio atraen a los mejores estudiantes y pueden, además, permitirse el lujo de seleccionarlos. Y también algunas escuelas profesionales como las de medicina (quizá la carrera que mejor se estudia en el país, aunque estrechamente especializada) y dos o tres de tecnología superior como el célebre "Massachussets Institute of Technology" y el de la Universidad de California. El resto, la inmensa mayoría de los más de mil quinientos centros de educación superior de Estados Unidos, admiten a los estudiantes con un nivel bajísimo de preparación, inferior en dos años por lo menos al nivel medio corriente de los universitarios de otros países. Henry C. Morrison en su libro *American Schools* coincide con esta apreciación al decir: "Los dos primeros años en las universidades norteamericanas el trabajo es de calibre inferior al universitario. Es realmente enseñanza secundaria en contenido, método y significado", y más adelante afirma: "...parece probable que no más de un diez por ciento de los estudiantes matriculados en nuestros centros de enseñanza superior están preparados para un verdadero trabajo universitario".

Ante las duras y repetidas críticas al bajo nivel de la enseñanza secundaria algunas *High Schools* han organizado últimamente cursos más avanzados que los corrientes. Aunque el remedio tal como lo están aplicando resulta peor que la enfermedad. Se comienza por llamar a esos cursos *college level courses* (de nivel universitario). Pero el objetivo no es elevar el nivel de la enseñanza secundaria con ellos sino que se advierte que el estudiante quedará luego dispensado de los mismos al ingresar en la universidad. Muestra clara de la resistencia furiosa que los educadores que dirigen las escuelas públicas oponen a cualquier intento de elevar su nivel. Y también, con más vigor todavía, rechazan el menor intento de selección. A esto último se han opuesto en nombre de extrañas ideas sobre la Democracia. Consecuentemente tampoco creen en la eficacia educativa de los suspensos, en hacer repetir los estudios a los

alumnos que no hayan podido o querido asimilar los conocimientos mínimos de una materia cualquiera. Y para justificar su actitud manejan con habilidad una frase que se ha hecho célebre, "es lo mismo castigar a un muchacho con un palo que con un suspenso". Como resultado de esta teoría todos los alumnos de un curso pasan al siguiente sin consideración alguna al trabajo realizado o a la meta lograda. Las consecuencias son claras. Una vez desplazados o descentrados por encontrarse en clases superiores a su preparación y conocimientos, los estudiantes pierden todo estímulo y se limitan a dejarse deslizar cómodamente, pasando cada año al curso siguiente hasta que logran graduarse. Esta absurda situación se prolonga incluso a los estudios universitarios y en muchos centros llamados pomposamente de enseñanza superior muchos alumnos logran los títulos, después de cuatro años de asistencia física y pasiva a las clases, tan ignorantes como entraron. Es conveniente repetir de nuevo que se trata de hechos muy conocidos por los que estamos en contacto directo con el problema y se podrían citar casos concretos extraordinarios, increíbles.

He aquí lo que Hutchins dice en la obra citada sobre otro importante aspecto del problema: "A principios de este siglo cada graduado de un liceo francés o italiano o de un *Gymnasium* alemán había adquirido después de doce años de estudio, alrededor de los dieciocho años de edad, tantos conocimientos aproximadamente en diferentes asignaturas como tres modernos graduados juntos de Estados Unidos después de dieciséis años de estudios, a los veintidós años de edad". Aquí Hutchins se refiere en especial a las materias básicas de lo que se llama cultura general, atacando el método de estrecha especialización de las escuelas norteamericanas que según sus palabras "...se ha convertido en un proceso de inhibición". A propósito de dicha extrema especialización es conveniente recordar que es posible, siguiendo este sistema, formar técnicos que desempeñen relativamente bien su labor mecánica, de gente mediocre y mediocremente preparada. Claro es que ello no tiene nada que ver con la "educación superior" que debe emanar de un centro universitario. Así, el ingeniero típico norteamericano fuera de su limitada especialidad se suele comportar como si no hubiera cursado estudios universitarios, exhibiendo en todo lo demás una supina ignorancia.

Pero dejando aparte el aspecto exterior y secundario del

problema, al profundizar un poco intentando descubrir sus causas van surgiendo una serie de hechos y actitudes que apuntan hacia las raíces del mismo. Lo primero que sorprende en el ambiente de la vida norteamericana es una clara actitud "antiintelectual". Es algo inherente a la cultura de su pueblo, parte de su manera de ser. Aparece en la calle, en el taller, en la familia y en las escuelas. Sobre todo, y esto es muy significativo, en las escuelas, en las elementales, en las secundarias y hasta llega a manifestarse en forma especial en los centros superiores de enseñanza. La gente de la calle no tiene idea clara de lo que es o debe ser un "intelectual" pero la palabra les resulta sospechosa, despierta recelos y acaba por ser considerada, con las vagas intuiciones de lo profundamente arraigado, como algo extraño, como un intruso que no encaja en el ambiente general. De aquí el trato que recibe. El intelectual es llamado despectivamente *egg-head*, cabeza de huevo; es objeto de burlas y chistes; al ser diferente de los demás, de la mayoría, se le acusa de excéntrico, de *not well adjusted*, de falta de adaptación al medio que le rodea, y en ciertos casos, de peligroso. A propósito de esto es conveniente recordar que en las últimas elecciones presidenciales una de las acusaciones que más perjudicó al candidato demócrata Stevenson fue la de ser considerado un *egg-head*.

En las escuelas públicas se da frecuentemente el caso de estudiantes inteligentes que hacen faltas en los exámenes a propósito para no obtener notas máximas y así evitar que se les aplique el mote, siempre motivo de mofa entre los compañeros. El héroe de la escuela es el jugador de fútbol y los sueldos más altos en las universidades los reciben los entrenadores de los equipos.[1] Más tarde en la vida el modelo admirado y el ejemplo del éxito, medido por el dinero que gana, es el hombre de negocios, precisamente el tipo opuesto al intelectual. Éstos y los hombres de ciencia son mirados, en el mejor de los casos, con un poco de compasión.[2]

---

1 Debido a ello la educación física en las escuelas norteamericanas ha degenerado y se orienta casi exclusivamente hacia la formación de equipos que puedan ganar campeonatos, hacia una especie de semi-profesionalismo deportivo. Hasta el punto de que nadie se preocupa seriamente de la formación física del resto de los estudiantes.

2 Elocuentemente se dice en inglés que una persona "is worth two million dollars" que "*vale* dos millones de dólares", si en sus negocios ha logrado acumular esa cantidad.

A esta actitud se debe la abundancia de cursos y actividades en las escuelas que no tienen nada que ver con la educación del intelecto. Los alumnos aprenden con entusiasmo a hacer pasteles, a tocar la trompeta, a nadar, a bailar, a manejar el auto, a tratar adecuadamente a la amiguita... Hay clases ofrecidas por muchas universidades que son verdaderos insultos a la presunta "educación superior". Por ejemplo, dentro de algunas universidades se encuentran escuelas especiales como la de "Hotel and Restaurant Management" (Gerencia de hoteles y restaurantes); y una universidad por lo menos organizó una escuela de *Cosmetology* anunciando que la profesión de *beautician* (algo así como peluquero de señoras) era la de más porvenir en el estado. Numerosas universidades han ido añadiendo escuelas "vocacionales" o profesionales sin ton ni son, resultando de ello centros educativos sin estructura ni unidad. En algunos casos concretos dicha acumulación de escuelas sin orden ni concierto ha dado lugar a verdaderas monstruosidades sin paralelo. La "State University of New York" ilustra de forma extrema esta situación. Su crecimiento ha sido formidable y en menos de ocho años de existencia cuenta ya con más de 29.500 estudiantes ocupando el cuarto lugar, en número de alumnos, del país. Su disforme *totum revolútum* comprende: un colegio *(college)* forestal; otro naval; dos escuelas de medicina; cuatro colegios comunales *(community colleges);* una especie de instituto tecnológico; seis institutos técnicos; seis institutos más técnico-agrícolas; doce escuelas de educación *(teacher's colleges)...* Hay además colegios de cerámica, agricultura, economía doméstica *(home economics),* de relaciones laborales e industriales y de veterinaria. Concede un solo título de Doctor, en Silvicultura o Ciencia Forestal. Y de los varios *campus* en que se desparrama sólo uno, el de Harpur, en Endicott, ofrece clases en letras o humanidades. Su rector el Dr. William S. Carlson, a quien sinceramente compadecemos, intentó que siguiera funcionando otro *campus* donde se enseñaban humanidades, el de Champlain College, pero los edificios fueron entregados a las Fuerzas Aéreas para organizar una base del S.A.C. (Strategic Air Command). Un educador, el decano Theodore Blegen de la Universidad de Minnesota, ha llamado a esta "universidad", *an academic animal without a head* (un animal académico sin cabeza), (Revista *Time,* 6 enero, 1958).

Ante todo este mare mágnum cabe preguntarse si detrás de un sistema que permite tanta confusión hay una sólida y de-

finida filosofía educativa, o por lo menos algo que a ello se parezca. Sobre el tema Henry C. Morrison dice en su libro *American Schools:* "Cuando se estudia de cerca la historia del sistema educativo de Estados Unidos queda uno impresionado por el hecho de que en ningún momento ha existido un básico sistema de principios en la mente de los organizadores. El resultado ha sido lo que cualquier persona inteligente podría esperar. En el mejor de los casos se ha ido hacia el empirismo y en el peor se ha descendido a la anarquía intelectual de una serie de 'modas' sacadas de seudo-ciencias y administradas por 'expertos' ". (Comillas del autor del libro).

Pero cuando se habla de la educación norteamericana se suele mencionar el nombre de John Dewey como inspirador de sus ideas directrices. Y ello es verdad hasta cierto punto. Es conveniente hacer constar que algunas teorías que dirigen hoy el sistema educativo de Estados Unidos son sólo falsas interpretaciones de lo que Dewey dijo. Por ejemplo, su frase quizá más célebre en lo relativo a la educación, *learning by doing* (aprender "haciendo") ha sido torcida y mal interpretada hasta el punto de que tiene mucha culpa del antiintelectualismo reinante. Porque "el hacer" para Dewey tiene un sentido mucho más amplio del que se le da en las escuelas norteamericanas. Leer y pensar son para él dos formas de acción y su frase: "La teoría es, al final, la cosa más práctica de todas" ha sido completamente olvidada por los que se dicen sus seguidores. En nombre de Dewey han orientado toda la educación hacia el *know how,* hacia el "cómo" hacer las cosas, hacia una tecnología estrecha y limitada a pesar de la aureola y utilidad de sus realizaciones prácticas. Y se ha olvidado lo más importante, el *know why,* el por qué, la razón más allá de las técnicas, las preguntas que apuntan hacia la esencia de los problemas. De aquí el poco interés que ha existido y existe en la ciencia pura, en el estudio que no reporte un resultado o una aplicación inmediata. Y debido a ello y a sus consecuencias, el miedo actual de que Rusia logre conquistas más ambiciosas en el campo científico y que deje atrás a Estados Unidos. Porque la tecnología sin la ciencia se limita a sí misma y se estanca.

Los políticos y mucha gente que no sabe de lo que habla, ante la situación del momento en que se dice que el país está perdiendo la *science race,* la carrera de la ciencia, gritan y gesticulan pidiendo más y más dinero para investigaciones y estu-

dios científicos. Por todas partes se exige un *crash program,* es decir, un programa de emergencia por medio del cual salgan de las escuelas más científicos en el menor tiempo posible. Algo así como si se tratara de fabricar automóviles en serie. Como si la solución de tan complejo problema dependiese simplemente de darse prisa y de poner muchos millones en el proyecto. Ya lo dijo Ortega en *La rebelión de las masas* al tratar del mismo tema: "¿Se cree en serio que mientras haya *dollars* habrá ciencia?". Es conveniente releer hoy este librito porque muchas de sus afirmaciones están resultando proféticas.

De todo ello nace también el que se acuse de "pragmática" a la educación norteamericana. Mortimer Smith ha dicho en un artículo publicado en *The Freeman* (3 Dic., 51): "Bajo el impacto del pensamiento pragmático la educación en Estados Unidos se preocupa extensamente de los medios y tiene una noción confusa de los fines", y añade: "El punto de vista pragmático que ha coloreado la vida y el pensamiento de Estados Unidos durante los últimos cincuenta años es la filosofía dominante entre los educadores de hoy y debe considerarse responsable de muchas de las condiciones que los críticos deploran".

Otra idea que ha llevado al sistema educativo norteamericano a los más grandes y peligrosos errores es la conocida por *life-adjustement education.* Puede decirse que es el centro de las teorías educativas en boga, en cuyo nombre se han cometido y se están cometiendo los mayores desacatos. También esta idea tal como se la lleva a la práctica es una torcida interpretación de lo dicho por Dewey. Su objetivo es educar al joven de manera que encaje en el ambiente físico, social, político, económico e intelectual reinante, con el mínimo trastorno y violencia para la sociedad. Según esta doctrina la labor del maestro en vez de orientarse hacia la enseñanza de Historia o Física debe dedicarse fundamentalmente a preparar a los jóvenes para "una vida feliz". Nada más ni nada menos. Como si alguien supiera de antemano en qué consiste una vida feliz y, además, hecha a la medida de todos; y como si la escuela pudiera proponerse un objetivo tan amplio, complejo y utópico como el de lograr la felicidad. Lo peor del caso es que se cree a pies juntillas que el camino para conseguirlo estriba en el *adjustement,* en pensar, obrar y ser como los demás. No se habla para nada de la necesidad de mejorar ese ambiente, que es lo que Dewey perseguía. El ideal es adaptarse al ambiente existente sin preguntarse si ese ambiente es bueno o malo. Se intenta cortar a todos con

el mismo patrón para hacerlos *well adjusted*, uniformar las tendencias, gustos, aspiraciones y conquistas; algo así como fabricar almas en serie, apuntando como meta al término medio, a lo "normal", a lo aceptado. Es, en resumen, la filosofía del conformismo y la mediocridad como ideal. Y a ello van encaminadas una serie de clases que en las escuelas dedican su precioso tiempo a los inefables problemas del *family living*, de la vida en familia; de *how to carry an interesting conversation* (cómo tener una conversación interesante); *how to get along with others* (cómo llevarse bien con los demás), etc. Es decir que la escuela norteamericana intenta enseñar todo eso además de a bailar, cantar, cocinar, tocar el violín, jugar al fútbol y a las cartas, arreglarse el pelo y las uñas. . . Ni una palabra sobre el estudio serio y firme de las materias que requieren disciplina y trabajo intelectual. No tiene nada de extraño, pues, que por querer enseñar todas esas cosas que no son de su incumbencia y que, además, no pueden aprenderse bien en clase, acabe por no enseñar nada o casi nada. Al intentar por encima de todo hacer la enseñanza agradable evitando imposiciones exteriores que rocen la libertad del alumno, comienza por destruir la disciplina, base auténtica de toda educación. El aprendizaje, se repite una y otra vez, debe ser *painless*, sin esfuerzo, porque hay que evitar como primera medida que el muchacho pueda sufrir peligrosas frustraciones. Esta palabrita "frustración", invocada en nombre de una sicología de bolsillo, ha hecho mucho daño en todos los sistemas de la funesta educación llamada "progresiva". Para evitar las frustraciones hay que eliminar la competición y el esfuerzo, hay que hacer a toda costa el ambiente escolar agradable a los alumnos, se argumenta. Y para ello nada mejor que dejarles hacer lo que quieran, que todo en la escuela se convierta en juego.

El relajamiento de la disciplina es uno de los males inherentes y más graves de este sistema. Hasta tal extremo ha llegado en las escuelas públicas norteamericanas que en casos frecuentes los maestros han quedado a merced de los jovenzuelos. Formando *gangs*, pandillas, han llegado a aterrorizarlos usando incluso la violencia física contra ellos cuando se han opuesto a sus caprichos. Una película titulada *The Black Board Jungle*, cuya traducción pudiera ser *La jungla en la sala de clase*, ha ilustrado elocuentemente esta situación, presentando casos reales, aunque extremos. Y la falta de disciplina ha obligado a muchos maestros, quizá los mejores, a abandonar la profesión.

Según Benjamín Fine en su obra *Our Children Are Cheated* (Se engaña a nuestros hijos), de 1941 a 1947 más de 350.000 han abandonado la enseñanza en las escuelas públicas. Y el éxodo continúa en proporciones alarmantes. Otra razón, además de las expuestas, es que en Estados Unidos un maestro gana menos que un albañil o carpintero.

Todo esto no quiere decir que la educación tradicional careciera de defectos. Nadie intenta afirmar que fuera perfecta. Ni tampoco que en el sistema de educación "progresiva" no haya algo aprovechable. En teoría, por lo menos, tiene algunas ideas aceptables. Pero la única forma de llevarlas a la práctica es bajo dos estrictas condiciones: con maestros excepcionales que han de ser verdaderos artistas de la educación y con clases reducidísimas, con no más de media docena de alumnos. Como se ha practicado en las escuelas públicas de Estados Unidos, con profesores corrientes por lo general deficientemente preparados y con clases numerosas ha sido un fracaso rotundo, absoluto. El daño que con ello se ha hecho al país es incalculable y las consecuencias se apreciarán con el tiempo, aunque ya se reflejan en la juventud. Porque también dichas teorías educativas han rebasado los muros de la escuela y al penetrar en la familia han desorientado a los padres y relajado su autoridad. Menos mal que el ingente potencial económico de la nación y ciertas virtudes que todavía conserva su pueblo, desarrolladas en duros años de afanosa lucha (civismo y capacidad de organización las más sobresalientes) suavizarán de seguro dicho daño. Pero las consecuencias, repetimos, del mal causado pondrán a dura prueba al pueblo norteamericano en sus esfuerzos por mantener su cohesión interior y el privilegiado lugar que ha logrado entre las naciones.

Junto a la doctrina del *adjustement* y la eliminación del esfuerzo y la disciplina en el proceso educativo hay que añadir otros errores más o menos relacionados con los citados. Algunos son simples consecuencias de los mismos ya que habiéndose eliminado el trabajo ordenado y serio en la escuela hay que pasar las horas de clase de alguna manera. Por eso el énfasis en actividades sociales y en los espectáculos deportivos, junto a las numerosas actividades no académicas que ocupan el precioso tiempo escolar. Para justificar esta desviación dicen los defensores del sistema que la escuela debe ser *child centered, not subject centered,* que el centro de interés debe ser el niño y no las asignaturas. Esto que como principio educativo no está mal

se tuerce y se interpreta caprichosamente hasta el extremo de que el profesor con frecuencia no conoce la materia que enseña, y a ello no se le da importancia. Lo que preocupa no es lo que el niño necesita, o creemos que necesita, sino lo que el niño quiere. Por eso se le permite, entre otras cosas, elegir las materias a estudiar y naturalmente elige los cursos más fáciles, los que le resultan más agradables y requieren menos esfuerzo. La selección de cursos por el estudiante está tan arraigada en el sistema educativo norteamericano que llega hasta los estudios superiores y a extremos intolerables. Hutchins cuenta el caso de un estudiante que presumía de haberse graduado tomando sólo las clases que se ofrecían en el primer piso de la universidad.

La consecuencia inmediata de todo lo expuesto es la ausencia de selección en el proceso educativo. Y esto se hace en nombre de la Democracia. Y también invocando el peligro de posibles frustraciones, para evitar que los menos capaces o más holgazanes no sufran un sentimiento de inferioridad. Con una teoría así se piensa sólo en los torpes o perezosos y no en los inteligentes y estudiosos a quienes claramente se perjudica al rebajar lamentablemente el nivel de la enseñanza. El resultado es la inevitable mediocridad que caracteriza al graduado de las escuelas de segunda enseñanza norteamericanas. Y de ello tiene mucha culpa una concepción errónea de la democracia al creerse que todo el mundo debe tener la misma cantidad y calidad de educación. Tanto el que va a ser un químico como el futuro albañil o zapatero. También de la falsa idea que la universidad debe estar abierta a todo el mundo, al inteligente y al torpe, al estudioso y al holgazán. Porque no sólo se dice que debe estar abierta a todos sino que debe aceptar a todo el mundo, siempre que el solicitante haya pasado por las escuelas públicas. Estos peligros de la "superdemocracia" ya los advirtió Ortega en *La rebelión de las masas.* Tampoco se le hace caso a T.S. Eliot cuando dice que "la educación debe ayudar a preservar la clase y a seleccionar la élite", porque estas dos últimas palabras, selección y élite, suenan en Estados Unidos a antidemocráticas.

Los problemas de educación son complejos, desde luego. Más en un país como Estados Unidos con un sistema educativo tan extenso que persigue el noble objetivo de que todos sus habitantes, más de 170 millones, cursen los doce años de las escuelas públicas. Así los problemas se multiplican. Hacen falta muchas cosas y en gran cantidad, edificios, material escolar, burócratas. . . y maestros, muchos maestros. Una comisión nom-

brada por la "National Education Association" ha llegado a la conclusión que entre 1950 y 1958 se necesitarían más de 800.000, cifra verdaderamente formidable. Pero el país tiene medios suficientes para resolver todos estos problemas si se logra dar al sistema educativo una orientación acertada. Por desgracia hasta ahora no ha ocurrido así.

Los maestros y los "administradores" o burócratas de la enseñanza han de salir necesariamente de las escuelas de educación o cursar algunas materias en estas escuelas. Y por eso a dichos centros les alcanza una gran responsabilidad y la mayor parte de la culpa de la situación actual. La cabeza directriz ha sido durante los últimos treinta y tantos años el "Teacher's College" de la Universidad de Columbia, en Nueva York. Siguiendo las teorías de Dewey y torciéndolas a su gusto ha logrado imponer sus ideas y métodos en todo el país y en las otras escuelas de educación, dirigidas por profesores directa o indirectamente influidos por el poderoso centro de Columbia. De todas ellas han salido los maestros y directores que ahora están al frente de las escuelas públicas de Estados Unidos. El control absoluto de la educación pública lo han conseguido de forma hábil imponiéndose por medio de una complicada burocracia y ayudados por la influencia de varias revistas profesionales, acabando por dominar los Departamentos de Educación de los estados. (Sabido es que en Estados Unidos no hay Ministerio de Educación como en otros países y que cada estado tiene un Departamento con autonomía para resolver sus propios problemas). De dicho absoluto control ha surgido un sistema autoritario poco menos que dictatorial que impone sus extravagantes teorías en las escuelas públicas del país.

Casi sin excepción dichas escuelas de formación de maestros se preocupan exclusivamente de técnicas y sistemas de enseñanza. La materia a enseñar no cuenta para nada en sus teorías según se desprende de los cuadros de asignaturas que ofrecen y de la competencia de los maestros que salen de sus aulas. Ejemplo elocuente lo ofrece el propio "Teacher's College" de la Universidad de Columbia que ofrece más de setecientos cursos sobre dichas técnicas de enseñanza. Albert Lynd en su citado libro llama a este colegio "el Vaticano del culto", y dice que tiene ". . .cursos sobre la teoría, la práctica y la supervisión de la enseñanza de cualquier materia. . . Hay cursos sobre prácticas de enseñanza y sobre la enseñanza de prácticas de enseñanza. Cursos de 'laboratorio' en actividades estudian-

tiles no académicas. . . y cursos como éste: 'Social, psychological and economic foundations for the enriched teaching of textiles and clothing'. (Bases sociales, sicológicas y económicas para la enseñanza fecunda de textiles y vestidos). Diez cursos distintos en los misterios de la educación audiovisual y uno en la administración del uso de materiales audiovisuales. . ." Al parecer se persigue que los maestros salgan dominando todas las técnicas imaginables para enseñar cualquier cosa, que hayan aprendido a evitar frustraciones en los niños a su cargo después de haber estudiado unos cursos superficiales de sicología. Pero en definitiva la cruda realidad es que no pueden enseñar nada porque no dominan ninguna materia lo suficiente para que los alumnos puedan aprender algo en sus clases, especialmente en los grados avanzados. En vista de todo ello no hay que extrañarse de las críticas y violentos ataques que está sufriendo el sistema educativo norteamericano, sus escuelas de educación y los "educacionistas" o educadores profesionales que las dirigen y controlan.

Harry S. Fuller en un artículo publicado en *The Scientific Monthly* (enero, 1951) dice sobre el particular: "El fracaso creciente de nuestras escuelas públicas, bajo la influencia estupefaciente de nuestras escuelas de educación, para proporcionar a los jóvenes norteamericanos sólidos conocimientos y preparación en los instrumentos y métodos intelectuales de la gente culta, es trágico y vergonzoso, pero quizá menos trágico y menos vergonzoso que su contribución a la deterioración ética y moral de los estudiantes que se les ha confiado".

Pero tememos que todas estas críticas y ataques van a hacer poca mella y que las cosas van a continuar por mucho tiempo poco más o menos como hasta ahora, a pesar de las medidas que con seguridad se tomarán para corregir el mal. El problema es muy amplio y más profundo de lo que a simple vista parece. Y toda la culpa no la tiene el sistema en sí, ni las escuelas de educación, porque todo ello es en cierto modo consecuencia natural de la circunstancia total de la vida norteamericana. Consecuencia, en primer lugar, de la abundancia, del alto nivel de vida de que se goza en Estados Unidos.

La historia se repite. La mucha riqueza y el poder debilitan a los pueblos y a los individuos, física y moralmente. Estadísticas oficiales de Washington a las que ha dado publicidad el propio Presidente, han demostrado sin dejar lugar a dudas que los niños norteamericanos que se pasan el tiempo viendo infa-

mes programas de televisión, paseando en automóvil y rodeados de absoluta asepsia, son mucho menos fuertes que los de otros países que carecen de todas esas ventajas. También la delincuencia juvenil aumenta día a día en proporciones inquietantes; y la familia norteamericana está perdiendo cohesión, se está desintegrando a simple vista.

Parece ser que en la vida hay una misteriosa y justa ley de compensaciones. El pueblo de Estados Unidos en los últimos cincuenta años de increíble prosperidad y riqueza material se ha dejado deslizar cómodamente cuesta abajo, seguro de su posición y de una superioridad que para él no admitía dudas. La filosofía del confort a ultranza, como fin, ha desarrollado una natural pereza hacia los esfuerzos mentales que exijan disciplina y concentración. Y no solamente hacia estos esfuerzos. El ciudadano medio usa el automóvil para ir al *drug-store* de la esquina y el mejor acomodado abre y cierra la puerta del garaje apretando un botón dentro del mismo auto. La última palabra en televisión son unos aparatos que permiten el cambio de estación sin tener que hacer el esfuerzo de levantarse del sillón. . . Los duros pioneros de hace sólo ochenta años no conocerían a sus nietos que, además, necesitan la ayuda del siquiatra para afrontar los inefables problemas que su vida de excesivo confort les presenta.

El sistema educativo actual que persigue eliminar el esfuerzo como primer objetivo, aparece en este cuadro como una consecuencia natural del *american way of life,* de la vida total norteamericana. Ya lo dijo Ortega en su ensayo *Misión de la Universidad:* "La escuela como institución normal de un país depende mucho más del aire público en que íntegramente flota que del aire pedagógico artificialmente producido dentro de sus muros". Las voces que protestan y advierten el peligro, aunque numerosas, resultan aisladas y chocan contra la sonrisa de complacencia que asoma al rostro del ciudadano medio que no quiere que le hablen de problemas.

Por eso los Sputnik, que han logrado herir profundamente el orgullo norteamericano y provocar un temor hasta hoy no conocido en Estados Unidos, pudieran ser la voz de amenazante alarma que comience a despertar a este gran pueblo de su confortable, complaciente y arrogante indiferencia.

LA CUESTIÓN RACIAL: EL ENIGMA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Por *Ramón Eduardo RUIZ*

I

"Dios hizo blanco al hombre blanco, negro al hombre negro", le escribe una norteamericana al redactor del periódico *Times-Herald* de Dallas, Texas. "Unir las razas y cambiar Su Voluntad no es asunto nuestro".

Estas palabras simbolizan el pensamiento popular norteamericano. En Nueva York, en Los Ángeles, en Nueva Orleáns y dondequiera en los Estados Unidos, hoy día la muchedumbre habla del "problema racial", de la "pureza de la sangre", y de la "Voluntad de Dios que hizo al mundo blanco y negro".

Hace días el gobernador de Arkansas, el cual ostenta grado universitario, dispuso de tropas estatales para cerrarles la entrada en la escuela preparatoria a nueve niños de raza negra. Hace poco también, dos hombres, vecinos de Mississippi, secuestraron a un niño de raza negra, lo golpearon, le ataron varillas de hierro a las piernas, y lo arrojaron a un río. En Alabama otros dinamitaron la iglesia y la casa de un ministro protestante, mientras él y su familia dormían. ¡Hasta la fecha las autoridades no han castigado a los culpables! Estos acontecimientos sucedieron en los estados del Sur, los cuales se extienden desde Washington, la capital de la República, hasta el Golfo de México, y del Atlántico hacia Texas.

En el Oeste, mientras la patria sostenía la guerra contra la brutalidad nacista, las autoridades federales y locales encarcelaban en campos de concentración a 200,000 personas de ascendencia japonesa. En 1943, una chusma de marineros y soldados invadió las colonias mexicanas de Los Ángeles y golpeó a varios jóvenes de ascendencia mexicana, muchos de los cuales tenían hermanos en las fuerzas armadas norteamericanas.

De esta clase de agitación no hay comarca que puede considerarse exenta. Cuando familias de raza negra tratan de comprar casas en ciertas secciones de las ciudades de San Francisco o de Chicago, hay tumultos. En la ciudad de Nueva York las multitudes negras y puertorriqueñas viven en barrios dignos del siglo diecinueve. Unos llegaron hace poco; los otros tienen años de vivir allí.

Las víctimas en estos casos tienen algo en común: son personas de "color". En los Estados Unidos, donde la Constitución federal declara que "todo mundo nace con los mismos derechos ante la ley", el color de la piel es de la mayor importancia. Determina dónde viven 16 millones de personas de raza negra, y quiénes son sus amigos y los de sus hijos. El color juega papel importante en la vida de 2 millones de personas de ascendencia mexicana, y es de suma importancia en la vida de millares de ascendencia japonesa y china. Con el énfasis que se le da al color, la muchedumbre norteamericana no distingue entre el color y la raza, y aún los críticos hablan del "problema racial". Factor jamás reconocido por las masas populares es que el color no determina la "raza".

II

El prejuicio de color o de "raza" es fenómeno complejo en los Estados Unidos. Depende de la persona, del grupo, y de la comarca. Las restricciones ante la raza negra son de una clase; las restricciones ante los mexicanos, o ante los de ascendencia asiática, son de otro tipo. El sentimiento anti-japonés de ciertas regiones no es típico de una región entera ni, por supuesto, de la República. Hasta cierto punto, cada grupo se enfrenta a condiciones adversas en comarcas definidas. La persona de raza negra, no importa de qué clase sea, encuentra la vida difícil en el Sur, donde la muchedumbre es antipática. (Hay que recordar que no todas las personas de raza negra son pobres o analfabetas). Hacia los estados del Norte el pueblo negro encuentra menos hostilidad. Los de ascendencia mexicana se ven ante situaciones adversas en algunas regiones de Texas, Nuevo México y Arizona —y aún en California—, particularmente donde trabaja el campesino mexicano. El foco del sentimiento anti-japonés está en el Oeste; allí se encuentra

al japonés y al chino en gran número. A medida que crece la población puertorriqueña de la ciudad de Nueva York, crece el prejuicio contra ella.

Los inmigrantes de ascendencia europea no comparten esas dificultades de los grupos de "color". Con excepción del judío —cuyo problema es único— el europeo sólo tiene problemas de nacionalidad y de cultura. Las dificultades ocasionadas por el color perduran, mientras que las condiciones asociadas con la nacionalidad y la cultura propenden a desaparecer a través de los años y en la medida en que avance la prosperidad. Mientras que la cuestión de nacionalidad es individual, la del color es del conjunto.

Pero de un modo u otro, la persona de raza negra sufre más porque es la más distinta. Su aspecto físico la aparta de las demás; de modo que sufre lo más reñido de la discriminación. La persona de raza negra, como el judío, se enfrenta a un problema nacional que no tienen los otros grupos. Dondequiera que se encuentre, en Maine o Alabama, en Oregón o California, la discriminación es su sino. No hay lugar donde la persona de raza negra pueda vivir entre sus colegas. Por todas partes existe un sentimiento anti-negro. La odiada organización del Ku Klux Klan, cuyos miembros han perseguido al negro, al judío y al católico, tuvo una fuerte concentración en el Noreste, región a unos 4.800 km. de Mississippi, corazón del imperio Klan.

Dentro del cuadro nacional, no obstante, hay diversos grados de prejuicio para con la gente de raza negra. El limpiabotas de este color, por ejemplo, no encuentra restricciones legislativas en el estado norteño de Montana; puede usar el voto, desempeñar puestos políticos, comer con los blancos en los restaurantes, y sentarse junto a ellos en los cines. Esto no sucede en el Sur. Pero no nos engañemos, las diferencias son más bien aparentes que verdaderas: mientras que en la región sureña ponen en vigor la segregación a través de la legislación y el ostracismo social, en Montana y en el Norte en general, hablan de la igualdad pero sostienen la discriminación con métodos menos formales. A fin de cuentas, las diferencias entre ambas regiones son de sistema. La persona de raza negra puede escoger entre el método rígido del Sur, donde "conoce su lugar social", y la sociedad del Norte, donde la ley le da la igualdad, pero el pueblo se la niega.

La persona de raza negra está viviendo una época decisiva. Pide el reconocimiento; exige sus derechos: los derechos de todo mundo; quiere sentarse con los blancos en el lugar que sea; desea comprar la casa para la cual tiene medios o recursos; necesita accesibilidad al empleo para el cual se ha preparado; y anhela matricular a sus hijos en las mejores escuelas. Ya no se conforma con seguir la vida rutinaria de un ciudadano de segunda clase. Pero hay millones de blancos que no quieren aceptarlo. Y así, tiene que luchar para que se le haga justicia.

La lucha actual es sobre la cuestión de las escuelas segregadas según la "raza" de los estudiantes. Hace años que los estados del Sur, y aún algunos del Norte, han matriculado a los niños de raza negra en escuelas especiales, mal construidas, provistas de escasos fondos, equipadas con materiales escolares inadecuados y dotadas de personal mal preparado. Al lado de estos centros están las escuelas para los blancos, que lo tienen todo, que tienen lo mejor. Con razón el grupo de color no puede aceptar más esta situación. Y aborrece ese ambiente que pregona su inferioridad. Después de todo, si tiene los mismos derechos ¿por qué lo apartan?

Cuando el pueblo negro reclama la justicia surge el conflicto social, particularmente en el Sur y regiones cercanas. El conflicto tiene repercusiones en los estados y ciudades claves del Norte, donde la persona de color es factor político de importancia. Amenazados con la pérdida del "voto negro", los políticos de estas regiones se encuentran ante un dilema: si apoyan la posición de los estados del Sur pueden perder el "voto negro"; mas si complacen al "voto negro" pueden malograr la simpatía de aquellos estados.

Frente a este dilema está el Partido Demócrata, cuya fuerza política depende de una alianza singular de conservadores —y aún reaccionarios— del Sur con los políticos izquierdistas de las ciudades norteñas que viven del apoyo de los grupos raciales. Entre tanto, el Partido Republicano, es decir, el partido conservador del Norte, que jamás ha tenido sostén en el Sur, se enfrenta a una gran oportunidad política y social. Complaciendo al "voto negro" del Norte, puede darle un golpe fuerte al Partido Demócrata en las ciudades de esa región. Pero como el pueblo de color no constituye una fuerza política de mayor importancia, y los políticos por lo general buscan favores de la masa popular, el fenómeno viene a resolverse en lo que se

llama politiquería. Con el fin de retener el apoyo de los sureños, los demócratas están por ambas partes en la disputa. Y los republicanos, que esperan sacar provecho de la división en las filas demócratas—particularmente en el Sur— y que son conservadores por índole, titubean. El resultado es un empate que favorece a todos, menos al negro. Mientras tanto, a los cabecillas de las fuerzas populares negras, obligados a hacer algo por sus constituyentes, se les tacha de extremistas cuando protestan por aquel empate.

Sin embargo, no todos los blancos sancionan esa situación. Hay millones que aplauden las acciones del pueblo negro, y millones más respetan a sus miembros como individuos y como grupo. Y, como es natural, esto le da un fuerte apoyo a la causa. Algunos representan a los partidos políticos de importancia en cargos públicos locales, estatales y federales; otros son hombres de negocios y profesionistas. Pero todos rechazan cualquier forma de segregación, respaldan la integración de blancos y negros en las escuelas públicas y pregonan la igualdad de las razas. Desgraciadamente son pocos, si se comparan con el total de norteamericanos. Con demasiada frecuencia la muchedumbre estadounidense, que a menudo sostiene la igualdad en teoría, no practica lo que predica.

Arraigado está también el prejuicio de las poblaciones de California, Oregón y Washington contra los de ascendencia japonesa o china. Sin embargo, con la excepción de los filipinos —a quienes les hace falta todo reconocimiento—, el problema del pueblo asiático es distinto.

Dentro de las ciudades universitarias los estudiantes de origen oriental viven con los blancos, comen con ellos y participan en las actividades escolares. Pero fuera de esta esfera, la población asiática sigue siendo china o japonesa, aunque haya nacido en los Estados Unidos. Si hay empleados de ascendencia japonesa en las grandes casas comerciales, al terminar el día se acaba la camaradería. Hace dos años una familia china-americana quiso mudarse a una comunidad blanca de la ciudad de San Francisco; los blancos no lo permitieron. En Santa Ana, California, una agencia de bienes raíces rehusó venderle casa a un héroe famoso porque era de descendencia coreana, a pesar de que éste era un modelo del "coreano americanizado".

Sin embargo, millares de personas de ascendencia china o japonesa viven en las colonias blancas de las ciudades del Oes-

te. Esto no sucede con la población de raza negra. Cuando se trata del pueblo asiático, el individuo en lo particular puede abrirse paso entre los blancos. Con la raza negra no ocurre lo mismo. Además, el pueblo de ascendencia china, japonesa o coreana no tiene problema nacional. Es mundo libre en los estados del Este y del Norte, aunque, según las masas, su semblante físico lo distingue de los demás. La población de ascendencia asiática, como la mexicana, tiene una ayuda en su lucha, pues representa una nacionalidad; y esto quiere decir que puede recurrir a la protesta diplomática.

Sin embargo, los de ascendencia mexicana y los latinoamericanos en general, tienen con esto un arma de doble filo; es decir, tienen dos problemas: nacionalidad y color. Todos, casi sin excepción, luchan con la cuestión de la nacionalidad en los estados del Suroeste. Para muchos norteamericanos de esta comarca, el mexicano nunca deja de ser mexicano e inferior al europeo. La historia de México representa un triste cuadro de escaso valor. Para los Estados Unidos sólo tiene episodios desagradables, que datan desde la guerra de 1836. En Texas se usan todavía libros escolares que cuentan que el sanguinario ejército mexicano asesinó a los héroes del Álamo.

El enigma del color es otro fenómeno que también está arraigado en la comarca del Suroeste. Para muchos habitantes de esta parte del país, el mexicano no pertenece a lo que ellos llaman la "raza blanca": es persona de color. Que el mexicano es caucásico es dato ignorado o desconocido. Pero esta cuestión del color del mexicano-americano es todavía más compleja. La persona morena encuentra restricciones económicas y sociales (de vez en cuando), mientras que la de tez blanca no las tiene. A pesar de esto, el color no es el factor decisivo. El dinero y la educación ocupan papel importante. Los acaudalados —sean morenos o no— por lo común construyen sus casas en colonias "americanas", lejos de los barrios "mexicanos". Dentro de su clase no hay restricción alguna. Pero entre la muchedumbre les puede suceder lo que le pasa de vez en cuando al trabajador mexicano. Por lo general, los hijos de las familias "decentes" son asimilados, eventualmente, por los norteamericanos.

Los iletrados o simples trabajadores tienen una situación muy distinta a la del médico, abogado o profesor universitario. Usualmente el obrero vive en barrios cercanos a las colonias negras o japonesas. Estos barrios son los "Méxicos pequeños", cuyas fondas, tiendas "nacionales", cantinas y clubes para mexi-

canos les dan un ambiente diferente. Estos "Méxicos pequeños" están situados donde hay pueblo de ascendencia mexicana, principalmente en Los Ángeles, California (donde viven 500,000); en Phoenix, Arizona; y en las ciudades de El Paso y San Antonio, Texas. Allí el pueblo mexicano vive aislado; habla español a través de los años y rara vez se relaciona con el pueblo de habla inglesa. No obstante, mientras el negro está condenado a vivir en su barrio para siempre, los "mexicanos" pueden mudarse, si el dinero y la educación se lo permiten.

III

¿CUÁL es el porqué de este prejuicio? Dar una explicación completa sería difícil. La fisonomía juega papel importante, por supuesto. La discriminación contra el negro es por el color, el cabello, los labios gruesos y la nariz chata. Muchos mexicanos son trigueños y de rasgos indígenas. Pero ¿por qué existe este prejuicio contra la fisonomía diferente? Examinar esta cuestión en detalle está fuera del alcance del presente artículo; se pueden indicar, empero, algunas de sus características.

El prejuicio tiene causas históricas. Los negros vinieron como esclavos a las colonias inglesas durante el siglo diecisiete. Inmediatamente se estableció el concepto de que había razas superiores e inferiores. La raza superior —la "blanca"— había nacido para mandar; la negra para obedecer y servir de bestia de carga. Tan arraigado estaba este concepto a la hora de la Independencia que pudo modificar la Constitución de la República. La agitación anti-esclavista, la Guerra Civil y el derrocamiento de la Confederación dejaron a los sureños con las costumbres y creencias de antaño, pero sin el antiguo mecanismo para dominar a la raza negra. A causa de esto, empezó a desarrollarse un sentido de inseguridad dentro de la población. Las costumbres y las instituciones de los blancos estaban en peligro. Para evitar la destrucción del antiguo orden social y para controlar a los negros, la población del Sur forjó un sistema de casta. Al principio los negros lo aceptaron, pero con el tiempo terminaron por protestar. Con el fin de librarse del odioso sistema, millones huyeron hacia el Norte. Pero conforme se mudaban, aquella situación les seguía — por supuesto con algunas modificaciones. Tuvo terreno fértil el temor al grupo negro en los estados del Norte, los cuales jamás habían aceptado al

negro ni lo habían comprendido. Después, sucedió lo propio en la región del Oeste.

La historia nos ofrece una fase del problema; la economía nos da otra. El mexicano y sus hijos, el de raza negra, el de antecedentes asiáticos, en fin, el que representa la mano de obra mal pagada pone en peligro la seguridad económica del obrero norteamericano. El prejuicio es el resultado, pues, de esta lucha por la supervivencia. Además, faltándole ingreso al asiático, al negro, al mexicano, muchos viven en chozas y visten mal. Y si están en la pobreza, carecen de las virtudes burguesas, lo cual ofende a la burguesía. Irónicamente, a la burguesía le hace falta la mano de obra mal pagada, y los explotados jamás podrán mejorarse sin las reformas legislativas que perjudicarían económicamente a la clase media.

Al lado del carácter económico está, asimismo, el aspecto religioso. Como han dicho algunos observadores de la escena, el protestantismo está al fondo del prejuicio "racial". Según ellos, el concepto protestante del "hombre justo" jamás demuestra un sentimiento de humildad, la consecuencia lógica de la predestinación calviniana. Según este concepto se salvan los dignos de salvación, quienes siguen al Dios del mundo blanco y protestante, el cual representa la cultura y el capitalismo de las Islas Británicas. Los valores del Dios protestante dan hincapié a la prosperidad material: Dios castiga a los malos con hacerlos pobres, y premia a los buenos con riquezas. Ahora bien, como el mundo está bajo el dominio del hombre blanco, según la ideología protestante, éste es el predilecto. Así es como los blancos son los dignos de salvación: si Dios hubiese favorecido a la raza negra la hubiese premiado con riquezas.

Y tan arraigado está el concepto del "hombre justo" en el pensamiento norteamericano, que un grupo religioso —los Mormones de Utah— sostiene la tesis de que Dios castigó a los hijos de Caín haciéndolos negros. Curiosamente, al mismo tiempo los Mormones sostienen la tesis de que los latinoamericanos, quienes con frecuencia son trigueños, son los preferidos de su iglesia. Por lo tanto, en la actualidad hay entre los Mormones mexicanos-americanos que creen que la raza negra representa a Satanás.

El prejuicio "racial" también se explica a través del aislamiento del inglés que fundó colonias en América sin previo contacto con pueblos de otras razas. Representaba la homogeneidad racial e idealizaba la unidad racial. La colonización del

Nuevo Mundo trasplantó el concepto a América. En el fondo de la cuestión del color o de la "raza" están, entonces, los antecedentes culturales del pueblo de habla inglesa. Esto explica el porqué del prejuicio "racial" entre la mayoría de católicos norteamericanos, quienes aceptan casi intacta la mitología del pueblo protestante. En realidad son hijos del ambiente protestante; son católicos-protestantes quienes aceptan todo menos el ritual y el dogma de las iglesias protestantes.

Hay otra faz del aislamiento. Hizo al mundo de habla inglesa confiado en sí mismo: una ventaja en el sentido material, pero de escaso valor cultural. Del aislamiento vino el temor de lo desconocido, especialmente de las culturas y razas ajenas. Este temor indica una inseguridad cultural-racial.

En resumen, los años, la lucha económica, la religión y los antecedentes culturales les han dado a muchos norteamericanos una psicosis que rechaza explicaciones racionales. Y se la han traspasado al pueblo negro, al mexicano y al asiático los cuales, según un crítico mexicano, sufren de una neurosis de color. Pero ¿qué se espera de una población nutrida en un ambiente que a menudo hace hincapié en las distinciones de color o "raza" en vez de darle importancia a la inteligencia y a la moralidad?

Dentro de este cuadro tan desagradable surge la esperanza. Millones de norteamericanos —entre ellos figuras destacadas— rechazan la mitología del color. En el Norte, en el Oeste, y aún en el Sur, se empieza a reconocer que faltan bases científicas y religiosas para las alegaciones racistas. El nuevo reconocimiento toma fuerza dondequiera, y especialmente entre las generaciones escolares. Si los periódicos siguen con la propaganda racial, los diarios universitarios, a veces en los mismos sitios, sostienen lo contrario. Y mientras los estados del Sur segregan a la raza negra, en los otros la asimilación gana fuerza.

"EN EL PETRÓLEO NACIONALIZADO, NI UN PASO ATRÁS"

Por *Francisco* ARELLANO BELLOC

La explotación petrolera que realizan los monopolios internacionales en el mundo tiene, en todas las zonas territoriales explotables, las mismas características de deshumanización, de olvido de los derechos individuales o colectivos de los pueblos y de ambición codiciosa del dominio político y económico. La táctica del capital privado que manejan las grandes o las pequeñas empresas explotadoras de los hidrocarburos, ha sido siempre la misma y no existe esperanza de que voluntariamente vayan a cambiarla.

Apenas soslayamos el tema. Consideramos que resulta innecesario prolongar los comentarios. Más nos interesa examinar cuál es el último programa de la penetración económica de las compañías en los países de nuestra América; y vamos a hacerlo con brevedad en el capítulo siguiente.

Enfoque continental

La nacionalización de la industria petrolera mexicana, sorprendió desagradablemente a las empresas interesadas en esa explotación, y las hizo ensayar nuevas disciplinas que pudieran hacerlas recuperar lo que habían perdido, no sólo en México sino también en los demás países americanos que vieron con indudable simpatía la decisión mexicana.

En los últimos 4 lustros, Bolivia, Argentina y Brasil, han querido seguir el ejemplo mexicano; en tanto que otros países: Colombia, Venezuela, Perú, Guatemala y alguna otra de nuestras naciones, se conformaron con la entrega de su petróleo a las compañías extranjeras, a cambio de participaciones más o menos ciertas sobre los beneficios de la explotación.

Las empresas, entonces, se han dado a la tarea permanente de defender la intervención del capital privado en el manejo de

los hidrocarburos, deturpando en cambio, a quienes rechazan su colaboración. Su disciplina consiste en una propaganda inteligente o mediocre, habilidosa o grosera, pero siempre encaminada a sostener que los países que entregan su petróleo a los monopolios internacionales, tienen una fantástica prosperidad, en tanto que los partidarios de la nacionalización de su industria, ni alcanzan el desarrollo económico a que tienen derecho, ni resuelven los problemas internos de su producción.

El primer país que admitió sus puntos de vista, por convencimiento o por el agobio de su penuria económica, fue Bolivia que, sin embargo, todavía se empeña en explotar su petróleo por conducto de una empresa descentralizada, "Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos" (Y.P.F.B.), dejando a las compañías privadas la explotación de otras zonas petrolíferas de su territorio.

Mantienen en cambio su política petrolera nacionalista, la República Mexicana (sin ninguna variante durante 20 años y que, además, no tiene el propósito de modificar su criterio) y Brasil y Argentina, que han estado defendiéndose hasta el último instante, frente a la penetración de los *trusts* petroleros.

Argentina se ha visto acosada no sólo por los intereses internacionales, sino también por la debilidad de sus dirigentes, que en la época de Juan Domingo Perón, estuvieron dispuestos a entregar grandes extensiones de terrenos petrolíferos a las empresas extranjeras, lo que no pudieron hacer desde luego, porque en el propio Congreso argentino se expresaron diversas opiniones adversas que obligaron al Gobierno a demorar la discusión del proyecto de contrato y mientras tanto, vino la subversión contra el régimen, quedando en suspenso la aprobación del proyecto.

Brasil ha tenido graves problemas que derivan de una producción insignificante de hidrocarburos para las necesidades actuales del país y de la falta de solución de sus problemas económicos para que "Petrobrás", el organismo gubernamental que maneja su petróleo, pueda desarrollar eficientemente sus actividades.

¿Podrán Brasil y Argentina mantener o no su política nacionalista en materia de petróleo? Lo ignoramos. Sólo el tiempo puede contestarnos esta interrogación.

Lo único cierto es, que las petroleras internacionales ni han cambiado ni cambiarán en ningún momento sus propósitos. Re-

claman la entrega incondicional o mediante condiciones de aparente respetabilidad, de la explotación de los hidrocarburos. Si ya la tienen en su poder, no necesitan otra política que la de ordenar a los dirigentes gubernamentales que actúen como convenga a los intereses de las petroleras; pero si todavía no la han podido conquistar, entonces, toda la propaganda, todas las ofertas de prosperidad y de riqueza, son pocas para que muerdan el anzuelo. ¿Lo morderán? ¡Quién sabe!

Sólo podemos confiar en la decisión mexicana.

El problema mexicano: su enfoque y su proyección

La campaña presidencial que se realiza en México, para elegir a quien dirija los destinos del país durante el período gubernamental 1958-1964, está poniendo de relieve las dos posiciones antagónicas en relación con el problema petrolero.

Ambos candidatos a la Presidencia de la República han expuesto ya algunas de sus opiniones, y de ellas se percibe con claridad la controversia existente.

El petróleo en el patrimonio del Estado ha sido como el sueño de Prometeo: tomó "en hueca caña la furtiva chispa, madre del fuego", la puso en las manos de los hombres y con ella se inventaron las artes que, cuando llegan a poseerse nos permiten dominar a la Naturaleza — decía Esquilo.

México puso el fuego cautivo en las manos de la Patria para poder encauzar nuestro destino hasta *"alcanzar un régimen de dignidad humana y de derecho justo"*. como expresa el candidato Lic. Adolfo López Mateos.

"Nuestra Patria jamás renunciará a su derecho de autodeterminación. . ., porque hemos luchado infatigablemente por vencer *las supervivencias* coloniales, las dictaduras interiores y *las incomprensiones del exterior.*

"En el petróleo nacionalizado, ni un solo paso atrás. Es conquista de la revolución orientada hacia nuestra independencia económica; nuestra riqueza petrolera es parte del patrimonio nacional, y no puede tocarse sino para bien de México".

Más todavía, el Lic. López Mateos señala una solución a los problemas de la industria de los hidrocarburos: *"Para obtener los recursos financieros que necesita el crecimiento de la*

industria petrolera, confiamos en. . . que el desarrollo de Pemex se funde en el CRÉDITO INTERIOR".

Entendamos perfectamente: La solución que plantea el candidato presidencial es el "CRÉDITO INTERIOR"; que representa la fórmula de financiamiento de la industria, consistente en la aportación de capitales de los sectores públicos y privados de la Nación, para que sea Pemex quien los invierta y los administre en los trabajos de la explotación.

No se sugiere expectativa alguna de inversión de capitales privados en la explotación directa de nuestro subsuelo, sólo se habla de la colaboración de esas aportaciones por los canales del *"Crédito Interior"*.

(Discurso pronunciado por el candidato del Partido Revolucionario Institucional, el 17 de noviembre de 1957).

Posteriormente, el 14 de diciembre último, el Lic. López Mateos visitó algunas zonas petroleras ubicadas en Tabasco y Veracruz ("Ciudad Pemex", Minatitlán y Coatzacoalcos) y, naturalmente, volvió a referirse al problema petrolero con el mismo criterio que en su discurso anterior: "En materia petrolera no se dará un paso atrás".

Al siguiente día (15 de diciembre de 57), el candidato de la oposición, en Tampico, Tamaulipas, sostuvo "que nadie que se precie de mexicano, dará marcha atrás en materia petrolera"; pero añadió: "Lo que queremos es que nuestro contricante diga si va a acabar.. . con la situación que impide a Pemex avanzar".

El exponente no explica cuál es esa "situación que impide a Pemex avanzar", pero al otro día (16 de diciembre) uno de sus voceros más autorizados, en un discurso en Ciudad Madero, expresa que lo que debe hacerse para salvar a la industria es "permitir a la iniciativa privada que explote los campos petroleros existentes, que ocupan 83 millones de hectáreas".

Nos encontramos así, estas dos corrientes de opinión: la que representa al Partido de la Revolución —que el Doctor Mora desde hace más de un siglo mencionaba como el Partido del Progreso— y la que identifica al programa del Partido del Retroceso; que plantean, sin género de duda, en forma tajante, su discrepancia en relación con los problemas de la industria petrolera.

Vale la pena examinar la discrepancia para poder explicarnos la longitud y la latitud de las dos posiciones ideológicas adversas.

La independencia política de nuestro país realizada en 1821, substituye el Estado Mexicano al Monarca Español, con la supervivencia de todas las instituciones jurídicas coloniales, trasplantadas de la Metrópoli a la Nueva España. En obvio de la brevedad, sólo mencionamos a las ordenanzas de Aranjuez que prolongaron una tradición jurídica uniforme sobre el régimen del subsuelo, que arranca desde las Siete Partidas del Rey Alfonso X en el siglo XIII. y mantiene su vigencia, hasta el Código de Minas de los Estados Unidos Mexicanos, de 22 de noviembre de 1884, que modificó substancialmente esa Legislación.

En otras palabras, desde el siglo XIII hasta el XIX, el estatuto del subsuelo disponía que no sólo los metales, sino también los "bitúmenes o jugos de la tierra", eran del patrimonio real.

En el año de 1884, las doctrinas económicas del liberalismo, en concordancia con la organización social y política del país, procuraron y obtuvieron que el Código de Minas entonces vigente, repudiara el criterio de la atribución al Estado de derechos patrimoniales sobre el subsuelo, declarando en cambio, que eran de la exclusiva propiedad del dueño del suelo, entre otros productos, el petróleo y los manantiales gaseosos.

Las Leyes de Minería de 1892 y de 1909, sustentaron el mismo criterio, dando origen así a peligrosas situaciones que más tarde habrían de tener inconvenientes repercusiones internas e internacionales.

En efecto, desde fines del siglo XIX se advirtió la importancia de la explotación petrolera, y grandes organizaciones económicas extranjeras empezaron a adquirir considerables intereses en el territorio mexicano y a extraer enormes volúmenes de hidrocarburos que preferentemente se dedicaron a la exportación; y que no sólo no dejaron beneficios económicos al Estado, sino que formaron y vigorizaron intereses privados de tal poder económico, que llegaron a ser un factor permanente de inestabilidad en la política y en la economía del país.

Mientras tanto, la Revolución Mexicana, con un programa

trascendental de reformas sociales, expresó la urgencia de conquistar la independencia económica de la República, sin la que no podía afirmarse la independencia política. Y el Artículo 27 del Pacto Federal de 1917 aprobado por el Constituyente de Querétaro, expresó la meta de la reforma económica: modificar los regímenes de la propiedad del suelo y del subsuelo, declarando, por lo que hace a este útimo, que correspondía a la Nación su dominio directo.

"Corresponde a la Nación el dominio directo de... el petróleo y todos los carburos de hidrógeno sólidos, líquidos o gaseosos". "...el dominio de la Nación es inalienable e imprescriptible y sólo podrán hacerse concesiones por el Gobierno Federal a los particulares o sociedades civiles o comerciales constituidas conforme a las leyes mexicanas con la condición de que se establezcan trabajos regulares para la explotación de los elementos de que se trata y se cumpla con los requisitos que prevengan las leyes".

La reforma era fundamental: se retrotraía el régimen del subsuelo a la tradición jurídica mantenida durante seis siglos, hasta antes del Código de 84.

Contra tales modificaciones, se encararon desde luego los intereses de los particulares, nacionales y extranjeros, invertidos en la explotación del subsuelo, que, para entonces, eran de tal magnitud y poderío, que pudieron influir en la legislación secundaria y en la jurisprudencia hasta obtener que "salvo en las zonas en que la propiedad superficial correspondía por algún título a la Federación, ésta no guardaba más vinculación de intereses patrimoniales con la industria del petróleo, que a través de los impuestos...", como lo dijo el Presidente Cárdenas en la Exposición de Motivos del Proyecto de Reforma del párrafo sexto del Artículo 27 Constitucional en 22 de diciembre de 1938.

La Ley Reglamentaria de 1925, su reforma de 1928, y su Reglamento, habían desfigurado el texto del Artículo 27; y, la jurisprudencia, aunque distinguió entre las leyes retroactivas que dicta el legislador común y las que expide el constituyente, declarando que en el primer caso, no se les puede dar efecto retroactivo porque lo prohibe el Artículo 14 de la Constitución; y en el segundo, "deberán aplicarse retroactivamente, a pesar del Artículo 14 Constitucional, y sin que ello importe violación

de garantía alguna individual", sostuvo la tesis de que el párrafo respectivo del Artículo 27, no podía estimarse retroactivo porque respetaba "los derechos legítimos adquiridos antes del 1º de Mayo de 1917", no obstante que esta afirmación era absolutamente inexacta, porque en el párrafo mencionado no se hace ninguna alusión a esos supuestos derechos adquiridos, ni es verdad que dicho Artículo, en ese aspecto, no fuera retroactivo; toda vez que al reformar el régimen del subsuelo afectando substancialmente el sistema jurídico que había estado en vigor desde el año de 84, para regresar a la tradición legislativa anterior, indudablemente expresaba la autorización del constituyente para que la reforma se aplicara retroactivamente; autorización que, por lo demás, era absolutamente legítima, porque como dicen los tratadistas, "no hay derecho adquirido contra la mayor felicidad del Estado"; "Los derechos que la Sociedad crea, puede ella misma abolirlos"; "Una nueva Constitución, puede quitar a los ciudadanos los derechos garantizados por la Constitución antigua"; "Cuando una ley lesiona un derecho que está en pugna con el orden público o el interés general, no hay retroactividad, aun cuando la existencia del derecho sea anterior a la ley"; y porque "universalmente se ha admitido el principio de que la ley debe tener efectos retroactivos cuando sea de interés público y sólo el Estado puede definir cuál es el interés público".

¿Cómo sería posible la evolución social, política y económica de un país, si el Poder Constituyente no estuviera facultado para cambiar las bases de su organización?

La Revolución Mexicana ha tenido hondas raíces en las grandes demandas colectivas, en los requerimientos populares, en los objetivos inmediatos del pueblo mexicano, y en sus permanentes ideales históricos: libertad, cultura, bienestar económico, justicia social y convivencia pacífica internacional. Y sin embargo, en el período de tiempo que transcurre de 1917 a 1938, la meta consignada en el Artículo 27 que se enunciaba como reivindicación nacional de los derechos a la explotación del subsuelo, no tuvo vigencia positiva alguna. La fuerza tremenda que significaba la potencia económica de los intereses de los particulares, vinculados a la explotación del subsuelo, determinó entonces el sentido de la legislación y de la jurisprudencia, que

necesariamente tuvieron que ser congruentes con un *modus vivendi* que permitiera la subsistencia de la nacionalidad, mientras se encontraba la forma de conquistar la auténtica soberanía.

Era ostensible la inconveniencia de que los particulares siguieran vinculados a la explotación del subsuelo petrolero, porque continuarían representando en el futuro el poder económico que prolongaría la inestabilidad política de la Nación y la de su economía. No había capitales ni inversionistas mexicanos que se atrevieran, por su cuenta, a emprender tales negocios. Los títulos de concesión que solicitaban de la Secretaría de Estado correspondiente, eran traspasados a extranjeros, y así se nos iban creando problemas no sólo de carácter interno, sino también internacionales.

En 1938, el Estado se dicidió a resolver el problema y expropió los bienes de las compañías petroleras. La decisión identificó a todo el pueblo de la República en la defensa de su soberanía. Se dio el primer paso hacia la auténtica vigencia del Artículo 27 y se consolidó esa determinación con la iniciativa que el Presidente Cárdenas envió al Congreso de la Unión para que se reformara el párrafo sexto de dicho Artículo, que resultó aprobada en 27 de diciembre de 1939 y publicada en el *Diario Oficial* del 9 de noviembre de 1940.

El texto literal de la reforma incorporada a la Constitución dice:

"Tratándose del petróleo y de los carburos de hidrógeno sólidos, líquidos o gaseosos, *no se expedirán concesiones y la ley reglamentaria respectiva determinará la forma en que la Nación llevará las explotaciones de esos productos*".

Con la expropiación de los bienes de las compañías, se evitaba el peligro que representaban los grandes intereses económicos invertidos en la explotación del subsuelo, pero no era prudente confiar en que los demás particulares interesados en la misma explotación, que no resultaron afectados directamente por el acto expropiatorio, y que eran titulares de concesiones, no significaran en el futuro el peligro potencial de resucitar el mismo problema que el país había contemplado hasta entonces.

La experiencia mexicana era muy clara: En el pasado, habían traspasado sus concesiones a capitalistas extranjeros, en el futuro, teniendo la misma posibilidad jurídica, lo seguirían haciendo.

Tal convicción explica el sentido de la Reforma Constitucional del párrafo sexto del Artículo 27, que suprimió el régimen de concesiones y atribuyó en forma exclusiva a la Nación el derecho a la explotación del subsuelo. Que en otras palabras, quiere decir, eliminar en forma absoluta a los particulares de la explotación de los hidrocarburos.

La Exposición de Motivos del Proyecto de Reforma enviado al Congreso por el Presidente Cárdenas, es lo suficientemente clara para confirmar esa interpretación:

"El Proyecto es una consecuencia lógica tanto del desarrollo que la interpretación del Artículo 27 Constitucional ha tenido desde la época de su expedición, cuanto de las disposiciones dictadas a partir del 18 de marzo. . .";

"La discrecionalidad (del otorgamiento de las concesiones) que consagraba la Ley Constitucional, era después anulada en la legislación secundaria. . .", con el criterio de que la nacionalización del petróleo no tenía otra finalidad que la "de entregar al Estado la regulación de la distribución"; estableciéndose contra el texto de la Ley Fundamental "la obligatoriedad para la Administración Pública del otorgamietno de las concesiones";

"Todavía en 1933 se contendió expresamente. . . la constitucionalidad del sistema de reservas federales";

"Fue a través de la *explotación directa* de las reservas, como la Nación. . . logró iniciar un aprovechamiento verdadero de la riqueza del petróleo";

"NO SE VE EL MOTIVO PARA PERMITIR QUE CONTINÚEN FORMÁNDOSE Y VIGORIZÁNDOSE INTERESES PRIVADOS, QUE ES DE PRESUMIRSE LLEGARAN A SER, SI NO ANTAGÓNICOS, A LO MENOS DISTINTOS DE LOS INTERESES GENERALES CUYA TUTELA PROCURARÁ EL GOBIERNO CON TODO EMPEÑO Y ENERGÍA. . ."

"A esto obedece el propósito del Ejecutivo de que termine el régimen de las concesiones";

Si la Suprema Corte de Justicia ha reconocido el carácter discrecional con que el Estado puede conceder y revocar las concesiones, "jurídicamente habría podido en ley secundaria fijarse el nuevo principio"; pero el Gobierno no se decidió por ese camino, porque la tesis jurisprudencial de entonces era en el sentido de que "los autores del Artículo 27 no quisieron que el dominio directo del petróleo se ejercitase excluyendo a los particulares" y aunque las interpretaciones de ese tipo son suscep-

tibles de modificación, por la propia jurisprudencia de la Corte, "piensa el Ejecutivo que una medida de la importancia de la que se proyecta, no debe quedar sujeta a la controversia que los interesados muy probablemente provocarían"; por cuyo motivo, la iniciativa sugiere incorporar al texto Constitucional "EL PRINCIPIO DE LA EXPLOTACIÓN DIRECTA DEL PETRÓLEO QUE A LA NACIÓN CORRESPONDE"...

De manera que la Exposición de Motivos expresamente mencionó la necesidad de incorporar al texto constitucional, el principio de la explotación directa del petróleo por la Nación, toda vez que no se veía el motivo para permitir que continuaran formándose y vigorizándose intereses privados antagónicos o cuando menos diferentes a los intereses generales del Estado; lo que en lenguaje llano significa: eliminación absoluta de los particulares, de esa explotación.

Y esa ha sido la política petrolera del Estado durante los 20 años transcurridos desde 1938.

AHORA bien, no obstante que esos han sido los antecedentes de la Reforma. ésa, su interpretación, y ésa, la política petrolera nacional, la Ley Reglamentaria del Artículo 27 en el Ramo del Petróleo, de 2 de mayo de 1941, incluyó en su articulado disposiciones que notoriamente están en contradicción con el texto del artículo reformado y con la Exposición de Motivos que lo fundamentaron, lo que significa su inconstitucionalidad.

En efecto, el Artículo 1º transitorio de dicha Ley Reglamentaria, da a entender que los titulares de concesiones petroleras, podrían seguir haciendo trabajos de explotación del subsuelo; disposición que tiene notoria invalidez jurídica, supuesto que como ya expusimos antes, la reforma del 27 reservó con toda claridad a la Nación la explotación exclusiva del subsuelo; y esa reforma, según lo establece el Artículo 133 del Pacto Federal, ha de aplicarse en sus términos, independientemente de las disposiciones en contrario que existieran en las leyes secundarias; y aún al margen del argumento de que la disposición constitucional tuviera una aplicación retroactiva, porque como ya se dijo también, y lo ha confirmado la Jurisprudencia de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, las leyes que dicta el Constituyente deberán aplicarse aunque entrañen una aplicación retroactiva, "a pesar del Artículo 14 Constitucional, y sin que ello importe violación de garantía alguna individual".

En resumen: la Exposición de Motivos de la Reforma Constitucional, destaca la relación entre el ambiente social, económico y político de la época, y las normas legislativas y su interpretación jurisprudencial: Al influjo del liberalismo económico, se redactaron las leyes mineras de 84, de 92 y de 909. Frente a las grandes demandas colectivas de la Revolución Mexicana, se redactó el Artículo 27 Constitucional. Los intereses de los particulares vinculados a la explotación del subsuelo, adquirieron tal poder económico, que fue indudable la inestabilidad de la Nación durante el período de tiempo transcurrido de 1917 a 1938 y la ineficacia del Artículo 27 mencionado. A partir de 1938, el Gobierno Nacional resolvió expropiar los bienes de las compañías petroleras, eliminando a los particulares de la explotación del subsuelo. La medida resulta congruente con la experiencia adquirida durante 40 años de intervención de los particulares, mexicanos o extranjeros, en la explotación del subsuelo. El Decreto de 18 de marzo de 1938, desbarató el poder económico de las grandes compañías y puso de manifiesto la urgencia de consolidar esa medida, evitando que pudiera reproducirse en el futuro el fenómeno, si se permitiera la supervivencia de la intervención de los particulares en la explotación del subsuelo. Por esa razón se propuso la reforma del párrafo sexto del Artículo 27, que estableció en favor de la Nación, la exclusividad de hacer la explotación directa de nuestro subsuelo, relacionándola con la supresión del régimen de concesiones, lo que indica claramente la definitiva eliminación de los particulares, de esa explotación.

Y así, se han superado las causas que dieron origen a la situación humillante del Poder Público, frente al poder económico de los particulares explotadores de nuestro subsuelo petrolero.

De manera que, el simple examen de los antecedentes expuestos, nos explica por qué el candidato del Partido del Progreso (en México se llama "Partido Revolucionario Institucional") representa exactamente el pensamiento de la Revolución Mexicana, que en defensa de la Soberanía Nacional y de su independencia económica, mantiene la política petrolera del Estado consistente, en la exclusividad a favor de la Nación, de hacer la explotación directa de nuestro subsuelo, eliminando a los par-

ticulares, así sean nacionales o extranjeros. En tanto que, la posición adversa de su contrincante, expresa una de las metas esenciales del Partido del Retroceso: el día en que abriéramos la puerta a la inversión privada de capitales en el ramo del petróleo, RETROCEDERÍAMOS a 20 años atrás, con todas las consecuencias, o tal vez con más graves consecuencias que las que contemplamos en el pasado. Las inversiones se multiplicarían fantásticamente; su monto sería de tal manera considerable, que el poder económico que las mismas representaran, sería, como antaño, superior al poder político y económico del Estado. Las presiones de los *trusts* internacionales del petróleo y de las cancillerías extranjeras, volverían a colocarnos en la angustia y en la intranquilidad que padecimos. Lo más cuajado, lo más limpio, lo más vigoroso que nuestra Revolución ha conquistado, se vendría abajo ruidosamente.

Nuestra experiencia histórica, no podría perdonarnos que cometiéramos semejante error.

Por eso, el candidato López Mateos sostiene que las metas de un pueblo joven y pujante, como debe ser el nuestro, no pueden derrumbarse, por ceguera, por debilidad o por cobardía; que el mundo sigue adelante y que la historia no puede volverse atrás.

SANÍN CANO, RECTOR MORAL DE REPÚBLICAS

Por *Manuel Pedro GONZÁLEZ*

DESEA *Cuadernos Americanos* rendir homenaje al luminoso espíritu que por casi setenta años fue, en el ámbito iberoamericano, algo así como un símbolo o encarnación viva de la inteligencia cultivada al grado sumo, la razón lúcida y libre de compromisos sectarios —políticos, filosóficos o religiosos— y la pulcritud en la conducta. Frente a la concupiscencia, la abdicación de los principios, y el flagrante olvido del decoro que en los últimos decenios han inficionado a tantos gobiernos, a gran parte de la prensa y a no pocos intelectuales en la América hispana, Sanín Cano mantuvo siempre en alto la antorcha de la dignidad, la decencia y la probidad del escritor, y el ejemplo pautador de su limpia ejecutoria de ciudadano. En una época de general claudicación y de sanchopancismo hipócrita y convenenciero en la América española, Sanín Cano se mantuvo firme hasta su muerte en la trinchera del decoro. En la vanguardia del liberalismo progresista y tolerante militó hasta los noventa y seis años cuando la muerte lo abatió. Habiendo alcanzado una longevidad casi centenaria, en ningún instante rectificó ni contramarchó ni se tornó conservador ni dio en la beatería en que tantos, antaño volterianos, han caído al llegar a la edad provecta o senil. En su gloriosa ancianidad no abdicó de sus convicciones de juventud y nos dejó el ejemplo de rectitud y firmeza más inmaculado que se descubre en América en este siglo. Por eso al intentar ahora cumplir la encomienda que me ha asignado el director de *Cuadernos Americanos* —quien por pertenecer al mismo linaje espiritual que el gran desaparecido quiere rendirle tributo— hago mía la magnífica definición que de don Baldomero nos dio Gabriela Mistral y la pongo al frente de este panegírico.

Y ya que he mencionado a Gabriela, permítaseme que transcriba aquí las ambivalentes palabras iniciales del obituario

que recientemente dediqué al querido amigo. En ellas quedaron ambos vinculados como espíritus de pareja y suprema jerarquía espiritual en la América actual:

> Hay años afortunados y fecundos y años luctuosos y casi estériles en la vida cultural de los pueblos. A la segunda categoría pertenece hasta ahora el de 1957 por lo que a las letras iberoamericanas respecta. Ya llevamos doblada la primera mitad y no se ha producido todavía una de esas obras que hacen época o marcan rumbos nuevos; en cambio durante los primeros cinco meses hemos perdido a los dos más altos y acendrados valores espirituales que teníamos. Se inció con la muerte de Gabriela Mistral y a los cuatro meses casi justos se nos fue don Baldomero Sanín Cano, el más excelso paradigma de hombre y de escritor que nos quedaba. La más original y universal de nuestras mujeres y el intelectual y valor humano más ejemplar que poseíamos. Huérfanos de alma deben sentirse muchos de los mejores espíritus en Hispanoamérica hoy, porque el hueco que estas dos máximas figuras han dejado, nadie podrá llenarlo. A su alto rango intelectual añadían ambos —y esto es lo que más cuenta— una calidad humana tan impoluta y una conducta tan limpia que es difícil encontrarles parigual en este instante en que la mayoría de los intelectuales del mundo aparecen mancillados por claudicaciones y apostasías acomodaticias, cuando no por vitanda venalidad. De Gabriela y don Baldomero puede decirse lo que de Ralph Waldo Emerson afirmó José Martí: en ellos fue enteramente digno el ser humano. No hay jerarquía más noble ni más consagrador y merecido elogio. Mucho antes de que la muerte los redimiera de toda imperfección humana, ambos se habían convertido en especie de genios tutelares americanos, lo cual da la talla de su grandeza.

Confieso que me resulta en extremo difícil escribir sobre Sanín Cano, aun a los ocho meses de su tránsito, con ánimo sereno y con objetividad. Casi un cuarto de siglo duró nuestra estrecha amistad epistolar. El diálogo se inició en 1933, pero desde mucho antes era ya la figura de nuestras letras que más admiraba y la que con mayor devoción leía. Aunque nuestras sendas nunca coincidieron, yo le amaba con un cariño filial que ni el tiempo ni la distancia atenuaron ni menguará en el resto de mis días. Él se sabía querido y correspondía a mi afecto

con una generosidad tolerante y manirrota que obligaba aún más mi gratitud. Su muerte —como la de Gabriela, de quien tuve también el privilegio de ser muy amigo— no por prevista y temida dada su avanzadísima edad, sumió mi espíritu en honda desolación. Todavía no puedo evocarlo sin que el ánimo se me conturbe. Puedo repetir aquí, haciéndolas mías, las bellas palabras con que él aludió a su cordialísima amistad con el gran poeta Guillermo Valencia: "Nos separó la muerte, pero esa modificación de la materia no ha interrumpido nuestra intimidad espiritual. Dejó su obra. . . Su recuerdo es más tenaz que la inconstante rotación de las cosas y los hombres y superior al tiempo mismo".

No se espere de mí, pues, un juicio imparcial y riguroso. Un hijo, si es bien nacido, jamás podrá escribirlo de su padre. Y eso, padre espiritual, fue para mí Sanín Cano. Lo que aquí diré será todo —canto, loa o panegírico— menos un análisis crítico. Quienes juzgan sólo con la razón no entenderán y hasta desdeñarán este enfoque; pero ya decía Pascal que el corazón tiene razones que la razón no comprende. De Sanín Cano yo no podré escribir nunca sino con el alma. Siempre que lo evoco se inhibe la sindéresis y aflora el sentimiento. Queda, pues, advertido el lector exigente para que no siga leyendo. . .

Nació don Baldomero Sanín Cano en Ríonegro, provincia o departamento de Antioquia, el 27 de junio de 1861. En los primeros capítulos de su último libro *De mi vida y otras vidas* (1949), única ocasión en que se permitió la libertad de darnos algunos detalles autobiográficos, nos cuenta el maestro las peripecias esenciales de su adolescencia, su educación, y sus actividades intelectuales hasta los treinta años. Con desesperante laconismo y brevedad, y aludiendo apenas a sí mismo, cual si se tratase de tercera persona sin relieve ni trascendencia, nos pone en autos de los acontecimientos de mayor significación que acompañaron su infancia y su juventud, y se detiene de preferencia en la descripción del ambiente de su ciudad natal tanto como de Medellín, capital del departamento. Como en casi todo lo que escribió, en estas páginas que apenas pueden llamarse autobiográficas, porque ex profeso se autoelimina de ellas lo más posible, campea un humor delicioso y una gracia cautivadora. En varias ocasiones lo había instado yo a que escribiera sus memorias, pero él tenía poca simpatía por este género literario que con frecuencia revela, más que la importan-

cia, la vanidad y la egolatría de quienes lo cultivan. Aludiendo a Benvenuto Cellini, de cuyo parecer sobre el tema disentía radicalmente, dice el maestro en la "Introducción" a este volumen:

> Opina el autor del presente libro que habría un principio de vanidad en el hecho de escribir las propias memorias si se tomara por irrevocable el dicho del enorme florentino. Partir del principio de que el autor de unas memorias ha figurado en su tiempo, es anticiparse al juicio de la posteridad. Si Benvenuto Cellini no hubiera hecho más que sus divinas esculturas, su nombre habría pasado a la historia del arte, aunque no hubiera escrito sus memorias. Pero hay algunos personajes que de no haber escrito sus memorias acaso no hubieran figurado en las listas de los inmortales. Debe escribir sus memorias el que sin haber figurado notablemente en su tiempo cree tener algo que decir a los circunstantes o a la posteridad, no de sí mismo sino de los sucesos que ha visto y de los hombres que ha conocido.

La última sentencia transcrita expresa exactamente el concepto que de las memorias tenía y explica el hecho de que en este libro encantador que acoto, el personaje de menos relieve al parecer entre los muchos que por sus páginas desfilan, sea precisamente el autor. Mas pese a este empeño por anularse, por evadirse o eclipsarse, en este libro mejor que en ningún otro quedó autorretratado el maestro. Este mismo anhelo tenaz de no referirse a sí mismo, de posponerse o postergarse, lo pinta de cuerpo entero. Ningún escritor, por más que lo intente, logra esconder su personalidad, dijo él en cierta ocasión.

Por los años en que nació don Baldomero, Ríonegro era una pequeña ciudad aislada, de arduo acceso y de ambiente patriarcal. "Un antioqueño del centro, del norte o del occidente de Antioquia que hubiera conocido Bogotá, era notable por esta única hazaña de su vida", dice el maestro con sonriente humor. Y añade luego con similar donaire:

> En Ríonegro, ciudad de mi nacimiento, entre sus doce o trece mil habitantes, habría a lo sumo diez personas que habían estado en la capital de la república. La prensa de la capital no era conocida sino de una o dos personas suscritas al *Diario de Cundinamarca*. Ejemplares de libros publicados en Bogotá solían llegar a personas favorecidas por el destino. Recuerdo que *María*

de Isaacs, en un solo ejemplar, pasaba de casa en casa, bañado en las lágrimas del vecindario.

Miembro de una numerosa familia, don Baldomero quedó huérfano de madre a los cinco años, pero tuvo la fortuna de que su progenitor fuese hombre de raros méritos. De él parece haber heredado el futuro escritor ciertas aptitudes y el generoso sentido de humor que permea y enriquece toda su ingente obra literaria. Diez hijos tuvo Baldomero Sanín Vera. De él dice el maestro que era "uno de los hombres más rectos y pundonorosos que he conocido", y completa la imagen con estas palabras que parecen un autorretrato:

> Mi padre fue dotado por la naturaleza de felices capacidades de observación, de un raro talento matemático y de un discreto y apacible sentido de humor. Parecía hombre muy serio, pero reía de cuando en cuando con franca alegría. No tuvo más educación que la suministrada entonces en las escuelas públicas elementales; pero en medio de sus apremiantes quehaceres y de las atenciones que exigía la dirección y el sostenimiento de una familia numerosa, él hallaba espacio y tiempo para cultivar sus aficiones científicas y literarias. Consultaba a Salvá, el gramático imponente de aquellos tiempos, y refrescaba y aumentaba sus nociones matemáticas en las obras de don Lino de Pombo. Me ayudaba sonriendo a desenvolver los ejercicios de álgebra y a resolver los problemas de esta materia que me daban en el colegio para trabajo en la casa. Me causaba sorpresa y alegría descubrir en él esa clase y abundancia de conocimientos.

El cariño paternal y la vigilante tutoría de una hermana de su padre orientaron la inteligencia precoz del niño antes de que fuese enviado a ningún plantel de párvulos. A muy tierna edad debió haberse iniciado el aprendizaje porque don Baldomero no recordaba cuándo ni cómo aprendió a leer. De la escuela elemental pasó a la normal para maestros que en 1875 se fundó en Ríonegro. Después de algunas interrupciones en sus estudios motivadas por revueltas políticas que clausuraban la escuela, recibió el título de maestro de escuela superior a los 19 años, en 1880. Mientras tanto y por su cuenta y riesgo estudiaba idiomas extranjeros y otras materias que no se enseñaban en la escuela. Aquí termina la preparación académica del futuro escritor, la cual, como se ve, tuvo más de pedagógica que de

humanística o literaria. Pero ya había comenzado el otro aprendizaje mucho más edificante y fecundo; el autodidacticismo insaciable y tesonero. Don Baldomero es el caso más heroico y ejemplar de autodidacta que en Hispanoamérica se registra.

Tras una corta y poco grata experiencia profesoral en Titiribí y luego en Medellín, resolvió abandonar el magisterio y trasladarse a Bogotá. De su estancia en Medellín recordaba Sanín Cano con cariño a muchos personajes de cierta significación en su época en aquel ambiente. Entre otros al doctor Francisco Uribe Mejía, bondadoso y querido, que "cubría su calva desolada y reverenda con la chistera indispensable", y al donoso escritor y raro carácter Leocadio Lotero que "parecía en estado de neutralidad armada con la existencia".

En Bogotá hizo un poco de todo para ganarse el pan: empezó dando clases privadas de idiomas extranjeros; escribía —sin firmar— artículos en la prensa; organizó la biblioteca de Rafael María Merdián — "una de las más copiosas de entonces en la ciudad y la mejor surtida en lenguas modernas". Esta tarea benefició y enriqueció mucho su cultura. Por último, la necesidad le compelió a desempeñar el cargo de superintendente de una empresa de tranvías de tracción animal. Según él mismo nos informa: "Debía encargarme de la contabilidad de la compañía, llevar en inglés la correspondencia y atender a otros cuidados, tales como el arreglo de itinerarios y alimentación de las bestias de servicio". (Menesteres análogos de contabilidad había desempeñado Sarmiento en Chile y ocuparán a José Martí en New York por los mismos años que a don Baldomero en Bogotá). Mientras tanto se dilataban los horizontes de su cultura y perfeccionaba el conocimiento de otras lenguas modernas de las cuales llegó a leer unas 9 ó 10. Ya en 1885 era sobradamente conocido en los círculos más cultos de Bogotá, aunque no firmara los artículos que publicaba en la prensa local. Desde el primer momento los elementos clericales y tradicionalistas de la capital lo honraron con su ojeriza. No le perdonaban —nunca le perdonaron— su liberalismo avanzado, su tolerancia con todos los dogmas, su escepticismo religioso y filosófico, su insaciable y tenaz curiosidad intelectual, y menos aún su esfuerzo por sintonizar la cultura colombiana con la europea divulgando en Bogotá las "nefandas" ideas que allende el mar predominaban. Un notable artículo con ocasión de la muerte de Hipólito Taine en 1893, a cuyo pie apareció su nombre sin que él lo autorizara, lo dio a conocer fuera de su país.

El resto de su carrera literaria y de sus actividades docentes y diplomáticas es bien conocido del exiguo número de lectores que en Hispanoamérica se preocupa por las cosas del espíritu. En calidad de ministro de Hacienda colaboró en la administración del general Reyes. Residió en Europa —principalmente en Inglaterra donde permaneció desde 1909 hasta 1923— por largas temporadas, y visitó muchos países de aquel continente. Durante algún tiempo profesó en la Universidad de Edimburgo y tuvo ocasión de conocer y tratar a muchos de los hombres de letras más eminentes de Europa y América. En varias ocasiones le fue confiada la representación diplomática de su país. El Comité de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones le nombró —junto con Gabriela Mistral— delegado o consejero técnico por Hispanoamérica. Por último, su gran amigo, el doctor Eduardo Santos, siendo Presidente de Colombia, le confió la rectoría de la Universidad de Popayán. Este creo que fue el último cargo que desempeñó. Pero ninguna de estas actividades pudo desviar su vocación intelectual ni atenuar su sed de cultura, nutrida día a día en la lectura apasionada en muchas lenguas. La comunicación espiritual con los grandes creadores de todas las épocas y latitudes mediante el libro constituyó la gran pasión de su vida y le proporcionó los más íntimos deleites que le fue dado gozar.

El, sin embargo, se consideraba simplemente periodista —periodista en el alto y noble sentido en que lo fueron tantos otros grandes de América y de España: Bello, Sarmiento, Montalvo, González Prada, Martí, Darío, Unamuno, Azorín, Ortega y Gasset, Maeztu, etc. Como ellos don Baldomero hizo del periódico cátedra de ideas y heraldo de alta cultura. Como la de Martí, a quien tanto reverenciaba él, la obra de don Baldomero es fragmentaria casi toda. Los siguientes títulos: *La administración Reyes* (1909); *An elementary Spanish Grammar* (1920); *Spanish Reader* (1920); un diccionario bilingüe que desconozco; *Letras colombianas* (1944), y el ya indicado *De mi vida y otras vidas,* representan los únicos libros orgánicos que don Baldomero escribió durante setenta años de acrisolada labor intelectual. Todo el resto son ensayos más o menos breves que nunca recogió en volumen. Los otros siete libros en que se han recopilado muchos de sus escritos más valiosos —*Civilización manual* (1925); *Indagaciones e imágenes* (1926); *Crítica y arte* (1932); *Ensayos* (1942); *Tipos, obras, ideas* (1949);

Divagaciones filológicas (2ª edición, 1952); *El Humanismo y el progreso del hombre* (1955), y un volumen póstumo, *Pesadumbre de la belleza* (1957) que no conozco todavía—, hay que agradecérselos a compiladores amigos como Germán Arciniegas, Samuel Glusberg y Antonio Aíta, o a editores devotos. El maestro jamás se preocupó de coleccionar o reunir en volumen nada de lo que para la prensa diaria o para las revistas escribió. En 1939, a iniciativa del entonces presidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, se pidió al gobierno colombiano un homenaje que debía consistir en la recopilación y publicación en volúmenes de todo lo más granado que el maestro hubiera escrito. Firmaban aquella solicitud una sesentena de personalidades de máxima solvencia intelectual de Europa y América — desde Karl Vossler, Paul Hazard, Américo Castro y Federico de Onís, hasta Fernando Ortiz, Stephen Dugan y Juana de Ibarbourou; mas por razones hasta hoy desconocidas el gobierno colombiano hizo oídos de mercader ante aquel memorial que tantos nombres ilustres autorizaban. (Quien desee conocer la historia y la documentación de aquella fracasada iniciativa, puede consultar la entrega "Homenaje a Sanín Cano", febrero de 1948, pp. 329-337, de la *Revista Iberoamericana)*.

Don Baldomero fue escritor asiduo y ejemplar. Esta función no era en él un mero panganar ni la expresión de sus admirables dotes intelectuales. Era esto y algo mucho más íntimo y de mayor monto: una vocación irresistible y un apostolado cultural. En lengua española muy pocos antes de él elevaron la tarea de escribir para la prensa diaria al rango de sacerdocio cultural a que él la levantó. Muchos fueron los diarios y revistas en que durante años colaboró de manera regular. Los que más se prestigiaron con su talento fueron *La Nación,* de Buenos Aires, y *El Tiempo,* de Bogotá, por ser los dos en que por más luengos años colaboró. Del primero fue corresponsal en Europa por un largo período de tiempo y luego, durante su dilatada estancia en Buenos Aires (1925-1936), además de los artículos firmados, escribía los editoriales relativos a problemas europeos e internacionales en general. Amén de los que llevan su nombre, en el gran periódico bonaerense publicó anónimamente centenares de correspondencias, comentarios y artículos de fondo que darían materia para varios volúmenes. Al fundar don Eduardo Santos *El Tiempo,* don Baldomero tuvo en él otra

de las más altas y prestigiadas tribunas que en América han existido en este siglo. En el excelente Suplemento Literario de *El Tiempo* colaboró el maestro hasta los últimos años de su vida cuando los médicos le prohibieron escribir. Con frecuencia sus artículos se reproducían en otras publicaciones del continente. Sólo en el *Repertorio Americano* se reprodujo un centenar de ellos por lo menos. Otra publicación que se enriqueció por años con los frutos de su ingenio y su cultura fue la revista *Hispania* que en Londres fundó y dirigió su gran amigo Santiago Pérez Triana.

Durante el último cuarto de siglo don Baldomero se había convertido en algo así como la conciencia moral de América y era reconocido y acatado como la mente directriz más cultivada y lúcida y la voz más autorizada y noble del continente. Antes de él, sólo José Martí alcanzó en vida tan alto prestigio y se le reconoció una tan inmaculada alcurnia entre los que en América han hecho del periodismo una profesión. Por eso pudo Gabriela Mistral proclamarlo con toda justicia y sin hipérbole "rector moral de repúblicas". En otra ocasión dijo de él la chilena universal: "Sanín Cano ha enseñado buena parte de lo que sabemos sobre la seriedad y la ética del escritor y ha mostrado el perfil verídico de la libertad, el civismo y la democracia a su generación, a la mía y a la siguiente". Tan excelso era y tan inigualados su autoridad y su saber, que su eminente admirador y amigo, Waldo Frank, pudo afirmar: "Sanín Cano sobresale entre sus contemporáneos de dos generaciones como una Cordillera de los Andes. Pero su eminencia no es gélida ni desierta: tiene la riqueza y fertilidad de su patrio valle del Cauca". El artículo que Frank le consagró en *The Nation*, de New York, al morir es una de las más hermosas y sentidas páginas que su tránsito ha inspirado y constituye, además, un testimonio irrecusable del prestigio internacional que nimbaba el nombre del maestro en sus últimos años.

El hábito y la pasión de la lectura eran tan inveterados en él y tan necesarios que hacia el final de su vida, cuando la energía física y la vista habían menguado mucho, la supresión de este gozo constituyó una verdadera tortura. Desde los noventa y dos años los médicos empezaron a racionarle la lectura, pero él los burlaba y se excedía. Sin embargo, la resistencia física mermaba en la misma medida en que aumentaba el cansancio de la vista y la fatiga mental, obligándolo a largas pausas. Esto

le producía una gran desazón. En una de sus últimas cartas me decía el dilecto amigo con resignada desolación que no podía leer más de una página de una sentada. Si tenemos en cuenta que su espíritu y su avidez intelectual se mantenían casi indemnes a los estragos físicos se comprenderá lo que esta privación representaba.

Otros dos motivos de aflicción ensombrecieron sus últimos años. El espectáculo de arbitrariedades forzudas y de sangre que Colombia ofreció al mundo bajo las dos dictaduras reaccionarias de Laureano Gómez y de Rojas Pinilla laceró su espíritu en los años finales de su vida. No menor angustia le producía el cariz trágico que iba adquiriendo la pugna entre Rusia y los Estados Unidos por la hegemonía mundial. La farsa cínica en que han caído las relaciones internacionales y el pugilato por el dominio del planeta; la dedicación de los hombres de ciencia a crear máquinas apocalípticas que de emplearse acabarán con la vida en el mundo que habitamos; la total ausencia de probidad, de ética, y hasta de inteligencia que observaba en los que dirigían la política exterior de las grandes potencias, le producían una gran congoja. Hasta sus últimos momentos siguió con dramática atención el proceso armamentista acelerado que amenaza con aniquilarnos a todos y su pesimismo se acentuaba cada día más. Después de cumplir noventa y cinco años asistió con heroico estoicismo al derrumbe de sus fuerzas físicas; pero la inevitable ruina de su maravillosa naturaleza no abatió su espíritu ni nubló su lúcida inteligencia hasta los últimos instantes.

Sus últimas cartas eran ya muy breves —sólo una página o un párrafo— pero en estos precarios mensajes alentaba aún su magna intelección. Se enfrentó con la muerte con la misma digna serenidad con que había vivido. Ni terror ni angustia le producía la proximidad del gran misterio. Su alma estaba exenta de ilusiones tanto como del pavor que sobre la trasvida infiltran en las almas ciertos dogmas religiosos. Su escepticismo a este respecto tanto como el estoicismo sereno que rigió su vida le permitieron encarar la muerte en actitud filosófica y resignada, sin esperanzas ilusorias pero sin angustia también. Sobre el tema no escribió nunca, que yo sepa, y sus cartas arrojan poca luz al respecto —por lo menos la setentena que de él poseo. Acaso en la conversación con sus amigos íntimos haya sido más explícito. Quizás Hernando Téllez o Germán Arci-

niegas que gozaron el deleite del diálogo vivo con él y que tan hermosas páginas exegéticas han escrito sobre su ejemplaridad intelectual nos digan algún día cuál era su pensamiento respecto a la trasvida. Me inclino a creer, sin embargo, que se encontraba más próximo al escepticismo irónico de su gran amigo José Asunción Silva que a la ortodoxia de Guillermo Valencia.

No es posible dar aquí idea del valer intelectual de Sanín Cano ni de la trascendencia de su obra literaria en el ámbito de la cultura iberoamericana. Más aún que la de Silva o la de Valencia, era la suya una mentalidad ecuménica. Su curiosidad intelectual no reconoció límites. Desde muy temprana edad se sintió atraído por el estudio de la naturaleza y de las ciencias que intentan explicarla. Era un humanista perfecto —acaso el más cabal y pautador que nuestra América haya producido en el presente siglo. Era versado en letras griegas y latinas, españolas y americanas, inglesas tanto como alemanas, francesas, italianas, norteamericanas y escandinavas. Era el único americano de talla que teníamos capaz de leer a los miles de autores que lo deleitaron en sus respectivas lenguas vernáculas.

Su mucho saber libresco estaba enriquecido y acrisolado por una clarísima inteligencia, por un espíritu amplio y tolerante, por una ética personal rigurosa y por un ínsito y generoso sentido de humor que le permitía comprender, admirar o compadecerlo todo con una sonrisa irónica o bondadosa que rara vez daba en el rictus sarcástico. La de Sanín Cano era una de las mentes mejor organizadas, armoniosas y selectas que por nuestras tierras se han producido. Había algo de goetheano en su versatilidad, en su avidez de conocimiento, en su aptitud para abarcarlo y explicarlo todo. La filosofía y la literatura, las ciencias naturales lo mismo que las físico-matemáticas, la poesía tanto como la historia tentaron su curiosidad. Y luego aquel otro género de sabiduría aún más alta en la que él era sapientísimo, sabiduría que no se aprende en los libros sino en *el libro* único y máximo que es la vida —libro que todos manejamos y que tan pocos sabemos leer y aprovechar. Se complacía en la compañía y en el diálogo con las mentes cultivadas, pero no se hacía ilusiones respecto a la estulticia humana.

Advino Sanín Cano a la edad de la razón en el instante en que se renovaban la literatura y el intelecto europeos mediante la propagación de nuevas formas y estilos y de concepciones filosóficas instauradoras, con las cuales él entró en íntimo con-

tacto en la década del ochenta. El parnasianismo, el impresionismo, el simbolismo, el positivismo, el determinismo, el materialismo histórico, el naturalismo, el socialismo y el materialismo científico habían renovado la literatura y la pintura, la filosofía y la sociología europeas por estas calendas. Nacido en un momento y en un ambiente de rancio catolicismo y de servil acatamiento a la tradición españolizante, que le cerraban el paso a toda idea heterodoxa y a todo dogma o concepción no sancionados por el Vaticano o por la Academia española, el contacto con aquellas ideologías de signo contrario debió producir un serio conflicto en su espíritu. La ortodoxia intolerante —tanto religiosa como literaria—, de la cual era máximo representante en Colombia por los lustros finiseculares el gran humanista y poeta Miguel Antonio Caro estaba en abierta pugna con las nuevas corrientes de pensamiento que de Europa le llegaban. No parece aventurado suponer que durante algún tiempo su espíritu debió sentirse hondamente conmovido por el irreconciliable antagonismo que estos dos polos ideológicos representaban. Como en el caso —otra vez— de su contemporáneo y amigo, el gran poeta Silva, la sindéresis cultivada, la razón y la lógica se encargaron de resolver la antinomia planteada entre el clericalismo doméstico, gazmoño y tozudo, y aquella avalancha de conceptos inéditos. La insurgencia de Sanín Cano frente al ambiente literario, academizante y anquilosado, de la Colombia finisecular, la ha puntualizado de mano maestra Hernando Téllez en el más penetrante y dilucidador ensayo que con ocasión de su óbito he podido leer.

Aunque la cita sea un poco larga, deseo transcribir aquí dos párrafos de este admirable ensayo exegético de Hernando Téllez en la seguridad de que el lector habrá de agradecérmelo. Téllez es, probablemente, el escoliasta más sagaz y penetrante que hasta hoy ha encontrado la obra y el espíritu del maestro. En los dos párrafos que siguen quedaron definidos con brevedad y elocuencia ejemplares el escritor y el pensador, el estilista y el hombre. Gócelos el lector:

> En el ámbito literario del trópico, su prosa representaba un ejemplo casi solitario, de sobriedad y de contención. Enjuta y austera, parecía una prosa de secano en medio de la viciosa abundancia y la inútil fertilidad. Su astringencia estilística desencantaba a todos cuantos se creyeron guardianes de una riqueza verbal

que no era riqueza sino acumulación retórica. No podían advertir en ese último diseño, la secreta palpitación de un estilo despojado voluntariamente de toda vanidad y de todo accesorio. La inteligencia impedía allí cualquier género de blanduras y de impudicias, de facilidades y de libertinajes. No estaba hecha esa prosa para adular ninguna vulgaridad del gusto. Y, por añadidura, no era vehículo de simulación. Las ideas, los conceptos, las opiniones del autor, su noción del mundo y de la incorregible criatura que lo puebla y lo asuela periódicamente, constan de manera cristalina a través de ese estilo. Sanín Cano sabía que en materia de ideas nuevas, de opiniones originales, de interpretaciones excepcionales la única novedad consiste en descubrir la fecha, vieja de siglos, en que hubiera sido proferida por primera vez. No presumía que los griegos o los etruscos, o los chibchas, se hubieran equivocado en materia grave tanto como para intentar corregirlos o refutarlos en nombre del "progreso", de la civilización cristiana o de la propia vanidad. Como había leído suficientemente, y suficientemente meditado sobre lo que había leído, no pensó jamás, como algunos de sus compatriotas, en que el destino de la civilización dependiera de sus opiniones.

Observó y glosó con humor impertérrito, con fina gracia, con malicia sonriente, los avatares de esa civilización. No propuso jamás ninguna fórmula personal para la salvación de la especie, el bienestar de la sociedad humana, el equilibrio político de los Estados o la felicidad del hombre, como acostumbraban hacerlo de manera recurrente e inevitable los sociólogos y los "filósofos" suramericanos, porque sabía de la incurabilidad histórica de esas dolencias y de la inanidad de todas las fórmulas. Defendió sin algazara, sin aspavientos, con palabras leales y exactas, la libertad y la dignidad del hombre. Amó la belleza en la innumerable variedad de sus presencias, esencias, significaciones y valores. Su obra entera da fe de su liberalidad espiritual y de su inagotable capacidad para entender, admirar y justipreciar todo aquello que era digno de entendimiento, de admiración y de justicia. Su bondadoso escepticismo perdonaba y, en cierta manera, absolvía la estupidez irremediable, la tontería insofisticada, la cursilería sin atenuantes. Pero se tornaba buido y sarcástico en presencia de la pedantería militante, de la suficiencia apostólica, de la vanidad que va como perdonando la vida a los demás seres. Abominaba la exageración, el énfasis, el fárrago, la pomposidad, en la vida misma y en la creación literaria. Su estilo de escritor,

estilo seco, estricto, escoriado, en el cual las palabras concurren a una elaboración estética, y el estilo sencillo y discreto de su vida, prueban eso rechazo y esa abstinencia.

Necesario es poner punto final a estos comentarios. Hace justamente veinte años, en 1937, quien esto escribe pidió públicamente un homenaje continental para el maestro de tres generaciones de intelectuales — el escritor a quien más debe la alta cultura americana en el presente siglo. En 1939 reiteró la demanda, ampliada y reforzada ahora la solicitud por la firma de gran número de sabios, escritores y profesores europeos y americanos que se solidarizaron con la iniciativa. Mal de su grado reincide ahora con obstinación machacona para que se realice el tributo que en el memorial de 1939 impetrábamos del gobierno colombiano. No es sólo un acto de justicia lo que implorábamos sino también una necesidad de la cultura americana. Es necesario —es urgente— publicar las obras completas de Sanín Cano en las que se recoja todo lo más granado que su cerebro produjo. Es indispensable dar a luz lo que haya dejado inédito que, sospecho, ha de ser de sumo interés — entre otras cosas, el libro sobre José Asunción Silva, anunciado hace muchos años, mas no publicado aún. Urge recoger su valiosísimo epistolario, tan rico, tan luminoso, tan indispensable complemento a su obra y tan imprescindible para la cabal interpretación de su personalidad literaria y del paradigmático valor humano que fue. Fáltanos también la exégesis global, biográfico-crítica, que sólo un Hernando Téllez o un Germán Arciniegas pueden darnos.

Bien se me alcanza que el momento colombiano no es propicio y que acaso las circunstancias políticas del país imposibiliten la ayuda oficial. Pero con ella o sin ella este empeño debe —y puede— realizarse. Bastará con que los escritores liberales que fueron sus amigos se lo propongan firmemente. Con sólo tres hombres eminentes que auspicien el proyecto se haría factible. Pienso en don Eduardo Santos, en Germán Arciniegas y en Hernando Téllez. Ya sé que hay allí otros muchos escritores de talla dispuestos a apoyar esta empresa de trascendencia americana. Hay también grandes casas editoriales como el Fondo de Cultura Económica y Losada que con una modesta ayuda económica que les llegara estarían dispuestas a asumir los riesgos de una edición de quince o veinte volúmenes. Fuera de Co-

lombia somos muchos los admiradores y amigos del maestro que aportaríamos ayuda. Es cuestión de organización. Pero la iniciativa, la organización, y el impulso tienen que venir de Bogotá. Movilícense y pónganse de acuerdo los escritores liberales de Colombia y recaben auxilio. Verán cómo los de afuera no los defraudan.

Aventura del Pensamiento

SOBRE "EL SEÑOR PRESIDENTE" Y OTROS TEMAS DE LA DICTADURA

Por *Juan LISCANO*

LAS ambiciones de los caudillos militares y los intereses de los terratenientes, aliados en un mismo deseo de reinar en sus feudos, dieron al traste con la obra unitaria del Bolívar la cual naufragó rápidamente en las tormentas del separatismo. Los compatriotas del propio Bolívar, los venezolanos, fueron los primeros en separarse de la Gran Colombia. A principios del año 1830, Bolívar, prematuramente agotado por la tuberculosis y las decepciones, pues contaba 47 años de edad, presentaba su renuncia irrevocable al cargo que ejercía de Presidente de la Gran Colombia. En su mensaje al Congreso vaticinaba con lucidez y dolorido convencimiento lo que sería el destino de esos países: "Los que han servido a la revolución han arado en el mar... Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a las de tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad... Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América".

LA profecía bolivariana se cumplió a cabalidad, inclusive en países que nunca formaron parte de la Gran Colombia, como la Argentina y el Paraguay, Guatemala y Nicaragua. Aún hoy en día, los pueblos de la América Hispana no han logrado escapar al trágico destino señalado por Bolívar, y más frecuente son las etapas de dictadura sangrienta y personalista, que las de libre desenvolvimiento democrático. Así, en la actualidad, repúblicas como Venezuela, Cuba, Nicaragua, Santo Domingo, Paraguay, gimen bajo las férulas implacables de dictaduras apoyadas en las fuerzas armadas. Son países ocupados por sus ejércitos.

Tema de indudable valor novelístico es el de los dictadores hispanoamericanos, el de esos "tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes. . ." que Bolívar veía aproximarse en la melancolía y la renuncia de sus años postreros. No han faltado escritores europeos y norteamericanos, en búsqueda de color local, que aprovecharon dictadores y dictaduras para fabricar relatos y novelas que no perseguían otro objeto que satisfacer el gusto del público por lo exótico y la aventura. Es preciso recalcar que más allá del pintoresquismo hispanoamericano está el drama. Porque las dictaduras, en esos países, pese al aspecto grotesco e improvisado que presentan a menudo, implican siempre sangre, represión, injusticia y dolor humano. El decorado de la farsa no puede disimular la arbitrariedad, los campos de concentración, los presidios, las celdas medievales, las torturas, la muerte bajo todos los aspectos de la violencia. Y si los novelistas europeos o norteamericanos han sabido con frecuencia ver el lado pintoresco de los tiranuelos, casi nunca, en cambio, han mirado y contado los sufrimientos y las luchas de los hombres y de los pueblos por obtener contra ellos libertad, dignidad y justicia.

Sin embargo fue un europeo, un español, quien publicó en 1926 la primera novela moderna y al mismo tiempo de profundo sabor hispanoamericano, sobre el tema de la dictadura. Me refiero a *Tirano Banderas* de don Ramón del Valle Inclán.

La importancia de *Tirano Banderas* en las letras hispanoamericanas fue grande. Constituía una reacción necesaria contra el naturalismo y, al mismo tiempo, una tentativa lograda por crear un idioma criollo y por traducir artísticamente la realidad hispanoamericana.

El naturalismo había imperado en la novela hispanoamericana, limitando su radio de visión a los temas de la ciudad y de su proletariado, empobreciendo su estilo y sacrificando la invención y el lirismo en aras del documento. *Tirano Banderas* rehabilitaba el arte de novelar y el autor introducía elementos poéticos, plásticos, teatrales, barrocos, persiguiendo una suerte de super-realidad expresiva. Era una ruptura con la técnica puramente documental, en prosecución de una nueva forma de traducción de la realidad. Valle Inclán deformaba a voluntad, con el objeto de realzar ciertos motivos del cuadro dejando en bo-

ceto otros, buscaba la impresión, el rasgo rotundo, estilizaba, creaba un ambiente, una atmósfera en que los personajes evolucionaban como extraños títeres de una alucinación. Por momentos intuía en el ballet expresionista, rozaba la cinematografía, se servía de la caricatura. Se piensa en el teatro de vanguardia, en el expresionismo, en el arte goyesco. Cabe advertir que la obra toda de Valle Inclán constituyó una reacción saludable y que logró restituirle a la novela y al relato su poder de invención y de ficción, su poder de elocuencia lírica, su magia verbal, que las tendencias realistas y documentales del naturalismo habían ahogado. El suntuoso lenguaje de Valle Inclán enriqueció el castellano en España como en el Nuevo Mundo. Y su visión caricaturesca y lírica, creando una emoción estética intensa, también denunciaba y criticaba las taras seculares de la España reaccionaria, monacal y castrense.

La influencia de este libro entre los escritores hispanoamericanos es indudable. Valle Inclán supo expresar lo americano y mestizo, el ambiente de la tierra con procedimientos distintos al "verismo", al solo descriptivismo, al tema de la ciudad, al cuadro de costumbre y crear un lenguaje artístico con los modismos y neologismos del habla popular.

Conviene advertir, sin embargo, que en la misma década en que apareció *Tirano Banderas* fueron publicadas tres novelas que se han vuelto clásicas en la América Hispana, todas ellas libertadas del prejuicio naturalista, vueltas hacia el mundo de la tierra —selvas misteriosas o vastas llanuras donde un pueblo nómada y ecuestre despertaba aires mitológicos de centauro—, estremecidas con el soplo de un lirismo telúrico y poético que transmitía su emoción americana en un lenguaje recreado: *La Vorágine* (1924) del colombiano José Eustaquio Rivera, que describe la vida de los caucheros en las grandes selvas; *Don Segundo Sombra* (1926) del argentino Ricardo Güiraldes, que idealiza al gaucho hasta el punto de refundirlo en un símbolo inalterable; y *Doña Bárbara* (1928) del venezolano Rómulo Gallegos, epopeya de la llanura y del llanero y punto de encuentro de todas las tendencias que hasta entonces habían contribuido a formar la novela hispanoamericana.

Las novelas mencionadas, no se encaran con el tema del dictador. Tan sólo en *Doña Bárbara* Gallegos lo roza, al describir la personalidad brutal de un jefe civil y la barbarie del alma mestiza encarnada en un personaje singular de mujerona

criminal y lasciva. Será preciso esperar algunos años para leer la novela que traduzca influencias de procedimientos valleinclanescos. Ese libro se llamará *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias.

Entre las cuatro o cinco grandes novelas hispanoamericanas, es preciso situar a ésta, más que obra de un instante de inspiración, obra de una vida, pues Asturias mantuvo inédito este libro por más de 20 años. El parentesco entre *Tirano Banderas* y *El Señor Presidente* resulta evidente, pero es menester señalar que estas obras no se destruyen una a otra al ser comparadas. Por otra parte cabe advertir que *El Señor Presidente* ya estaba escrito en 1924. Son las hojas de un mismo retablo que cuenta las atrocidades de las tiranías hispanoamericanas. Como cuerpo central de ese retablo del miedo y del crimen, se pudiera poner el *Facundo* del argentino Domingo Faustino Sarmiento. Tendríamos entonces los tres principales testimonios novelescos escritos sobre los dictadores y las dictaduras del Nuevo Mundo.

En *Facundo* (1845), Sarmiento ataca la dictadura de Juan Manuel Rosas quien gobernó de manera despótica la Argentina durante 24 años. Rosas se apoyaba en las gauchadas, salidas de las pampas para combatir el predominio del civilismo de las ciudades. Su dictadura como la de Juan Domingo Perón que tiene con él muchos puntos de contacto, fue demagógica, nacionalista, populachera e implacable. Sarmiento como Rosas venía de la Provincia fecunda y agreste. Ambos poseían una personalidad avasalladora. Pero Rosas representaba el asalto al poder, la tiranía y Sarmiento el pensamiento civilizador. Fue periodista, maestro de escuela, antes de convertirse en uno de los más grandes escritores que ha dado su país. Nacido en 1811, en San Juan, puebluco del Oeste argentino, su padre había sido un patriota fanático. Sarmiento creció con la Independencia de su patria. Su pensamiento tumultuoso y su energía ductora le llevaron a encararse con el caudillo gaucho Facundo Quiroga que gobernaba en su provincia natal. Fue encarcelado y desterrado. De 1839 a 1852 vivió un exilio digno y combativo en Chile. Allí escribió y publicó *Facundo* que quería ser una biografía del caudillo nombrado, pero que resultó una singular interpretación de la Argentina, relato, tratado, panfleto, historia, cuadro de costumbres. El propio autor calificó su libro de

extraño, de informe, de pedazo de roca arrojado a la cabeza de los tiranos. En 1850 Rosas era vencido en una revuelta armada que partía del Uruguay. Sarmiento era elegido Presidente de la República Argentina. Durante su mandato que duró 4 años, concedió importancia especial a la educación, a la reforma del ejército y al fomento de los ferrocarriles. Si en algún caso vemos perfectamente formulada la contradicción violenta que desde sus orígenes republicanos, divide el destino hispanoamericano, es en éste de Sarmiento hombre de pluma y de pensamiento encarado, durante años, con la tiranía personalista de los caudillos brotados de las montoneras gauchas. Desde entonces la conciencia hispanoamericana acepta el antagonismo que parece regir su historia, y que cabe todo en el subtítulo que el propio Sarmiento puso a su libro *Civilización y Barbarie.*

Esta antinomia que parece un tanto simplista, tiene vigencia sin embargo, hasta nuestros días. En efecto, en la propia patria de Bolívar, la fabulosa y afortunada Venezuela de los millonarios y del petróleo, la meca dorada para multitudes de europeos afectados por la penuria económica, el año de 1948, el Ejército en armas derrocaba al Presidente electo masivamente en las primeras elecciones directas, libres y proporcionales efectuadas en ese país. El Presidente constitucional se llamaba Rómulo Gallegos, era autor de diez novelas ejemplares, maestro de juventudes durante veinte años de ejercicio pedagógico, hombre público llevado al poder por un partido democrático y popular. En su persona encarnaba la voluntad civilizadora sarmentina y en aquel Estado Mayor alzado, traidor a los juramentos de fidelidad prestados ante el Congreso, apenas unos meses antes, volvía a vivir la voluntad bestial de los hombres de presa, la barbarie americana. Desde entonces, Venezuela vive una de las más crueles dictaduras de su historia.

Facundo se impone por su valor testimonial e imprecativo. No llega a ser novela en ningún momento. Ni siquiera biografía novelada de Facundo Quiroga. Sin embargo, es un libro apasionante porque constituye una toma de conciencia estremecida de la realidad argentina. La intención panfletaria y pedagógica se viste de magia verbal. Sarmiento habla en alta voz y cuando vibra en ella el acento del terruño, la emoción de los paisajes de la adolescencia recordados, la evocación de ciertos tipos populares de gauchos conocidos en la juventud, alcanza la más alta virtud novelesca y el más convincente lirismo. Em-

pero, combatiendo la barbarie gaucha, la Pampa de donde salían los feroces caudillos de la tiranía rosista, se dejó devorar por su creación, por ese mismo mundo telúrico que quería combatir, y que nadie como él, contribuyó a revelar y a exaltar hasta la épica.

Tirano Banderas, en cambio, es una obra de arte. Irradiante ficción nacida de la entraña de la realidad. Santos Banderas, el Tirano, sin ser ningún personaje histórico en particular, tiene el carácter de algunos connotados dictadores hispanoamericanos. En él están la siniestra austeridad civil del Doctor José Gaspar Rodríguez Francia que gobernó el Paraguay con mano de hierro desde 1813 hasta 1840, fecha de su muerte; de Gabriel García Moreno, clérigo laico, que sumió al Ecuador en sangre hasta que fue asesinado en la puerta de una iglesia; del atroz Estrada Cabrera que durante 22 años (1898-1920) ahogó Guatemala e inspiró *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias; del General Porfirio Díaz que se sentía un dictador esclarecido y que de reelección en reelección imperó durante 30 años en México, hasta que el movimiento popular de Madero, embrión de la Revolución Mexicana, le obligó en 1911 a entregar el poder. En él pueden haber rasgos de otros déspotas como Melgarejo, el delirante histrión boliviano, o su contemporáneo y paisano, Belzú, que le disputó el poder hasta recibir la muerte de la propia mano de su adversario; como el General Rafael Carrera (1814-1865) que durante 26 años gobernó a Guatemala anticipándose en despotismo y crueldad a Estrada Cabrera y a Ubico; como Augusto Leguía que durante dos décadas detuvo la evolución política del Perú y saqueó el tesoro público. La nómina sería interminable. Lo que importa es hacer resaltar ciertos rasgos de *Tirano Banderas,* pues, en general, ellos son característicos de los dictadores hispanoamericanos de origen popular: costumbres austeras, crueldad fría y calculada, tendencia a la megalomanía, sentido mesiánico, valor personal en la guerra, desconfianza, desprecio por las masas de donde provienen, carencia de sentido autocrítico. En lo político, entendimiento con las fuerzas sociales reaccionarias, con los intereses extranjeros y menosprecio radical a todas las formas de expresión representativa de la democracia parlamentaria. Indudablemente no todos los dictadores son semejantes. Algunos han jugado la carta de un nacionalismo aparentemente antiimperialista como Rosas o como el venezolano Castro. Otros han care-

cido de sindéresis y de control sobre sí mismos, dejándose ir a toda suerte de excesos y de arrebatos pasionales. Algunos han sido devorados por la sensualidad y la lujuria. No han faltado los civiles borlados en la Universidad como Francia y García Moreno, capaces de conjugar el crimen con la lógica.

Tirano Banderas campea con rasgos voluntariamente acentuados un arquetipo de dictador salido de los mestizajes. Tiene gestos de clérigo, "gestos cuáqueros" como dice el autor, usa antiparras negras que disimulan su mirada y una "sonrisa verde" que le daba la mascada de la coca, costumbre que aprendiera en sus campañas contra los españoles. Ya no combate a éstos sino a los revolucionarios partidarios de la Reforma Agraria. Más bien se sirve de los intereses creados del comercio hispánico, para obtener alianzas y ventajas políticas. Es el defensor de los "gachupines" —miembros de la Colonia Española— y recibe con su sonrisa verde, loas y préstamos de éstos.

Sociólogos partidarios de la dictadura han pretendido justificarla y explicarla con la tesis de que los caudillos criollos son una expresión del pueblo y que su función histórica es la de realizar la democracia social. Son los "gendarmes necesarios" de un "cesarismo democrático" para usar los términos precisos de uno de ellos, el venezolano Laureano Vallenilla Lanz. Pero esos argumentos carecen de sentido, pues nunca la política social de los déspotas salidos del pueblo ha tendido a favorecer las masas oprimidas. Por el contrario, aun cuando en sus costumbres personales guarden el sello del origen campesino o proletario, la orientación de su gestión de gobierno resulta siempre adversa a las causas populares y sumisa a los intereses de los poderosos. En sus móviles se descubre habitualmente el complejo de inferioridad transmutado en exacerbación personalista, en egocentrismo trepador. La política se presenta como una aventura personal y el poder como una vía para trepar hasta las oligarquías. El déspota hispanoamericano de extracción popular y condición mestiza, ha sido siempre un traidor a su casta o a su clase. Odia en el pueblo, lo que hay de pueblo en él mismo. Y cree cumplir con un destino histórico, asumiendo el poder y garantizándole a la oligarquía, la paz —paz de sepulcros— y el orden —orden carcelario. Lo cual no excluye que desde un punto de vista estrictamente individual, aislado del contexto social, pueda presentar atrayentes características de hombre que se ha hecho a sí mismo, de avasallante personali-

dad, de fuerza de la naturaleza. En ese sentido la personalidad de Facundo Quiroga no dejaba de seducir, como la de un gran animal carnívoro de raza cruel y bella. La personalidad, por ejemplo, de Juan Vicente Gómez, tirano de los Andes venezolanos, padre de sesenta hijos habidos en distintas concubinas, psicología de saurio, costumbres inalterables de campesino, voluntad mineral, amo de su país durante 27 años, fallecido de muerte natural en medio del terror de sus compatriotas que siguieron temblando varios días después de su extinción apacible, presenta aspectos hartamente aprovechables para una de esas novelas de exaltación del individuo y desprecio a la colectividad. Era un caudillo mucho más fascinante que Francisco Franco, insoportable beato y coronelón fatuo, o el propio Hitler, envuelto en el delirio de un pueblo acomplejado que buscaba su revancha. Pero aún así, Juan Vicente Gómez le hizo todos los males a su país. Y de esa novela de su vida, no pueden disfrutar sus víctimas, sus innumerables víctimas que son, directa o indirectamente, todos los venezolanos.

Uno de los méritos principales del libro de Valle Inclán ha sido el de no quedarse en la superficie del fenómeno descrito. Al trazar la caricatura lírica de Tirano Banderas, arquetipo de déspota hispanoamericano salido del pueblo y de las guerras de la Independencia, no sacrifica la verdad humana y social al pintoresquismo del personaje ni a la plástica tan seductora del folklore. Por el contrario expone, quizás de manera un tanto somera, el juego de los intereses económicos que sostienen las dictaduras y el sufrimiento de los oprimidos. Igualmente aboceta la estampa de un hacendado ganado a las ideas de la Revolución, por simple sentido de solidaridad humana. Finalmente en torno a la siniestra figura del Generalito Banderas, mueve la muchedumbre de tipos populares, de fracasados, de militares borrachos y felones, de prostitutas, de comerciantes españoles tan rapaces como fatuos, de diplomáticos vanos, de invertidos decadentes, de peones humildes en quienes vive el alma mestiza americana. Su libro constituye un gran fresco animado y extraordinariamente plástico, de la vida de América Hispana, en un país cualquiera de las tierras calientes, en las postrimerías del siglo XIX. *Tirano Banderas* fue uno de los últimos libros de Ramón del Valle Inclán, y una de las primeras grandes novelas sobre Hispanoamérica. Si Valle Inclán escribió un libro semejante fue porque visitó a América no como turista de la li-

teratura, no como simple cazador de imágenes, interesado solamente en obtener materiales para un libro de éxito que diera luego lugar a alguna adaptación cinematográfica remunerativa, sino como enamorado de esos paisajes de Génesis y de esa humanidad contradictoria y pasional que busca, entre sombras, luces, derrotas y victorias, un sentido a su destino y una fórmula de convivencia humana.

EL *Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias es la más importante novela de todas las que se han escrito sobre el tema de la dictadura en América Hispana. Es un libro que coincide con los procedimientos literarios de Valle Inclán, pero que alcanza una plenitud artística, un poder de realización y una expresividad propios. Asturias se sacó de la entraña viva de hispanoamericano su creación novelística. Escribió con el pulso de la vida misma, del sufrimiento contemplado una y mil veces, en cada encrucijada de su infancia y de su adolescencia guatemaltecas. Su contacto con el París de los años de 1920, enriqueció su técnica novelística con el descubrimiento de los juegos oníricos y el mecanismo del subconsciente. También con la libertad de invención metafórica propia de la escritura surrealista. Entre los años de 1922 y 1932 Asturias escribió y reescribió su novela. La dejó inédita en París hasta 1946 en que la publicó en México. Si en *Facundo* la personalidad del propio Sarmiento y la intención panfletaria o didáctica opacan, en cierto modo, la figura del caudillo gaucho biografiado, y en *Tirano Banderas* el personaje aparece siempre de perfil o en contraluz, silueta sin espesor psicológico, en cambio, en el libro de Asturias, vemos de frente al dictador. *El Señor Presidente* se manifiesta en toda la densidad agobiadora de su personalidad compleja y atormentada. Desde el principio de la novela se siente su asfixiante presencia. Todas las acciones emanan y convergen hacia él. Como una monstruosa araña teje la red de delaciones, espionajes e intrigas. Su primera aparición física acontece en la trigésima página del libro. Irrumpe con una orden y un insulto. No da descanso a su desconfianza, a su ferocidad. Viste de luto riguroso, los bigotes canos peinados sobre la comisura de los labios, para disimular la carencia de dientes, "los carriles pellejudos y los párpados como pellizcados". Le angustian un sentimiento oculto de abandono, de soledad y la amargura de sus primeros años

miserables. Su susceptibilidad enfermiza está a la caza de cualquiera inconsecuencia o de cualquiera afirmación de personalidad independiente. El matrimonio secreto de su favorito con la hija de un adversario suyo exilado, bastará para disgustarle como si se tratase de una traición. En su alma en delirio se confundirán el resentimiento, los celos y el temor. Personaje neroniano atormentado por un complejo de inferioridad que estalla en crueldad, en afán de extinguir a sus súbditos. Le persigue el recuerdo de su infancia miserable, de su juventud estudiosa y llena de penuria económica. Durante una borrachera exclamará, vehemente: "¡Ingratos! Quise y querré siempre a Parrales Sonriente, y lo iba a hacer general, porque potreó a mis paisanos, porque los puso en cintura, se repaseó en ellos y de no ser mi madre acaba con todos para vengarme de lo mucho que tengo que sentirles y que sólo yo sé... ¡Ingratos!..."

Ningún otro escritor como Asturias ha logrado traducir a la ficción literaria el ambiente de horror de nuestras dictaduras en las que el crimen y la violencia alcanzan al absurdo, como en esas tragedias shakesperianas que terminan con el escenario lleno de cadáveres. La novela se desenvuelve en un ambiente como de pesadilla y los seres humanos parecen simples marionetas entre las manos de un gigante sanguinario. Y como luz entre tinieblas, florece el amor esplendente del favorito por la hija del exilado. Ese amor le redime y al salvarle de la abyección y de la sumisión criminal, le abre las puertas de la cárcel, de la muerte, de la liberación. Es posible que al Señor Presidente le haya herido más que la escogencia de una hija de rival, la floración purísima de un sentimiento al cual jamás podría alcanzar. Matando al favorito redimido por el amor, creía matar ese sentimiento.

Los dioses del antiguo México, entre las tinieblas del origen, regaron al sol con su propia sangre, para que pudiera esplender y andar, para que adquiriera vida. Así, sobre el rostro feroz de los dictadores hispanoamericanos, devorados por todos los crímenes y todas las pasiones, se sacrifican los hombres y los pueblos, en un convulsivo esfuerzo por vivir, que tiene de espasmo y de agonía. Pero nada en el correr del tiempo, detendrá la victoria de las fuerzas creadoras y civilizadoras. En la actualidad, resultan cada vez más cortos los períodos de dictadura total y menos estables la suerte de los déspotas. Los pueblos hispanoamericanos empiezan a organizarse política y

socialmente. Han descubierto el arma de la huelga y de la rebelión. Por eso, en un postrero esfuerzo por perdurar, la voluntad dictatorial ha tenido que asumir una nueva forma: la de la dictadura de una casta: la militar. La aventura personal, el predominio absolutista de uno solo, se torna cada vez más difícil. Ahora estamos ante una casta privilegiada que escoge a su jefe. En cierto sentido, el peligro resulta mayor, porque más fácil es derribar a un hombre que a una casta detentora de la fuerza y constituida como una superestructura social y política. Pero en la voracidad de los propios oficiales, roídos por la ambición de poder y de riquezas, se encuentra la posibilidad permanente de discordia que puede abrir las grietas a las revoluciones populares y democráticas.

Ante el fenómeno de las dictaduras hispanoamericanas, es preciso indagar las causas económicas, sociales, psicológicas que las producen. Ello alargaría demasiado este artículo. Pero salta a la vista que el origen de ese mal reside en los intereses de un feudalismo atrasado, que no acepta perder ninguna de sus ventajas en aras de una mejor armonía social. Ese feudalismo de esencia española, contrarreformista, absolutista, ignaro, cuajó en las Indias en la Encomienda, la cual al correr de la Historia, se transformó en Latifundio. La penetración económica del imperialismo anglosajón y norteamericano agudiza, en la actualidad, el problema pues contribuye a la corrupción política de nuestros países. Las grandes compañías explotadoras de la riqueza latinoamericana prefieren entenderse con dictaduras dispuestas a todas las transacciones que con gobiernos representativos sometidos al dictado popular. La intervención armada en Guatemala y el derrocamiento del gobierno de Árbenz, demuestra de lo que son capaces las grandes compañías de explotación imperialista. El imperialismo es el lógico aliado a las dictaduras. El gran capital criollo se pliega sumisamente y el Ejército se encarga de sostener, mediante una política represiva, esos gobiernos despóticos que sólo defienden los intereses extranjeros y las ambiciones de mando y de riqueza de los partidarios de la dictadura.

En América Latina, los problemas fronterizos e intercontinentales se ventilan siempre bajo el tutelaje paternalista de los Estados Unidos. Este país es, en última instancia, el árbitro supremo. De ahí se desprende que los ejércitos latinoamericanos constituyen cuerpos más bien parasitarios. Su influencia es

nula en el juego internacional y en lo que respecta al propio continente americano, corresponde a los Estados Unidos y a las organizaciones creadas por él, al estilo de la OEA, la vigilancia por el mantenimiento de la paz y de la Independencia en los estados que integran el Nuevo Mundo. La guardia de las fronteras, de difícil acceso y dilatados límites, suele depender de cuerpos especiales. De modo que la única función que pudieran cumplir los ejércitos latinoamericanos, sería la de hacer respetar la Constitución respectiva. Y la realidad demuestra que, desde la Independencia, son precisamente las fuerzas armadas las que mantienen en zozobra las colectividades latinoamericanas, organizando golpes de estado, derrocando gobiernos elegidos por voto popular, infringiendo leyes fundamentales e imponiendo dictaduras tan corrompidas como crueles. Más que defensores de una soberanía nacional rara vez amenazada, las fuerzas armadas hispanoamericanas, infiltradas por tendencias reaccionarias y prejuicios de casta, desempeñan un papel policial de cuerpos represivos, antipopulares, sostenedores de la arbitrariedad política y de la corrupción social. Ya es tiempo de proclamar que la América Latina no está preparada para tener ejércitos o que éstos no están preparados para disponer de la fuerza decisiva que les otorgan las armas, pues lejos de constituir una salvaguarda para las instituciones republicanas y las colectividades civiles, se presentan como los sempiternos violadores de aquéllas y los enemigos irreconciliables de éstas.

Por eso, nada puede indignar tanto como esa farsa constante a la cual nos acostumbran las Naciones Unidas, en que unas dictaduras militares o personalistas hablan en nombre del "Mundo Libre", de los "Derechos humanos" contra "los regímenes totalitarios".

Con razón Bolívar le temía más a la paz que a la guerra. Ya en 1821 le escribía a Pedro Gual: "No pueden Uds. formarse una idea exacta del espíritu que anima a nuestros militares. Estos no son los que ustedes conocen: son los que Uds. no conocen: hombres que han combatido largo tiempo, que se creen muy beneméritos y humillados y miserables y sin esperanza de coger el fruto de las adquisiciones de su lanza. Son llaneros determinados, ignorantes y que nunca se creen iguales a los otros hombres que saben más o parecen mejores. Yo mismo, que siempre he estado a su cabeza, no sé aún de lo que son capaces..." Semejante espíritu priva hasta nuestros días en

el ejército venezolano, para no hablar sino de la patria de Bolívar. Todavía el país está pagando su cuenta a los hombres de espada. Cuya limitación ética y cuya corrupción social ha encontrado encarnación en la persona regordeta, y en la voluntad mezquina del actual caudillo militar: el General Marcos Pérez Jiménez.

Empero, no todo es tinieblas en nuestros países del Nuevo Mundo. Cabe la esperanza que en los mejores y en las juventudes alienta el espíritu de lucha. Esa esperanza estaba ya entrañada en el pensamiento del Libertador, a quien quiero citar de nuevo para terminar con su profética palabra, estos apuntes sobre Tirano Banderas y la dictadura en América Hispana: "Ni nosotros, ni la generación que nos suceda, verá el brillo de la República que estamos fundando: yo considero a la América en crisálida: habrá una metamórfosis en la existencia física de sus habitantes: al fin habrá una nueva casta de todas las razas que producirá la homogeneidad del pueblo. . ."

RETRATO DEL "LÍDER" SINDICAL

Por *Víctor ALBA*

El éxito de un grupo depende en gran medida de quien lo dirija y de sus métodos para escoger un jefe, un *líder.* Habiéndose ya renunciado, por su manifiesta ineficacia, a la selección por la sangre o por la riqueza, queda un solo medio para ascender a la dirección de un grupo: la captación de este grupo por medio de la fuerza de carácter, la intuición en adivinar sus anhelos, la tenacidad e inteligencia en servirlo y la facilidad en convencerlo. Lo que antes podían ser, cuando más, dotes de mando, hoy son, forzosamente, dotes de seducción.

Las ideologías pueden contribuir a guiar y aplicar estas dotes, pero no las crean. En el movimiento sindical, el líder ha de ser producto de una mezcla, muy bien dosificada, de ambición, espíritu de sacrificio, perseverancia, agudeza mental y simpatía personal. Ha de ser lo que podría llamarse una "personalidad contagiosa".

Los psicólogos han comenzado apenas a estudiar al líder. Hasta ahora, que sepamos, no se ha hecho ningún estudio psicológico experimental del líder sindical. Las investigaciones llevadas a cabo en el mundo de los negocios, el ejército, las escuelas, la administración, pueden ser aplicables, en cuanto a metodología, al estudio del líder sindical; pero no cabe deducir ninguna lección de los resultados obtenidos que ayude a una mejor comprensión del líder sindical. Para conocer a éste es necesario estudiarlo a él directamente y no por comparación. Los problemas con que se enfrenta, sus posibilidades de resolverlos, las relaciones de confianza que ha de establecer con los miembros de su grupo y los medios que para ello debe emplear, son peculiares, sin similitud ninguna con los de líderes de otros grupos.

Es posible, con todo, trazar un retrato del líder, una caracterología del dirigente sindical. Para ello, partiremos de ciertas

observaciones del psicólogo norteamericano W. O. Jenkins,[1] que pueden resumirse así:

1º—Las funciones de jefe son específicas de cada situación. Esto explica que personalidades muy diferentes puedan asumir funciones de líder en distintas circunstancias, y que la eficacia de un mismo líder sea muy diversa según las situaciones en que se encuentra.

2º—Todas las investigaciones llevadas a cabo coinciden en señalar que los líderes presentan, sobre los miembros de su grupo, determinadas superioridades: por lo común, éstas conciernen a la competencia técnica y a los conocimientos generales. La inteligencia desempeña poco papel.

3º—La eficacia aumenta con el número de similitudes que presentan los líderes con los miembros de su grupo: comunidad de intereses (culturales, ideológicos, materiales), y la equivalencia de antecedentes sociales.

4º—Ciertos hechos de la vida del líder (escolares, profesionales), parecen determinantes de sus actividades de mando o dirección. Sin embargo, hay todavía pocos datos para hacer afirmaciones taxativas en este sentido.

5º—En general, los líderes son superiores a los miembros de su grupo en edad, educación y nivel económicosocial.

De las investigaciones de H. Jennings,[2] por otra parte, se deduce que los motivos de selección de un líder pueden sintetizarse en los siguientes:

1º—El líder amplía el espacio social de su grupo, facilitándole el intercambio de ideas y actividades. Es un aglutinante y, a la vez, un punto de contacto de las diversas personalidades del grupo, un enlace.

2º—Tiene tendencia a asumir responsabilidades por cuenta de los miembros menos activos del grupo.

3º—Se muestra inclinado a formular juicios de valor y a defenderlos, lo cual da a su grupo cómodas normas de conducta.

4º—Ayuda a los miembros de su grupo a adquirir una conciencia más plena de su personalidad y sus capacidades individuales y colectivas.

5º—Tiene una facilidad superior a la de los miembros de

---

1 Paul Maucorps, *Psychologie des Mouvements Sociaux,* París, 1950, págs. 107 ss.

2 H. Jennings, *Leadership and isolation,* New York, 1945.

su grupo para ganarse la confianza no sólo de aquéllos, sino de miembros de otros grupos, y para establecer relaciones con ellos. Es, en cierto modo, lo que ahora se llama un "jefe de relaciones públicas" del grupo.

6º—Su prestigio crece si logra establecer una atmósfera de imparcialidad y objetividad en las relaciones de los miembros del grupo entre sí. Ayuda, por tanto, a estas relaciones, no siempre fáciles.

7º—Mejora al comportamiento de los miembros normales de su grupo, al atribuirles la tarea de sacar de su aislamiento a los "aislados".' Al no manifestar tendencias agresivas frente a su grupo —sino sólo, en ciertos casos, frente a miembros determinados del mismo—, da al grupo como tal un sentimiento de confianza en sí mismo y de hallarse defendido y protegido, que sin el líder le faltaría.

Estos resultados parecen válidos no sólo para los grupos de adolecentes (escolares, aprendices. etc.), sino también para los de adultos (sociedades cívicas, empresas, etc.).

Ahora bien, ¿cómo entran dentro de esos cuadros los líderes sindicales mexicanos, tal cual los conocemos en la experiencia diaria? Cotejemos primero los resultados obtenidos por Jenkins.

La superioridad en competencia técnica es muy vaga, entre los líderes mexicanos, y la superioridad en conocimientos generales, aunque existe, no alcanza en la mayoría de los casos más que un grado reducido.

Por otra parte, el líder mexicano tiende a ser inamovible. Su eficacia, por ende, queda disminuida, puesto que el sindicato debe hacer frente a circunstancias diversas sin ningún cambio real de sus equipos dirigentes. Esto conduce a los líderes a adoptar dos actitudes perjudiciales para la vida sindical: el inmovilismo y la designación de sucesores, casi cabría decir que de herederos.

Las similitudes del líder con los miembros de su sindicato van desapareciendo a medida que el dirigente lleva más y más tiempo en el cargo. Por comenzar, abandona el trabajo; luego, percibe del sindicato un sueldo que casi siempre es superior al promedio de los salarios de su oficio. Una sima se abre así, rápidamente, entre el líder y los obreros sindicados, colmada a veces por un equipo de militantes de entre los cuales surgirá el sucesor, pero a menudo sin colmar en absoluto. Por otra parte,

la comunidad de intereses materiales no siempre existe y la de intereses ideológicos casi nunca se presenta. El líder no tiene, en general, ninguna actividad cultural, ninguna inquietud intelectual, y, por lo tanto, no se preocupa de que la tengan los miembros de su grupo.

No es sistemáticamente cierto que el líder sea superior en educación a los componentes de su sindicato, aunque sí es frecuente que les sea superior desde el punto de vista económico-social, pues se diferencia de ellos al perder su calidad de miembro de un oficio y adquirir la de componente de una casta.

En cuanto a los resultados de las investigaciones de Jennings, no es más brillante lo que encontramos. El líder no amplía el espacio social de su grupo; sí es un aglutinante, pero no un punto de contacto, puesto que vive aparte y por encima de su grupo.

Por más que asuma responsabilidades por cuenta del grupo, no se esfuerza casi nunca en establecer una atmósfera de imparcialidad; al contrario, su ascensión al poder equivale al reparto de gajes y cargos entre sus amigos y a la discriminación de sus adversarios.

Desde luego, por la simple existencia del sindicato —pero pocas veces por la actuación directa del líder—, el grupo adquiere mayor conciencia de sí mismo. Son escasos los ejemplos de actividad de un líder que tenga por resultado mejorar el comportamiento social de los miembros de su grupo.

Por contra —y ahí hallamos el único aspecto en que el líder sindical mexicano entra dentro del cuadro trazado—, tiene una gran facilidad para ganarse la confianza de los miembros de su grupo; pero no la de grupos ajenos. Y esta conquista de la confianza se logra, en una gran parte de los casos, por procedimientos reprobables: amenazas, violencia, uso de medios de presión, demagogia, engaño.

DEJANDO aparte aspectos que es de esperar que sean transitorios (infidelidad del líder a los intereses materiales de su grupo, por ejemplo), hay que reconocer que el líder sindical mexicano es, en líneas generales, tal como lo retratan esas diferencias con el líder tipo de los psicólogos. Siguiendo la pauta de Jenkins y Jennings, podría trazarse de él esta semblanza sociomática:

1º—La permanencia es su aspiración fundamental. Se adapta a todas las circunstancias y esto es causa de que a menudo resulte eficaz en un terreno y catastrófico en otro. No tiene el sentido de la división del trabajo ni de la labor en equipo, que podrían poner en peligro su permanencia. En vez de equipo, cuenta con una corte, en la cual elige a su sucesor, medio indirecto de seguir en el poder.

2º—Presenta sobre los miembros de su grupo una superioridad peculiar: no de conocimientos, sino de audacia y de oratoria. Es el "pico de oro" que sabe encontrar frases adecuadas para salir del paso en todas las situaciones. Otra superioridad es la de contar con su corte, que, dependiendo de él, lo mantiene en el liderato recurriendo a menudo a métodos no previstos en los estatutos sindicales, pero siempre procurando que, en apariencia, esos estatutos sean respetados. Comprende que sólo esta legalidad, por simulada que sea, le garantiza su puesto.

3º—En el comienzo de su carrera presenta numerosas similitudes con los componentes de su grupo, es de su mismo origen social, ha trabajado en el mismo oficio, etc. Con el tiempo, a medida que se va formando la corte, estas similitudes desaparecen, usa otra indumentaria, adopta el modo de vida de la clase media, dispone —quién sabe por qué medios—, de caudales suficientes para portarse de distinta manera que los componentes de su sindicato. Puede hacer esto porque la relación de confianza que existió en los inicios de su carrera (confianza con la corte de la cual formaba parte, en unos casos, y en otros, los más sanos y más raros, confianza directa con los miembros del sindicato) se convierte en un contrato implícito: el líder defiende y dirige el sindicato, obtiene mejoras para los miembros del mismo, a cambio de permanecer en el liderato y de no verse sujeto a ninguna fiscalización real, aunque sometiéndose a la ficticia que prevén siempre los estatutos. Es un intercambio de servicios contra cuotas y adhesión incondicional.

4º—El líder no se preocupa de la formación cultural y política de los miembros de su sindicato, no amplía su espacio social, no anuda para ellos relaciones con otros grupos. Más que un punto de contacto de diversas personalidades en el interior de su grupo, es simplemente el núcleo de su corte. No establece normas de valor —solidaridad, conducta valerosa o intransigente, etc.—, y en este sentido no ofrece otras reglas de conducta que las adecuadas para mantenerlo en el liderato. De ahí el bajo nivel cultural e ideológico de la actividad sindical.

No ayuda tampoco a adquirir conciencia de la personalidad del grupo, puesto que éste se forma no tanto por adhesión cuanto por coacción o por inercia. No hace nada para que el sindicato y sus luchas den sentido a la vida de los miembros del mismo, que precisamente por ser obreros recientes, muy próximos al campo, pero ya desarraigados, se encuentran terriblemente necesitados de adquirir un nuevo sentido para su existencia. En un terreno más modesto, el líder nunca se preocupa de combatir ciertos rasgos que debilitan combatibilidad sindical: alcoholismo, etc.

5º—En cambio, el líder es un excelente "jefe de relaciones" del sindicato. Pero más que al sindicato, se representa a sí mismo y a su corte, y el sindicato le sirve de instrumento, de fuerza de presión para lograr sus objetivos propios, que no siempre coinciden con los de su sindicato.

En resumen, puede afirmarse que por una serie de circunstancias históricas, económicas, culturales, psicológicas, el líder no es un dirigente, sino un manejador del sindicato.

HAY un aspecto de la actividad del líder sindical que lo caracteriza y diferencia de otros líderes: además de ser dirigente de su grupo, por su acción se convierte, a menudo inconscientemente, en codirigente de la nación. La acción sindical, en efecto, ejerce una influencia considerable en la economía por sus reclamaciones, por sus normas de productividad, etc. y, a través de la economía, en toda la vida nacional. Ahora bien, el líder sindical raramente está capacitado para comprender los complejos problemas de la economía nacional. El resultado de esto es que casi nunca, al plantear reivindicaciones, al declarar una huelga, al sostener un conflicto de trabajo, toma en cuenta no sólo las reacciones posibles de la opinión pública, sino el interés del público. En algunos casos de líderes con una extraordinaria intuición, sí se preocupan de la opinión pública, pero ni aún así lo hace del interés público. Y cuando un líder aduce este interés para frenar un movimiento reivindicativo, lo hace, de hecho, obedeciendo a ligas políticas o compromisos, pero no podría apoyar con argumentos sólidos sus afirmaciones. Así se explica que el movimiento sindical no se haya preocupado activamente —y casi tampoco en el simple plano retórico—, de problemas que afectan a la comunidad nacional, además de afec-

tar a los sindicatos: el de la tierra, el del indio, el de la industrialización, el de los precios. No existe lo que podría llamarse doctrina sindical mexicana sobre esos problemas. ¿Cuál es la posición de los sindicatos, la propia, no reflejo de opiniones ajenas, sobre la industrialización, por ejemplo? ¿Qué han hecho los sindicatos por el indio y por el campesino? ¿Cómo se han ocupado de ligar el hombre de la tierra con el de la fábrica?

Hay ahí una carencia que es, esencialmente, del líder y de su corte, porque sería absurdo pedir al miembro del sindicato, con menos preparación que su dirigente, ideas claras y documentación sobre estos problemas. Y es una carencia, no sólo de preparación, sino de interés, es decir, con raíces psicológicas. El líder se desentiende de todo esto porque no tiene conciencia de servir a sus compañeros del sindicato, sino que desea servirse de ellos. Con este estado de ánimo, no puede aspirar a que el sindicato, defendiendo los intereses obreros, defienda también los de la nación.[3]

Otro aspecto de la psicología del líder —y del militante sindical—, que no debe echarse de lado es el hecho de que en México —y en América Latina en general—, no se producen bienes de capital. El obrero que fabrica máquinas es distinto del que sólo las utiliza. Distinto en sus condiciones sociales, su nivel económico y su psicología. El segundo se halla en una dependencia mucho más directa de una serie de factores económicos y sociales, y por más que no los vea, los resiente en su mentalidad, los manifiesta en sus reacciones.

Ligado con esto está el hecho de que la racionalización del trabajo es mucho menor en los países en vías de industrialización que en aquellos productores de bienes de capital. La misma "fatiga industrial" se manifiesta de modo distinto en unos y otros países y, lógicamente, también en la psicología de los obreros que se fatigan de manera diferente. Incluso la cuestión de los ocios y distracciones es diversa. En México —ésta es la realidad—, no existen elementos para que el trabajador emplee sus horas de ocio de modo formativo. No dispone de centros de educación obrera, de campos deportivos, de espectáculos baratos y buenos, de bibliotecas donde lo orienten, de ateneos obreros, de sociedades culturales y corales, y no participa en la

[3] Sobre las relaciones del sindicato con el público y la nación, *vid.* H. J. LASKY, *Los sindicatos en la nueva sociedad*, México, 1951, especialmente el capítulo II.

actividad de las casi inexistentes sociedades de interés social y humano. El sindicato —dirigido por líderes que, surgidos de la clase obrera, no conocen nada de esto—, no se ha preocupado nunca de participar en la creación de esos medios de formación humana. No hay, por ejemplo, turismo para los obreros y las vacaciones pagadas no son más que un despilfarro de dos semanas anuales sin ningún provecho para la salud, el equilibrio nervioso y la cultura de las familias obreras. No hay, tampoco, revistas obreras y mucho menos diarios de los obreros y para los obreros. ¿Qué de extraño tiene, si a esto se añade el bajo nivel de la dieta obrera, que el alcoholismo y hasta el consumo de las drogas (mariguana en especial) haga estragos en la clase obrera, disminuya su productividad y mengüe sus posibilidades de superación individual? Mientras el sindicato no dé un sentido a la vida del obrero, éste andará forzosamente a la deriva, puesto que ningún factor de esperanza social o individual vienen a dárselo.[4]

Acaso lo que más contribuya a comprender el papel del líder y su significado, entre nosotros, sea examinar sus relaciones con los militantes, con su propia corte y con el grueso de los efectivos sindicales, y ello no desde un punto de vista de psicología técnica, sino de psicología intuitiva, de "sentido común", que es el medio de que se valen las gentes del sindicato para calibrar sus propias relaciones con el líder al que eligen o cuya elección aceptan, y al que consideran, pese a todo, como su representante.[5] Robert Michels, profesor de la Universidad de

[4] Datos e interpretaciones interesantes sobre la influencia del maquinismo y de la racionalización del trabajo en el obrero se hallarán en: M. L. COOKE y PH. MURRAY, *Trabajo organizado y producción*, México, 1942; G. FRIEDMAN, *Problémes du Machinisme*, París, 1934, y ALFREDO L. PALACIO, *La fatiga y sus proyecciones sociales*, Buenos Aires, 1944. Es singular la coincidencia en sus conclusiones de tres obras que están escritas, la primera desde un punto de vista puramente sindicalista y técnico, la segunda marxista, y la tercera, socialista. Haya de la Torre ha hablado mucho, en conversaciones privadas, de la diferencia entre el obrero que produce máquinas y el que las utiliza. *Vid* su entrevista en *The New Leader*, Nueva York, Vol. XXXVII, Nº 17, del 26 de abril de 1954.

[5] Para este examen, sigo un libro que, a pesar de ser anticuado a criterio de los psicólogos modernos, contiene una visión de conjunto cuyo acierto comprueban los hechos, y que resulta de verdadera ayuda

Turín, publicó, poco antes de la Primera Guerra Mundial, un libro que causó escándalo y que hasta ahora constituye la aportación más valiosa —casi la única, por lo demás—, al tema de la psicología del dirigente obrero: aunque se refiere, sobre todo, a los dirigentes socialistas y sólo accidentalmente a los de sindicatos, sus observaciones se aplican por igual a unos y a otros. Vamos a resumirlas.

Quien dice organización —afirma Michels—, dice tendencia a la oligarquía. En toda organización se manifiesta la tendencia aristocrática, lo cual invierte la posición respectiva de los jefes y la masa. La organización divide todo partido o sindicato en una minoría dirigente y una mayoría dirigida. Cuanto más se complica el aparato de una organización, tanto más terreno pierde el gobierno directo de la masa y tanto más gana el gobierno de los comités y de los funcionarios remunerados. La esfera del control democrático se restringe progresivamente. Se forma una burocracia rigurosamente jerarquizada.

Por otra parte, de la delegación de hecho del poder, nace el derecho moral a la delegación. Los cargos tienden a transformarse en vitalicios. La amenaza de dimisión —incluso cuando es sincera—, se convierte en un medio para satisfacer esta tendencia. Únicamente una minoría ínfima participa en la adopción del programa y las decisiones de la organización. Más aún, la organización urbana —o su minoría activa—, es la que decide, pues la rural raramente se expresa. Y la mayoría, incluso cuando rezonga, está encantada de hallar a gentes que quieran ocuparse de sus asuntos. En la masa, la necesidad de ser guiada y dirigida es muy fuerte, y esta necesidad se acompaña de su devoción a los jefes. De ahí que todas las actitudes populares sean atribuidas, por sus adversarios, a agitadores, *meneurs, leaders*. Esto impone a los jefes un trabajo agotador, y su cargo no es siempre una sinecura; debe acumular funciones diversas: dirigente de partido, de sindicato, diputado, etc. La gratitud de la masa hacia las personalidades que hablan y escriben en su nombre ayuda, también, a la eternización de los cuadros dirigentes. Esta veneración por los jefes persiste, a menudo, después de su muerte, convirtiéndolos en santos laicos. Esto puede provocar

---

para orientarse en el laberinto de las relaciones entre jefes y masas: ROBERT MICHELS, *Les Parties Politiques. Essai sur les Tendances Oligarchiques des Démocraties*, París, 1919.

frecuentemente la megalomanía del jefe, especialmente en los *self-made men.*

Hay ciertos caracteres que hacen al jefe: dotes oratorias ("la democracia sucumbe fácilmente a la magia del verbo", dice Michels); fuerza de voluntad que somete a la suya las voluntades más débiles; fanatismo por las propias ideas; a veces, desinterés y bondad auténticos. Pero, sobre todo, el prestigio de la celebridad y cierta superioridad intelectual. (Como se ve, la sociometría confirma estas apreciaciones del profesor italiano).

El principio de la división del trabajo crea la especialidad, que implica, en el seno de una organización, una autoridad incontestada. En el sindicato, este autoritarismo oligárquico se manifiesta con mayor fuerza todavía que en los partidos políticos obreros. Esto va acompañado de una tendencia a la centralización que hace que los comités centrales se arroguen el derecho de fijar el ritmo de la lucha en todo el país; así, incluso los dirigentes locales quedan sometidos a los dirigentes nacionales. Esto es posible porque las masas se muestran "más sumisas a sus jefes que a sus gobiernos". Teóricamente, el jefe es amovible. En la práctica, goza de una independencia casi completa respecto a su masa — por lo menos, en las épocas de normalidad.

Sin embargo, periódicamente se producen luchas entre jefes establecidos y aspirantes. Es entonces cuando la masa parece que domina a sus jefes, pero en realidad este dominio se ejerce a través de minorías de militantes. Esto conduce, en ciertas ocasiones, al empleo de la demagogia, para atraerse capas vírgenes. En cuanto los aspirantes logran abatir la "odiosa tiranía" de los jefes viejos, se opera en ellos una transformación que los convierte en semejantes a los "tiranos" destronados.

A medida que el dirigente sindical se especializa —en obediencia a la mayor complejidad de su labor—, se le atrofia la facultad de ver en su conjunto al movimiento obrero, pierde interés para el estudio de las grandes cuestiones de la economía y la filosofía de la historia, y se limita más y más su manera de juzgar los complejos problemas internacionales. Al mismo tiempo, se acentúa su tendencia a considerar incompetente e intruso a quien no ve las cosas como él. Así, la burocracia en el sindicato —como en todos los terrenos— se convierte en el enemigo de la libertad individual y da al movimiento sindical un patente carácter filisteo.

A la apatía de la masa y a su deseo de ser guiada corresponde en el jefe una sed ilimitada de poder. La naturaleza humana, así, favorece el desarrollo de la "oligarquía democrática sindical". Al principio de su carrera, el jefe está sinceramente convencido de la excelencia de los principios que representa. Pero una vez que triunfa, no se resigna a regresar al punto de partida, si luego pierde la confianza de sus militantes. Además, la conciencia del poder comunica a quien lo posee la convicción de ser un gran hombre indispensable. Si el jefe no es rico, se añaden a esto razones económicas para aferrarse a su cargo. Con tal fin, no vacila en usar la fórmula mágica de los medios sindicales: el "interés colectivo". "El sindicato soy yo", parece convertirse en la expresión de su estado de ánimo. El despotismo del jefe es a menudo de buena fe, por convicción de su eficacia y por creer que conoce mejor que la masa los intereses y anhelos de la misma. Por otra parte, si el líder, antaño, ayudaba a dar a la masa la conciencia de las condiciones de explotación y opresión en que vive, cada día olvida más esta misión básica.

En cuanto al origen de los líderes, en el movimiento sindical es casi siempre proletario. Esto hace que dicho movimiento no se beneficie, como el político obrero, de la aportación de jefes de origen burgués; éstos en general muestran un idealismo más ardiente que los de origen proletario o campesino, lo cual se explica por una razón de orden psicológico, puesto que la adhesión al movimiento obrero de un hombre de la burguesía requiere reflexión, sentimientos firmes y rompimiento con tradiciones e intereses creados, mientras que en el proletario basta con seguir una costumbre y someterse a un estado de hecho. En el movimiento sindical falta, casi siempre, este aporte de idealismo proveniente de la burguesía.

En cambio, tanto en partidos obreros como en sindicatos, se nota un progresivo aburguesamiento, que se manifiesta, sobre todo, por los siguientes aspectos: la organización obrera crea nuevas capas de pequeña burguesía (obreros calificados, lo que Marx llamaba aristocracia obrera), al trasladar al proletariado a grandes masas de la clase media; la defensa patronal, con sus represalias, convierte en miembros de la clase media a no pocos militantes y aún dirigentes sindicales: éstos, si logran cierto bienestar económico con sus cargos, se crean intereses personales de tipo capitalista.

Otro signo de aburguesamiento, en la mentalidad por lo menos, lo hallamos en el progresivo deseo de diferenciación de la clase obrera, es decir, de establecer en su seno categorías, grados, subclases por decirlo así. Esto se nota en las diferencias entre diversas profesiones y en aquéllas que existen en el interior de cada oficio. La tenacidad en mantener inmutable el "abanico" de los salarios es prueba de esta tendencia cada día más fuerte. Otra diferencia —de consecuencias a veces trágicas— es la que establecen los obreros organizados frente a los no organizados, cuya solidaridad exigen, pero a los que jamás prestan la suya. (Lo mismo cabe decir respecto de los campesinos y, en América Latina, de los indios).

El líder salido del proletariado, si al principio conoce mejor los anhelos de sus compañeros de clase, en cuanto se burocratiza, se distancia de ellos —en su mentalidad— más de lo que se halla separado de los mismos el líder de origen burgués, que, por definición, ha de hacer un esfuerzo constante para acercarse o mantenerse lo más próximo posible de sus partidarios obreros. La imposibilidad práctica para el líder de mantenerse fiel a su oficio manual, automáticamente lo desproletariza, y esto no sólo en el sentido técnico, profesional, sino en el económico e intelectual. Es común que en el ex-obrero la ambición de poder adquiera mayor intensidad —y resulta lógico que así sea, como puede explicar cualquier psicoanalista. La experiencia demuestra que existe una gran mayoría de líderes de origen proletario caprichosos y despóticos que ofrecen todas las características del *parvenu:* vanidad, exclusivismo, horror de la contradicción, y si ha de dirigir, por ejemplo, cooperativas, entonces adquiere plenamente una conciencia burguesa; no es raro ver que la combatividad y la audacia de líderes de sindicatos que con mucho esfuerzo han adquirido un edificio propio, tienen una oficina bien amueblada, etc., van menguando a medida que aumenta el valor monetario de esos bienes que, en realidad, no son en nada necesarios para la actividad y el desarrollo eficaz del sindicato. Para este líder, la conservación de tales bienes es el objetivo mismo de la vida sindical y si en la lucha ha de arriesgarlos, prefiere renunciar a la lucha.[6] Esto explica, en

---

6 Concretamente en México, entre 1930 y 1954 los sindicatos han invertido más de 44 millones de pesos, sólo en el Distrito Federal, en la construcción de edificios sindicales, según cálculos de José G. Escobedo, en: *La propiedad inmueble de los trabajadores y otros tópicos históricos, de crítica,* México, 1954.

gran medida, la sumisión de los poderosos sindicatos alemanes a Hitler, de no pocos latinoamericanos a los dictadores, etc. Podría decirse que cuanto más pobre es un sindicato (por muy altos salarios que obtengan sus miembros) tanto mayor es su combatividad, y a la inversa. No hay duda, también, que la tendencia burocrática a la negociación sistemática sería menos fuerte si los dirigentes sindicales debieran permanecer en su puesto del taller, la fábrica o la mina.

Esta tendencia a la negociación por la negociación conduce a numerosas inmoralidades e injusticias. Cualquiera que esté al corriente, aunque sea superficialmente, de la vida sindical —la de nuestro país como la de otros muchos—, conoce casos concretos que demuestran este aserto. Y no es raro que líderes y dirigentes patronales se pongan de acuerdo con el fin de explotar al consumidor, para mayor beneficio de los miembros de la sociedad patronal y del sindicato. Si Michels podía decir esto en 1912 y en Europa, cuánto más verdad no será en 1957 y en América Latina, donde la tradición democrática obrera es más débil y la preparación del líder, más precaria. Igualmente falta al movimiento sindical la colaboración de los intelectuales, cuyo papel consiste en hacer que los obreros no pierdan de vista el objetivo final de su movimiento, la "palingenesia social", como la define Michels.

Ahora bien, ¿qué medios hay para evitar el predominio de estas corrientes autoritarias y oligárquicas en el seno del movimiento obrero? Muchos se han propuesto, desde algunos de orden puramente práctico —como recurrir más a menudo a los plebiscitos entre miembros de las organizaciones—, hasta otras de tipo ideológico — como acentuar su carácter sindicalista (en el sentido revolucionario de la palabra, estilo siglo XIX). Michels preconiza más bien un reforzamiento del individualismo, una sumisión del movimiento a su programa, una fuerte preparación ideológica de los militantes. Esto tendría como consecuencia no evitar las tendencias oligárquicas —puesto que son inevitables, dice Michels—, sino limitarlas y fomentar lo que podría llamarse la circulación de los equipos dirigentes, a la vez que sujetarlos a una orientación mínima, a ciertos topes en su acción — los fijados por el programa y por la calidad de los medios que pueden llevar a los fines señalados por aquél. Es

decir, evitar que sea verdad el proverbio francés *Homme élu, homme foutu.* La organización requiere jefes, y éstos han de tender forzosamente a convertirse en oligarcas — incluso de buena fe. Es una situación a la cual hay que adaptarse, contrarrestando sus peligros por medio de la ideología, de la excitación en el individuo del sentido crítico, y de la creación de medios para que este sentido pueda expresarse libremente. Esto, a su vez, implica una mengua progresiva de la burocratización del movimiento obrero y la utilización, por los sindicatos, de los intelectuales y de los "tránsfugas" de la burguesía.

Por otra parte, "el problema del líder está íntimamente relacionado con la determinación, planificación y control de las fuerzas sociales".[7] El papel del líder sindical, en este terreno, que es ya esencial en la sociedad moderna, debería ser doble: defender la iniciativa en el campo obrero, proteger a la sociedad y a la planificación de una degeneración totalitaria de la misma, y encauzarla hacia una mayor intervención obrera en la gestión, disfrute y orientación de la economía y aún de todas aquellas actividades de lejos o de cerca relacionadas con ella, como la educación, el turismo, etc. "El líder moderno, consciente en su misión, no puede dejar de conocer la técnica del control y de la planificación, so pena de convertir su acción en abusiva (como en el Estado totalitario), o ineficaz (como en el Estado liberal)". Esto hace del líder un técnico, no sólo en cuestiones sindicales, sino en económicas y sociales, y plantea el problema de la captación, por el movimiento sindical, de especialistas adictos a su causa, ingenieros, economistas, etc.

¿Cómo encaja el líder sindical mexicano —y el latinoamericano en general—, tal cual la experiencia nos lo presenta, dentro de este cuadro sociopsicológico del liderato en las organizaciones sindicales modernas? No hay duda que la tendencia oligárquica existe en nuestros sindicatos, reforzada aún por la diferencia de educación (con ser muy baja la del líder), y por la carencia de ideología, que es mucho mayor en el Nuevo Mundo que en el Viejo. Prácticamente, todos los vicios (o, si se quiere, rasgos) del dirigente europeo que señala Michels, podemos encontrarlos en el dirigente latinoamericano, agravados por la casi total ausencia a su lado de intelectuales y de dirigen-

[7] Dr. Mario Lins, "Los límites de la actuación del líder", en *Revista Mexicana de Sociología,* México, mayo-agosto de 1946, Vol. VIII, Nº 2, págs. 195-212.

tes provenientes de la burguesía, cuya presencia, en Europa, contribuye a paliar los efectos de tales rasgos. La sed de poder del líder, entre nosotros, se satisface de manera mucho más burda, sin el espíritu de sacrificio que la acompaña a menudo en Europa. Y el poder se asegura por medios más brutales, menos confesables, que en el Viejo Mundo. Si en Europa la democracia interna sindical es una realidad contagiada de oligarquía, en América Latina ni siquiera existe, es una simple etiqueta importada, detrás de la cual no hay más que una mercancía ficticia: la parodia de asambleas, discusiones y elecciones. Los cambios de líderes se deciden, no por equipos o por minorías, sino por camarillas; no en asambleas, sino en los pasillos, y a menudo en las oficinas gubernamentales.

Por otra parte, las formas de extorsión lideril, de colusión con la parte contraria, etc., que en el Viejo Mundo son raras, menudean en el Nuevo, precisamente debido a esta exacerbación de los rasgos negativos del líder, que predominan sobre la labor positiva de la oligarquía lideril. Casi no precisa indicar que el líder no tiene conciencia de la importancia de la planificación económica y que, de tenerla, no estaría preparado para intervenir en ella.

En estas circunstancias, el movimiento obrero se encuentra en la situación de un niño que, por tener muchos padres, se siente huérfano. Y esta sensación se transmite, como es lógico, al conjunto de la sociedad nacional.

LO HISTÓRICO Y LA FILOSOFÍA

Por *Pedro Vicente AJA*

Si algo resulta realmente significativo para el conocimiento de la filosofía misma, y de los caminos que ésta ha transitado desde su despuntar entre los griegos, es el modo cómo la filosofía ha venido entendiéndose con lo histórico, con algo que, como veremos más adelante, va a constituir un ingrediente del propio ser de la filosofía. Para eso, el tema de la Historia de la Filosofía, representa el planteamiento del problema de la filosofía misma, vale decir: un hacer filosofía de la filosofía; y acaso por ello esa riqueza de estimaciones distintas sobre el asunto, afloradas a lo largo de los exámenes individuales del problema; hecho que tal vez se explique por el reclamo céntrico del tema en cuestión: "Idea sobre la Historia de la Filosofía": lo cual exige nuestra propia y personal filosofía. Y como al cabo toda filosofía es siempre filosofía de alguien, intransferiblemente personal, resulta, desde luego, discrepante. De aquí que no sólo la idea de la Historia de la Filosofía, sino la idea misma de filosofía se nos presente como esencialmente problemática.

Pero ocupémonos de ese tránsito filosófico que refleja una peculiar relación entre la filosofía y lo histórico y que es del mayor interés para comprender, repito, la naturaleza y los caminos de esa toma de conciencia de la realidad por el hombre, en que consiste la meditación filosófica. Ese tránsito va desde una indiferencia casi total respecto a la historicidad en sus inicios, hasta una desmesurada preocupación —que ya va siendo "preocupante"— por lo histórico en nuestros días.

¿Qué causas explican que la filosofía griega apenas muestra interés por lo histórico? Francisco Romero ha culpado de ello a un cierto uso ingenuo de la razón que en los primeros momentos configura versiones de la realidad en vista únicamente de enérgicos requerimientos racionales. Una de estas imperiosas demandas de la razón es la de fijeza y permanencia, que

desvaloriza todo cambio y lo relega a la condición de aspecto exterior y subalterno de la realidad, de cosa ajena a la hondura metafísica y sólo residente en la apariencia. Efectivamente, en Occidente la razón pura, al asumir una jerarquía metafísica, plantea la necesidad de superar la visión inmediata y corriente de las cosas. Tal intento alcanzará una orientación dominante en el esfuerzo parmenídico por profundizar y consolidar la noción de permanencia. El tiempo, por su índole irracional, quedaría al margen, se le juzgaría mero atributo de la apariencia, y la filosofía acusaría entonces una insuficiencia instrumental para tomar conciencia de las dimensiones históricas de lo real.

Yo afirmaría que la filosofía no descubre lo histórico, sino que lo histórico se le revela a la filosofía. Del mismo modo como por pareja economía y misterio del espíritu se le han ido iluminando al hombre otras profundidades del ser. Quiero decir, lo esperan ustedes seguramente, que es menester la irrupción en el pensamiento antiguo de un elemento desconocido hasta entonces: la naturaleza itinerante del ser humano, debido al destino ultraterreno asignado al hombre en el cristianismo, para que, y esto es lo que sucede precisamente en San Agustín, el curso de las cosas humanas se problematice agudamente, e insurja de ello una primera reflexión filosófica de inusitado vuelo sobre la historia. Por otra parte, el concepto de la esporadicidad de los hechos, introducido en la realidad humana por el cristianismo, al admitir que en el centro mismo del proceso universal histórico existe cierto hecho esporádico, de carácter único y exclusivo, que no puede compararse con ningún otro y de contenido tanto histórico como metafísico, abriría las compuertas del entendimiento occidental para la comprensión y admisión de lo histórico. Nunca, hasta el advenimiento de Cristo, ni después, el mundo ha conocido un hecho de contenido tan histórico, a la par que metafísico. Además el Cristianismo reconoció que los principios eternos pueden llegar a manifestarse en este mundo nuestro, que lo eterno y lo temporal se interpenetran. En cambio, la conciencia griega suponía el proceso temporal como un inmenso remolino, como un movimiento circular indefinido. Cosa contraria al Cristianismo que afirmó el concepto de una resolución de la Historia en el tiempo, estableciendo así un sentido, una Filosofía de la Historia.

Esa comprensión por lo histórico, ocurre, como hemos afirmado, antes que nadie en San Agustín, en el cual está presente

ya un verdadero análisis de lo que constituye el ingrediente fundamental de la historia, a saber: el tiempo (en sus Confesiones hay muestras prolijas de ello). El tiempo es para el Obispo de Hipona aquello que todos creemos conocer y aquello de que más comúnmente hablamos; por eso puede decirse de él: "cuando no me lo preguntan, lo sé; cuando me lo preguntan, no lo sé". San Agustín analiza la división del tiempo en su reconocimiento de la existencia e irracionalidad de éste, y se plantea el problema del presente, el único tiempo que se vive como existente y que consiste realmente en un pasar a su pasado. Y al hacer radicar el pasado en la memoria y el futuro en la esperanza hace a éstos también en cierto modo presentes; empero no se trata de una mera reducción del tiempo a lo psicológico, pues el tiempo pertenece verdaderamente a un alma que es propiamente una continua trascendencia hacia lo eterno.

Lo que va dicho me parece que confirma plenamente como lo histórico se le plantea por primera vez a la filosofía en el Cristianismo.

Ahora bien: la penetración paulatina de las exigencias del pensamiento helénico en la religión cristiana va abriendo paso de nuevo a una forma de racionalismo que se desentiende poco a poco de lo histórico y del problema del tiempo. Acaso se mantienen sólo de un modo latente. Pues, aunque en forma un tanto subterránea, la corriente agustiniana, que por vía del franciscanismo perdura durante toda la Edad Media, continúa ofreciendo una indudable resistencia. De un lado su tendencia irrecusable al irracionalismo y a la mística: recuérdese a los victorinos (Hugo y su hermano Ricardo). San Buenaventura, Escoto, Occam... De otro lado el infinitismo del cardenal de Cusa. Tales corrientes van insertas en ese sentimiento temporalista que domina y peculiariza a la filosofía de San Agustín.

Vale insistir que esas tendencias no resultan dominantes. Y ya el pensamiento de los siglos XVII y XVIII deviene de cierta manera "antihistórico". Apenas sobresalen como excepción Spinoza y con más destaque Leibnitz. El siglo de Descartes restaura los fueros de la razón estricta, y la realidad toda queda sometida al cartabón de lo claro y lo distinto; pero el torrente de los hechos humanos —cosa oscura y confusa— andaría al margen de la comprensión filosófica. Y la época de las luces, aun cuando formalmente se preocupa mucho por la historia, en el fondo no acierta a comprenderla y manifiesta una repugnancia por

cuanto en el pasado le parece ignorancia o tiniebla. Lo propia-mente histórico tenía que mostrarse rebelde a aquel enjuicia-miento desde el único punto de vista de "lo razonable" —del sentido común— que practicaba el siglo XVIII.

La filosofía debía esperar al florecimiento del espíritu ro-mántico para restaurar la auténtica vocación historicista. Ya se saben las vecindades de la etapa romántica en Occidente con la hora cristiana-medieval. Funciones no racionales, subestimadas anteriormente, reaparecen; y el instrumental filosófico se ha-bilita —significativa paradoja— para sentir profundamente la historia. Romero entiende que lo capital fue el rechazo del ab-solutismo intelectualista que permitió la aparición de las dos ca-tegorías necesarias para la comprensión histórica: la de evolu-ción o desarrollo, y la de individualidad como peculiaridad irrepetible. No está de más su precisión siguiente: "Tanto la evolución en cuanto pleno desenvolvimiento, como la estricta singularidad, son nociones inconciliables con un racionalismo consecuente y aún con cualquier exigente intelectualismo, que de continuo aspiran por su íntima índole a la afirmación de la permanencia y de la homogeneidad". En lo que toca al aspecto filosófico, lo más visible del momento romántico fue la apari-ción de una filosofía de la historia cuyo representante por ex-celencia fue Hegel. Desde luego, el historicismo de Hegel aun-que se ocupaba con la historia propiamente dicha, es decir, con la serie temporal de los acontecimientos humanos no alcanzaba a ser ni con mucho un historicismo metafísico, esto es: la atri-bución de la condición histórica a toda la realidad. No olvide-mos que la tradición multisecular en metafísica era el intempo-ralismo. En verdad Hegel no toma cuenta realmente del problema de la temporalidad, y no se puede llegar a una ple-nitud de concepción de lo histórico sin el dato del tiempo que viene a ser persistencia del pasado en el presente y proyección del presente hacia el futuro. Allí donde no hay un empate en-trañable entre el ser y su acontecer que los convierte a ambos en una y la misma cosa, no hay completa historicidad.

Por eso fue tan grande la obra de Bergson. Téngase en cuenta que el pensador francés necesita, para conseguir una ca-bal reivindicación metafísica del tiempo, romper con una tradición de veinticinco siglos. Helo, pues, como un hito insos-layable en la marcha de la filosofía. Nadie como el propio Bergson se encarga de esclarecer que la novedosa "intuición

bergsoniana" es cosa referida especialmente al tiempo, que su intuicionismo estaba condicionado por su tesis de la duración, que se trataba, ante todo, de una "intuición de la duración en el tiempo". Es bueno subrayar esto, pues por aquí se abre vía a una interpretación historicista de la realidad.

Sería prolijo examinar ahora cómo la absorbente preocupación por lo histórico en nuestros días ha derivado en ciertos extremismos que pretenden disolver la realidad en un devenir irrefrenable, en la pura sucesividad. Pero sin duda, de ese tránsito de lo filosófico hacia la comprensión de lo histórico —algunos de cuyos momentos culminantes hemos tocado muy superficialmente—, ha quedado como saldo positivo una atención hacia la historia humana que luego, ahondando y ampliándose, ha devenido en un mejor conocimiento del tiempo propio del hombre, y, por tanto, en la tesis de la exclusiva historicidad de lo humano y de toda la realidad que le es aneja.

¿Qué contenido podemos reconocerle a esa tesis de la exclusividad histórica de lo humano? Porque lo interesante en todo esto es que la filosofía, al ir penetrando en la hondura de lo histórico, se ha encontrado precisamente con la vida humana. A tal extremo que ésta, la vida humana, se ha convertido en aquel objeto metafísico a que tiene que llegar la filosofía, forzosamente, necesariamente, so pena de no sea filosofía. Por eso la filosofía actual ha tenido que ir a parar inevitablemente a una metafísica de la existencia. Y las cabezas filosóficas que desde hace ya casi medio siglo vienen pugnando por esa metafísica plantean la necesidad de una razón vital, es decir, de una razón histórica capaz de forjar los conceptos aptos para apresar las peculiaridades ontológicas de la vida. Precisamente, en ese planteamiento los discípulos de Ortega se afanan en conquistarle una prioridad al maestro. Mas intentar esclarecer el contenido de esa tesis que reduce lo histórico a lo humano y que convierte al hombre en un ser que es historia es tema que requiere una exploración propia.

La historicidad de la vida humana

VALE la pena examinar ahora el contenido de esa tesis que sostiene la existencia de un tiempo propio del hombre y, a la par, la exclusiva historicidad de lo humano. La literatura sobre el asunto va siendo ya profusa. Según Ortega la vida sólo se

vuelve un poco transparente ante la razón histórica, pues est hecha de una sustancia peculiar que es su tiempo. Pero, ¿en qu consiste ese tiempo humano? Creo que fue Heidegger quien por su parte, distingue dos clases de tiempo: el tiempo que est en la vida y el tiempo que la vida es. En efecto, el tiempo qu está en la vida es el propio de las ciencias físicas, de las ciencia astronómicas. En este tiempo el pasado da de sí al presente, dando de sí el pasado al presente va creándose el futuro. E futuro en el mismo es el resultado del pasado y el present Pero ése no es el tiempo que constituye la vida misma. Ha que imaginarse, dice García Morente —quien consigue una cla ridad cenital en estas honduras— un tiempo que comience po el futuro y para quien el presente sea la realización del futuro Nótese como aquí se atiende a ese rasgo de la vida humana se gún el cual ésta se nos presenta como anticipación de futuro como afán de querer ser. Y al punto luce genial la frase de Heidegger cuando afirma que todo presente humano es un "futuro sido", pues nos hace ver la vida esencialmente como tiempo: en el cual la vida va consistiendo en una anticipación. A este tiempo que la vida es viene llamándosele temporalidad.

Desde luego, la temporalidad no es sólo anticipación de futuro, es también carga de pasado. Pues la referencia al pasado es un componente necesario de la proyección al futuro. La dependencia en que se encuentra el futuro respecto del pasado es fácil explicarla psicológicamente. Bastaría con aludir a la memoria. El problema consiste en fundamentar la temporalidad en terreno metafísico. El profesor Nicol intenta en su *Idea del Hombre,* explicarnos la "historia óntica" del mismo, afirmándonos que la realidad de su ser presente incluye siempre el componente de la potencia real o posibilidad vital. Así el presente es siempre "poder ser" y la solución metafísica del problema del ser en el tiempo la encuentra en la concepción de ser potencial del hombre. Parece que Jaspers se conforma con una fundamentación psicológica del pasado cuando nos dice textualmente en su libro *Origen y Meta de la Historia,* en el capítulo en que trata de la estructura fundamental de la historia: "lo esencial en la historia es únicamente que en ella puede el hombre recordar y, por tanto, conservar lo que fue como factor de lo que viene". Ya se sabe que Ortega lleva esa influencia del pasado hasta sus últimas consecuencias, hela aquí: "el hombre es lo que le ha pasado, lo que ha hecho, en suma, que el hom

bre no tiene naturaleza sino que tiene historia". Esta frase del maestro español le ha quitado el sueño a más de un esencialista. De todo esto queda que el hombre es lo que es porque tuvo un pasado y porque se está realizando desde su futuro.

Claro que la historicidad del hombre le viene de esa su peculiar temporalidad dada en un ser que es precisamente el único ser que toma conocimiento de sí mismo. Un ser que se preocupa por lo que es y por lo que quiere ser, que es ocuparse previamente con el futuro. Un ser que tiene que hacer de su vida un proyecto, pues la vida le es y no le es dada; y, por tanto, ha de estar haciéndosela constantemente. Y que para hacerse su vida cuenta, por lo menos, con una fundamental libertad, por supuesto limitada por su carga de pasado entre otras circunstancias. Esto de la libertad resulta de la mayor importancia, pues sólo el ser libre tiene historia. Es decir, sólo puede ser histórico el ente cuyo ser incluya el "poder ser".

Ese concepto de lo histórico como fundamento y raíz de la vida humana, hace de esta vida algo inconcluso, en perpetuo devenir, y hace del sujeto a quien le acontece esa peculiar forma de vida, un hecho histórico en sí propio, en el sentido de que cada hombre es un ser único, singular, incanjeable, e irrepetible, y asimismo toda actividad o acontecer de lo humano sale teñida de esa su radical historicidad. Cosa muy distinta es el problema de cual hecho merece ingresar en el relato, es decir, en la exposición del pasado, pues ese es asunto concerniente más bien a la estructura y condiciones de la ciencia histórica.

Aunque esta comprensión de la historicidad humana es cosa bastante reciente, el hombre reconoció hace mucho que su vida es frágil, insuficiente y movediza y su mayor esfuerzo ha consistido en superar esas limitaciones asentándola sobre una base sólida y estable. El hombre es un ente temporal e histórico, pero por ello mismo tiende hacia algo intemporal e inmutable en que su ser encuentre apoyo de alguna suerte. De ahí la religión, el arte, la filosofía. Entre estos haceres brotados en la vida del hombre, se da en la filosofía —como en la vida misma— una radical historicidad. ¿En qué consiste ella? Ya veremos eso.

La historicidad de la filosofía

El hombre —con esta consecuencia concluíamos nuestro sucinto examen sobre la radical historicidad de la vida humana

—es un ente temporal e histórico, pero por ello mismo tienc hacia algo intemporal e inmutable en que su ser encuentre ap yo de alguna suerte. Precisamente, el filósofo es para el grieg el que por el amor al saber aspira a la verdad de las cosas, est es: a una certeza radical y universal. Desde este punto de vist la filosofía ha sido entendida principalmente como una Cien cia. Pero también desde ese amor al saber mismo pretende filósofo vivir — y hasta salvarse. Entonces la filosofía se no presenta como un modo de vida y un afán de salvación. Segú Ortega —quien, como se sabe, conecta toda forma o manife tación cultural con una determinada situación humana— el hom bre comenzó a hacer filosofía cuando al entrar en crisis el sistem de creencias en que se apoyaba, al perder las cosas la consisten cia que tenían gracias a los dioses, el griego se ve forzado a atr buirle un ser que salve las apariencias. De modo que la filoso fía nace para intentar responder a la pregunta por el ser, val decir: como afán de salvarse develando la gran incógnita. Apa rece pues para conocer lo que debe ser cognoscible por excelen cia: los principios y causas, y, en última instancia, el principi de los principios, la causa última o Dios. Consistirá —vuelv a Ortega— en creer que el hombre posee una facultad, la razón que le permite descubrir la auténtica realidad e instalarse e ella.

Razones de espacio no aconsejan puntualizar ahora si e primer pueblo que de verdad filosofa es el pueblo griego. M parece que la búsqueda metódica de la verdad por medio de ejercicio de la razón libre y sistemática (condiciones del filoso far puro), es una actividad nativa en Grecia. En todo caso n se puede negar que la filosofía —como un afán de saber brota do en la vida del hombre, como un hecho que le acontece a ést en su existencia— constituye una actitud humana completamen te nueva, distinta frente a las cosas y el mundo en general. esa actitud que se ha llamado teorética, en oposición, por ejem plo, a la actitud mítica que ve en las cosas poderes, reflejaría l estructura íntima de lo humano. Sobre todo aquellas en que l humano se nos caracteriza como historia. Por eso una interro gante por la historia de la filosofía, sostenida ésta desde la al tura o la profundidad de la filosofía misma, no puede agotars en un mero análisis concerniente a la estructura y condicione del pasado filosófico y de su exposición, sino que ha de plan tearse de un modo radical el núcleo mismo de la cuestión, est

es: la vinculación entrañable entre lo histórico y lo filosófico. A la luz de esta vinculación nos luce inobjetable el aserto de Ferrater: "La Filosofía no es meramente una disciplina que tiene una historia sino un hecho que es histórico", vale decir: un quehacer humano que presenta como una de sus notas esenciales la historicidad. Trátase, pues, de una participación intrínseca y necesaria del saber racional que es la filosofía en la forma de historicidad que es la vida humana.

Por lo pronto, en la filosofía se advierte una indiscutible temporalidad. Se hace, como la vida misma, en el tiempo que "la vida es". Nótese que en éste, el único tiempo histórico (privativo de lo humano), el hombre es lo que es porque tuvo un pasado y porque se está realizando desde un futuro. Pues bien: en ese tiempo ningún hecho filosófico en verdad desaparece, sino que está contenido en la carga del pasado como un momento necesario para toda meditación de presente. Seguramente algo de eso reconoce Julián Marías cuando afirma que en toda acción de filosofar va ya incluido todo el pasado filosófico. Además, creo que esto es lo que se quiere decir siempre que se sustenta que no se puede hacer filosofía sin Historia de la Filosofía. Dicho en otras palabras: la filosofía tiene que plantearse y realizarse íntegramente en cada filósofo, pues el filósofo tiene que hacerse cuestión de la totalidad del problema filosófico desde su primer tratamiento. En efecto, hoy por hoy nadie se plantearía el problema del ser sin rastrearlo hasta su raíz originaria. Sólo en ese rastrear el problema cobra un sentido pleno la cuestión que se analiza. *El problema es "lo que le ha pasado".*

Esa participación de lo filosófico en las notas de la historicidad nos coloca frente a un nuevo aspecto, por donde si todo filosofar arranca inevitablemente del pasado, se proyecta hacia el futuro poniendo en marcha la historia de la filosofía. Mas, antes de abordarlo, conviene precisar que cada situación histórica del pensamiento no sólo toma conciencia de lo que arrastra sino que implica una cierta libertad de creación, como algo irreductible en la vida misma del pensador. Esto alcanza soberana manifestación en el aporte siempre imprevisible del genio, donde la reflexión superior vocada siempre hacia lo intemporal consigue su más indiscutible autonomía. Tal autonomía del pensamiento filosófico ha sido sustentada con relación a los nexos del pensamiento y la situación histórica general. Pero lo que

queremos reconocer ahora es algo más que la posesión de u
continuidad histórica exclusiva de la filosofía, sino más bi
que *dentro de su propia continuidad cada filósofo constitu*
una posibilidad. Cuando examinamos la historicidad de la vi
humana topamos con la siguiente realidad relativa al hombr
sólo el ser libre tiene historia. De la misma manera, la filosof
tiene historia propiamente, porque cada filósofo incluye "u
poder ser filosófico".

Al sumergirnos de nuevo en esa participación de lo fil
sófico en los rasgos historicistas de lo humano, sorprendem
otro pliegue desde el cual la filosofía se nos descubre como "u
quehacer historizante". Esto es: nos colocamos frente a un a
pecto por donde si todo pensar arranca inevitablemente del p
sado, se proyecta hacia el futuro poniendo en marcha, por
menos, la propia historia de la filosofía. Así como la vida h
mana resulta anticipación de futuro —proyecto, programa—
filosofía en cierto sentido constituye predicción de una final
dad cuyas etapas se propone anunciar. Enseguida el pensar m
yor se nos aparece como Filosofía de la Historia. ¿Hasta qu
punto de la historia concreta responden los hechos después
esas visiones?, es decir, ¿de qué manera y con qué medida a
túan las ideas sobre la realidad y consiguen eficacia histórica
eso representa otra vertiente del problema. La que ahora tra
sitamos sólo pretende hallar en todo filosofar una inevitab
prefiguración del futuro.

Bien vista la cuestión tal pretensión luce justificable. S
bre todo desde San Agustín hasta Heidegger. Puesto que, e
pecialmente en todo ese trayecto, el hombre hace una vida cr
cientemente histórica, en el sentido de que de un modo u ot
es cada vez más consciente de la radical historicidad de su vid
Adviértase que la filosofía en cualquier momento de su ma
festación, lo hace en la forma de un conjunto de problemas q
incluyen todas las cuestiones conexas de la cultura coetánea,
que por ello la filosofía es no sólo historia de sí misma, si
también de la circunstancia espacio - temporal a la cual pe
tenece. Pero a partir de San Agustín la meditación occident
va a ser a la vez que reproducción de una época dada la pre
guración de otras posteriores. Pues intenta siempre, ensegui
que actúa como filosofía, preconfigurar el devenir existenc
dentro del cual el hombre ha de desplegar su propia vida.
es que el hombre, en la cultura cristiano-occidental, se sien

parejamente como una imposibilidad y como una posibilidad, como una tensión constante entre dos naturalezas contrapuestas: la finita y la infinita. Por eso el sentido profético: consustancial a toda filosofía a partir del cristianismo. Y por ello mismo tal prefiguración del futuro, latente en toda filosofía, conlleva una finalidad impuesta por el sentido fatalista de un proceso cuyos tres tiempos. pasado, presente y futuro encierran un sentido que se justifica, únicamente, por la finalidad misma a la cual se dirigen, o sea: que son para ser. Probablemente ese carácter historizante, esa prefiguración, explique el dictum de Hegel: "la filosofía es la historia al revés", importa decir: la historia que está por hacerse.

Vale la pena subrayar, que la preocupación por la Filosofía de la Historia propiamente, o por medio de sus expresiones concomitantes, la Ética, la Política, las Utopías, etc., tienden a proliferar a partir del cristianismo; esto a diferencia de lo que ocurre en Grecia donde, si exceptuamos los casos culminantes y ejemplares de Platón y Aristóteles, no hay elaboración sistemática —cerradas, conclusas— en tales órdenes, a no ser las aproximaciones que a este respecto representan los estoicos y epicúreos.

Lo dicho hasta aquí sobre la historicidad de la filosofía, nos coloca, al punto, frente a una cuestión de mucha cuantía. ¿Por qué esa participación intrínseca y necesaria del saber racional que es la filosofía. en la forma de historicidad que es la vida humana? Puntualicemos: indudablemente no puede darse una desvinculación absoluta entre ninguna forma de la cultura y su historia, ya que toda forma cultural es un producto humano y por lo tanto histórico. Pero resulta claro que hay sectores en que sus respectivas historias no constituyen una condición *sine qua non*, en cada momento en que el hombre se ocupa en esos saberes, o sea: se puede hacer física sin historia de la física, o matemáticas sin historia de las matemáticas. ¿Por qué, pues, esa radical historicidad asignable a la filosofía, tan inevitable como la propia historicidad humana?

Tal vez, esa última cuestión halle explicación satisfactoria en la problematicidad reiterante de la filosofía. Tal como es de siempre la misma y perenne problemática el ser propio del hombre. ¿No está acaso la filosofía, hermanada en destino al propio destino del espíritu humano? Ese carácter reiterativo consiste en la vigencia inalterable de los problemas básicos. Ad-

viértase como siguen siendo exactamente los mismos, pues, aunque cada época parece aportar y en efecto aporta nuevas cuestiones, éstas, si se las examina con el debido cuidado, son sólo eflorecencias de esos problemas fundamentales. ¿Temas como el ser, la sustancia, la realidad, la verdad, la justicia, el bien, la felicidad, el destino del hombre, el alma, la inmortalidad, la muerte, no son al cabo, los mismos temas que la filosofía se viene planteando desde sus orígenes y que por vía de su interés esencial para el hombre se remontan hasta la misma mitología? Por otra parte, muy poca cosa quedaría de la filosofía si sólo pidiéramos a su historia el señalamiento de las soluciones, olvidándonos que lo importante en ella es precisamente eso: los problemas. En esa reiteración consiste, pues, el contenido de la *philosophia perennis.*

Por último conviene insistir en lo siguiente: el replanteo de cualquier problema, en cualquier momento, supone, exige el regreso, con el propósito de inspección. a los planteamientos anteriores del mismo. Y comporta, desde luego, "un poder ser". Pongo un ejemplo actual: Heidegger, al preguntarse por el ser, en esa introducción a su obra fundamental que titula: *Explicaciones de la pregunta del ser,* se ve obligado a desandar todo el camino recorrido hasta el presente, como si sólo en ese rastrear el problema cobrara un sentido y una posibilidad la cuestión que se analiza.

La Historia de la Filosofía como iniciación

RECAPITULEMOS. La participación intrínseca y necesaria del saber racional que es la filosofía en la forma de historicidad que es la vida humana, consiste, a mi modo de ver —entendida la filosofía como acción de filosofar en presente—, en un ser la filosofía "lo que le ha pasado", en un ser "una posibilidad", en un ser "una prefiguración del futuro". Enseguida la Filosofía se nos aparece como Historia.

Luce claro, pues, que ese modo de conectar lo filosófico y lo histórico nos presenta a la filosofía misma no como algo que es, sino como algo que deviene. Y lo que no deja de ser importantísimo: no sólo está muy distinta de considerar la Historia de la Filosofía como un arbitrario montón de opiniones y sistemas enteramente aislados y contradictorios, sino que descubre la marcha de la filosofía como una verdadera prosecución

de los temas y hasta de los métodos, como una pervivencia en la nueva etapa de los elementos que contenía la anterior, esto es: como un proceso en el cual hay una continuidad sustantiva.

¿Qué eficacia didáctica podemos encontrar, entonces, en la Historia de la Filosofía? Este punto, sin duda, está dado por implicación de lo que llevo dicho hasta aquí. Empero conviene precisar algunos perfiles y establecer ciertos presupuestos. Me planteo esa eficacia (o si se quiere ese valor formativo de la Historia de la Filosofía), con vista única a la iniciación en la filosofía misma. Lo cual no me hace olvidar lo que importa para la formación de la cultura en general. Por otra parte, no subestimo el valor de las Introducciones, de los Diccionarios filosóficos, de los cursos de Seminario donde se estudie a fondo un gran filósofo, etc., etc.

Pues bien: si hay una inseparable conexión entre filosofía e historia de la filosofía, si la filosofía es historia y esta condición le pertenece esencialmente, ¿cómo iniciarse en la reflexión superior sin acudir a lo que Windelband llama el órgano de la filosofía: su Historia? En efecto, el que se asoma a la filosofía viene obligado a tomar una actitud que exige como una doble conciencia: una que llamaremos histórica, y otra que, con un poco de redundancia, denominaremos teórica. Trátase, ciertamente, cual si fuera menester ver los problemas con lentes bifocales. Dicho en cuanto a lo que hay que ver: en el momento en que se enfoca una cuestión en conexión a los momentos anteriores, por los cuales es preciso inspeccionar el problema; mientras que, por el otro enfoque, requiérese atender un costado imprescindible: el análisis de toda cuestión filosófica supone necesariamente una racionalización del problema. Ahora bien: esa conciencia histórica a que viene obligado el que se inicia en el pensar mayor se cumple, únicamente, por medio de la Historia de la Filosofía. Y aquí le encuentro la eficacia didáctica, ya que la Historia de la Filosofía nos proporciona, irreemplazablemente, una primera toma de conciencia de la problemática en su totalidad.

Pero inclusive, ¿cómo puede el principiante formarse una idea de la filosofía misma sin rastrear en la evolución de la propia filosofía? si la filosofía, por su historicidad, no es propiamente, sino que deviene: si se va formando en el curso de su propia historia, y se trata todavía de "un poder ser" ¿cómo entrar a formarnos un concepto de ella sin conocerla históricamente? Téngase en cuenta, además, lo siguiente: cada sistema filosófico

vale como una respuesta a la pregunta por lo que la filosof es y significa dentro de la vida humana, y esa respuesta ser simultáneamente necesaria y parcial, pues la noción que cad filósofo ha dado de la filosofía equivale a la perspectiva dond la cual fue vista, ¿cómo puede el neófito, entonces, integrars una idea de la filosofía sin analizar y apreciar en su conjunt tales respuestas? Traigo un testimonio eminente: José Gaos, e la introducción a su trabajo *El concepto de la filosofía,* se plan tea el problema de conocer lo que es filosofía sin historiarla llega a una conclusión significativa: "El concepto de la Filoso fía que voy a puntualizar —dice Gaos— es el resultado de un interpretación de la historia de la filosofía cuya clave es la ex periencia personal".

Esta interpretación como base de una tal experiencia m parece indispensable.

En lo que toca, por último, a la importancia de la Historia de la Filosofía en el presente, es cuestión ésta que no vacilaría en reconducir, si he de atenerme a lo establecido, anteriormente a una interrogación por la importancia de la filosofía misma Haría otra cosa: precisar enseguida una connotación sobre lo que el presente significa. Vería, desde nuestro mirador, cómo esa connotación alude sin desvío a una actualidad que corres ponde a determinada cultura: en este caso la de Occidente. Y un examen de tal actualidad revelaría sus contornos críticos y perdería, desde luego, las debidas caracterizaciones.

A fin de cuentas, hay que plantearse el papel que ha ju gado y juega la filosofía en la estructura y el destino de la cul tura cristiana-occidental. Lo que, por otra parte, nos permitiría advertir que iniciarse hoy en la filosofía importa, sobre todo replantear el tema de la meditación principal (philosophia pe rennis), como una de las bases en que se apoya esa cultura Cultura que, sin duda, está transida y dominada por un riguroso carácter teorético, por una objetividad radical que es exclusiva mente patrimonio de Occidente: lo cual envuelve una aspiración hacia la perfección suprema —tanto en el orden del ser como del conocer— que ha sido su desiderátum. Pero, además, ad vertiríamos que una toma de conciencia del presente mismo —esto es: de sus contornos críticos— sólo puede provenir d la propia filosofía. Ahora, como siempre, la filosofía es e vehículo a través del cual una época se clarifica a sí misma, l única actividad del espíritu que puede analizar los problema del mundo en toda su dimensión y en toda su profundidad.

Presencia del Pasado

ARQUEOLOGÍA DEL VALLE DE TULANCINGO *

Por *César LIZARDI RAMOS*

"VAYA Ud. y busque en el Valle de Tulancingo los restos del Palacio del Rey Quetzalcoatl".

Tal fue la orden dada por el Director de Monumentos Prehispánicos, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, a la arqueóloga Florencia Jacobs Muller cierto día de noviembre de 1953, pocos meses después que la Sociedad Mexicana de Antropología escogió a esa Profesora para que hiciera la primera exploración científica en el Valle de Tulancingo y sometiera los resultados a la VI Mesa Redonda que preparaba esa agrupación y que se llevó al cabo, finalmente, en septiembre de 1954.

El cometido era seductor: ¡cuán notable sería el dar con las ruinas de aquel palacio de madera, incrustado de piedras preciosas y corales de que se hacen lenguas los textos indios[1] y que sirvió de albergue al célebre Rey Quetzalcoatl, de quien se dice que llegó a Tollantzinco en un año 2 Conejo (equivalente, según unos al 870 de la Era y según otros, al 922 o aun al 974) y que cuatro años después ocupó el trono de Tollan![2]

---

* Para no incurrir en el vulgar error de hacer agudo el acento de las voces nahuas, el autor ha optado por seguir la norma que se ha impuesto en estos casos el Fondo de Cultura Económica, o sea no poner acento ortográfico a dichas voces. Esta precaución debe secundarse con la advertencia de que las más de esas palabras son graves, v.g.: Popocatepetl, Tehuantepec.

1 "... Quetzalcoatl... se hizo su casa de abstinencia (nezahualcalli), su huapalcalli de turquesa (casa de vigas incrustadas de turquesas)". "La Historia Tolteca en los Anales de Cuauhtitlan. Fragmentos tomados de la Historia de los Reinos de Colhuacan y de México". Texto con traducción al alemán por el Dr. Walter Lehmann. Traducción al español... por P. R. Hendrichs. Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1941 (México), p. 3.

2 Obra y páginas citadas en (1).

La exploración del Valle de Tulancingo había sido recomendada ahincadamente por el profesor Wigberto Jiménez Moreno, quien deseaba contar con nuevos datos arqueológicos para seguir haciendo la historia de los toltecas. También la recomendaba en lo particular, el arqueólogo potosino Joaquín Meade, pues le parecía que Tulancingo, Hgo., atesoraba en sus ruinas y en su subsuelo, vestigios que podrían hacer luz meridiana en la historia de toltecas y huastecas.

Se habían llevado al cabo, ciertamente, varios reconocimientos, o inspecciones, por el arqueólogo Carlos Margáin, de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, pero no excavaciones en forma, que eran esenciales para conocer la historia antigua del Valle de Tulancingo.

Exploración en tierra incógnita

ERA pues, tierra incógnita y virgen desde el punto de vista histórico, la que iba a explorar la Doctora Muller con mi humilde cooperación, que solicitó de la manera más generosa. Y dotados de algunos instrumentos y de un poco de dinero que nos dio el Instituto Nacional de Antropología e Historia, al cual agregamos algunos pesos de nuestro peculio, partimos para Tulancingo, en un *jeep* que nos prestó el Centro de Investigaciones Antropológicas de México y que manejaba la profesora Virginia Williams.

Corría el mes de noviembre de 1953 cuando llegamos a Tulancingo, sin datos bastantes en cuanto a su topografía y al número y ubicación de sus lugares arqueológicos. Pero bien pronto supimos que había un aficionado local, dueño de una colección importante de piezas arqueológicas: don Felipe Vargas. A él acudimos y con una amabilidad que agradecemos mucho, nos informó suficientemente y en un croquis hecho a las volandas nos señaló siete, ocho lugares arqueológicos alrededor de la ciudad: Napateco, Zupitlán, Argentina, Hueyapan, Huajomulco, El Pedregal, Huapalcalco. Él mismo nos acompañó a El Pedregal, al sur de la ciudad y vimos por todos lados, sobre la costra de lava que cubre una superficie muy grande, montículos enanos, plataformas y finalmente, una que fue pirámide y que la estulticia de unos contratistas de caminos había destrozado bárbaramente: Zazacuala. Más tarde, en los reconocimientos hechos durante seis temporadas de trabajo, hemos observado

por todos lados una destrucción secular, sistemática, harto dolorosa, de los incontables monumentos arqueológicos que había en el Valle de Tulancingo y de los cuales sólo quedan vestigios mínimos. Todo lo cual nos hace creer que ese Valle es la parte de México donde las zonas arqueológicas han sido objeto del saqueo más torpe y despiadado.

Fue en El Pedregal donde, al hacer la primera recolección de tepalcates o tiestos superficiales hallamos restos de cerámica arcaica, e inclusive una cabecita de la Fase Teotihuacan I, que levantó del suelo nuestra constante compañera en las seis temporadas: Rosita Lizardi Ramos.

Cadena cerámica casi completa

Posteriormente, al hacer una recolección parecida en Huapalcalco, al pie del Cerro de la Mesa, hallamos tepalcates de las fases Azteca III y Azteca IV, es decir, los últimos eslabones de la cadena representada por la cerámica arqueológica cuyo principio, por lo menos en la Cuenca de México, fue hallado en el Arbolillo, al norte de Zacatenco y que corresponde, a lo que dicen los que saben, al siglo XV antes de la Era.

Nos encontrábamos pues, en tierra privilegiada, que había sido ocupada durante muchos siglos, ininterrumpidamente, por pueblos de diferentes culturas: arcaica, teotihuacana, tolteca, azteca.

Llenos de esperanza iniciamos las excavaciones en Huapalcalco durante abril de 1954, allí donde los restos de monumentos eran más abundantes y más prometedores. Los primeros golpes de zapapico, dados en un montículo que después señalamos con el número 5, pusieron al descubierto multitud de tepalcates de las fases Teotihuacan III y Teotihuacan IV, es decir, del Horizonte Clásico, restos de polines carbonizados, y otros objetos pequeños. Mientras tanto, Florencia Muller excavaba alrededor del montículo y continuaba sus calas hasta el Cerro de la Mesa. Allí, en la llamada Iglesia Vieja, reconoció una construcción azteca, tal vez usada en tiempos antiguos como fortaleza. En total, hizo 26 calas, que le dieron opima cosecha de tepalcates de las culturas arcaica, teotihuacana y azteca.

Pero los hallazgos más llamativos de esos primeros días de trabajo fueron hechos en la Cueva del Chivo, abierta como

otras varias, en el cantil, algunas veces vertical, que forma el extremo occidental del Cerro de la Mesa, y en el solar de Margarito Morales, que al principio llamamos Patio de los Palacios Pintados, porque en él encontramos las ruinas de dos construcciones, una de ellas típicamente teotihuacana. En una de sus superposiciones más recientes descubrimos vestigios de pintura verde, azul, crema, amarilla y roja en un pedazo de muro. Aquel solar polvoriento, rodeado de magueyes y moteado de tunales, tan viejos algunos de ellos que su corteza era leñosa, ofrecía un aspecto triste y sórdido. Pero la observación detenida nos reveló su fisonomía real y por ende, el panorama que debía de presentar en tiempos remotos el Centro Ceremonial de Huapalcalco, que allá por el siglo IX o X de la Era fue durante 4 años, capital de la ilustre nación tolteca.

Un panorama grandioso

La topografía de la zona fue aprovechada por los arquitectos indios para sistematizar una serie de construcciones (templos, momoztlis, plataformas y acaso uno que otro palacio) en un terreno descendente, cuyos extremos occidente y oriente presentan hoy día un desnivel de 200 m. La gradación comienza en lo alto del Cerro de la Mesa y siguiendo una línea oriente-poniente desciende sin transición hasta el pie de los cantiles que forman el extremo occidental del cerro. Desde allí, la ladera del cerro baja gradualmente, partida a lo largo por una barranquita, hasta el camino real. Al poniente de éste continúa por un declive suave que va a morir en la vía de Honey, al oeste de la cual el terreno se torna plano, como mesa de billar, cortado de sur a norte por el Río de Tulancingo y ocupado por ejidos prósperos. Llenan éstos, a lo que colegimos, el lecho de un lago desecado, de fertilidad óptima por los limos que depositó durante milenios la masa de agua.

Los magistrales arquitectos antiguos

En ese declive, que acaso tenga un desarrollo de 1,200 m aproximadamente, de oriente a poniente, los constructores antiguos dispusieron una sucesión de terrazas, limitada cada

una, en el lado poniente, por un muro de retención, acaso vertical, acaso inclinado, cuya parte central era ocupada por una escalinata, quizás no muy ancha. Todos los lados de cada terraza, menos el occidental, pudieron haber estado ocupados, a lo menos parcialmente, por templos asentados unos sobre pirámides, otros sobre plataformas, con su vestíbulo vuelto hacia un espacioso patio de bruñido piso hecho de aplanado de cal y decorado al centro por uno de esos adoratorios piramidales y bajos que los arqueólogos llaman momoztlis.

De pie en cualquiera de los extremos del vistoso declive, ora el poniente o bajo, ora el oriente o encumbrado, el observador antiguo contemplaba una espléndida perspectiva, en que ningún edificio encubría a otro, sino que todos eran visibles a la vez, deformados geométricamente por las leyes de la óptica, en un conjunto menos grandioso y formidable que el de las acrópolis mayas, a buen seguro, pero de un equilibrio ciclópeo y una armonía admirable. Todo ello realzado, abrillantado, por los fuertes colores de la decoración mural, por el blanco resplandor de los pulimentados pisos, alisados por el "continuo roce de incontables pies morenos o de las suelas de piel de venado de las cotaras hechas de lo mismo y en tratándose de príncipes, de manchada piel de jaguar". Arriba, muy arriba, formaba regio, incomparable dosel a la hermosa ciudad sagrada, la bóveda del cielo, frecuentemente, de un azul purísimo.

Más de veinte siglos de historia continua

Los viejos templos, destruidos no pocos de ellos por incendios y luego aprovechados como núcleos de construcciones nuevas, deben de haber sido testigos, a lo largo de 20 siglos cuando menos, del desfile de multitud de pueblos en diferentes niveles de desarrollo cultural, si bien no se desecha la posibilidad de que varias de las fases de ese desarrollo observadas en la zona, hayan pertenecido a un solo y mismo pueblo.

El solar que se extiende al sureste del precitado, pertenecientes ambos a la colonia de Caltengo, me fue señalado como propiedad de Jesús de Ita, y se agregó la información confidencial: "Ha encontrado una pieza de jade muy gran-

de". La noticia era asombrosa e incitante. Sin pérdida de tiempo me apersoné con De Ita y fingiendo indiferencia en el talante y la voz, pregunté: "¿Dónde está el jade que encontraste?"

Por toda respuesta el hombre caminó unos cuantos pasos y de detrás de un cercadito bajo de piedras, levantó una hermosa escultura de piedra verde, que estaba apoyada sobre el retorcido tronco de un tunal. Era un Yugo labrado, de piedra durísima, es decir, una de esas preciosas esculturas en forma de herradura que se han señalado como propias y aun exclusivas, de la cultura del Tajín, Veracruz. En la parte convexa de la herradura ostentaba el achatado rostro estilizado de un animal mitológico semejante al sapo, o a la rana, quizás deidad de la tierra, de cuya ancha boca emergía el rostro de un hombre. El contorno de este rostro era casi agudo por abajo, en lo cual manifestaba ser afín a las caras triangulares típicas de la escultura teotihuacana. Hecho simple éste, pero significativo, que nos dio a entender que aquel Yugo había sido hecho por gente de cultura teotihuacana. La cara externa de las ramas mostraba el flanco del Dios-Animal o monstruo, con las patas flexionadas, y protuberante y de morbidez agradable, la parte lateral del abdomen. En las terminaciones de ambas ramas, el artista indio había esculpido con primor sendas cabezas de hombre, pero, otro hecho significativo, no en un plano, sino en dos superficies que formaban un ángulo diedro. Esta circunstancia nos indicaba que había seguido una tradición escultórica del veracruzano Tajín.

Había yugos entre los teotihuacanos

Por añadidura, a la misma tradición pertenecían otros detalles de la pieza, por ejemplo, las estilizadas bandas (podrían ser plumas) de la parte posterior del monstruo en cada rama. Y tomando en cuenta estos hechos, inferimos que el Yugo, muy probablemente producto de una tradición artística y mitológica de la cultura del Tajín, había sido hecho, sin embargo, en una zona de cultura teotihuacana. Lo cual quiere decir que los Yugos, originarios acaso del Veracruz precolombino, se habían dado también en zonas teotihuacanas. Que en Huapalcalco existía esta cultura, lo comprobaban hasta la evidencia los incontables tepalcates recogidos por

Ángulo sureste del Templo A, desgraciadamente, convertido hoy día en machero por la ignorancia del propietario del terreno en que se levanta esta venerable reliquia.

Parte del vestíbulo, y puerta del Templo B, de estilo teotihuacano, el cual, al parecer, fue levantado sobre las ruinas de un edificio de la edad arcaica.

Vestíbulo del Templo B, que muestra claramente las huellas de ... de do... pilares rectangulares de sección rectangular. A la derecha, la puerta ... cheta... algo salientes.

Uno de los aposentos del Templo C, hoy día casi totalmente destruído por un vecino de Huapalcalco, quien construyó con sus piedras, un machero sobre otro templo teotihuacano.



Montículo 6 de Huapalcalco, visto por el lado poniente. Es uno de los monumentos más importantes, no sólo de la región de Tulancingo, sino de todo el centro de México.

Uno de los braseros de uno de los templos que existieron sobre el Montículo 6 de Huapalcalco. Ante ese brasero deben haberse hecho ceremonias rituales.

A la izquierda, parte de la Pirámide 6 de Huapalcalco, la cual fue const... acc
unos 22 siglos. Adosada a ella se ve una construcción, acaso de estilo teotihu· no.

Yugo de durísima piedra verde encontrado en Huapalcalco, y, a lo que se cree, labrado por gente de cultura teotihuacana que hace unos quince siglos o más, vivió en ese lugar.

nosotros del suelo o sacados de las muchas excavaciones que hicimos. Entre ellas una fue harto importante. La llevé al cabo junto a la choza de Jesús de Ita, hacia el oriente, donde según me dijo él, había excavado y hallado el Yugo. Todos los tepalcates que iban saliendo eran teotihuacanos. Y para estar más seguro ahondé la excavación. El resultado siguió siendo el mismo: los tepalcates eran de vasijas teotihuacanas. Así llegué hasta un piso formado de pedazos de laja. Sobre él, en uno de los rincones, dimos con un fragmento de Yugo, que en la semiobscuridad del pozo en que nos encontrábamos brillaba tenuemente, como si fuera una joya de jade. Resultó ser compañero de otro que también tenía en su poder el dueño del terreno.[3] Todos estos hallazgos transformaron radicalmente la faz de nuestros trabajos, puesto que nos las habíamos, no con restos de la cultura tolteca (siglos x a xii de la Era), sino que con paso harto más milagroso que el de las botas de siete leguas, habíamos retrocedido en el tiempo como cuatro o cinco centurias.

Los templos de estilo teotihuacano

Según pasa generalmente en esta clase de trabajos, los hallazgos se sucedían unos a otros sin solución de continuidad. Parecía que unos suscitaban como por magia a otros. Nos encontrábamos en una situación que nos hacía pensar en alguien que a obscuras metiera las manos en un cesto de costura y que por casualidad diera con un hilo, del cual tirara y tirara sin dar al fin con el ovillo a que pertenecía. Todos los hallazgos eran de importancia común; otros, más espaciados, eran de interés sumo. Así nos pareció en una fría mañana, el de los vestigios, harto deteriorados, de un edificio que a la primera inspección tuvimos por un palacio y que mostraba huellas de tres épocas de construcción a lo menos. Un examen más prolongado y sistemático nos mostró que era un templo de estilo teotihuacano. Hasta el lugar nos llevó no recuerdo cuál de los vecinos de la misérrima Colonia de

[3] El Yugo completo y los dos fragmentos fueron entregados el año 1955, por Florencia Jacobs Muller y C. Lizardi R., al Profesor Eduardo Noguera, a la sazón Director de Monumentos Prehispánicos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, para que los mandara al Museo Nacional de Antropología, donde hoy están.

Caltengo, cuyas chozas, obscuras, llenas de humo y habitadas por gente que vive en condiciones deplorables en cuanto a higiene y comodidad fueron levantadas en lo que hemos dado en llamar parte residencial de Huapalcalco. Se extiende en declive, desde el camino real (dicen que se llama de Sototlán), hacia el oeste, hasta la vía de Honey. En cambio, desde ese mismo camino hacia arriba, hacia el oriente y el Cerro de la Mesa, el terreno está moteado por los montículos y plataformas de la zona ceremonial, donde antaño se levantaban los templos-pirámide.

Espléndido sistema de construcciones

Los vestigios del edificio a que vengo refiriéndome quedan unos 50 m. a lo menos al noroeste de la choza De Ita, en el lado meridional del cuadrado solar (50 × 50 m.) de Margarito Morales, solar que nos mereció más tarde el nombre de Patio de los Palacios Pintados, porque en sus bordes oriental y septentrional excavamos los restos de otros dos edificios (Templos B y C) que en su tiempo de gloria estuvieron pintados. El patio debe de haber formado antaño parte de una de las terrazas escalonadas que desde el pie del Cerro de la Mesa, en el lado oriental de la zona, iban descendiendo con el ritmo que parece haber sido característico de las mejores construcciones de los mexicanos antiguos, hasta la parte plana del Valle. Bautizamos el primer edificio con el nombre de Palacio A; pero más tarde optamos por llamarle Templo A. No nos cupo duda de que era de la cultura teotihuacana, porque no bien habíamos iniciado la tarea de retirar parte de los escombros y el "jehuite" o yerbajal que les encubría, hallamos el piso del vestíbulo, con huellas inequívocas de la implantación de dos pilares de sección rectangular y algo al sur de ellos, el piso de una puerta, entre las huellas de implantación de dos muros delgados: los que separaban el pórtico o vestíbulo, del aposento, cuyos bruñidos pisos, de un aplanado hecho con arena y cal, habían sido acabados con el primor y esmero característicos de los albañiles teotihuacanos.

De los muros sólo quedaba la parte inferior, hasta una altura máxima 1.15 m. Y nada más estaban expuestos los restos del oriental y vestigios del meridional. La otra parte

de éste y el muro poniente (si existiera aún) estaban cubiertos por una capa de escombros asentada sobre la porción poniente del piso y de un espesor de 1.15 m. asimismo. En su parte superior observamos el perfil de dos pisos, separados uno de otro por un intervalo como de 18 cms. Uno de ellos, el de nivel más bajo, resultó haber sido hecho cuando menos en parte, con anchas y finas lajas cortadas con cuidado y de una longitud aproximada de 1 m. En el lado sur, coronando el muro del templo original, se veía una como repisa, que no era sino parte del piso que se tendió sobre las ruinas de aquél. Y encima de esa angosta faja de piso se levantaban vestigios casi informes de un muro como de 1 m. de alto. Examinando estos restos de pared hallamos fragmentos diminutos de aplanado, con pintura roja, azul, amarilla y crema. Eran pedacitos cuya superficie total, según el cálculo muy aproximativo que hicimos, no pasaba de dos decímetros cuadrados. Después de fotografiarlos fueron cubiertos con piedras y tierra, en la vana esperanza de preservarlos. La identificación de este edificio como teotihuacano se hizo atendiendo a dos razones: su típica planta y la característica cerámica encontrada en el lugar.

En los albores de la prehistoria

Entre el descubrimiento de los fragmentos de Yugo y del Templo A, se interpuso un acontecimiento importante. Una mañana, mientras excavaba yo en la que había bautizado con el nombre de plataforma de los Yugos, se presentó en el local la Doctora Muller, quien acababa de bajar del Cerro y me mostró una hacha prehistórica, que según me dijo, había descubierto en la Cueva del Chivo, al excavar debajo de dos pisos antiguos. Observaba el trabajo de dos de nuestros peones cuando al lanzar uno de éstos una paletada de tierra, voló un objeto discoidal, que inmediatamente llamó la atención de todos. El peón exclamó: "¡De esa piedra no hay aquí!"

Efectivamente, resultó ser pedernal blanquizco, pero manchado de amarillo, ajeno al Valle, cuyo terreno es de sedimentación. Examinado el hallazgo por la Doctora Muller resultó ser una hacha parecida a ciertas de las encontradas en varias partes de Europa.

Pensamos desde luego en provocar una excavación sistemática por los prehistoriadores, en la Cueva del Chivo y aún logramos hacer una visita al lugar en compañía de varios miembros de la Dirección de Prehistoria, del Instituto Nacional de Antropología e Historia: el Profesor Luis Aveleyra, la Srita. Lilia Trejo y el Sr. Francisco González Rul; pero no ha podido realizarse esta idea.

El hombre ocupó el valle durante milenios

QUE el hacha debe de datar de hace miles de años es cosa probable, de manera que este utensilio, que pertenece al grupo de "hachas de mano", demuestra que la ocupación del Valle por el hombre empezó hace varios milenios. Con esto puede uno relacionar el reconocimiento que hicimos en 1957 y durante el cual hallamos varios fragmentos de huesos de elefante, uno de ellos, al parecer, con un poco de carbón vegetal. Es de esperar que una investigación en forma dé resultados importantes.

Pero volviendo al Patio de los Templos Pintados, continuamos las excavaciones en el lado septentrional y pusimos al descubierto parte de una construcción con varios pisos sobrepuestos y restos de muros, y un piso, al parecer de patio, que seguimos en una extensión de 11 m. En el arranque interior de los muros hallamos todavía algunas losas que formaban un vistoso talud. Las demás habían sido arrancadas por el dueño del terreno, que nos había precedido aunque clandestinamente, en la excavación. El muro posterior de este Templo, señalado por nosotros con la letra C, era de retención respecto de una plataforma en cuya cumbre todavía existen hoy huellas del pavimento de una construcción.

En otra temporada excavamos el montículo que se levanta en el lado oriente del mismo Patio, y encontramos los vestigios del Templo B. Todo el arranque de las paredes que formaban el aposento, existía aún, lo mismo que las mochetas de la puerta y parte del vestíbulo, donde se conservan las huellas de implantación de los pilares rectangulares que formaban el pórtico. Dentro del cuarto y a una distancia de 1.35 m. de la única puerta, hallamos un brasero de adobe, con restos de un pequeño respaldo. En la concavidad había cenizas y restos de una como resina.

Una vez que limpiamos el cuarto y lo que aún quedaba del vestíbulo, iniciamos una excavación debajo del brasero. Nos pareció ver parte de un piso apisonado y en él, un hoyo que pudo haber servido para hincar un morillo o poste. Hay que repetir que los dos templos pertenecían al estilo teotihuacano.

El montículo más importante

POR ende, la cerámica encontrada en ellos confirma la conclusión de que se trata de construcciones de esa cultura. En tanto que excavábamos los tres templos ya mencionados, no dejábamos de pensar en la exploración de uno de los montículos situado casi al pie del Cerro de la Mesa, pues nos pareció que allí podríamos encontrar algo de los "eslabones perdidos" de la arqueología del centro de México.

Se trataba del Montículo 6, cuya cerámica superficial indicaba una ocupación mixta, es decir, teotihuacana y arcaica. Y como terminamos el trabajo en el Patio de los Templos Pintados dos días antes que acabara la temporada (la IV, 1954) la Doctora Muller decidió que se emprendiera en el montículo una "cala controlada". Así pues, durante dos días, trabajando con tres peones solamente, formamos un pozo de una profundidad de 3 m. y una anchura de 1 m., cortando capas de 15 cms. de espesor.

A pesar de la cortedad del tiempo dedicado a esta labor, obtuvimos resultados muy halagüeños, puesto que recogimos buena cantidad de cerámica de la fase Teotihuacan I, y del Horizonte Arcaico. Por añadidura, cortamos varios pisos. Todo esto indicaba que el Montículo 6 prometía revelaciones nada comunes.

Once pisos en el montículo 6

FINALMENTE, en las postrimerías de 1955 emprendimos la quinta temporada y pusimos en práctica un método que consistía en cortar horizontalmente capas de 15 cms. de espesor. Previamente cuadriculamos la superficie que presentaba la cumbre del montículo, y en la cual, bajó la tierra y las pe drezuelas acumuladas durante quién sabe cuántos años, yacía

un piso hecho con un aplanado de cal. Al profundizar fuimos hallando otros, hasta cuatro, pero de tierra apisonada exclusivamente y entre ellos, una gran cantidad de tepalcates. Al mismo tiempo ahondamos una excavación en el lado oriental de la cumbre del montículo, hecha en 1954 por unos violadores que, al parecer, buscaban un tesoro. Creo que se trataba de un grupo de individuos de la región que, al ver que habíamos iniciado las excavaciones en Huapalcalco, pensaron, con esa mentalidad estúpida y universal entre el común de la gente en toda la República, que andábamos en busca de tesoros.

La excavación hecha por nosotros en el lugar a que me refiero fue muy fructífera, pues sirvió para descubrir otros pisos de tierra, hasta llegar al onceno. Durante los trabajos hallamos restos de entierros, uno de ellos tan destrozado por los violadores a que me he referido, que apenas contenía unos huesos y dos vasijas, que formaban parte de la ofrenda funeral y que mostraban una influencia de la hermosísima alfarería de la zona de Chupícuaro (Entierro A).

No lejos del sitio y en la superficie habíamos dado ya con diminutas cuentas de hueso, que muy probablemente formaron uno de los collares con que se adornó el muerto. Y eso fue todo.

Jamás deploraremos lo suficiente la destrucción que esos mismos violadores causaron en el entierro cuyos vestigios encontramos sobre el piso 8. En su afán de encontrar tesoros, esos individuos hicieron añicos los restos óseos y la construcción muy rudimentaria del entierro que, a lo que creemos, daba a éste la calidad de una tumba.

Destrucción de un entierro importante

Con muchos trabajos, buscando entre el polvo acumulado en siglos hasta los objetos más pequeños, dimos al fin con una falange y un diente del muerto, y cinco lajas a las cuales estaba adherida buena cantidad de carbón vegetal producto de la combustión de unos morillos. Además, recogimos innumerables tepalcates. Hecho el estudio correspondiente, resultaron haber pertenecido a vasijas de la época arcaica fase superior. Finalmente hallamos dos hoyos de implantación de sendos postes. La Doctora Muller tuvo en aquella sazón una

idea feliz: "Las lajas que hemos visto allá afuera, deben de haber pertenecido a este entierro", dijo. Se refería a unas cinco lajas que habíamos visto en la ladera oriental del montículo. Sacadas las descubiertas por nosotros y recogidas las que yacían en dicha ladera, las dispusimos unas al lado de otras a manera que formaran un rectángulo y vimos que éste daba las dimensiones de una tumba ordinaria.

Era muy probable, como lo sugería Florencia Muller, que se tratara de una tumba rudimentaria, formada por todas aquellas lajas como cubierta sustentada por pies derechos de madera. Quiero añadir que se habrían necesitado algunos travesaños para asegurar un apoyo suficiente. Pero aún nos esperaba otro hallazgo de la misma índole: el de los restos óseos de dos adolescentes, el cráneo de uno de los cuales había sido colocado entre dos cazuelas. Los huesos presentaban manchas azules. Supusimos que habían sido pintadas de propósito. Conviene recordar que 14 siglos después, más o menos, los aztecas adornaban con papeles pintados de azul y goteados con hule, a los niños y adolescentes que eran inmolados en honor del Dios de la Lluvia: Tlaloc. También puede uno recordar que los mayas solían teñir de azul a los que iban a ser sacrificados. De cualquier modo, era natural que viniera a nuestra mente la sospecha de que los restos óseos que teníamos delante de nosotros, en lo hondo del semiobscuro pozo, habían pertenecido a dos niños inmolados en las aras de los arcaicos dioses de la lluvia. El examen inicial de los huesecitos nos permitió ver que se trataba de niños muy tiernos, ya que estaban mudando de dientes. En el fondo de algunos alveolos molares se veía, por las rendijas, el diente nuevo sin brotar. Melancólicamente recogimos con sumo cuidado los huesecitos, así como los dientes, algunos de ellos en forma de pala, como es fama que los tienen algunos pueblos mongólicos.

La tarea de "rebanar" el montículo desde su cumbre hubo de suspenderse en diciembre de 1955, por dos razones: porque estábamos al final de la temporada (la V) y porque al llegar al Piso VI reconocimos que era tan importante, que no nos atrevimos ya a continuar los cortes hacia abajo.

Restos de un templo de hace 22 siglos

Ese piso, hecho de barro negro hasta con un total máximo de catorce capas, tiene algo hundida la parte central, mientras que por el lado del poniente presenta una prolongación de esa parte hundida. A los lados de la prolongación hay sendos braseros, que no son otra cosa que cuencos formados en el piso mismo, con el mismo material de que está hecho éste. Esos braseros nos indicaban que el Piso había pertenecido a una construcción de índole religiosa que se levantaba en la parte oriental de la meseta superior de la pirámide. De la construcción, que debe de haber sido de "bajareque", sólo encontramos unos cuantos vestigios, principalmente, pedazos de adobe o barro, algunos de ellos, con partículas de pintura roja o azul. En el lado noroeste del Patio excavamos un reborde en talud, muy bajo, sobre el cual yacía un pedazo de adobe. Por el lado de adentro, es decir, el que mira al patio, el talud conservaba algo de su aplanado y sobre éste, huellas de pintura decorativa.

Como quiera que el piso era muy deleznable, hubimos de quitarnos las botas para no deteriorarlo, mas como hacía frío, fue menester que nos envolviéramos los pies en algunas de las bolsas de lienzo de que van dotados siempre los arqueólogos para recoger tepalcates y otros objetos que encuentran en las excavaciones.

Mientras tanto, se excavaba la ladera oriental del montículo, para averiguar si por ese lado había muros de retención, o cualquier otro elemento arquitectónico de importancia. Así se descendió hasta el pie del montículo, donde se observó la existencia de un empedrado.

Vestigios que suscitan problemas

Fue en la temporada siguiente (la V), cuando se determinó ahondar la violación hecha por los buscadores de tesoros en el lado oriental del Montículo 6, al mismo tiempo que se comenzaba a excavar la parte más meridional del Anexo Norte. Ambas exploraciones dieron resultados halagüeños desde luego: en la correspondiente a la violación se pusieron al descubierto los perfiles de cinco pavimentos, de tierra apisonada todos ellos, y los restos de entierros de que ya se ha hecho

relación; en el Anexo encontramos una faja de piso, en sentido oriente-poniente, y en su borde meridional, tres piedras labradas, que parecían haber pertenecido a una guarnición, pero que más tarde resultaron haber formado parte de un talud de piedra casi bruta. Por lo demás, al excavar en el extremo occidental del lado norte del montículo, dimos con dos fragmentos de taludes de piedras, también casi brutas, detrás de los cuales hallamos tres fogones, en el núcleo mismo de la construcción.

Fue menester suspender allí el trabajo, por falta de dinero y resignarse a dejar sin resolución el enigma que planteaban aquellos 5 pisos superpuestos, aquellos pedazos de talud, aquel pavimento de aplanado hecho con cal.

Parte de la resolución la obtuvimos en la Temporada VI, ejecutada en los días últimos de mayo y primeros de junio de 1957. Como se nos había prometido una cantidad de dinero muy superior a las anteriores, nos propusimos hacer una excavación más sistemática y amplia. A mayor abundamiento, contábamos con la cooperación del Sr. Dn. Samuel del Villar, quien nos brindó alojamiento en su Rancho de Huapalcalco, no lejos de las Ruinas. Merced a esto dispusimos de algo más de tiempo, que aprovechamos hasta donde nos fue posible.

El montículo de las revelaciones

Para formar el plan de trabajos solicitamos el consejo del Dr. Walter Taylor, quien nos lo dio de buena gana.

Al principio de la labor los resultados nos parecían magros, casi nulos; pero según pasaban los días, aumentaban en importancia. Al fin, cierto día, continuando la "trinchera" o cala inicial, que seguía una dirección norte-sur y cortaba en dos el Anexo, dimos con el remate superior de una hilada de piedras labradas, que resultaron pertenecer a un talud de altura escasa, el cual descansaba sobre un piso de aplanado de cal, limitado del otro lado, por otro talud bajo, pero muy deteriorado. Así pusimos al descubierto un patio angosto, que se nos antojó de estilo teotihuacano.

Al mismo tiempo, otra excavación en que procurábamos seguir el paño del pedazo de talud más alto e interior, encontrado en la temporada próxima anterior, nos valió el descu-

brimiento de una Pirámide arcaica, formada por tres elementos que más tarde habrían de ser típicos de las bases de muchos edificios teotihuacanos: un talud, sobre él una repisa hecha de lajas y encima de ésta, un paramento vertical. Al descubrir todo lo que aún quedaba de esta Pirámide por el lado norte, observamos que afuera de ella estaban los tres restos de taludes encontrados previamente, lo cual quería decir que nuestro Montículo 6 había sido hecho en más de cinco épocas de construcción, a saber: la más antigua, correspondiente a la Pirámide arcaica; luego, sucesivamente, las tres correspondientes a los taludes, y finalmente, la quinta, o sea la que vio la construcción del patizuelo "teotihuacano". Es muy probable que hubiera una época sexta durante la ocupación tolteca, indicada por la presencia de tres fragmentos de tambores de columna y algunos tepalcates hallados en 1957.

El fresco más antiguo de la República

LUEGO que terminamos de descubrir la cara septentrional de nuestra Pirámide empezamos a excavar el lado oriente, en cuyo paramento vertical hallamos restos de pintura al fresco, en negro sobre blanco, pintura que consideramos como la más antigua en su género que se conoce en la República.

Nuestro último hallazgo consistió en dos partes de talud sobrepuestas, en el ángulo suroeste del montículo. Este hallazgo, como tantos otros que se hacen en los trabajos arqueológicos, fue inesperado. Cierta mañana, uno de los peones me preguntó por qué no excavábamos el ángulo dicho, comenzando por allí donde había visibles dos piedras sobrepuestas que parecían pertenecer a una esquina. Las teníamos vistas desde mucho tiempo atrás, pero no les habíamos prestado atención.

Al fin excavamos y hallamos los dos taludes sobrepuestos y detrás de ambos, restos de fogones. Por cierto que estos taludes son muy parecidos a los del ángulo noroeste, por lo cual hemos sospechado que son la continuación de éstos, numerados originalmente como uno y dos. Esta numeración, dicho sea de paso, tiene que reformarse, pues el hallazgo de otro pedazo de talud en el lado noroeste de la pirámide (talud cuya parte inferior queda metida debajo del patiecillo

teotihuacano) impone un cambio. Quiere decir, que este último talud debe ser el 3, y los otros, 2 y 1, yendo hacia dentro.

Hay que consignar que en todas las fases de la excavación encontramos innumerables tepalcates, merced a los cuales pudimos fechar las diferentes épocas de construcción.

Así sabemos que la Pirámide más interior por nosotros encontrada pertenece a la fase superior del Horizonte Preclásico y que, en consecuencia, los tres taludes de piedra que he enumerado y que le son exteriores, deben haber sido construidos en fecha posterior.

El radiocarbono apoya a la arqueología

A mayor abundamiento, contamos con dos determinaciones de Radiocarbono, hechas generosamente por el Laboratorio del Proyecto en Memoria de Phoenix, de la Universidad de Michigan, Laboratorio dirigido por el Profesor H. R. Crane. Las determinaciones se ejecutaron merced a las gestiones del Dr. James B. Griffin, aprovechando dos muestras de carbón vegetal que recogimos una arriba del Piso V y otra sobre el Piso VIII. La primera muestra resultó datar de mil seiscientos cincuenta años, más, o menos, 200; y la segunda de mil novecientos cincuenta, más, o menos, 200.[4] Por lo que hace a la última, preferimos la cantidad mayor, o sea 1950 más 200 años, esto es, 2,150, pues hacia esta conclusión nos inclina el estudio de la estratigrafía que hemos venido haciendo. Conforme a él, suponíamos que nuestra Pirámide fue construida en la fase superior del Horizonte Preclásico, la cual, en la Cuenca de México, queda comprendida entre los siglos II y V antes de la Era.[5]

Mas no hemos llegado a la base del monumento, por lo cual hay que esperar descubrimientos de materiales que daten de época aún más remota.

Por lo que hemos observado en las temporadas de trabajo que hemos pasado en Huapalcalco, la importante pirá-

[4] Carta del Dr. James B. Griffin a C. Lizardi R., del 14 de noviembre de 1957.

[5] *La Cultura Preclásica de la Cuenca de México,* por Román Piña Chan, México, 1955, p. 26.

mide fue formándose, al lento paso de los siglos, por la superposición de plataformas. Podemos arriesgarnos a calcular que toda la construcción fue hecha y ocupada durante un total de más de 20 siglos.

Queda, entre otros, un curioso problema qué resolver: ¿a cuál raza pertenecían los arcaicos que construyeron la Pirámide interior? Podemos también preguntarnos si los hombres de cultura teotihuacana que les siguieron eran sus descendientes, o no.

Una sola raza pudo ser la constructora

Es imposible contestar estas preguntas. Pero si es lícito hacer una conjetura en un artículo descriptivo como éste, puedo decir que mi sentir es que se trataba de una sola y misma raza. Esta creencia nuestra que no pasa de ser una conjetura, se funda en este razonamiento: si puede uno admitir que allí donde los diferentes estratos de vestigios culturales se suceden unos a otros sin transición llamativa ello es indicio suficiente de que no ha habido intrusión de uno o más pueblos extraños, entonces, acaso pueda uno creer que en Huapalcalco no hubo ninguna intrusión, sino que un solo y mismo pueblo, al ir evolucionando, pasó por las varias fases que la cerámica nos da a conocer.

Lo incompleto de la excavación en el Montículo 6 no nos ha permitido ligar algunos de los once pisos que hemos descubierto, con los tres taludes y la Pirámide mencionados, pero sí ha bastado para hacernos saber que allá por el siglo segundo antes de la Era, la altura del monumento se acercaba ya a la dimensión máxima que alcanzó al fin, y que la Pirámide servía de base a un templo rudimentario, acaso un solo cuarto hecho de bajareque, de entrada vuelta al poniente. Su patio y su vestíbulo estaban cubiertos por un piso de barro negro (el que hemos designado como Piso VI) y en sus dos braseros se quemaba alguna resina, de la cual recogimos cenizas. Es probable que en las tardes, a la caída del Sol, perfectamente visible desde el Templo y su vestíbulo se practicaran ceremonias especiales, precursoras de las que 18 siglos más tarde habían de ejecutar los aztecas en sus templos. No hemos averiguado si la inclinación del eje mayor del Patio o Piso VI (como 17 grados noroeste) tiene alguna significa-

ción astronómica, esto es, si el eje transversal señalaba una posición significativa del gran astro, cosa que desde el principio nos pareció posible.

No podremos intentar la resolución de éste y otros problemas mientras no acabemos la excavación, cosa que ocurrirá en cuanto contemos con los medios pecuniarios suficientes. Entonces también podremos iniciar la consolidación y reconstrucción parcial del monumento, que a nuestro juicio, es la Pirámide más antigua que se ha descubierto en territorio mexicano (Hablamos precisamente de Pirámides, no de Conos).

Inundación que llegó hasta la pirámide

SABEMOS también que algunos de los templos que fueron construyéndose sucesivamente, según iba creciendo la altura de la Pirámide, fueron destruidos por el fuego. Hemos hallado huellas suficientes para sustentar esta afirmación. Es posible, inclusive, que alguno de ellos haya sido destruido por una inundación.

Así parece indicarlo el hecho de que sobre el Piso 8 hayamos encontrado un terrón de limo, cuya presencia dentro del Monumento nos hemos explicado suponiendo que en alguna época el lago subió de nivel hasta la falda del Cerro de la Mesa.

Por otra parte, abrigamos la sospecha de que la Pirámide excavada parcialmente, fue un antecedente de las bases de las construcciones teotihuacanas de la época clásica. De que las precedió no puede caber duda. Lo que me parece algo inseguro es el decir que de allí sacaron el patrón de esas bases los que construyeron la Teotihuacana clásica. Es posible, sin embargo, que estudios y excavaciones ulteriores permitan aclarar este importante punto de la historia antigua del centro de México.

Debo decir, para terminar, que algunos de nuestros hallazgos han demolido, como arietes irresistibles, una leyenda que pasa por ser un fragmento de historia bien fundada. Me refiero a la que habla del origen del beneficio del maguey y de la elaboración del pulque. Podemos probar que ni los aztecas descubrieron el maguey pulquero en su peregrinación

hacia la Cuenca de México,[6] ni los toltecas de la época del Meconetzin[7] inventaron esa extraordinaria bebida fermentada; podemos probar, con utensilios de obsidiana que para mí tienen un valor de joyas, por lo que significan y sugieren, que el beneficio del maguey se practicaba en el Valle de Tulancingo por lo menos desde unos cinco siglos antes de la Era; es decir, 17 siglos antes de Papantzin, Xochitl y demás personajes a quienes se ha señalado como actores, o comparsas en el drama que acompañó al nacimiento de la india bebida. También puede probarse, o por lo menos sugerirse con base en hechos elocuentes, que dicho beneficio era desde entonces como es hoy día y que el maguey, después de un ciclo fecundo en que suministraba al hombre alimento, bebida, materiales de construcción, medicina y demás, terminaba su gloriosa existencia sirviendo hasta lo último a su amo, quien lo aprovechaba como combustible. En los yacimientos arqueológicos que hemos excavado encontramos esas piezas de obsidiana que los arqueólogos llaman raspadores terminales, junto a blancas cenizas de magueyes antiguos, entre las cuales no es muy raro el hallar púas de la providente planta.

Y al contemplar esta similitud entre el "tlachiquero"[8] de hoy día y el labriego de hace veinticinco siglos, o más, nos invade una admiración muy honda por ese fenómeno de persistencia de costumbres que nos sugiere el poderoso juego de una ineluctable, una irresistible Voluntad de Vivir.

---

[6] Las figuras y el texto nahuatl que, a lo que se cree, aluden al hallazgo del maguey y la bebida del pulque, están en el Códice de 1576.

[7] "Quinta Relación", en "Obras Históricas de don Fernando de Alva Ixtlilxochitl", México, 1891, I: 43-46.

[8] "Tlachiquero", el que extrae la aguamiel y raspa la "piña" del maguey para facilitar la secreción del jugo. Viene de "tlachique", y esta voz, del verbo nahuatl *chiqui, nitla,* raspar ("El Maguey y el Pulque en los Códices Mexicanos", por Oswaldo Gonçalves de Lima, México, 1956, p. 45.

MAGNUM OPUS

Por *Ángel Ma. GARIBAY K.*

Ni escasas ni leves son las publicaciones referentes a cosas mexicanas que han salido de prensas en Alemania el año de 1957. Larga fuera la lista bibliográfica de ellas. La palma es para el libro del Dr. Schultze Jena, que vio la luz en Stuttgart. En este trabajo intento dar noticia de su valor. Para ello haré algunas observaciones acerca del manuscrito mexicano que publica, del traductor, benemérito de los estudios americanísticos, y de la traducción con que acompaña el texto publicado. Aunque el estudio pudiera ser de dimensiones indefinidas, voy a ceñirme a lo rudimentario. Es decir, a lo necesario para dar la idea de lo que significa esta verdaderamente "Magna obra". Lo que omito —que es mucho— puede ser apoyo de lo que diré —que es poco.

Comenzaré por dar el nombre íntegro de esta publicación: *Alt-aztekische Gesänge, nach einer in der Biblioteca Nacional von Mexiko aufbewahrten Handschrift übersetzt und erläuert von Dr. Leonhard Schultze-Jena.* Es decir: "Cantos antiguos de los aztecas, tal como se hallan en un manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional de México, traducidos y anotados por el Dr. Leonardo Schultze-Jena".

Como sucede con frecuencia —normalmente diría yo— primero se publican estos textos fuera que dentro. En México hace veinte años que pugno por una publicación semejante: ninguna editorial se ha querido comprometer a una publicación como ésta. Sus miras económicas, totalmente económicas, sin mucho interés por la cultura, han visto incosteable la edición. No se piensa así en Alemania. Pero de editores y libreros. digamos el verso de Dante: "Non raggionam di lor...".

I. *El manuscrito*

La historia del manuscrito que ahora se da a luz, en parte solamente, es novelesca, como la de tantos documentos de nuestra historia. En sus líneas generales es como sigue.

El P. Fábrega en su interpretación del Códice Borgia había expresado su duda acerca de la existencia del repertorio de "cánticos aprendidos de memoria hasta por los pequeños en los colegios", y en que "se trasmitían de padre a hijo las más antiguas y minuciosas tradiciones".

Poco tiempo después de nombrado bibliotecario don José María Vigil, se puso a rebuscar. Bajó una tarde a una bodega del vetusto templo hecho almacén de libros. Vio una pila de ellos. Y comenzó a removerlos, ayudado de un servicial mozo. Era todo género de publicaciones. Comenzaron a aparecer libros escritos a mano. Ya casi para llegar al fondo, no sin huellas de humedad, apareció un grueso volumen. Lo abrió el sabio, lo hojeó cuidadoso y, después de ver títulos en castellano, llega a la parte más importante de aquel códice y lee: *Cantares Mexicanos,* lacónico título encerrado en una viñeta de líneas gruesas, curvas, entrelazadas y elegantes. Siguió hojeando. La letra era preciosa, clara y legible. Pero el bibliotecario no sabía náhuatl. Aquí y allá pudo leer títulos en castellano. Todo eso le hizo pensar en el valor del manuscrito que recogió cuidadoso y alojó en el mejor lugar de sus dependencias. De esta manera se recuperó un valioso documento, en tanto que otros similares perecieron para siempre.

Más tarde el benemérito literato y académico dio una buena noticia que el curioso puede leer en su integridad en la *Memoria de la XI Reunión del Congreso de Americanistas,* a la p. 297. En ella habla del contenido del volumen escrito a mano y de la importancia de estos poemas. Algo le tomaré abajo.

Yo tuve a todo mi sabor en mis manos este venerable documento en el año de 1945, en que realicé investigaciones con orden a la redacción de mi *Historia de la Literatura Náhuatl.* Voy a describir su contenido y a hacer mérito de su importancia.

Las dimensiones son de 0.205 por 0.150 m. El papel, europeo, del siglo XVI y la tinta, probablemente hecha a base de huizache, de un lindo matiz morado oscuro. El contenido, de diferentes letras, es en resumen éste:

de F 1 a 85 — *Cantares Mexicanos,* de que hablo más abajo.

de 86 a 100 — "Kalendario Mexicano Latino y Castellano", que se dio a luz en 1918, en el *Boletín de la Biblioteca,* t. XII.

de 101 a 125 — Un *Tonalámatl,* no completo.

de 126 a 139 — Un tratado acerca de la Eucaristía, con este título en náhuatl: "Iz pehua in neixcuitl machiotl.

de 140 a 178 — Varios tratados de materias religiosas, que no hay para qué especificar aquí.

de 179 a 191 — *Fábulas de Esopo,* probablemente versión de Sahagún. Son solamente 47 y fueron dadas a luz por Peñafiel en 1895.

De esta serie tiene especial importancia para nosotros solamente el primero y el último de los escritos allí incluidos.

Este Ms. había estado en la Biblioteca de la Universidad. Allí fue a dar desde el convento de S. Francisco, al cual perteneció en su origen.

Este manuscrito proviene de los fondos que utilizó Sahagún para su magna obra. La historia que puede proponerse de él es la que en breves términos resumo.

En el decenio de 1560 a 1570 estuvo con relativa paz el buen franciscano y pudo dar manos a su obra. Entre los puntos de su programa se hallaba el de reunir poemas de todo rumbo y de todo orden. En su investigación inicial en Tepepulco recogió los *Veinte Poemas* rituales que se hallan en el Ms. del Palacio de Madrid y que se darán a la prensa en los volúmenes de Fuentes iniciados por la Universidad, en el año de 1958.

Los poemas se le fueron enviando de todo sitio y en forma de pequeños codicilos fueron recopilados en sus gavetas. En este decenio mandó hacer una copia general, cuyo resultado es este mismo documento. En él tenemos cantos de todos los rumbos de habla náhuatl: desde luego, la zona central: Tenochtitlan, Tezcoco, Tlacopan. Vienen en seguida poemas de Huexotzinco, más allá de los montes, y se recogen poemas de Chalco, acaso los más importantes por pertenecer a una región que ha quedado en olvido por parte de los arqueólogos.

En cuanto a los géneros literarios, tenemos una cantidad de poemas que bastan y sobran para establecer la plena realidad de la poesía en lengua náhuatl. Este repertorio fuera suficiente para ello. Tenemos, sin embargo, muchos otros documentos que se pueden aprovechar para el intento.

En forma somera doy la cifra de lo que se contiene en este repertorio:

Poemas de carácter lírico, en que se canta la vida, sus problemas y sus enigmas, con la desolación natural de una mente a oscuras. Son de los más importantes.

Poemas de carácter histórico-épico, que guardan la memoria de los hechos de la raza.

Poemas de índole mímica, o sea, teatral en su forma rudimentaria, y que son tal vez los más dignos de estudio.

Esta mención es bastante para que se tenga en precio un Ms. como éste.

Para la historia de la cultura, para la literatura antigua, para la lengua misma no tiene semejante.

Es doloroso que aún no haya podido ser dado a luz en México, con su texto en buen estado y su correspondiente versión. No hay que olvidar, sin embargo, que al Dr. don Antonio Peñafiel debemos tanto la edición en facsímil, México, 1904-1906, como la edición paleográfica, México, 1899.

De este Ms. da una parte el editor Kutscher. La que había trabajado el sabio germano y que dejó inconclusa, por la muerte que vino.

En efecto, de los 85 folios del Ms. se dan a publicidad solamente hasta el folio 57. Con esta deficiencia, sin embargo, es la mejor publicación de los *Cantares Mexicanos* hecha hasta hoy.

II. *El traductor*

Es muy difícil hallar entre los sabios alemanes del siglo XX un hombre tan digno de aprecio como el Dr. Leonhard Schultze-Jena, a quien debemos esta obra. Su vida fue de entrega a la ciencia. Hombre de una energía maravillosa y de una tenacidad netamente germánica, pudo hacer las maravillas científicas que voy a resumir en breves líneas.

Nació en Jena, año de 1872, a 28 de marzo. Su padre y sus abuelos eran médicos y lo inclinaron a esta profesión. Pero él estaba ya atraído por una vocación propia. Se dedicó a la botánica y a la zoología principalmente. Entre sus maestros estuvo el famoso naturalista Heckel. Con él va a una expedición a las Islas Lipari, después de haber trabajado a su lado en

Bergen, Nápoles y Messina. Desde 1898 entra a la Universidad de Jena en calidad de suplente y dura en ella hasta el 1908.

En 1903 emprendió un viaje a la región meridional de África, por espacio de dos años. El fruto de esta expedición fue una obra amplísima acerca de la geografía humana, la etnografía y la antropología de esas regiones. Regresó más tarde, comisionado para la deslindación entre los territorios de Holanda y Alemania. En esta etapa se dedicó principalmente a las lenguas de esta región, que pudo aprender con suficiencia.

Ya en 1912 lo hallamos en la Universidad de Kiel con la cátedra de geografía.

El año siguiente comienza la misma cátedra en la Universidad de Marburgo, y en ella perdura hasta su muerte.

Durante la Primera Guerra Mundial fue comisionado a Macedonia y aprovechó el tiempo para preparar una obra sobre antropogeografía de esa región, en 1927. Fue en esta etapa de su vida cuando se puso en contacto con Walter Lehmann y éste lo conquistó para los estudios americanistas.

Estaba "a la mitad del camino de su vida" cuando se da a la investigación en materia americana. Lo hallamos en Guerrero entre 1929 y 1931 y de allí pasa a Oaxaca. Su estudio era el náhuatl en estas regiones, así como el mixteco, el tlapaneco, y alguna otra forma lingüística de estos rumbos. Bajó hasta Guatemala y se puso a estudiar el pipil y el maya y el quiché. Tradujo el Popol Vuj y fue hasta entonces cuando se dedicó al estudio del náhuatl de la documentación de Sahagún y se hizo un entusiasta de este linaje de estudios.

No quiero agravar mi trabajo con largas referencias bibliográficas. Cuando murió —el 29 de marzo de 1955— tenía una lista no breve de sus escritos. En la zona de nuestra indagación deben mencionarse un trabajo sobre *Vida, creencias, lenguas de los Quichés de Guatemala*, 1933; *Mitos en lengua materna de los pipiles de Izcalco*, Salvador, en 1935; *Entre los aztecas, mixtecas y tlapanecas de la Sierra Madre del Sur*, 1938; El *Popol Vuj*, en 1944 y los volúmenes sobre cosas de México central que debemos mencionar ahora.

Entregado a la investigación de las cosas del México central publicó tres obras, o mejor dicho, dos, ya que la tercera ya no la pudo publicar él mismo.

En 1950 aparece el tomo acerca de la Ciencia de los agüeros, con sus 404 plenas páginas. No solamente este material,

sino el referente a la astronomía y meteorología de los antigu
mexicanos, es el que se incluye en este tomo, que como todo
antecedente, está en alemán.

Dos años más tarde, en 1952, aparece otro volumen e
que trata de la organización social de los antiguos mexican
en el campo político, social y económico, y que no es sino u
selección de textos, con sus versiones correspondientes, de l
informes de los indios comunicados a Fr. Bernardino de Sa
hagún.

Ambos volúmenes son dignos de alabanza sin límites. E
ellos se da por primera vez en él forma legible, el texto de l
ricos documentos de la recopilación del franciscano. Lo qu
era suficiente para avalorar esta publicación. Si la traducció
que acompaña a estos textos no es siempre digna de aceptación
el esfuerzo que se hace en ella es de los más estimables. Igua
cosa hay que decir de los Vocabularios que acompañan a esta
dos publicaciones, que, como la que estamos estudiando, apare
cieron en la colección de "Quellenwerke zur alten Geschicht
Americas", la primera como volumen IV, ésta como V, y la d
los *Cantares* que estamos estudiando, con VI.

A las personas que se interesen por los originales doy l
referencia total en seguida:

IV — "Wahrsagerei, Himmelskunde und Kalender de
Alten Azteken", Stuttgart, 1950.

V — "Gliederung des alt-aztekischen Volks in Familie
Stand und Berul", Stuttgart, 1952.

El n. VI quedó descrito arriba.

El mérito principal de estas versiones, además de la publi
cación de los textos, consiste en haber dado a conocer al mund
europeo la letra misma de los informes de los indios proporcio
nados a Sahagún. Y aunque el Dr. Schultze aún atribuye a est
benemérito fraile la paternidad de tales escritos, que son obr
de los nativos, del principio al fin, no es poco presentarlos a
mundo científico.

Otro de los méritos es haber reunido en cada obra de esta
tres un vocabulario, de sistematización un poco complicada, l
casi totalidad de los vocablos que en cada volumen aparecen
Cuando se sabe que no hay otros instrumentos de trabajo en e
dominio de la lexicología náhuatl que el Vocabulario de Mo
lina (1555,1571, y después en facsímil, dos veces), o el d
Remí Simeón, que casi sigue el texto de Molina (1885), s

tiene que saludar con gratitud todo empeño para aumentar el caudal de conocimiento de la lengua.

Es natural que cuando no tiene Schultze el apoyo de las obras castellanas de Sahagún, cosa que con mucha frecuencia sucede, o no cuenta con la ayuda de los trabajos de versión del Dr. Seler, yerre en sus versiones. Pero los errores, que acaso no son pocos, tienen buena compensación con los aciertos, que con toda seguridad son muchos más. Una obra de esta naturaleza, para quien trabajaba solo en remota nación y con el acervo de conocimientos de sus largos estudios, es dignísima de alabanza. Para exhibir los desaciertos o las oscuridades era necesario un estudio directo y largo de cada sección, que evidentemente no tiene lugar en este trabajo.

III. *La traducción*

Es ya tiempo de hablar de la versión de los *Cantares,* que es el objeto del libro que estoy examinando.

Lo primero que tenemos que lamentar es que la publicación no abarque la versión total. Y eso no por culpa del venerable traductor. La muerte lo sorprendió antes de darle fin. Porque, contra lo que ha propalado una escritora ligera y desaprensiva, no es la versión de todo el Ms. Tenemos en éste 85 fojas, como quien dice, 170 páginas. Como la traducción del Dr. Schultze llega solamente hasta la foja 57, quedaron sin traducir 56 páginas.

En segundo lugar, el texto que sigue para su versión es la paleografía dada por Peñafiel. Si el traductor tuvo a su vista el Ms. mismo en la edición fotocopia del Dr. Peñafiel, no le prestó la atención debida. Y hay muchísimos casos en que la paleografía es deficiente y no corresponde al texto manuscrito.

Más grave falla es esta otra: todo el que tenga alguna experiencia en los manuscritos de la etapa de la conquista y subsiguiente —1521 a 1595—, sabe que no se tiene ningún empeño de dividir las palabras y en muchísimos casos la división es necesaria para deducir un sentido exacto. Como la afirmación que hago es de gravedad, debo dar algún ejemplo, aun con peligro de fastidiar al lector.

En un poema que se halla en F 17 V, divide el siguiente complejo en la forma que diré.

El texto es *yeompatlantihuitz* con una inclusión de tres palabras nahuas. Schultze divide *ye ompa tlantihuitz* y traduce "dort kommt er endlich". La división debe hacerse así *ye ompatlantihuitz.* El sujeto es la "mariposa", que no solamente viene allí, como hace decir el traductor, sino que "viene volando". El vb. *patlani* es volar y su compuesto *patlantihuitz* es venir volando aprisa. Lo cual se confirma con los verbos sinónimos que siguen al anterior.

Como este ejemplo se podrían dar cientos.

El Dr. Schultze parece no haberse dado cuenta de dos hechos fundamentales de la poesía náhuatl: el primero es lo que he llamado difrasismo. Es la unión de dos sinónimos que van apareados con la intención de dar el mismo concepto. A veces son puramente matices del mismo significado; a veces son nuevas modalidades de éste. En los ejemplos que abajo citaré hay facilidad de conocer el hecho. El segundo, más importante, es que parece no haber captado la técnica de poemas náhuatl que procede en binarios. O sea, da una estrofa y la termina con un ritornelo, o estribillo, y da la segunda, que concluye con el mismo estribillo de antes.

Es éste un recurso enorme para fijar la unidad del tema, la íntima contextura del poema y muchas veces para corregir las muchas fallas del autor de la copia, y para fijar el sentido recto de las palabras, especialmente, las que no se hallan en el diccionario, que vienen a ser en textos como éste unas cuarenta por ciento.

Esta precisión de afirmar la valencia de este medio crítico creo fundarla legítimamente en más de treinta años de familiaridad con este manuscrito, y las largas rectificaciones que he tenido que venir haciendo a mis versiones en estos años. No quedo en muchos casos con la conciencia de haber acertado.

Es que estos poemas son oscuros y exigen un conocimiento muy amplio de circunstancias y una penetración lo más honda posible en la mentalidad indiana. Ambas cosas piden largos años, muchos empeños y detenida meditación. Es una excusa del Dr. Schultze haber llegado tarde a este estudio y es una fuente de alabanza haber acertado en tantas y tantas de sus versiones.

Hablando en general, es fiel su texto al original. Bajando a pormenores, tenemos mucho que rectificar. Pero hacerlo, exige casi tanto espacio como el que el libro llena. No es posible

tal cosa ni provechosa en escritos de esta índole. Pero para no dejar en el aire mis palabras, voy a tomarme la licencia de analizar dos o tres ejemplos, para que el lector juzgue del texto, su versión y la versión del Dr. Schultze. He de recargar, por tanto, de textos en lengua extraña. El lector me dará excusa, porque no es posible proceder de otra manera. Y en cuanto a mis versiones que daré del alemán de Schultze ruego excusa más benigna aún, por mi deficiencia en la lengua de Goethe, la cual haré por no traicionar.

Voy a escoger de diversos lugares poemas breves. Por fortuna, la poesía náhuatl procede por poemas breves y sólo en casos sumamente raros es larga en su contextura.

Los más bellos se hallan en las secciones líricas, ya que en este Ms. tenemos poemas de carácter épico y rudimentariamente dramático también, pero esos son de mayores dimensiones.

IV. *Ejemplos*

Con la discreción literaria que nos exige el carácter de estas notas daré solamente los ejemplos o muestras que siguen:

I — Ms. F 35 V.

Texto náhuatl:

¿Tlein ticyocoya? ¿tlein tic ilnamiqui? Titocniuh...
¿O ha tahuia tic cui in cuicatl?
¿Ha tic elehuia ixochiuh ipalnemohua?
Tla xon ahuia huehuetitlan,
xon micuani quen quinequi moyollo.
Xochipapalotl tepanahuia:
¡Ma tlachichina Aya toxochiuh!
Tecacehuazhuia tacayeuh o ic malintimani
ihuan ahuiaxtimani huehuetitlan.

Versión castellana:

¿Qué cavilas? :qué revuelves en tu mente, oh amigo mío?
¿No gozas al tomar cantos?
¿No deseas las flores del que hace vivir?
Goza junto al tambor: aléjate,
como lo quiera tu corazón.
La mariposa florida pasa y repasa entre los hombres:
¡que chupe miel en nuestras flores!

con nuestros abanicos, con nuestras pipas se entrelaza
y se anda deleitando junto al tambor.

Versión alemana de Schultze-Jena:

Was stells Du Dir vor? An was denkst Du, mein Freund?
O Du bist unzufrieden, dass wir Lieder singen:
Du bist nicht einverstanden, dass dem Ipalnemoa Blumen
gespendet werden. Gib Dich doch bei der Fellpauke zufrieden!
Zieh ab! Was begehrt denn Dein Herz?
Der Blumenschmetterling hat Freude an den Menschen:
Fürwahr, er saugt die Düfte unserer Blumen ein, der Blumen
in unserer Hand. Wir fächeln Kühlung mit unserem stengelingen
Duftkraut: darum liegt es zusammengewunden da,
liegt es lieblich bereit bei der Fellpauke. O seid zufrieden.

Para quien no puede captar el texto alemán daré una versión literal: "¿A qué te atienes, en qué piensas, amigo mío? Tú estás descontento porque nosotros cantamos cantos: tú no estás de acuerdo con que el Ipalnemoa prodigue flores. Date a gozar junto al tambor. Déjalo. ¿Qué pide tu corazón? — La mariposa tiene más alegría que los hombres. Principalmente ella chupa la esencia de las flores, las flores de nuestras manos. Nosotros abanicamos nuestros carbones con hierbas aromáticas encañadas, de ahí se tiende juntamente atada, se tiende junto al tambor... Alégrate".

Es confuso y deficiente el sentido que se saca de esta versión, y no corresponde al texto náhuatl en sus pormenores, por otra parte nada oscuros.

2 — Ms. F 33 V.

Texto náhuatl:

Zan nen tequitl ica xon ahuiacan
tocuic tocuic antocnihuan.
Ti hueli in cuiya moquetzalhuehueuh:
tic ya moyahua Aya
tic ya tzetzeloa Aya Cozahuia xochitl.

Versión:

¡Vano empeño: con ellos gozad,
con nuestros cantos, con nuestros cantos, oh amigos.

Tú tomas el bello tambor con plumas de quetzal:
las esparces, los derramas: ¡son flores: se marchitan!

Versión alemana:

Seid immerhin nur zufrieden mit unserem Gesang,
ja mit unserem Gesang, Ihr, die Ihr unsere Freunde seid!
Wir können viel, Dein Sohn und der Paukenschläger.
Die Blumen, die vergehen undvergilben, scheiden wir aus.

Es decir: "Estad aún alegres con nuestros cantos; sí, con nuestros cantos, vosotros sed nuestros amigos. Nosotros conocemos muchos, tu hijo y tu tambor. Nosotros separamos las marchitas, las doradas flores".

3 — Ms. F 34 V.

Texto náhuatl:

Zan nocon tlapepenia mocuic
nichalchiuh nepanoa nicmaquiznepanoa
teocuitlachacalotoc: ica xi mapana.
za ye monecuiltonol in xochitl.

Versión:

"Selecciono tus cantos,
los dispongo como esmeraldas, como una ajorca los dispongo:
cangrejos de oro: con ellos adórnate:
sólo las flores son tu riqueza".

Versión alemana:

Ja, ich wähle einen Gesang für Dich aus,
ich lege Grünedelgestein, ich lege ein Armband aus gediegenen
Gold hinzu. Schmücke Dich mit ihm...
vor allem aber sind Blumen Dein Reichtum.

Lo cual es: "Yo escojo unos cantos para ti; coloco piedras verdes, coloco una ajorca además de sólido oro. Adórnate con ellos... sobre todo, sin embargo, las flores son tu riqueza".

No es posible en un estudio sumario, como es éste, descender a análisis y discusiones. Bastarán los ejemplos aducidos para que el lector se forme una idea suficiente acerca del tenor

de esta versión. Justa y exacta en muchos casos, es deficiente en otros. La mala división de las palabras, que por sí constituye un problema ingente, hace que el sentido sea a veces captado con muchas sombras o totalmente no comprendido.

La labor del Dr. Schultze-Jena, sin embargo, es de las más dignas de celebración. La edición y la versión en una lengua de la calidad del alemán abren al mundo el camino para entrar a ese mundo desconocido y negado de la poesía náhuatl. Mientras no llega el día —que tarda demasiado— en que se dé en México la importancia que se debe a este género de documentos, es de aplaudir esta empresa ya realizada.

Lo lamentable fuera que se tradujeran del alemán, sobre esta base no satisfactoria del todo, los poemas nahuas y se nos dieran como originales. La triste experiencia de otros años, en que vimos vertidos de la lengua de Schiller documentos redactados en náhuatl, como si no pudieran ser directamente traducidos de esta lengua, nos hace temer que la inercia, o el desdén por lo nacional, repitiera en este caso la nada laudable proeza. Tenemos en México personas que puedan hacer una versión más directa y más exacta. La falta de ayuda es la que hace que la publicación haya tardado tanto.

Al celebrar esta verdaderamente *Grande Obra,* no puedo dejar de esparcir algunos asfodelos simbólicos sobre el sepulcro del gran etnógrafo y lingüista Dr. Schultze-Jena. Sea su memoria perpetua entre los que aman las cosas mexicanas de antes de la Conquista. Y se susciten imitadores suyos que sigan por las sendas gloriosas que abrió Seler.

LAS "CARTAS MARRUECAS" Y LA "ESPAÑA DEFENDIDA", PERFIL DE DOS VISIONES DE ESPAÑA

Por *John B. HUGHES*

La preocupación del escritor español por el pasado, el presente y el porvenir de España es un tema fundamental que se repite a lo largo de la literatura. La realidad nacional, tratada como algo en sí mismo problemático, se ha sentido de distintos modos y ha logrado variada expresión en épocas diversas. La *España defendida y los tiempos de ahora,* de Francisco de Quevedo, y las *Cartas marruecas* de José Cadalso, presentan una serie provocadora de semejanzas y contrastes que sirven para perfilar la sensibilidad y la personalidad únicas de estos escritores en su visión particular del problema de España.[1]

Aparte de las obras, la vida de los autores ofrece muchas semejanzas. Ambos se consideraban y fueron, de hecho, miembros de la nobleza. Ambos vistieron el hábito de Santiago. Ambos fueron patriotas de innegable valor personal, que, con más o menos insistencia, durante su vida, tomaron el papel de defensores del país con la pluma y con la espada. Ninguna de las obras llegó a publicarse en vida del autor.

Hay diferencias igualmente evidentes. Quevedo era escritor por elección —ya que no por "profesión", en el sentido moderno—, y lo conocemos como una de las figuras más destacadas en el Siglo de Oro. Cadalso era soldado por preferencia y por profesión, y emerge como autor poco conocido en una época que suele considerarse como el nadir de la expresión literaria en España. La *España defendida* es una obra menor, relativamente de poca importancia frente a la masa de la producción total de Quevedo. Las *Cartas marruecas,* con sus dos-

[1] Presento este perfil de dos escritores en su visión de España como una de tantas confirmaciones que pueden hacerse a la intuición de lo español genialmente desarrollada por AMÉRICO CASTRO en *La realidad histórica de España* (México, 1954).

cientas y tantas páginas en la edición de Clásicos Castellanos, constituye la mitad de la obra escrita de Cadalso, y es su obra maestra.

Más de un siglo y medio separa a los dos libros. En 1609 (fecha de la *España defendida),* aunque había comenzado el descenso del sol español desde el cenit que había ocupado durante el siglo XVI, la nación seguía siendo una de las grandes potencias europeas. No había sufrido aún los amargos reveses que la aguardaban tras las guerras religiosas del siglo en que tan generosamente consumiría sus esfuerzos. Todavía en 1625, en Breda, y en 1636, en Nordlingen, darían los españoles suficientes muestras de su capacidad para ganar victorias en los campos europeos. En la época de Cadalso, la situación vital de España, respecto de sí misma y de Europa, había sufrido un cambio tremendo e incalculable. La metamorfosis histórica de la cual nació la Europa moderna y progresista, determinó en gran medida las posibilidades y la actitud de Cadalso. Quevedo no se había sentido obligado a tomar en cuenta a Europa y a los europeos sino para rechazarlos. Cadalso vive en un ambiente humano e intelectual —el de la "Ilustración española", bajo Carlos III— que ha sido "europeizado" hasta tal punto, que no puede desconocer ni pasar por alto lo que existe fuera de España.

Ambas obras se escribieron partiendo de una conciencia aguda de que España, en las épocas respectivas (1609, 1765-81), era algo diferente de Europa, de que era víctima de ataques de fuera y sufría de una falta de defensores por dentro. Ambas se compusieron a base de un presente vital que el autor siente y coloca en un plano inferior al del pasado. Quevedo y Cadalso añoran el pasado y proponen que vuelve el país al heroísmo de otros tiempos. Quevedo no vacila en meterse abiertamente en la brecha (p. 273):[2]

> Cansado de ver el sufrimiento de España, con que ha dejado pasar sin castigo tantas calumnias de extranjeros, quizá despreciándolas generosamente, y viendo que desvergonzados nuestros enemigos, lo que perdonamos modestos juzgan que lo concedemos convencidos y mudos, me he atrevido a responder por mi patria y por mis tiempos.

---

[2] Cito la *España defendida* según la ed. de *Obras completas* por L. Astrana Marín, vol. I, Madrid, 1936.

Cadalso prefiere aparecer como "crítico imparcial" deseoso de enmendar a su nación por dentro y de corregir las relaciones de "viajeros poco especulativos" (Carta II, p. 12).[3]

Ni uno ni otro consideran ni sitúan su obra dentro del campo de la "literatura", según el sentido que daban al término. Quevedo afirma: "No ambición de mostrar ingenio me buscó este asunto" (p. 274). Cadalso nos da a entender que las *Cartas marruecas* son distintas de sus demás obras "literarias": que el escribir las *Cartas* no puede considerarse una "diversión" (pp. 225-228).[4] Ambos juzgan estar cumpliendo con un deber patriótico, y se ven como figuras solitarias, las únicas capaces de emprender la defensa de la España en que viven. Quevedo escribe abierta y jactanciosamente como un "hijo de España" (pp. 273-274, "Hijo de España, escribo sus glorias. . .", etc.):

> Bien sé a cuántos contradigo, y reconozco los que se han de armar contra mí; mas no fuera yo español si no buscara peligros, despreciándolos antes para vencerlos después. Y lo haré con estas Memorias, que serán las primeras que, desnudas de amor u miedo, se habrán visto sin disculpa de relaciones y historia (si este nombre merece), en que se leerán los ojos y no los oídos del autor.

Cadalso esconde su íntima relación con lo que escribe, y la conciencia de su papel heroico, bajo la terminología genérica y racionalista del siglo XVIII. Habla en cuanto "buen ciudadano", en cuanto "patriota". Cuando describe los requisitos del "crítico imparcial", indirectamente nos da a entender que él lo es, que él está libre de "preocupación" (es decir, de prejuicios) y de "una razón de estado" (Carta LIX, p. 142). Pero es imposible encubrir el sentido verdadero y el tono desdeñoso de observaciones como éstas: "Hagan, pues, ellos lo que quieran; yo haré lo que debo" (Carta LXV, p. 156), o "yo nací para obedecer, y para esto basta amar a su Rey y a su patria, dos cosas a que nadie me ha ganado hasta ahora" (Carta VIII, p. 35).

---

[3] Cito las *Cartas marruecas* por la edición de J. A. Tamayo, Madrid, 1935 (colección Clásicos Castellanos).

[4] En la "Protesta literaria" con que termina el libro, Cadalso revela el abismo que media, en su opinión, entre las *Cartas* y el resto de sus obras. Sus demás escritos son, en su opinión, puramente "literarios", y quedan descartados como simples "pasatiempos".

Ambos se sienten oprimidos por una conciencia de inseguridad en el presente y añoran nostálgicamente los valores heroicos del pasado. Ambos encuentran la encarnación de los valores que admiran en héroes predilectos como los Reyes Católicos, Cortés y Cisneros. Ambos crean una mítica "España verdadera" en la que descubren todo valor y toda virtud. Y en sus obras "dramatizan" y "poetizan" la historia de España, presentándola en una serie de notas de resonancias trágicas y elegíacas.

Quevedo encuentra su "edad de oro" nacional en "las costumbres de los buenos hombres de Castilla" de hace "quinientos y cuatrocientos años". "¡Qué leales fueron con Ferrant González! Los mismos fueron con su sombra que con él. ¡Cómo amaron los santos reyes y buenos, y cómo sufrieron muchos malos y crueles! Y si algunos castigaron, fue, no por su libertad, sino por la de su patria y religión" (p. 299). Cadalso considera el siglo XVI como la cumbre de la historia española (Carta XLIV, p. 116):

> Pero ¿quién no se envanece si se habla del siglo anterior [ha hablado antes desdeñosamente del XVII],en que todo español era un soldado respetable; del siglo en que nuestras armas conquistaban las dos Américas y las islas de Asia, aterraban a África e incomodaban a toda Europa con ejércitos pequeños en número y grandes por su gloria, mantenidos en Italia, Alemania, Francia y Flandes, y cubrían los mares con escuadras y armadas de navíos, galeones y galeras; del siglo en que la academia de Salamanca hacía el primer papel entre las universidades del mundo; del siglo en que nuestro idioma se hablaba por todos los sabios y nobles de Europa?

A base de criterios algo distintos, tanto Quevedo como Cadalso reaccionan ante las críticas extranjeras que ponían en duda la tradición de Santiago, aparecido en la batalla de Clavijo. El escritor europeo que más enojó a Quevedo fue el que salió "atreviéndosenos a la fe y a las tradiciones y a los santos, y no quiso que Santiago hubiese sido patrón de España ni venido a ella" (p. 274). Sin vacilar, Quevedo proclama la intervención divina en los triunfos militares de España (p. 299):

> La diestra de Dios venció en el Cid, y la misma tomó a Gama y a Pacheco y a Alburquerque por instrumento en las In-

dias orientales para quitar la paz a los ídolos. ¿Quién sino Dios, cuya mano es miedo sobre todas las cosas, aquella con que Ximénez de Cisneros detuvo el día en la batalla de Orán, donde un cordón [el del hábito franciscano] fue por todas las armas del mundo?

Cadalso deja como entre paréntesis la veracidad objetiva de la aparición de Santiago en Clavijo y en otras ocasiones, pero defiende la eficacia de la tradición en el efecto que produce en los soldados. Distingue cierta "humildad" en la "piedad de nuestro carácter español, que nos lleva a atribuir al cielo las ventajas que han ganado nuestros brazos. . ." (Carta LXXXVII, pp. 213-214).

Esta humildad misma ha producido los más gloriosos triunfos que ha tenido nación alguna del orbe. Los dos mayores hombres que ha producido esta península experimentaron en lances de la mayor entidad la importancia de esta piedad en el vulgo de España. Cortés en América y Cisneros en África vieron a sus soldados obrar portentos de un valor verdaderamente más que humano, porque vieron o creyeron ver la misma aparición. No hay disciplina militar, ni armas, ni ardides, ni método que infunda al soldado fuerzas tan invencibles y de efecto tan conocido como la idea de que los acompaña un esfuerzo sobrenatural y los guía un caudillo bajado del cielo.

Como Quevedo, también el autor de las *Cartas* defiende el corazón de la tradición española contra sus detractores europeos.[5] Está dispuesto a tolerar la crítica, y aun a hacerla él mismo, tratándose de la zona de la vida española que él llama "lo accidental"; pero mantiene una fe absoluta —una fe que no somete a la duda metódica, a la manera de los *philosophes*— con respecto a lo que llama "lo esencial". Y para Cadalso, como para Quevedo, "lo esencial" consiste en "la religión, la tradición y la revelación" (Carta LXXXVII, pp. 214-215).[6]

---

5 Habría que notar que Cadalso contesta ataques de otra índole que los que molestaron a Quevedo. Los detractores europeos de España en la primera mitad del siglo XVII (como en el XVI) atacaban a un enemigo poderoso de quien tenían envidia. El racionalismo europeo del XVIII, a base de un análisis crítico, encuentra que lo que percibe de la tradición hispánica va en contra de "l'esprit du progrès".

6 Cadalso, por medio de Nuño Núñez, nos da a entender que se opone a los que "no se hacen cargo de lo que sucedería si el vulgo

Los dos autores consideran que la "decadencia" que sien ten en el presente español proviene de una pérdida de su "an tiguo vigor", del heroísmo y de la moralidad del pasado. Que vedo compara el indigno "ocio presente" con "la edad pasada embarazada en armas" (p. 273). Para él —y para Cadalso— el heroísmo personal y la lealtad son los más altos valores hu manos, y donde mejor brillan es en la historia de España: "El natural de España la lealtad a los príncipes, y religiosa la obe diencia a las leyes y el amor a los generales y capitanes. Siem pre en todos los reyes que han tenido, buenos o malos, han sa bido amar los unos y sufrir los otros, comprando siempre la libertad de sus patrias con generoso desprecio de sus vidas" (p. 298). De todas las naciones de Europa, España "sin duda ha ejercitado más las armas y la virtud militar" (p. 298). Siglo y medio después escribirá Cadalso que "los castellanos son, de todos los pueblos del mundo, los que merecen la primacía en lealtad" (Carta XXVI, p. 76). Y ya hemos visto su admiración por el valor militar.

El presente insatisfactorio se revela en los vestigios de un pasado glorioso — meras formas, vacías ya de contenido. Dice Quevedo: "Pues si bajamos los ojos a las costumbres de los buenos hombres de Castilla, de quinientos y de cuatrocientos años a esta parte, ¡qué santidad, qué virtud y qué verdad veremos, que no imitamos ni heredamos, contentándonos con lo menos, que es el nombre!" (p. 299). Con enfoque distinto, que alardea de ser racional, expresará Cadalso idéntico descontento del presente y análoga añoranza del pasado. En Cadalso, esto

---

se metiese a filósofo y quisiera indagar la razón de cada establecimiento. El pensarlo me estremece, y es uno de los motivos que me irritan contra la secta hoy reinante que quiere revocar en duda cuanto hasta ahora se ha tenido por más evidente que una demostración de Geometría. De los abusos pasan a los usos; de *lo accidental*, a *lo esencial*". La postura tradicional (conservadora) de Cadalso se hace sentir aún más en la conclusión de una carta en que Gazel se muestra totalmente de acuerdo con Nuño: "O lo que los libertinos se han esmerado en predicar y extender es verdadero, o es falso. Si es falso, *como yo lo creo,* son reprensibles por querer contradecir a la creencia de tantos siglos y pueblos. Y si es verdadero..., no debe llegar a oídos del vulgo" (p. 216). Aunque Cadalso aparenta basarse en los "efectos útiles al estado" de la tradición y la religión más que en su valor absoluto (p. 214), no son para él "unas meras máquinas que el gobierno pone en uso según parece conveniente" (p. 215). Su convicción personal está en el aparte de Gazel: *"como yo lo creo"*.

toma la forma de un juicio crítico-moral de la nobleza hereditaria. "*Nobleza hereditaria es la vanidad que yo fundo en que ochocientos años antes de mi nacimiento muriese uno que se llamó como yo me llamo, y fue hombre de provecho, aunque yo sea inútil para todo*" (Carta XIII, p. 55). Cadalso aplica los términos de su siglo —la utilidad y el provecho— a la realidad del guerrero medieval, cuya utilidad fue su valor. En términos artísticos, la añoranza del pasado que comparten él y Quevedo encuentra su más alta expresión en la conmovedora frase de la *España defendida:* "Gala son las armas ahora, que entonces fueron defensa" (p. 299).

Ambos censuran a Europa y a los europeos por haber corrompido a España. Cadalso aboga por la reforma de "lo accidental" en la vida española, en parte porque lo considera importación —o sea corrupción— del extranjero: "cierto traje muy incómodo que llaman «a la española antigua»... no es a la española antigua, ni a la moderna, sino totalmente extranjero para España, pues fue traído por la Casa de Austria" (Carta XXI, p. 66). Lo mismo puede decirse de "la filosofía aristotélica" que "nos ha venido de fuera", y de "la disciplina militar" de los siglos XVII y XVIII (Carta XXI, pp. 67-68):

> La disciplina no era española, pues al principio del siglo no había quedado ya memoria de la famosa y verdaderamente sabia disciplina que hizo florecer los ejércitos españoles en Flandes e Italia en tiempo de Carlos V y Felipe II, y mucho menos la invencible del Gran Capitán en Nápoles, sino otra igualmente extranjera que la prusiana, pues era la francesa.

Quevedo es más feroz y agresivo contra los "corruptores" europeos (p. 274):

> No nos basta ser tan aborrecidos en todas las naciones, que todo el mundo nos sea cárcel y castigo y peregrinación, siendo nuestra España para todos patria igual y hospedaje. ¿Quién no nos llama bárbaros? ¿Quién no dice que somos locos, ignorantes y soberbios, no teniendo nosotros vicio que no debamos a su comunicación de ellos?

No necesitaría España una "Santa Inquisición" si no fuera por la Reforma protestante. "Y, al fin, nada nos pueden decir por

oprobio, si no es lo que ellos tienen por honra, y, averiguado, es en nosotros imitación suya" (p. 274).

Los dos crean una España nacida de su imaginación, tan eminente en el mundo de las cosas como en el de los hombres. Recordemos cómo Cadalso descubre mucha actividad en el pasado en "las ciencias y manufacturas", cómo proclama que la España del siglo XVI fue "la más docta" de todas las naciones y que la de Salamanca ejerció "el primer papel entre las universidades del mundo". Quevedo, con base aún menos firme, pretende reivindicar el mismo nivel de erudición para el presente en que vive: "¿En qué materia del mundo no hay en España sola tantos libros como en todas las naciones en sola su lengua, en la cual están traducidos todos los griegos y hebreos y latinos y franceses y italianos, como es de ver al que ha visto librerías en España?" (p. 295).

Las diferencias de situación vital, de perspectiva intelectual y de personalidad son igualmente reveladoras. Quevedo no pretende hacer un análisis "imparcial", racional y objetivo de su nación. Se esfuerza en repeler los ataques de fuera más que en reformar el país por dentro (al menos, en la *España defendida).* Para él, el presente insatisfactorio es algo provisional: "esta poca paz que alcanzamos *en parte maliciosa*" es un mero intermedio, una pausa, antes de volver a "las santas costumbres de la guerra" (p. 298). "España nunca goza de paz: sólo descansa, como ahora, del peso de las armas, para tornar a ellas con mayor fuerza y nuevo aliento" (p. 298). Tiene en el poderío militar de su país una fe lo bastante robusta para decir (p. 298) que las armas españolas "son a todos, como a ella, importantes. . . ; pues, a no haberlas, corriera sin límites la soberbia de los turcos y la insolencia de los herejes, y gozaran en las Indias seguros los ídolos su adoración: de suerte que es orilla deste mar, cuya gloria es la obediencia destas olas que solamente la tocan para deshacerse". La "visión trágica" de España es en Cadalso más completa y desarrollada (y, curiosamente, por motivos personales, más serena) que la de Quevedo. Él ha experimentado en sus entrañas la caída de su héroe, es decir, la decadencia de su país respecto de Europa, mientras que, para Quevedo, España sólo descansaba antes de empuñar de nuevo la espada centelleante y dominadora. Quevedo podía ver prue-

bas sobradas de grandeza española en su presente. Cadalso tiene que evocar la del pasado.

Según Quevedo, España no tenía nada que aprender de Europa. Todo lo contrario: los países herejes del continente no habían sabido aprovechar las lecciones que les habían enseñado los españoles, y tendrían que pagar las consecuencias. Rechaza con desprecio la teoría de que los españoles tienen "felices ingenios" pero que aprenden "infelizmente": "¿En qué hallas la infelicidad? Porque en las obras, no; que eso ya te lo hemos probado. Sólo debe de ser en que, siendo escritas para enseñarte a ti y a otros herejes de la verdad de la fe, no consiguen su efecto" (p. 294). Si los europeos comienzan a sobresalir en zonas en que los españoles se sienten incómodos, ello se debe a la poca importancia de tales actividades. España puede jactarse de ser la primera, no sólo en las armas, sino en todas las actividades que verdaderamente cuentan (p. 284):

> Viendo que no pueden negarnos a los españoles el esfuerzo, la osadía en los peligros, la constancia en los trabajos y, al fin, el primer lugar en las armas, acógense a negarnos las letras y a poner defecto, ya que no en los entendimientos y ingenios, en los juicios y en el trabajo y en la lengua, sin advertir, como se dirá largamente en su lugar, *que no sólo en todo género de letras no nos han excedido ningunos pueblos del mundo,* pero que son pocos los que en copia y fama y elegancia de autores en el propio idioma y en el extranjero nos han igualado, y que, *si en alguna parte han sido más fértiles sus ingenios, ha sido en la que, por indigna de plumas doctas, capaces de mayores estudios, hemos despreciado gloriosamente.*

Dejando a un lado las "cosas grandes", las demás naciones de Europa no tienen nada escrito en sus idiomas, "ocupados en servir a la blasfemia", que pueda compararse con la "tragedia ejemplar de *Celestina* y con *Lazarillo*" (p. 294). En "las ciencias sólidas, como filosofía, teulogía, leyes, cánones y medicina y Escritura, todas las naciones nos son inferiores, si bien nos tratan de bárbaros porque no gastamos el cuidado en gramática y humanidad: las cuales cosas, por inferiores, no las ignoran, sino que las desprecian los españoles" (p. 300).[7]

---

[7] Véase el artículo de RAIMUNDO LIDA, "Cartas de Quevedo", en *Cuadernos Americanos,* XII (1953), núm. 1, pp. 197-198.

Quevedo no se interesa sino por el aspecto de la vida nacional que Cadalso llamará "lo esencial", y rechaza decididamente lo otro. Para realizar la promesa inherente en la historia nacional, España no necesita nada del extranjero; sólo tiene que volver a "las santas costumbres de la guerra". España no es un soldado caído, sino un héroe en reposo. Cadalso, en cambio, muestra auténtica admiración por los adelantos de su siglo y reconoce que son los europeos y no los españoles quienes los han llevado a cabo. Cito como ejemplo la admiración en que tiene a las matemáticas (Carta LXXVIII, pp. 194-195):

> La física, la navegación, la construcción de navíos, la fortificación de plazas, la arquitectura civil, los acampamentos de los ejércitos, la fundición, manejo y suceso de la artillería, la formación de los caminos, el adelantamiento de todas las artes mecánicas, y otras partes más sublimes, son ramos de esa facultad [las matemáticas], y vean ustedes si estos ramos son útiles en la vida humana.

Su criterio es la utilidad "en la vida humana". Si las innovaciones venidas del extranjero no cumplen este requisito, no hay que dejarlas entrar. También figura en su aparente tolerancia de lo europeo el deseo de ganar prestigio para España. Cadalso, en el siglo de "la Raison", se rebela contra el concepto europeo de una España "atrasada". Se esfuerza en convencer a sus compatriotas de que aprendan los descubrimientos de la ciencia moderna: "trabajemos nosotros en las ciencias positivas para que no nos llamen bárbaros los extranjeros" (Carta LXXVIII, p. 195). Aspira a "igualar" la situación de España a la de Francia e Inglaterra en lo que se refiere a la ciencia (preocupación muy ajena a Quevedo), y así concede cierta importancia a los descubrimientos hechos en estos países.

Para las innovaciones, para lo que viene del extranjero, utiliza Cadalso los dos términos que le sirven para dividir la vida en dos partes: "lo esencial" y "lo accidental" (véase la nota 6). Esto último no es tan importante, pero es útil y prestigioso. Así, Cadalso está dispuesto, no sólo a admitir los cambios consiguientes en la vida española, sino aun a buscarlos en nombre del "patriotismo". Se pone a criticar a los españoles "rancios" que no aceptan nada del extranjero, aunque observa que la mayoría de lo que viene de Europa consiste en "proyectos frívolos"

(Carta XXXIV, p. 95): "Lo malo es que la gente, desazonada con tanto proyecto frívolo, se preocupa contra las *innovaciones útiles*, y que éstas, admitidas con repugnancia, no surten los buenos efectos que producirían si hallasen los ánimos más sosegados". Sin embargo, sólo permitiría la entrada de "innovaciones útiles" que hayan pasado por un proceso muy estrecho de selección. Su comentario sobre el valor de las traducciones de obras extranjeras al castellano revela que él, como Quevedo, está resuelto a proteger a España de la corrupción de Europa: "y a la verdad, prescindiendo de lo que han adelantado en física y matemática, por lo demás no hacen absolutamente falta las traducciones" (Carta LXIX, p. 127).

No se encuentra en Cadalso el desprecio cruel y sarcástico que suele desplegar Quevedo contra los críticos europeos de España y contra la humanidad en general. No son las *Cartas* un "castigo" destinado a aturdir a los lectores no conformes, reduciéndolos a un silencio perpetuo e ignominioso.[8] Cadalso, enemigo del género satírico, no siente el rencor que late tras gran parte de la obra de Quevedo. En forma difusa pero patente, pueden percibirse en sus páginas la fe en sí mismo, el amor a la vida y a las personas que motivaron tanto las páginas mesuradas de las *Cartas marruecas* como la vida heroica y generosa de su autor — vida y obra tan distintas en su tono de las de Quevedo.

Sería injusto para con Quevedo comparar las dos obras a base de sus méritos ideológicos y artísticos. La *España defendida* es una obra escrita de prisa, en la juventud del autor (Quevedo tenía 29 años). No llegó a terminarla y, a lo que se sabe, tampoco trató de hacerlo. Parece haber sido un medio de desahogo personal, expresión de la angustia a que el estado de España lo había orillado. Pocos son los esfuerzos que hace por disimular el disgusto y el desengaño ante la situación política y humana de la España de Felipe III. En proféticas palabras de doble sentido, insinúa sus presentimientos: "Al fin, se ve en estado España, por nuestros pecados, que a no intervenir rey tan justo y honesto, y ministros tan conformes a su virtud y tan celosos de su opinión y del servicio de Dios y del aumento del reino, desesperara a las vueltas del tiempo de poderla traer a

---

[8] Quevedo escribió su *España defendida* como defensa contra "tantas calumnias de extranjeros", y como "castigo" de éstos y de los "noveleros y sediciosos" (p. 273).

peor estado" (p. 300). Esta observación, que sigue a otras más abiertas y amargas sobre la ruina de la moral pública y privada, nos hace pensar que Quevedo mismo comprendió que sus juicios críticos eran demasiado punzantes para salir a la luz pública.[9] Nunca trató de estampar estas páginas, lo cual contrasta con la energía y la prisa con que mandaba sus demás libros a la imprenta. Por otra parte, la obra contiene gran número de errores de hecho y una ostentación desaforada, que el autor mismo había de contradecir en otros escritos. Tenemos la impresión de que Quevedo escribió la *España defendida* para sí mismo, no para el público. A pesar de su defensa del país contra los ataques extranjeros, Quevedo era uno de los críticos más perspicaces y feroces de la España en que vivía.

En cambio, todo nos induce a creer que Cadalso escribió las *Cartas marruecas* con la intención de publicarlas. Se sabe que leyó algunas de ellas a sus contertulios de la Fonda de San Sebastián, y ya hemos comentado (véase nota 4) la importancia que concedía a su obra. Es muy significativo el hecho de que su composición le haya llevado tanto tiempo. Si no llegó a publicarla, fue porque la iba revisando, puliendo y ampliando.[10] Lo elevado del estilo y lo moderado de los juicios la sitúan, en conjunto, en un nivel mucho más alto que el de la *España defendida*. Y este tratado no ocupa en la vida de Quevedo el lugar central que las *Cartas* tienen en la de Cadalso, pues las *Cartas* son la expresión más completa de sus aspiraciones y de su personalidad.[11]

---

[9] Quevedo acaba de citar una serie de vicios que ha observado en las costumbres de la época y, por implicación, en las de la corte: "Al fin hacen dudoso el sexo, lo cual ha dado ocasión a nuevas premáticas, por haber introducido vicios desconocidos de naturaleza. Hase profanado de suerte la religiosa vergüenza de las matronas, que disimulan con el nombre de cortesía la desenvoltura, hacen gala del adulterio, y algunos hombres tienen por oficio el ser maridos; y es en algunos renta la disimulación y hacienda grande la ausencia" (p. 300).

[10] Hubo, por lo menos, dos redacciones de las *Cartas marruecas*, lo cual indica que Cadalso se preocupaba por dar forma definitiva a su obra. Es posible que una versión fuera destruida por el fuego, tal como se quemaron todos sus papeles personales, por orden suya, después de su muerte.

[11] Obsérvese que Cadalso excluye expresamente de su obra los asuntos aptos para controversias, como son la religión y el gobierno. "Me he animado a publicarlas [las *Cartas marruecas*] por cuanto en ellas no se trata de religión ni de gobierno; pues se observará fácil-

El contraste más revelador está en la esfera de las potencialidades y realizaciones artísticas. Una y otra vez, Quevedo logra dar forma literaria a sus juicios y a su excepcional sensibilidad. Como escritor, supera a Cadalso no sólo por el volumen de su obra escrita, sino también por su calidad literaria. No hay en Cadalso una sola frase de tono elegíaco que pueda parangonarse, en resonancia poética, con la espléndida de Quevedo: "Galas son las armas ahora, que entonces fueron defensa". Quevedo nos dejó un sinnúmero de muestras de su genio en el campo de la desrealización cómica, de la sátira exagerada y despiadada (dimensión que falta en la *España defendida).* Con menos frecuencia, en su poesía y en ciertos pasajes de su prosa, encontraremos fragmentos llenos de elocuencia en que expresa su conciencia desesperada del fluir de la vida y de su propia existencia (recuérdese el famoso verso *Soy un fue y un será y un es cansado).* También nos da pruebas de una fe maciza, positiva y sólida en las líneas exaltadas con que caracteriza las hazañas militares, pasadas y presentes, de su patria; y con esta fe se vincula estrechamente su conciencia del valor personal con que defiende a España o sostiene sus propios juicios. Su incapacidad física y psíquica para entrar en las demás zonas de la vida humana le quitó la actitud necesaria para la creación de personajes literarios "novelísticos" o para la poesía de concepción y aspiración "místicas". Su irreprimible amargura dio la tónica a un ingenio que no conocía el amor, y que siguió como dirección natural la destrucción sistemática de lo humano en favor de creaciones puramente verbales, por valiosas que éstas sean. Suyos eran el ambiente y los personajes desrealizados de la novela picaresca, suyas las quimeras grotescas y crueles de los *Sueños*, construcciones de arte hechas, claro está, a base de algo muy humano: la conciencia agudísima de su propia incapacidad de trascendencia. En una palabra, a Quevedo le faltó la simpatía humana necesaria para trascenderse en la novela o

mente que son pocas las veces que por muy remota conexión se toca algo de estos dos asuntos" (Introducción, p. 2). Lo hace así, en efecto, sin parecer demasiado preocupado por la reacción de la corte. Lo cierto es que sus ideas son, para su época, más ortodoxas y conservadoras que las de Quevedo para la suya. Claro es que Carlos III y sus consejeros no le ofrecen los fáciles blancos de crítica que a Quevedo le habían ofrecido las cortes de los Felipes (sin embargo, en la *España defendida* casi no aparece el Quevedo crítico audaz y severo de España).

para expresar una comicidad que no fuera amarga y deshumanizada.

Es posible que la potencialidad artística del soldado fuera más grande que la del escritor. Aunque Cadalso no haya logrado expresarse completamente por escrito, sus *Cartas marruecas* demuestran una profunda y variada comprensión de la vida —impresión confirmada por lo que sabemos de su biografía—, y sus mejores páginas ponen de manifiesto unas posibilidades artístico-humanas que van más allá de la órbita cerrada de Quevedo. Véase, como ejemplo sobresaliente y mejor desarrollado —aunque en otros pasajes de las *Cartas* se pueda percibir la misma actitud—, el episodio del señorito andaluz (Carta VII, pp. 28-34), donde Cadalso revela una extraordinaria capacidad para crear personajes literarios que se sostienen como figuras de novela.[12]

En Cadalso, la expresión artística estuvo limitada en gran medida por la tradición literaria y por el ambiente intelectual de su siglo, así como por su afán de aparecer como "crítico imparcial", como un simple "hombre de bien" sin particular interés en los resultados que pudiera sacar a luz su investigación.[13]

---

[12] Cf. mi artículo "Dimensiones estéticas de las *Cartas marruecas*", en la *Nueva Revista de Filología Hispánica,* X (1956), pp. 194-202.

[13] Con esta comparación y contraste de dos escritores en sus versiones personales del tema de España —paralelo que, en mi opinión, es valioso en sí mismo— he querido sugerir un parentesco literario que expondré con más detalle en otro sitio. A Cadalso no le quedan los papeles artificiosos de "crítico imparcial" y de "hombre de bien". El tema de España ha suscitado muy diversas reacciones literarias en los escritores españoles; todas las reacciones posibles, si se quiere, menos la de la objetividad. Las preocupaciones nacionales de Quevedo y Cadalso, fecundas en resonancias lírico-humanas, son menos valiosas como fuentes de análisis crítico. Recuerdan (como a propósito de Quevedo observó R. Lida, art. cit., p. 198) las palabras de "otro soberbio español" de este siglo que, al enfrentarse a Europa y a los europeos, les dice orgullosamente a sus compatriotas: "¡Que inventen ellos!", y afirma que el tener a Santa Teresa "vale por cualquier instituto, por cualquier *Crítica de la razón pura*". Son tantas las afinidades de actitud de Quevedo y Cadalso ante el tema de España —afinidades que resuenan en otros españoles de distintas épocas— que, si no podemos hablar precisamente de género literario, tendríamos que buscar un término adecuado para describir tal fenómeno. Desde luego, sirven como muestras personales de la continuidad bien perceptible de una vida colectiva, de esa disposición vital que Américo Castro llama "vividura hispánica".

Se empeña siempre en proceder de acuerdo con lo que él y su época consideran como "principios ciertos y evidentes".[14] Para lograr un mínimo de expresividad, tenía que olvidar primero su intención crítica. Y cuando así lo hace, cuando se deja llevar por las resonancias humano-poéticas que en él despiertan la historia de España, el heroísmo militar, la condición del hombre, las costumbres españolas del XVIII, descubre bajo los rasgos serenos del crítico una sensibilidad que recuerda más bien a Cervantes que a Quevedo. Tras las *Cartas marruecas* se puede percibir una perspectiva personal que, por su capacidad de vida, por su serenidad, por su nobleza interior, es lo bastante elevada para haber podido hacer de esta obra una novela, una tragedia o una tragicomedia.

---

14 Refiriéndose a la filosofía escolástica, comenta Cadalso: "me asombra la variedad de ocurrencias extraordinarias que tiene el hombre cuando no procede sobre principios ciertos y evidentes" (Carta XXXII, p. 89).

WILLIAM CULLEN BRYANT Y JOSÉ MARÍA HEREDIA, VIEJA Y NUEVA POLÉMICA

Por *José de ONIS*

EN la historia de las relaciones literarias entre Hispanoamérica y los Estados Unidos hay dos autores cuyos nombres aparecen siempre juntos: William Cullen Bryant y José María Heredia. Existe entre la obra de estos dos poetas cierta afinidad en el estilo y en la predilección de temas, la cual, en la opinión de los americanos del Norte y los del Sur, tiende a unirles, y su alegada amistad ha sido ponderada como uno de los grandes símbolos de la solidaridad continental.

El párrafo de Alfred Coester sobre este asunto, en su conocida historia de la literatura hispanoamericana, puede considerarse típico. El crítico norteamericano, contagiado por el romanticismo de Heredia, dice:

"La inconstancia del tiempo parecía estar siempre presente en la mente de Heredia. El templo azteca es ahora solamente un despoblado monumento, orgullo cruel de una raza desaparecida. Las aguas majestuosas del Niágara corren 'como el torrente obscuro de los siglos en insondable eternidad' ". Y luego añade: "Es esta clase de crítica de la vida, aunque a veces represente lugares comunes, que le da a la poesía de Heredia un matiz melancólico. Es aquí que se parece a nuestro poeta, William Cullen Bryant. Y es a Bryant afortunadamente que debemos traducciones métricas de las mejores poesías de Heredia, la Oda al Huracán y la Oda al Niágara, a esta última Heredia debe el sobrenombre de 'Cantor del Niágara' ".[1]

[1] "The flight of time seemed to be always present to Heredia's mind. The Aztec temple is now nothing but a desolate monument to the cruel pride of an extinct race. The majestic waters of Niagara run 'like the dark torrent of centuries into eternity.' It is such criticism of life, though commonplace at times, that gives Heredia's poetry a tinge of melancholy. Therein he resembles our own poet, William Cullen

Pero el caso de Bryant y Heredia, como el de otros que se suelen asociar a lemas de la política panamericana, ha sido un tanto exagerado, y como resultado tenemos tres problemas que desde hace algún tiempo vienen preocupando a los críticos: 1) el de la amistad entre William Cullen Bryant y José María Heredia, 2) el de las traducciones de las poesías de Heredia por Bryant, 3) el de la influencia recíproca que cada uno de estos autores puede haber ejercido sobre el otro.

El conjunto de los tres problemas nos lo presenta Manuel Pedro González en su libro *José María Heredia, primogénito del romanticismo hispano*, cuando especulando sobre este tema se pregunta:

"¿Se conocieron Heredia y él [Bryant]? ¿Leyó Heredia sus poemas? Imposible parece que no los leyera durante su estancia en este país. Y si los leyó era casi inevitable que Bryant no le influyera, dadas su mayor madurez mental y su estrecha afinidad con el espíritu y la predilección paisajista del cubano. Sin embargo, Heredia no lo menciona en sus poesías ni en sus prosas. Según Chacón y Calvo, ni siquiera en su epistolario lo cita, aunque le eran familiares Washington Irving y Fenimore Cooper. ¿Cómo explicar esta anomalía?"[2]

El profesor González suscita aquí la duda de si Bryant y Heredia realmente se conocieron. La verdad es que a pesar de la tradición persistente, por más de cien años, de que los dos escritores fueron amigos, nadie ha presentado ninguna prueba de la verdad de este hecho.

Según el relato de González, Heredia no menciona a Bryant en sus poemas, en su prosa, ni en su correspondencia. La realidad es que el nombre de Bryant está visiblemente ausente en la mayor parte de los epistolarios cubanos importantes de la época. No está mencionado en la correspondencia de Domingo del Monte y Aponte,[3] amigo íntimo y protector de Heredia, y hombre mucho más familiarizado que el poeta cubano con los

---

Bryant. And to Bryant we fortunately owe metrical translations of two of Heredia's gratest poems, the ode to the Hurricane and the ode to Niagara to which Heredia owes the appellation bestowed on him of 'Singer of Niagara'," ALFRED COESTER, *The Literary History of Spanish America* (New York, 1928), p. 94.

2 MANUEL PEDRO GONZÁLEZ, *José María Heredia, primogénito del romanticismo hispano* (México, 1955), p. 93.

3 *Centón epistolario de Domingo del Monte* (6 vols., Habana, 1923-1953). Hay todavía un volumen de cartas sin publicar.

círculos literarios de los Estados Unidos. Está incluido, sin embargo, en las cartas de Eusebio Guiteras y en las de otros miembros de la generación siguiente.

Parecería, pues, que el conocimiento personal de Bryant de los hombres de letras cubanos no ocurrió en la década de 1820, ni aun en la de 1830, sino en una fecha posterior, probablemente algunos años antes de su visita a la isla en 1849, y por esta época Heredia ya había muerto en México.

Entonces, ¿cómo comenzó la tradición de la amistad de Bryant con Heredia?

Es probable que nunca sepamos la contestación exacta a esta pregunta.

La leyenda debe haber tenido sus principios durante la primera mitad del siglo XIX, pues Bryant y otros contemporáneos de Heredia ya eran conocedores de ella.[4] De lo que no cabe duda es de su vasta diseminación. La leyenda creció muy pronto, hasta el punto de que hoy difícilmente existe un crítico de las letras hispanoamericanas que no se haya referido a ella. Un ejemplo de las muchas pruebas que podían ser mencionadas es el artículo "Bryant y algunos de sus amigos latinoamericanos", publicado en el *Boletín de la Unión Panamericana* en noviembre, 1944, en el cual Heredia aparece como una de las principales amistades latinoamericanas de Bryant.[5]

La idea de que los dos poetas fueron amigos es tomada a menudo como un hecho y comprobado aún por los críticos más responsables.[6] Algunos de ellos deben haber tenido sus dudas, pero, que yo sepa, no hay uno que hasta ahora haya inquirido seriamente la validez de esta historia. Yo mismo la he repetido.[7]

Por otra parte, mucho se ha escrito en favor y en contra de

---

[4] Véase correspondencia entre Bryant y E. Guiteras examinada más adelante en este estudio.

[5] CLARA CUTLER CHAPIN, "Bryant and some of his Latin American Friends," *Bulletin of the Pan American Union,* LXXIII (1944), 609-613.

[6] STANLEY T. WILLIAMS, uno de los últimos críticos que se ha referido a este problema, declara con cautela, "Heredia, 'Cantor del Niágara' a quien Bryant probablemente conoció, puede haberle influenciado directamente". *The Spanish Background of American Literature* (2 vols., New Haven, 1955), II, 130.

[7] *The United States as Seen by Spanish American Writers, 1776-1890* (Nueva York, 1952), p. 87. Corregido en la edición española (Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1956).

la tesis de que Bryant es el autor de la traducción inglesa de la famosa *Oda al Niágara* de Heredia, pero la cuestión nunca ha sido definitivamente aclarada. El poema no aparece en los trabajos coleccionados de Bryant.[8] E. C. Hills, quien ha estudiado este problema, afirma que la mayor parte de las personas que están familiarizadas con esta traducción, la atribuyen a Bryant, y agrega:

"Yo no sé por qué esto es así, a menos que hubiera una tradición oral a este respecto o que se haya asumido que Bryant hizo la traducción porque él era un editor de la revista en la cual por primera vez apareció la traducción *(United States Review,* enero 1827, I, 263-86). Pero hasta ahora yo no he encontrado ninguna prueba válida, sea la que fuere, de que Bryant tradujo la Oda al Niágara de Heredia".[9]

Stanley T. Williams opina que esta traducción puede haber sido el fruto de la colaboración entre Bryant y T. T. Payne o alguna otra persona, y que por esta razón no aparece en las obras completas de Bryant.[10]

La traducción de la oda al huracán, *En una Tempestad,* la cual fue por primera vez publicada en inglés en un volumen de prosa y verso editado por Bryant, es sin duda suya y aparece en varios de sus trabajos.[11] Pero esto no indica necesariamente que los dos hombres se conocieran. Hay muchos modos por me-

---

[8] Aparece, sin embargo, en la lista de poemas escritos por Bryant que tenía su esposa. Véase C. I. GLICKSBERG, "An Uncollected Poem by William Cullen Bryant", *American Book Collector,* VI (1935), 131-134.

[9] "Did Bryant translate Heredia's *Ode to Niagara?,*" *Modern Language Notes,* XXXIV (1919), 501-503. Véase también: LUCIANO DE ACEVEDO, "Un problema literario". *Cuba Contemporánea,* XXII (1920), 210-212.

[10] "It is probable that Bryant more than aided in the translation of Heredia's Niagara. Possibly the first translation of this poem into English was T. T. PAINE's in the *United States Review and Literary Gazette,* but this English Version has been repeatedly attributed to Bryant. Of such attributions, one in his own newspaper hints at a partnership. If true, this fact might explain the poet's exclusion of "Niagara" from his collected writtings." STANLEY T. WILLIAMS, *The Spanish Background of American Literature,* II, 146.

[11] Este poema aparece en varios trabajos de Bryant. En una nota en su volumen *Early Poems* (Nueva York, 1887), p. 217, él explica que este poema es casi una traducción de uno de José María Heredia, "un nativo de la isla de Cuba, quien publicó en Nueva York, hace seis o siete años, un volumen de poemas en la lengua 'española' ".

dio de los cuales Bryant pudo haber obtenido los versos de Heredia. Se sabe, por ejemplo, que durante su estancia en Nueva York, Bryant vivió en el hogar de los Salazar, una familia española que tenía conexiones comerciales con Cuba, y hay la posibilidad de que los Salazar o alguno de sus numerosos amigos hispanoamericanos pudieran haberle facilitado a Bryant los poemas de Heredia.

Es en todo caso inútil especular a este respecto, pues existe prueba concluyente de que los dos hombres no se conocieron. La cuestión de su alegada amistad fue aclarada por el mismo Bryant en una carta escrita al autor y educador cubano Eusebio Guiteras, en 1849, el mismo año en que Bryant visitó por primera vez Matanzas, la ciudad natal de Heredia. Parece que Guiteras, habiendo tenido noticias de la afamada amistad, escribió a Bryant inquiriendo acerca de las actividades de Heredia mientras éste estuvo en los Estados Unidos durante los años 1823 a 1825.[12] Después de algún tiempo, Bryant le contestó con una nota en la cual negaba haber tenido jamás ningún conocimiento personal con el poeta cubano.

"Nueva York, marzo 10, 1849.[13]

Señor:

Yo habría respondido a su pregunta si no hubiera sido que pensé que podría encontrar entre mis amistades alguna persona que hubiera conocido a Heredia, cuando él residió aquí, y a quien yo hubiera podido mencionar a usted. Esto, sin embargo, no ha sido mi buena fortuna y debo, por lo tanto, disculparme por el tiempo que he dejado transcurrir antes de contestar su carta. Yo vine a Nueva York en 1826 poco después de la publicación del volumen de Heredia, pero nunca tuve ninguna relación personal con él, y siento no poder darle más información referente a su permanencia en este país.

Soy, señor, respetuosamente su obs. servidor.

(Firmado) *Wm. C. Bryant*

E. Guiteras Esq."[14]

---

[12] No he podido localizar esta carta.

[13] Es interesante notar que fue en este mismo mes, marzo, 1849, cuando Bryant visitó Matanza por primera vez. Probablemente hay alguna relación entre esta carta de Guiteras y su visita a Cuba.

[14] La carta está en inglés:

La carta no deja lugar a duda. Bryant y Heredia no se conocieron.

Alguien, a lo largo de los años, debe haber tomado la afinidad o las mutuas influencias literarias de los dos poetas como prueba de conocimiento personal. Una vez comenzada, la leyenda fue recogida por los panamericanistas y otras personas de buena fe cuyo principal objetivo fue crear buena voluntad entre las dos Américas como un símbolo de solidaridad continental, y el mito triunfó sobre la realidad.

Lo sorprendente es que la carta de Bryant haya permanecido todos estos años sin publicarse. El original forma parte de los archivos de Eusebio Guiteras,[15] ahora en posesión de la señora Hortensia de Aranguren,[16] de Matanzas, Cuba, quien gentilmente ha permitido su publicación.

Eusebio Guiteras, padre del esposo fallecido de doña Hortensia, y famoso escritor de méritos propios, vivió buena parte de su vida en los Estados Unidos. Fue amigo de Domingo del Monte, Juan J. Peoli, José Antonio Saco, José Martí[17] y otros personajes de importancia en la historia de las relaciones culturales interamericanas.[18] Estuvo también personalmente familia-

---

New York, March 10, 1849.

Sir:

I should have answered your inquiry had it not been that I thought I might meet among my acquaintances some person who knew Heredia, when he resided here, and to whom I might refer you. This however had not been my good fortune, and I must, therefore, apologize for the length of time I have allowed to elapse before replying to your letter. I came to New York in 1826 soon after the publication of Heredia's volume, but I never had any personal acquaintance with him and regret that I can give you no more information concerning his sejourn in this country.

I am Sir, Respectfully your obt. Servt.
(signed) Wm. C. Bryant.

E. Guiteras Esq.

[15] Consulté los archivos de Guiteras en Matanzas en el verano de 1955, mientras disfrutaba de una beca de la Fundación Guggenheim.

[16] Hija del famoso general cubano del mismo apellido.

[17] Martí escribió su necrología en las páginas de *Patria*. Nueva York, diciembre 28, 1893.

[18] Algunas de las cartas de Guiteras conjuntamente con otras de Heredia se encuentran en el *Centón apintolarie...* del Del Monte. Desafortunadamente el volumen 7, el cual incluye muchas de sus cartas literarias, está todavía sin publicar.

rizado con la mayoría de los más prominentes escritores de los Estados Unidos de su tiempo. La carta que acabamos de publicar pertenece a un grupo que incluye, entre otras, cartas de George Tickner, Washington Irving, Edward Everett, y Henry W. Longfellow. Conocido principalmente por sus libros sobre viajes y por sus textos escolares, Eusebio Guiteras es también el autor de un interesante artículo acerca de una entrevista que tuvo con Longfellow, "Una visita a Longfellow", publicada en el *Liceo de Matanzas,* en octubre de 1866.

Pero volvamos a nuestro asunto central, el de las relaciones entre William Cullen Bryant y José María Heredia.

Respecto a la influencia que cada uno de estos dos autores puede haber ejercido sobre el otro —no obstante la mayor madurez mental del norteamericano a que se refiere Manuel Pedro González— no parece haber influencia alguna de Bryant en Heredia. Por lo menos ésta no es evidente. Heredia influye en Bryant, como hemos visto en el poema *The Hurricane,* el cual no era considerado por Bryant como una simple traducción sino, más bien, como una nueva composición inspirada en otra poesía de un poeta cubano, José María Heredia, no muy conocido por entonces. En su volumen, *Early Poems,* en una nota relegada al fin del libro, Bryant explica que este poema es casi una traducción de uno de José María Heredia, "un nativo de la isla de Cuba, quien publicó en Nueva York, hace seis o siete años, un volumen de poemas en lengua española".[19]

Parece que el poema *The Hurricane* era tan afín al temperamento y sensibilidad de Bryant que él no veía inconveniente en considerarlo suyo aunque la inspiración original viniera del poema de Heredia.

El problema de la influencia de Heredia en Bryant requiere un estudio aparte comparando la estilística y la temática de los dos autores, el cual no podríamos presentar aquí ahora aunque quisiéramos, por falta de espacio. No es difícil conjeturar, sin embargo, que un estudio detallado de este género revelaría otros casos más o menos análogos al que nos acabamos de referir.

En conclusión, lo que sacamos en claro de las relaciones entre William Cullen Bryant y José María Heredia es: 1) que

---

[19] *Early Poems* (Nueva York, 1887), p. 217. "This poem is nearly a translation from one by José María Heredia, a native of the Island of Cuba, who published at New York, six or seven years since, a volume of poems in the Spanish language".

estos dos poetas no se conocieron, 2) que Bryant tradujo, por lo menos, la oda *En una Tempestad* de Heredia, y 3) que Heredia influyó en la poesía de Bryant, aunque el carácter y extensión de esta influencia no hayan sido todavía claramente definidos. Los dos habían bebido de las mismas fuentes literarias.[20]

Quisiera añadir, aparte de las razones que hemos expuesto aquí en este ensayo, que entre Bryant y Heredia existe un paralelo, que no puede ser calificado como producto de ningún contacto entre los dos poetas, pues se revela independientemente en la personalidad de cada uno de ellos desde temprano en sus vidas, y es, indudablemente, el producto de la época y del ambiente americano que los dos compartieron. Los dos fueron poetas líricos, que, sin ser deliberadamente políticos en su poesía, vieron en la naturaleza de este continente algo nuevo y muy americano. El lema panamericanista que nos ha presentado a los dos poetas amigos (el poeta fuerte y culto del Norte que extiende su mano al poeta ardiente y sublime del Sur), aunque no siempre sea verídico en los detalles es verdad en principio, pues toda mitología radica en un centro germinal que es certero y no miente. (Hay que desconfiar siempre del éxito fácil de las técnicas positivistas). Aunque Bryant y Heredia no se conocieran, su hermandad es innegable, y aunque uno escribía en inglés y el otro en español, su dialéctica, romántica y americanista, coincide en puntos fundamentales. Y es, precisamente, de esta comunidad de espíritu y de ideas de donde arranca el mito de la amistad entre los dos poetas.

---

20 Para entender las fuentes literarias de Heredia véase: G. ARNOLD CHAPMAN, "De las fuentes de Heredia". Este estudio fue leído en San Juan, Puerto Rico, el 29 de agosto, 1957, y será publicado en la Memoria del VIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.

HISTORIA DEL JOVEN SIN AMOR

Por *Benjamín CARRIÓN*

(Capítulo inédito de la biografía de Gabriel García Moreno, el gran teócrata).

¿UN amor, una pasión? Esta expresión natural y ennoblecedora de la edad juvenil, su signo y su mensaje, no halló cabida en este pobre muchacho sin infancia, en este pobre joven casi sin juventud. En la hora de Julieta y de Elvira, por la que todos los adolescentes normales han pasado, Gabriel García Moreno escribe:

"Amores no quiero,
Hermosas muchachas,
Amores que sólo
Dan penas al alma".

Tener una novia, una muchacha, una chiquilla, como dicen en Quito, con un dejo de simpatía y ternura. No. Eso no. Sus biógrafos y apologistas, los que en su deseo de elevarlo a los altares, nos lo entregan convertido en un monstruo de inhumanidad, se encargan de rebatir y destruir, como si se tratara "del pecado nefando" todo el anecdotario —no muy abundante por cierto— de algún comienzo de enamoramiento comprensible, no de la vieja solterona rica como ocurrió después, sino de una chica de su edad o menor que él. De algún idilio que ablanda y dulcifica la vida férrea de los hombres de sangre, de poder y de tiranía.

No necesitamos hacer un recorrido muy extenso de la historia de la humanidad, para hallar el rastro de la mujer amada en la vida adolescente —y aún en la edad madura— de las figuras más férreas y poderosas de dominadores de hombres y de pueblos.

El severo historiador católico norteamericano, varias veces citado en este libro, como el más ortodoxo y aceptado de los biógrafos de Felipe II de España, William Thomas Walsh, usa de todas sus capacidades poéticas, todas sus posibilidades descriptivas, para pintarnos el amor a los veintiséis años y la luna de miel, Carlos V, el terrible y poderoso Emperador de Occidente, al que —con más puerilidad que seriedad, se ha querido comparar a nuestro pequeño dictador. No me resisto al deseo de transcribir los párrafos correspondientes, que ilustran mi afirmación, y alejan, siquiera en esta parte de su vida, las dos personalidades tan disímiles —calidad más cantidad— del César de Occidente y del modesto presidente ecuatoriano:

"Hasta el año fatídico de 1527, en que su hijo Felipe naciera, la Sacra, Cesárea y Católica Majestad de Carlos V era tan feliz como raramente pudiera serlo un hombre en la tierra. Dueño del imperio más vasto que el mundo había conocido, esposo a los veintiséis años de la mujer más bella de Europa, prolongaba el idilio de su luna de miel en los fantásticos patios y jardines de la Alhambra, mientras el loco mundo, desequilibrado, corría hacia su ruina y consultaba sus inquietudes en el Concilio de Toledo".

"La emperatriz, tres años más joven que Carlos, era esbelta y airosa, rubia y de piel levemente rosada, como su abuela, su homónima Isabel; pero era más femenina y, a juzgar por los retratos del Tiziano, Coello y otros, mucho más bella. Sus ojos eran azules como los de su marido, pero mucho más oscuros; sus cejas, largas, dibujadas con una leve irregularidad encantadora; su frente, lisa y fina, de ancha curva, que traducía una personalidad armoniosa y equilibrada; su labio inferior era un poco grueso, aunque menos que el de su marido, Habsburgo; el superior era como arco divino de amor; su abundante cabello, de oro. Era, en suma, un tipo más bien nórdico que del Sur, y, según la opinión de todos, la mujer más digna de ser amada en la tierra".

"Tan apasionado estaba Carlos de ella, que nunca quisiera abandonar España mientras ella vivió. La amó hasta el día de su muerte. Para complacerla empezó aquel verano la construcción de un palacio renacentista, cuyos muros, sin terminar, se ven todavía en Granada. Como a ella le gustaba el clima del Sur, imaginó establecer allí su capital, a pesar de

numerosas objeciones de orden práctico. Pero, ¿qué objeció se opone a un enamorado?"

Suenan un poco a extraño estas palabras de amor y po sía, en la historia seca y, a ratos, lúgubre, del dictador ecu toriano. Pero me satisface consignarlas, porque ellas dan u poco de alegría a este relato y comprueban a los mentecat que piensan que no es seria una biografía en que se cuenta los hechos de los hombres, que se refieren a la vida, a lo fu damental de la vida, que no es nada más que el nacimiento la nutrición, la reproducción y la muerte. Un escritor ta serio, tan sereno y tan católico como William Thomas Walsh al referirse al más serio, temido y poderoso varón de una d las épocas más ilustres de la historia humana, el renacimiento no vacila en presentarlo como hombre, bajado del caball encabritado y brioso en que lo retrató el Tiziano, y ofrecé noslo en su desnuda humanidad: con dolores y amores, co enfermedades, con júbilos y miserias. Para que se comprend cómo el amor hizo bondadosas ciertas horas del peor de lo tiranos y cómo las úlceras de las piernas de Carlos V y la fístulas incurables de Enrique VIII, causaron grandes dolo res y penalidades a sus pueblos. Y cómo las prolongadas dia rreas de Felipe II —sí, señor, muchas veces citadas por Wil liam Thomas Walsh— lo llevaron al desastre de la Armad Invencible y cambiaron, con tal hecho el eje de los destino mundiales por cuatro siglos, pasando la hegemonía mundia del poder del Imperio Español al del Imperio Británico. .

Pero, continuemos los ejemplos del amor y la dulzur de los grandes tiranos, con los que se compara tan frecuer temente a nuestro modesto don Gabriel. Felipe II de Españ es, de entre ellos, el más frecuentemente citado por los apo logistas así como también por los detractores del mandón ecu toriano. Las comparaciones con el augsburgo rubio, con "e Demonio del Sur", con "el frío monarca del Escorial", la inicia, como es natural suponerlo, el famoso Padre Redento rista Berthe, quien, en diversos lugares de su fantástica bio grafía del santo maravilloso, lo compara con Carlomagno con San Luis de Francia, con Felipe II. . . Pero esta últim comparación es la que más sufragios reúne, la que más cuaj Así, por ejemplo, don Pedro Moncayo, que un tiempo, ant de la traición de García Moreno a su patria, llamando al M riscal Castilla en 1859, había sido su amigo y su compañe

de rebeldías y de luchas contra Juan José Flores; don Pedro Moncayo, adversario acerbo de García Moreno, se une a la legión de quienes hallan similitudes entre el ecuatoriano y el austria. Oigámosle:

"Su fisonomía revela la fiereza de su carácter. Sus ojos anuncian la muerte, como los del pájaro que vela en medio de las tinieblas. Una nariz patibularia, que parece citar a juicio a sus humildes vasallos: la nariz austríaca de Felipe II idiotizando a España"...

El doctor Roberto Agramonte, en su biografía de tipo científico, de acuerdo con los cánones de la psicología profunda, se hace eco de esta comparación de Moncayo, y con numerosas fotografías de García Moreno a la mano, hace deducciones que acercan a su biografiado al hijo de Carlos V.

Pero, acaso recogiendo un poco todo lo que se había dicho hasta entonces por amigos y adversarios del dictador, don Luis Robalino Dávila, cuyos esfuerzos de objetividad histórica son singularmente recomendables, dada su posición ideológico-política de centro derecha, es el biógrafo de García Moreno que más aproxima las dos figuras de gobernantes teocráticos: Felipe II y García Moreno, en las páginas finales de su valiosa y documentada obra. Dice Robalino:

"Original, como quiere el doctor Piedrahita, bien puede, sin embargo, compararse el sistema de García Moreno al de Felipe II por más de un aspecto; siendo también los dos hombres caracteres bastante análogos y temperamentos. Ambos a dos gustaron la embriaguez del poder absoluto; tuvieron igual concepción del gobierno de los pueblos; fueron mantenedores del catolicismo frente a las fuerzas disolventes que lo amenazaban entonces: el Islam y la Reforma en el siglo XVI; el regalismo y el liberalismo teológico en el XIX. Felipe fue una especie de Papa encargado de lo temporal; a García Moreno llamó el Padre Berthe" el Obispo exterior; ambos gobernaron con vigilante autoridad hasta en lo que respecta a las costumbres; el Rey español tenía a la Inquisición a sus órdenes; el Presidente ecuatoriano perseguía a concubinarios y ebrios, obligaba a contraer matrimonios para regularizar situaciones equívocas, quiso suspender los derechos de ciudadanía a "los que viven escandalosamente", tuvo el espíritu de un inquisidor, "gobernó demás", trató de convertir al Ecuador en casa

de ejercicios, según solía decir a sus íntimos el historiado
González Suárez.

La voluntad omnímoda de Felipe II construyó de un
sola pieza el edificio social, político y religioso de su reinado
la férrea Constitución de 1869, dictada por García Moren
a la Convención de ese año, resumió y sintetizó sus aspiracio
nes doctrinarias. Ambos a dos vivieron en épocas terrible
aquel "en medio de las bestias feroces de su siglo"; éste, entr
el estruendo de revoluciones producidas por el espíritu dema
gógico, el militarismo y las pasiones políticas al rojo vivo. Lo
dos gobernantes cometieron violencias y crueldades justifica
das en sus conciencias por la razón de Estado. Felipe II cons
truyó el Escorial, "morada de austeridad y desnudez esplén
didas, ilustración en granito de la idea monárquica absoluta
García Moreno una cárcel vasta y fuerte con que pensó extir
par de raíz las tendencias criminales, la anarquía y las idea
disolventes. El Escorial será también un centro de estudio
—de los estudios filosóficos y teológicos de aquellos tiem
pos—; la Escuela Politécnica mostrará el afán de García More
no por la cultura científica contemporánea. Los dos hombre
llegan al ascetismo, en la celda de San Lorenzo del Escorial e
uno, en su casa de Santo Domingo de Quito, el otro; ambo
oran, se disciplinan; ambos leen libros arduos y amargos: e
Tratado del Menosprecio del Mundo e Imitación de Cristo
en la traducción de Fray Luis de Granada, el Rey; los 'Ejerci
cios' de San Ignacio de Loyola, el Presidente. . ."

Se nos han hecho un poco largas las transcripciones. Perc
nuestro objeto claro ha sido el de afirmar cómo, uno de lo
clisés históricos más corrientes, puestos en circulación forzosa
por los que se han ocupado de García Moreno, desde cual-
quier ángulo de apreciación, sea favorable, adverso o deseosc
de imparcialidad, ha sido este de comparar al presidente ecua-
toriano con el rey español. No queremos polemizar en este
instante sobre el tema. Lo hemos hecho ya en otro libro
nuestro.

Pues bien: el rey de la leyenda negra; el de las siniestra
y torvas relaciones con la Princesa de Eboli: el de las persecu-
ciones y torturas a su valido Antonio Pérez; y, finalmente, el
presunto asesino de su propio hijo Carlos. Ese Felipe II, que

marca la hora final del imperio español en Occidente, ese Felipe II que servía "para asustar a los niños ingleses en su cama con sólo pronunciar su nombre", era según William Thomas Walsh, muy de otro modo:

"Amaba a los pájaros, especialmente al ruiseñor; amaba a las flores, especialmente a las rosas y los narcisos; amaba los deportes y la música; era buen tañedor de guitarra, buen bailarín y mal cantor. Gustábale una partida de cartas después de cenar; cazaba con entusiasmo; se divertía, como los antiguos, con bufones y enanos y con los ancianos decidores".

En aquella época —1550 y años siguientes— en que reinaba "una verdadera epidemia de fornicación, glotonería y suicidio", en la que Francisco I de Francia, de la Casa de Angulema, "era un hombre sin escrúpulos, maquiavélico y fornicador, roído de sífilis como Enrique VIII de Inglaterra", el príncipe español era como una pura paloma, sensible a los flores y al amor. Mimado de todos, con todos los regalos y caricias de la vida, acunado por bellas azafatas que tenían como misión acercarlo a los misterios del amor, el "siniestro Augsburgo" tuvo infancia y adolescencia de muchacho normal, quizás hasta favorecido en demasía por las circunstancias. No había pues en él, la germinación del resentimiento que dominó toda la vida zahareña y cruel del presidente ecuatoriano.

El otro gran modelo de García Moreno, su inspiración y su guía —sobre todo en sus épocas de gobernante— Ignacio de Loyola, fue también un muchacho de amor, que cumplió normalmente sus etapas vitales de la adolescencia y la primera juventud. En la más objetiva de las biografías conocidas —no del santo sin pecado, sino el hombre— escrita por el admirable biógrafo contemporáneo Ludovic Marcuse, se cuenta cómo el pajecillo vasco, segundón de la casa de Loyola, amó con toda su ternura adolescente a la locuela francesita con la que el viejo marrullero de Fernando el Católico sustituyó en su lecho de anciano libidinoso a la Reina Isabel, la patrona de América. El apuesto y juvenil doncel, ante la belleza incitante de la reina germana, le hizo don de su vida y su albedrío, y en las justas y torneos, llevaba en su gallardete, los colores "rojo y gualda" de la reina de España, con autorización de la dueña de su corazón ilusionado. ¿Hasta dónde llegó este amor del pajecillo y la reina, como en los cuentos infantiles?

Ponemos verticalmente nuestro dedo sobre los labios. Y sólo fantaseamos en torno al ingreso en los tercios para combatir con los franceses, que lo llevó a Manresa, donde perdió su pierna y quedó cojo... Y desde entonces el Fundador, fue un resentido con la vida que lo alejaba de sus mieles. Pero hasta el ascético huésped de la casa de Santa María della Strada en Roma, el austero combatiente de Dios, que tenía como misión llevar las almas al cielo "por la razón o por la fuerza" —como en la divisa nacional chilena—; hasta Íñigo de Loyola, el "cojito de Manresa", austero y grave en su madurez y senectud, fue adolescente y joven en la hora respectiva: amó y fue amado. Tuvo "dama de sus pensamientos". Y más que Don Juan, en vez de Elvira o Inés, tuvo el sueño juvenil de su Dulcinea del Toboso...

Pero nuestro don Gabriel García Moreno...

Toca a un apologista garciano inteligente, un eclesiástico, Obispo y Arzobispo en sus horas, asumir la defensa de García Moreno ante la monstruosidad inútil a que sus panegiristas poco inteligentes lo estaban conduciendo: ese eclesiástico es nada menos el Ilustrísimo Monseñor Manuel María Pólit Lazo, que llegó a la dignidad máxima de la Iglesia ecuatoriana, Arzobispo de Quito.

Monseñor Pólit comprende que, con la monstruosa inicial del Padre Berthe y la inhumanidad de sus continuadores, se estaba construyendo del pobre García Moreno una imagen mecánica, una especie de *robot* anticuado y místico, casi asexuado, un Luis de Gonzaga furibundo, un injerto contra natura del casto José con la clarinante estampa de Judas Macabeo. Y como si esto no fuera suficiente, si la receta de santidad estuviera aún incompleta, se le agrega ese ingrediente odioso —gran virtud para los jesuitas—: el espíritu de delación, la falta de camaradería, la capacidad de espionaje. Cuenta el "caritativo" Padre Berthe:

"Enemi des lâches condescendances, il notait sans respect humain les auteurs du moindre desordre et les denonçait a la severités des superieures".

Y agrega, refiriéndose a un caso particular de repugnante delación de sus camaradas de estudios:

"...il denonca le scandale, et les espiégles furent impitoyablement fouettés. On s'en souvint longtemps a Quito".

Como prueba de su otra gran virtud, la energía indomable y el carácter de hierro, se cita aquello de los azotes a una niña, a la hija de una de sus protectoras, de quince años, dice el malhadado señor Manuel Gálvez —el novelista argentino que aboga por la canonización—. Oigamos al panegirista católico:

"Parece que, un día, el muchacho ha puesto al sol un poco de agua en una palangana para calentarla. Una jovencita de la familia, sin mala intención, vacía la palangana. Gabriel se arroja sobre la niña, la empuja sobre un sofá, le levanta la basquiña y le da unos latigazos".

¿Energía? ¿Satiriasis? No hay que olvidar que, según la anécdota reportada por el ilustre novelista argentino, la niña a la que el muchachote de más de veinte años tumbaba en un sofá y levantaba la basquiña, era una niña de quince años... *Ad majorem dei gloriam.*

Pero la suprema muestra de energía y valor, algo sublime y heroico es cuando *"a un niño, Martín Icaza, por haber hablado mal de él, lo lleva a un excusado y lo obliga a comer excrementos".* Gálvez atribuye esta anécdota a Roberto Andrade, enemigo de García Moreno, y así lo anota. Pero se observa la fruición con que lo cuenta...

Pues bien: el eminente Arzobispo Pólit comprende que de García Moreno este paradigma del conservadorismo ecuatoriano, se está haciendo un monstruo, entre devotos y adversarios, pero más aún, muchísimo más, por culpa de sus desalados panegiristas, poco inteligentes; y —como se dice en lenguaje popular— "saca la cara" por la memoria desnaturalizada, desfigurada, humanamente monstruosa de su ídolo. Y, después de citar un elogioso párrafo del "santo padre redentorista", en que se afirma que García Moreno, "el escolar de severas costumbres y de grande y puro corazón, adivinaba el amasijo de dolores y vergüenzas que se llama el mundo", Monseñor Pólit, en la nota X de su obra *Escritos y Discursos de García Moreno* (el ejemplar que utilizo pertenece a la "segunda edición, aumentada y anotada por Manuel María Pólit Lazo, Arzobispo de Quito", del año 1923) consigna esta elocuente parrafada en defensa de "su héroe":

"No es esto tan exacto y hemos de confesar que nuestro héroe rindió parias a la belleza femenina y puso los labios en la copa del placer, si bien no se esclavizó a los vicios degradantes

y presto recobró el dominio sobre sí mismo. Solía entonces fre-cuentar algunos de los salones más aristocráticos de Quito, don-de a pesar de su falta de riqueza era bien recibido por su ga-llardía, su talento y sus dotes morales. Entre aquellas tertulias figuraba la de doña Mercedes Jijón de Flores, esposa del joven y afortunado general fundador de la República: allá iba tam-bién García Moreno estudiante, y de estas visitas, que interrum-pió bruscamente por chismes de cierto paisano suyo guayaqui-leño, nos ha quedado un recuerdo literario harto curioso, que nos da a conocer el primer aspecto juvenil de su Musa, y con el cual adornamos esta segunda edición de sus escritos".

Como no fuera únicamente el Padre Berthe el panegirista de García Moreno, que por absurda pretensión de colocar al go-bernante católico en el número de los santos, ha venido soste-niendo que nada tuvo de amor en su vida —consintiendo más bien algunos pequeños desvíos hacia el "pecado carnal" y no la noble, bella y naturalísima cosa que es el amor de hombre a mu-jer—; sino que otros y otros repetían el mismo lugar común, ya incorporado a la biografía contrahecha de García Moreno; el Ilustrísimo Arzobispo quiteño, a renglón seguido, lo vuelve a defender de una afirmación de un señor a quien los conserva-dores ecuatorianos tienen por un héroe de su causa —acaso ra-zón no les falte para ello—: don Víctor León Vivar. Cedamos nuevamente la palabra al virtuoso prelado:

"En la *Carta-Prólogo* dedicada por el malogrado crítico D. Víctor Vivar a García Moreno, en su galería de *Presidentes Poe-tas del Ecuador,* dice él, con cierta malicia literaria: 'Dios y Patria fueron las musas de García Moreno, y para ser poeta completo, puede que esté equivocado, sólo le faltó, a mi juicio, el haber andado en tratos con la Afrodita'. De donde dizque se desprenden unas tantas consecuencias trascendentales. Cuan-do leímos este párrafo de nuestro inteligente amigo, cuya pér-dida irreparable causada por la pasión política no acaban de lamentar las letras ecuatorianas, sonreímos y recordamos haber oído de un pariente de García Moreno que allá en su juventud éste había escrito una letrilla amorosa en el álbum de la seño-rita Juana Jijón, la joven cuñada del general Flores. Propusímo-nos buscarla para contestar a la crítica de Vivar y mostrar que no hubo la falta que alega. El álbum había ido a dar a manos de Doña Isabel Flores de García Drouet, hija del General y so-

brina política de García Moreno; se quemó en el gran incendio de Guayaquil en el año 1896; mas felizmente había sacado una copia literal de estos versos la señora doña Antonia Vázconez Jijón, sobrina carnal de aquella a quien se dedicó la letrilla que hoy publicamos por vez primera, conforme a la copia que nos proporcionó su dueño amablemente".

Y en otro párrafo de sagaz comentario, el Arzobispo Pólit Lazo agrega:

"Más de un lector se sorprenderá al ver al futuro Presidente del Ecuador, 'alma de fuego en cuerpo de hierro' como le calificó su mayor enemigo, vestido aquí de pellico, rabel en mano y espirando de amor por su pastora. Es Hércules a los pies de Onfalia, por unos momentos, lo que no le impedirá acometer y llevar a cima sus famosas hazañas. Esta es, si no ya la poesía, por lo menos la humanidad completa, que sólo se transfigura, perfecciona y unifica, tendiendo a su último fin, mediante la divina gracia: lo que precisamente había de pasar con García Moreno".

Y yo agrego: "no hay nada como hablar con un hombre inteligente", según el decir de Smerdiakof, en la obra capital de Dostoieusky. El Arzobispo, mejor que los clérigos tonsurados o intonsos que tantas exageraciones han usado para destruir la figura del mejor de entre ellos, comprendió, claramente, que nadie había de caer, puerilmente, en esa leyenda de santidad sin manchas, en ese luisgonzaguismo exangüe de lombriz de tierra, que han querido aplicar al hombre bien hombre que fue, sin duda alguna, el terrible tirano. La frase de Pólit Lazo: "Ésta es, si no ya la poesía, por lo menos la humanidad completa. . ." es la mejor defensa de García Moreno contra sus humildes adoradores, los Berthe, los Juan León Mera, los Veuillot, los Manuel Gálvez, y hasta esos curitas y monacillos de segunda zona, como Gómez Jurado —el jesuita de gran autoridad entre ellos— J. L. R., y hasta Wilfrido Loor. . .

Pero, antes de continuar, porque esta es la pieza principal del proceso, *"la piéce a conviction"*, el "cuerpo del delito" —todo en lenguaje curialesco y de crimen, porque vamos a juzgar un crimen— copiemos aquí el poema de amor, el único, de Gabriel García Moreno:

LETRILLA

Mientras sin amores
Mi pecho existió,
Feliz y contento
El mundo me vió;

Hoy desventurado
Gime de dolor,
Que ha querido el cielo
Que muera de amor.

Conocí una hermosa,
Serafin de amor,
Inocente y bella
Como pura flor;

Hirióme en el alma,
Le di el corazón.
Mejor no le diera,
Que muero de amor!

Cual ángel la quise,
La adoré cual dios;
Y ella con caricias
Mi pasión premió.

Oh tiempo engañoso!
Oh! ¿quién te mudó?
Ay! vuelve, inconstante,
Que muero de Amor.

Mi rápida dicha
Se desvaneció,
Como leve niebla
Que disipa el sol.

Si ya no me quiere
La que me adoró,
Decidme, ¿no es justo
Que muera de amor?

Venid avecillas,
Venid sin temor
A escuchar las penas
De un triste pastor:

Si heridas estáis
De amores cual yo,
Lloraréis conmigo,
Que muero de amor.

Yo jamás oiré
Vuestra dulce voz,
Que alivia del alma
El tormento atroz;

Y jamás mis ojos
Verán ese sol,
Ni el plácido cielo,
Que muero de amor.

Si viene la ingrata
Que tanto me amó,
Al ver el sepulcro
De su fiel pastor,

Decidle cual muero,
Decidle. . . ; más no:
Que es vano que sepa
Que he muerto de amor.

Adiós, verdes prados;
Oh cielos, adiós;
Adiós, avecillas:
Me aparto de vos;

Tened inocentes
De mi compasión;
Pues sabéis que espiro,
Que muero de amor.

G. G. M.

"En el álbum de la Señorita Doña Juana Jijón:
(probablemente en el año de 1842).(x)."

Los biógrafos de García Moreno pasan como sobre ascuas este interesantísimo pasaje de la vida de García Moreno. El que, sin hilar fino como en los husos de los dioses, puede ofrecer respuesta a muchísimas preguntas. ¿A qué se debe este silenciamiento? Probablemente a las siguientes razones, que no se excluyen entre ellas y que, más bien, pueden coexistir y explicarse las unas por las otras:

Primera.—La idea de que una biografía seria, de un personaje tan austero y sombrío —tan respetable para los unos, tan detestable para los otros— no debe contener banalidades. Las biografías en el Ecuador —salvo contadas excepciones— y sobre todo las biografías de García Moreno, han sido unos adoquines de pesadas, por su culto a lo importante y a lo serio. Además, sólo se han propuesto, con documentos públicos a la mano, analizar la vida pública del biografiado, como si el hombre público, en éste como en todos los casos, no tuviera como base el hombre a secas, *l'homme tout court,* con toda su débil y flaca humanidad. Las biografías así contadas, son biografías de estatuas, de entes abstractos, cuya única manera de producirse es el documento público.

Segunda.—Ya en el caso preciso de las biografías de García Moreno, sólo han primado dos preocupaciones: la exaltación del católico, del santo, del mártir, del héroe, para los unos; del fanático, del "monstruo sangriento", del esclavizador de su pueblo para los otros. A nadie se le ha ocurrido buscar, dentro del ángel o el demonio, al hombre como usted o como yo, de carne y hueso, con estómago y sexo, calor y con frío.

Tercera.—La relativa proximidad a nuestra época —apenas se han cumplido ochenta años de la muerte del personaje— de los sucesos y sus actores. Y, como ellos han pertenecido, generalmente a familias pudientes, a "gente bien", que es la que ha hecho y ha desecho a su antojo de las cosas del Ecuador, se ha creído un desacato hacer cualquier referencia a una aventurilla, así no fuera sino romántica, de una señora o señorita de buena sociedad, cuyos hijos o sobrinos andan por allí, sueltos, por las calles, y con los cuales se puede topar el historiador a la vuelta de la primera esquina... De allí que, a los audaces que han osado hacer alusiones a la vida privada del personaje casi sagrado y referirse a sus familiares —casi sagrados también— se los ha anatematizado, llamándoles calumniadores, que se han permitido atentar contra "el buen nombre" de tal o cual enco-

petada dama de la sociedad de mediados y fines del siglo pasado. De allí que contra esas referencias, que alguna vez han aparecido, sobre todo en las biografías de los llamados "enemigos" del tirano, se hayan esgrimido argumentos tan ingenuos y púdicos como los que el doctor Tobar Donoso emplea para la defensa de García Moreno contra los ataques de haber hecho un primer matrimonio interesado —y desamorado— y hasta de haber suprimido a su primera esposa; y de haber tenido amores apasionados con la mujer de uno de sus ministros de Estado, según se desprende de las conocidas revelaciones del doctor Acevedo, usadas por Don Juan Montalvo en una de sus más bellas y virulentas páginas.

El inefable señor Gálvez, atenazado por la fuerza de las acusaciones, no vacila en defender a su "aprendiz de santo", insultando vulgarmente al máximo escritor ecuatoriano, uno de los mayores del idioma, y hasta el cual el biógrafo a sueldo, no llega jamás con su escasa y contrahecha estatura intelectual Montalvo. Oíd al biógrafo argentino, especializado en tiranos como Rosas y García Moreno, y del cual se afirma que, en su lastimosa decrepitud, se hallaba escribiendo la biografía de Perón, en los momentos en que el pueblo argentino se sacudió la dominación que lo estaba llevando a la postración y al envilecimiento. Dice Gálvez:

"Pero la palabra de Montalvo no merece fe ninguna. Tan grande es su talento como su falta de escrúpulo. Pocos deslenguados ha habido como él".

Con una hipocresía de seminarista aún intonso, Gálvez llega a convenir en la posibilidad de los hechos, en esta forma pudorosa de niña del Sagrado Corazón:

"...¿puede creerse en los amores de García Moreno con Virginia Klinger? Que él es capaz de una pasión, no cabe duda. Hasta es posible que sienta algún amor por aquella dama. Pero, ¿podemos decir que los amores tuvieron realización material?"

Y más lejos:

"García Moreno puede sentir una pasión por una mujer, pero él tiene otras pasiones mucho más fuertes: la moralización del país, la salvación del Ecuador".

Y, finalmente, esta joya digna de San Luis Gonzaga, digna de la profundidad psicológica de su autor, de su profundo don de "pesador de almas":

"Hasta es posible —repitámoslo— un amor espiritual entre ellos. Esto no constituye un pecado. Cualquiera puede enamorarse, y mientras no se hagan tentativas para pecar, ni se tengan pensamientos impuros, no existe el pecado. El gran católico, el hombre austero que es desde hace años García Moreno, puede aceptar una situación semejante, sin incurrir en grave falta. Pero cabe una pregunta: esa amistad sentimental, o ese amor espiritual, ¿pueden ocasionar celos? Claro que sí. La amistad profunda, el amor de los espíritus, ocasiona tan fuertes celos como la pasión puramente carnal".

El lector se preguntará, pero este señor Gálvez, ¿está escribiendo la vida de Santa Mariana de Jesús, Azucena de Quito, o la vida de Gabriel García Moreno, el sangriento tirano de Jambelí? He allí claro el ridículo que el señor Arzobispo Pólit ha querido evitar respecto del —para clérigos, conservadores y jesuitas— hombre impecable, en el sentido estricto de la palabra. Por eso hemos hecho la transcripción literal: aún gentes de bien, habrían creído que se trata de una gran tomadura de pelo del autor de este libro al novelista argentino y a su biografiado.

He allí, entre otras, las razones por las cuales los biógrafos de García Moreno no han ahondado más en la consideración del incidente amoroso de la primera juventud de García Moreno. Uno de ellos, hasta el presente —lo reitero— acaso el que ha puesto más sana intención de objetividad, Don Luis Robalino Dávila, hombre además de honesto, mundano en el buen sentido de la palabra, no se escandaliza ante las posibilidades del desliz amoroso de su biografiado; al que, por lo demás, admira con ciertas prudentes reservas en el aspecto de la conducción internacional de los asuntos ecuatorianos por Gabriel García Moreno, respecto de la cual, Robalino vota en contra.

A Robalino Dávila le ha preocupado también esta anomalía: los biógrafos de García Moreno no se han ocupado del hombre. Él lo dice claramente:

"La existencia ordinaria de los hombres famosos no ha interesado entre nosotros a biógrafos, memorialistas e historiadores, ocupados exclusivamente de los actos públicos de aquéllos".

Sin embargo, también Robalino Dávila incurre en el mismo defecto que él atribuye a los otros: se escapa, lo más pronto que puede, de la anécdota, la tradición, la carta o el decir que

pudieran descubrirnos al hombre; para meterse con fervor en todo aquello que se refiere al político, al ser exterior, al que se fabrica con los secos e inhumanos materiales del documento público, del papel oficial, del artículo de periódico, de las cosas "archivables" y archivadas. No sé que extraña colaboración con el comején y la polilla se descubre en las obras que han utilizado exclusiva o principalmente, esa clase de materiales de edificación de vidas.

Robalino Dávila se ingenia por poner algún toque de color en esta vida espantosamente virtuosa con que nos quieren embaucar —con notorio perjuicio de su héroe, los panegiristas de García Moreno: el más lamentable de todos, el Padre Berthe, seguido casi sin variantes, como no sea para empeorar, por todos los demás: Juan León Mera, en lo poco que dejó escrito, ese fatídico J. L. R. —iniciales que corresponden al padre jesuita Le Gohuir— que agota en tal forma los adjetivos ditirámbicos: noble, puro, inmaculado, émulo de Carlomagno y de San Luis (en esto repite al Padre Berthe), lugarteniente de Dios, santo como los santos Canuto y Wenceslao, el gigante del Guayas, "el más ilustre mandatario de entre todos los que han ejercido la suprema magistratura en las repúblicas de Sudamérica"; este bendito señor J. L. R. lo hace con tanto descaro, con tan insólita impudencia, que termina su famoso alegato para la canonización del hombre de los asesinatos de Jambelí, copiando esta lista de los epítetos más usuales para designar al personaje: "Genio de los Andes", "Justo del Siglo", "el Hombre que honra al Hombre", "Vengador y Mártir del Derecho Cristiano", "Campeón del Sílabus", "el más grande hijo del Ecuador y de América" (pobrecitos Bolívar, Washington, Morelos, Lincoln y Martí), "el hombre de Jesucristo", "el Glorificador del Sagrado Corazón de Jesús", "Víctima de su fe y de su caridad con la Patria", "el Gran Cristiano", "el hijo fiel de la Patria", "el Gobernante Modelo", "el Magistrado Católico por antonomasia", "el Regenerador de la Patria", "el Nuevo Macabeos", "el Adalid de la Fe Católica", "el Héroe de la Religión y de la Virtud", "el hombre de la Fe y de la Acción", "el Soldado de la Cruz", "el Defensor de la Fe y Padre de la Patria"... Todo esto, que parece "exageración sectaria", se halla en las páginas 380 y 381 del famoso libro *Un Gran Americano*, por J. L. R., y repetido, textualmente casi, en diversas partes de la *Historia del Ecuador*, Tomo II, del mismo J. L. R.; las dos obras publi-

cadas la primera en 1921, con motivo del centenario del nac miento de García Moreno, y la segunda cuatro años despué en 1925. Los dos libros en la Tip. y Encuad. de la "Prens Católica".

Pero existen —parece imposible ya— gentes que aún supe ren a Mera, a J. L. R., al desventurado don Pablo Herrera, es pecie de gnomo fatal de la historia y la literatura ecuatoriana que ya a finales de siglo se empeñó en entregar el territorio na cional, mediante el —para entonces— tristísimo Tratado qu lleva su nombre... Existen, sí señor. Por allí está el conserva dor manabita Loor que, felizmente, dice las cosas elogiosa con tan disparatada hipérbole, que más bien llaman a risa; y finalmente, el historiador oficial del jesuitismo, biógrafo titula de García Moreno, el Reverendo Padre Severo Gómez Jurado S. I.... Bueno. Eso, francamente, merece un capítulo aparte pero en una obra jocosa, que mantenga en hilaridad inconteni ble a los lectores y realice el milagro —milagro de García Mo reno— de sanar las neurastenias más agudas, las psicosis incu rables. Este divertidísimo autor, sacerdote jesuita, miembro eminente de la Compañía de Jesús, en su famoso y muy popula libro *Hércules cristiano* y en su seria y documentada Biografía de García Moreno, pretende obtener que "se introduzca la cau sa de García Moreno" ante las sacras congregaciones vaticanas para llegar hasta la canonización. Ya no por el procedimiento simple y expeditivo de la comprobación de su martirio por la fe católica (Rayo era católico, apostólico, romano, pero no le agradó que el presidente le "codicie la mujer", siendo él tan prójimo, próximo del presidente) como lo preconiza J. L. R cuando afirma: "Varios teólogos han tratado de estudiar cien tíficamente el asunto y de aplicar a García Moreno el concepto teológico de *mártir:* "El Padre Severo quiere llevarlo a los al tares por la vía de los milagros y entonces sí, francamente, en tramos en el terreno más pleno y absoluto del sainete. Un ca pítulo especial está dedicado, en este libro, a los esfuerzos po la canonización de Don Gabriel García Moreno. Pero hoy, a paso, quiero transcribir uno de los infinitos milagros recogido y comprobados por el Padre Severo Gómez Jurado, S. I.:

"Cierto individuo que acostumbra invocar en todos sus tra bajos a García Moreno, hízolo también al sentir el terremoto de la memorable noche del 13 de mayo. Pues bien, su cas sufrió tan sólo una ligera hendedura, delgada como un hilo, e

una de las paredes; cuando las casas de los vecinos cayeron, o al menos quedaron tremendamente cuarteadas y desplomadas".

"Pero el prodigio fue mayor, respecto a la cercana pesebrera; la cual, sin necesidad de terremoto, estaba en peligro de caerse, de puro vieja y desvencijada. Con todo, ahí dentro estaba el ganado. Apenas amaneció, *el devoto de García Moreno* —soy yo el que subraya— salió a ver su pesebrera, lleno de gratitud la contempló enhiesta. Se dirigió a ella y entró a sacar las bestias. ¡Oh maravilla!: no bien había salido, arreando su ganado, cuando siente, a sus espaldas, el estrépito de algo que se derrumba. Vuelve la cabeza, y ve la pesebrera reducida a escombros; cual si García Moreno hubiera estado sosteniendo el ruinoso edificio, durante el tiempo que fue necesario para que no pereciera el ganado".

No. No es posible tolerar que se ridiculice a ese extremo a un hombre que, de todos modos, ocupó la primera magistratura del Estado. Deben los escritores católicos inteligentes y honorables, impedir este crimen. Pálidos resultan los excesos de tontería y ridículo, en este plano del esbirrismo, atribuidos a un Juan Vicente Gómez, un Francisco Franco, un Trujillo Molina, un Somoza o un Perón. Con ninguno de ellos se llegó al abuso de epítetos tan sin medida, sin sentido de estatura humana, como con García Moreno, según estos panegiristas del tirano del Ecuador, que sólo consiguen rebajarlo a un plano histriónico al que nunca llegó, en la misma medida que los mandones recordados, el terrible don Gabriel.

De allí que los esfuerzos de Monseñor Manuel María Pólit Lazo, Arzobispo de Quito, para restituirle un poco de humanidad al personaje, consintiendo y aceptando que pudo tener capacidad de amor y, hasta de componer versos amorosos; son en realidad muy estimables. Y lo son igualmente los de Don Luis Robalino Dávila, a través de su larga y documentada biografía, para volver a colocar a García Moreno en la tierra; tratar de encontrar en él al hombre, no al semidiós, al mártir, al santo. Quitarle por un momento el halo deshumanizante que le colocan los "humanistas", en este curioso país en donde se llaman *humanistas* a las gentes que, por su profesión, saben latín y griego, pero que se alejan definitivamente de la definición original, que es la dada por el más gran poeta del Renacimiento italiano, Ludovico Ariosto:

"Humanista es el hombre a quien nada de lo humano le es extraño".

En el siguiente capítulo, continuación de éste, uniremos el nuestro, al generoso esfuerzo de ver, de hallar en medio de las tenebrosidades del alma de Gabriel García Moreno, algún destello de humanidad, de "humanismo", de esa cosa clara y sencilla de la que lo quieren alejar sus desatinados panegiristas: la vida, algún resquicio para el amor, algún atibio de piedad, de celos. Algo de hombre, antes que de arcángel o demonio, que son los dos extremos entre los que se ha planteado el debate acerca de este hombre frecuentemente extraviado, pero que tiene siempre un parentesco, así fuere un poco lejano, con los hombres. Antes del halo y de la estatua.

Dimensión Imaginaria

ACHACHILA KURSANI

Por *Fernando* DIEZ DE MEDINA

Es un cerro cónico, que se yergue agudo y armonioso, setenta kilómetros al suroeste de La Paz.

Partimos a su encuentro, ligeramente descorazonados, porque un collar de nubes cierra la cordillera.

—Es el sitio más impresionante para atisbar el neverío andino —ha dicho un amigo—. Se divisa el corte que hace el río en la montaña: cinco mil metros verticales, y el *Illimani* se mira cara a cara. . .

¿Qué más para mover a tres aventureros?

A mitad de camino, entre colinas y hondonadas, nos detiene la sed. Mientras pelamos mandarinas, un sonido lejano parece poblar la soledad del paisaje. Avanzamos hasta dar con el inesperado tocador. Un indiecito de tierna edad sopla su quena, en tanto arrea sus ovejas. Es un son dulce, melancólico, sencillo. Esta música escondida del Ande, sorprendería al compositor más exigente. Sacude el corazón, lo hace andar de prisa. ¿Cómo puede un niño indio que acaso ignora la civilización, abrir puertas inéditas como las que franqueamos la primera vez que se escuchó el *Für Elise* o la *Fantasía Cromática?* No se sabe, pero puede. Cuando nos divisa, el tocador de quena se aleja lentamente, se sumerge en la tierra y en el sonido; nada exterior existe para él. Se pierde y reaparece entre la suavidad de las colinas, modulando con dócil facilidad una melodía que acongoja y reanima al mismo tiempo el alma. Es tan extraña, tan pura, como si un Ángel nos hubiera tocado en el hombro. . . Nunca más volveremos a escuchar este aire indio, porque estos mensajes nocturnos no llegan a la ciudad. Pero aunque el tema se pierda, persistirá la emoción de su misterio.

Un indiecito, una quena en la mañana invernal, y es como si la árida meseta se hubiera transfigurado en un pozo de dicha y penares encantados.

Reanudamos el viaje.

José venía hablando del terror de regresar al polvo, de los anuncios fatídicos del Eclesiastés. Gonzalo evocó en brillante síntesis la angustia de Kierkegaard: vivimos preguntando y nadie nos responde. El hombre es inútil, pasa. Nada tiene sentido. Un complejo de culpa nos abruma. ¿Por qué, para qué?

Pero el niño de la quena ha señalado un camino. Ese son, esos aires que se cuelan por el pequeño tubo de caña, tienen diez mil años; se repetirán diez mil más. El hombre soplará en ella su dolor, su alegría, sus esperanzas; siempre, mientras una sandalia huelle el duro altiplano. Porque el hombre es útil, eterno su accionar aunque mude de criatura en criatura. Todo tiene sentido y enlaza con pasados y futuros a través de la experiencia viva.

—Es un ultraje a la naturaleza filosofar en esta mañana de gloria —ha dicho José—. ¡Mira, admira!

Gonzalo se encocora:

—Al contrario: mira y analiza. La gloria de la naturaleza es que el hombre se eleve sobre la bestia meditando. Porque somos inteligentes debemos inquietarnos.

El automóvil comienza el ascenso de la cuesta que lleva a la *apacheta,* el lugar santo del desfiladero que buscamos. De pronto, al tomar una curva cerrada, un gigante nos cierra el paso: las nubes se han desflecado y el *Illimani* surge en toda la pesadumbre de su gloria.

Gritamos, los tres, de entusiasmo. Corta es la palabra para traducir la estupenda experiencia. Dos, tres segundos y la magia del hecho se evapora. Como el aire inesperado de la quena, nunca volverá; porque ese primer impacto del espíritu con el monte es uno, relampagueante, no repetible. Y también el coloso deja huella en el alma: ese brusco aparecer, ese telón de nieve que cubre el cielo y amenaza devorarse la tierra, esa presencia aterradora de un poder súbito y augusto.

Sólo un encuentro así, brusco, sorpresivo, por la intensidad de lo sentido, puede acercar la inteligencia del varón moderno a la sensibilidad del hombre antiguo. Ciertamente: ellos adoraron las montañas nevadas, porque las sentían, las vivían en función de deidades benéficas o punitivas.

Viajando por el altiplano *Illimani* es el gigante de las mil sorpresas. Lo sabe y lo sugiere todo.

A las diez de la mañana señoreamos la cumbre de la *apacheta.*

¿Cómo describir la emoción indecible del paisaje?

El río de La Paz cavó tan hondo, que se divisa el abismo dos mil metros abajo. Sobre ellos, el monte se empina tres mil más. La primera mirada al paredón de cinco mil metros verticales abruma. Sitio fantástico: no debe existir nada igual en el planeta, ni geológica ni estéticamente. Aquí la corteza terrestre tiene relieves y depresiones de magnitud metafísica. Vese un galope de montañas, un pasmo de volcanes extinguidos; y sobre el convulso mar geológico, una procesión huracanada de masas y de formas. La *apacheta* se halla a mitad de camino entre la cumbre y el abismo. Un mayestático telón de nieve corona el paisaje, este mirador ideal que circunda la cordillera en un arco poderoso festoneado de nubes. Más que ver se adivinan los perfiles semivelados de los titanes: Mururata, Chacaltaya, Condoriri, Huayna-Potosí, Sorata. Sólo *Illimani* luce en plenitud su formidable contextura. Al sureste emerge la cordillera de Araca. Es un laberinto orográfico.

Fascina el escenario, tiene mil sugestiones y diez mil motivos para absorber la imaginación. Pero en medio del encrespamiento montuoso la mirada vuelve siempre al promontorio eminente que sirve de ara propicia al *Illimani,* que no es sólo una montaña, sino, como refiere el kolla:

Illimani Culcachata: la sierra hecha de nieves. Sobre esa serranía gigantesca que de La Paz apenas se presiente, se levanta el reino fantasmal del monte augusto.

—Detrás de esto está Dios — prorrumpe Gonzalo.

—¿Detrás? —corrijo yo—. ¡Esto es Dios!

Vista así, cara a cara, en su magnífica y dilatada extensión, aterra. Al primer contacto avasalla el espíritu; nos negamos a reconocer tamaña majestad. Encaramado sobre un coro de montañas, el nevado gobierna como un emperador geológico el paisaje. Sin hipérbole, *Illimani* es la montaña más hermosa del mundo. El escenario que la rodea y la enaltece tiene algo de sobrenatural. Diríase que la mano divina modeló el encrespamiento de la tierra.

Hemos leído a Esquilo, a Tamayo, trozos del *Nayjama,* en medio del paisaje vertiginoso. Frente al Caudillo del Ande, rodeados por el misterio gravitante de la Cordillera, sentimos una emoción nueva. Nos parecía asistir al regreso de los dioses abolidos.

—De tanto hablarnos de ellos, nos harás consentir finalmente que existen — dice José.

Pasa un indio. Lo interrogamos: ¿cómo se llama este lugar? Se llama *Achachila-Kursani,* es decir: el sitio donde está o por donde pasa el Abuelo. Del cerro cónico, de ancestrales sugestiones, brotan memorias olvidadas: tiempos desvanecidos, imperios fabulosos. ¿Qué sabe el moderno de la proeza antigua, cuando hombre y naturaleza se midieron pariguales?

Titikaka, Tiwanaku, Illimani, Illampu: son las fronteras de un mundo mágico. Saber buscarlos, poder encontrarlos en la libre majestad del Ande.

De pronto una sombra se proyecta en el duro suelo. Alzamos los ojos, y un cóndor pasa atropellando al viento.

Cojo el *Zeiss* para seguir sus evoluciones. Es de tamaño insólito. Las alas extendidas en soberbia plenitud planean libremente por el aire. Una gola hermosísima le ciñe como anillo níveo el cuello; por ella asoma la cabeza inquieta, inquisitiva, avizorando el horizonte. El plumaje, oscuro, hacía resaltar los tonos sepia de los remos. Pasó encima de nosotros, se alejó, retornó, descendió hasta unos cincuenta metros, y luego de trazado un gran viraje se internó en el vacío. Entonces pude ver que tenía el dorso de las alas completamente blanco.

—¡Es el *Kuntur-Mallku!* — grité enardecido.

Y Gonzalo, sonriente, añade:

—Eres brujo: porque sólo una vez en la vida se ve al *Mallku.* Pídele algo, te lo dará.

He pedido descubrir el rastro de la teogonía andina.

Gonzalo, que tiene rasgos de castellano y de andaluz, estalla en un homenaje lírico:

—¡Honor a los conquistadores españoles que dominaron con su solo coraje este paisaje estupendo! Hablamos español. . .

Una risa burlona y José le responde:

—Ese indio que nos mira no entiende tu español.

Una vez más hemos sentido que la montaña ha sido hollada pero no entendida por Europa.

Nosotros, los mestizos de hoy, los americanos de mañana, presentimos que la verdad, la fuerza, el sentido revelador de estas comarcas arrancarán del sillar ciclópeo del Ande inmemorial. Montañas que semejan hombres acrecidos y petrificados en la roca. Hombres que parecen reducidos y endurecidos a la mineralidad de piedras milenarias.

El mito andino resuena poderosamente y mueve la fantasía.

No es el influjo de *Pacha-Mama*, la deidad femenina, insinuante del quéchua bizantino del Cuzco. Es la voz fuerte y lejanísima de *Pacha*, dios varonil, enérgico del aimára primitivo que habitó el Kollao legendario. ¿No levantó el suelo mismo sus altares de nieve sumiendo en confusión al poblador?

Es que los nevados son *Achachilas*, abuelos remotísimos de un pasado inalcanzable.

Gonzalo y José, agudos, penetrantes, se trenzan en discusión empeñosa, sueltan cosas sugestivas, llenas de contenido y de color.

Yo los escucho distraído, más atento al río de emociones que el paisaje vuelca en mi sangre.

Soñamos, soñamos. . .

Alguien narra un viaje nocturno por esta misma apacheta, la noche de San Juan. Un collar de fogatas ceñía las faldas del monte. Y al subir de la quebrada de Sapahaqui, La Paz destellaba al fondo como una princesa dormida en lejanía. . .

Sonrío, me callo. No quiero discutir. No es la princesa rubendariana. Es el gigante lo que hay que despertar en la meseta misteriosa y resonante. El gigante indio, la proeza telúrica.

Merendamos. Gonzalo y José fuman, leen versos, siguen discutiendo. Yo trepo a un peñasco y azotado por el viento punero absorbo la belleza salvaje de este paisaje elemental.

Esto es verdaderamente el Ande. La cordillera en todo su esplendor y su pavor. Frente al Dios de Nieve, flanqueado por el abismo y el mar de piedra que se dilata en el confín; golpeado por el viento que desmelena sus furores sin descanso; fascinado por el vuelo del *Mallku* que aun ausente regresa; empinado en un peñasco bravío, solitario, el hombre se siente partícipe del abolido culto a la montaña.

José, abajo, grita alborozado, empeñado en descubrir lugares con el *Zeiss:*

—¡Allí está Huaricana. Esa manchita verde es Cohoni!

Después resulta que no son Huaricana ni Cohoni, pero José sigue poblando el paisaje con sus descubrimientos. Gonzalo cuenta sus proezas de minero, sus días de infancia en las tierras mágicas de Cinti.

Amigos. . . ¿Qué les reservará el destino? Uno sueña con las ansias del financista. El otro será político. Y nos une el hilo

de seda de la inquietud: viajes, aventuras, sueños, esa angustia secreta de actuar y de surgir que todo varón lleva anclada en el alma.

Desde la *apacheta* de Achachila-Kursani se mira el mundo de otro modo, en distinta dimensión. Para estos pueblos-cóndores, prendidos en las laderas illimánicas, no cuentan tiempo, velocidad, técnica ni máquinas. Mineral, visceral arquitectura, como si asistiéramos al trabajo detenido de un taller de cíclopes. Estos ventisqueros azulados. Estos picos agresivos de tonante señorío. Esta marejada petrificada del altiplano. Esta soledad, esta inmensidad, esta perennidad siempre igual a sí misma. . . Morada y poblador transcurren evadidos del vértigo actual.

Illimani. Dicen que otro de sus nombres legendarios quiere decir: "El Más Grande de los Cóndores". ¿Y por qué el monte insigne, que visto de lejos es todo belleza y armonía, de cerca insurge brutal, salvaje, como el escenario encrespado que lo circunda y lo empina hacia lo alto?

Achachila-Kursani. El mirador más excelso de los Andes.

Siento que esta noche no podré dormir. Un mar alborotado de olas y espuma, cumbres, filos y vacíos se agitará en mis sienes. Porque aquel que encuentra su verdad, entiende la vibración del cosmos; y el que entiende el cosmos pierde el sueño.

La montaña. El cóndor. El abismo. Una senda que se descuelga hasta la quebrada. El viento colérico, constante. Indios que pasan solitarios, herméticos; que brotan y vuelven a sumergirse en la tierra misericordiosa. Lontananzas escalonadas en el misterio de las lejanías.

Desde el sitio donde está el Abuelo, podemos presentir la poderosa soledad, el infinito silencio, la huraña grandeza de este imperio geológico.

Jacha-Tata-Illimani: Gran Señor Illimani, éste es, ciertamente el reino de la verdad telúrica.

Y hemos regresado a la noble cavidad paceña llenos de fuerza, de alegría, de esa inquietud alucinante que hermosea las mejores horas de la vida.

—Nadie vio realizado un sueño — afirma el escéptico.

—Si visitais La Paz, subid a la *apacheta* cónica de Achachila-Kursani — contesta el soñador.

Y entonces sabréis que de nieve y roca se hicieron los sueños de la cosmogonía andina.

No hay paraje de mayor fascinación para mirar y comprender el Ande.

Y un abuelo fabuloso refiere a quien sabe oír que no en la historia ni en filologías, más en la orogenia primordial hay que buscar el rastro del tiempo mítico.

Porque está escrito: en habla de montaña sube y se transfigura la América del Sur.

VELÁZQUEZ Y EL IMPRESIONISMO

Por *Sara BROWN*

II

VELÁZQUEZ es uno de los más profundos intérpretes de la experiencia artística de la visión. Su investigación de la percepción se agudizó con su viaje a Italia, al confrontarse con la técnica de los antiguos maestros.

Embarcó para España probablemente en Nápoles. "Bolvió a Madrid, después de año i medio de ausencia i llegó a principios de 1631. Besó la mano de su Majestad, agradeciéndole mucho no averse dexado retratar de otro pintor".

Felipe IV lo honra a su vuelta con su regio poder y lo trata con increíble afabilidad, al mismo tiempo que lo recarga con tareas secundarias. Le da taller en el mismo Alcázar para verlo pintar e instala su propia silla en el estudio del pintor.

Con su vuelta a la Corte, empieza el segundo período de Velázquez, pero sus cuadros nos han llegado de tal manera retocados que casi ninguno aparece en su estado primitivo. Estos retoques o arrepentimientos fueron hechos por su propio autor, quien al tener sus cuadros a disposición, pudo mejorarlos de acuerdo con su progreso. Sus pinturas debieron parecerle a menudo, así decía Leonardo: "Un tormento". Velázquez buscaba constantemente aumentar el espacio en profundidad, lateralmente y aclararlo. Estos "arrepentimientos esenciales" según Sentenach, deberían denominarse "actos de contrición religiosa".

Cuando el Rey excepcionalmente le pide a su pintor un "Crucifijo", fechable hacia 1628, para el Convento de San Plácido, Velázquez lo pinta con naturalismo y adopta la representación preferida de su tiempo, de acuerdo con la fórmula preceptuada por Pacheco, y más concretamente, según el prototipo plasmado por éste.

Aísla al crucificado en soledad. No entrega agonía en su rostro, del cual cubre la mitad con el largo y oscuro cabello. Unamuno en 1920, le dedica un entero libro de poesía:

Y es hermosa la luna solitaria
la blanca luna en la estrellada noche,
negra cual la abundosa cabellera
negra del Nazareno. Blanca luna
como el cuerpo del Hombre en cruz, espejo
de vida, del que nunca muere.

Según los consejos de Pacheco, cuya autoridad en teología era reconocida, Velázquez prolija la manera de detallar y enclava en la cruz al Redentor, "con los cuatro clavos con que fue crucificado", y no tres, como era la tradición del siglo XIII. En cuanto al "Cristo en la Cruz" de Pacheco, ejecutado con severidad enervante, Sevilla le había dedicado cruel sátira:

¿Quién os puso así Señor,
tan desabrido y seco?
Vos me diréis que el amor
mas yo os digo que Pacheco.

"El Cristo" de Velázquez corresponde al del Predicador de Viernes Santo que comenzaba: "Hoy quisiera poner en el púlpito el crucifijo y marcharme". Un escritor al verlo por primera vez, opina que es una imagen para peregrinos. El desnudo denuncia su viaje a Italia, por estar modelado de un modo prodigioso. La figura en la cruz se halla ante una superficie vacía, casi negra, como una talla de marfil sobre un sudario de terciopelo negro.

Según Moreno Villa, el Cristo: "Carece del vigor de los crucifijos españoles. Se mantiene en la discreción. No pende de los clavos, está plantado en el supedáneo de madera, con tranquilidad, tal como se pondría el modelo, adosado al madero más que pendiente de él, Jesús parece sumido en dulce sueño". El temperamento del pintor no se amoldaba a la pintura dramática, gesticuladora o contorsionada.

Sir William Stirling Maxwell, baronet escocés del siglo XIX y autor de la mejor biografía de Velázquez de su tiempo, nos asegura:

"Nunca fue representada más vigorosamente esta agonía". Para ser exactos debemos recalcar que el público veía en este Cristo, una gran obra profana. Méndez Casal lo interpreta así:

"No ha sido obra popular. Su naturalismo grave y sereno

no impresionaba a las gentes sencillas. Faltóle dramatismo, sangre, sensación de sufrimiento, huella de tortura. El ocultamiento del rostro no satisface al público. No es Cristo de imaginero, es obra sabia, sin contorsión, imponente".

La influencia predominante de este período es la figura todopoderosa de El Greco, quien con su exacerbada espiritualidad se alza como el precursor al cual es menester seguir, especialmente en asuntos religiosos. Sentenach notaba: "La obsesión de Velázquez por El Greco, es tal, que llega a comprometer la personalidad del maestro".

La Coronación de la Virgen pintada expresamente para el Oratorio del dormitorio de la Reina, copia su iconografía de la *Coronación* de El Greco en El Prado, sin compenetrar su sentido religioso.

Velázquez estudió maduramente la composición. La Reina de los Cielos se entroniza en el centro entre las nubes. Cristo y el Padre Eterno la coronan con minúsculas rosas y no de oro, como era la costumbre. Toda la expresión se concentra en las manos perfectamente bellas de la Virgen, de suave movilidad a imitación del Greco. Además recuerda al griego en su ordenación, colorido, drapeado y luz. Cristo está tomado de su *Cristo de San Plácido,* el Padre Eterno, de Zurbarán. El indumento de los Santos es sencillo. Notables son las masas de paño con sus tres notas predominantes: color violeta, para las largas túnicas masculinas; los mantos, de carmín purpurado y rojo y azul para los vestidos femeninos. El violeta, con trazos azul sobre el carmín, es traída sin ejemplo en la nueva pintura.

Violeta, azul y rojo, contrastan por su cercanía. El blanco vivo y brillante de las nubes completa la sensación de frialdad. Estas anomalías han hecho el cuadro, muy estimado por los pintores recientemente.

Palomino cita el rojo y violeta como ejemplo de colores de "mala vezindad". Los principios de las armonías, no eran desconocidos entre los pintores españoles. Este cuadro acusa colores más cálidos que los corrientes en Velázquez. Pacheco recomienda para la primera persona, el alba con reflejos blancos y lilas; sombras y mantos de brocado de color serio, manto violeta claro. Para Cristo, manto rojo.

Este cuadro de Velázquez es más bien decorativo con sus delicados rosas, azules y lilas. Este tipo de virgen hermosa y

reconcentrada, tiene su influencia de la escultura tallada del gran escultor clásico sevillano, Martínez Montañés.

El único retrato de soldado que hay en el Prado, es el de *Juan Francisco Pimentel,* Décimo Conde de Benavente, Conde de Luna y Conde de Mayorga, hijo y heredero del título de Don Juan, quien alcanzó fama como Virrey de Nápoles. Madrazo al identificarlo agrega: "Es del segundo período del pintor", y muestra la buena construcción de la estirpe. La impresión de brillo de la armadura de acero damasquinado de oro, está obtenida con amplias y vigorosas pinceladas que recuerdan como su antecedente directo, al protagonista del *Entierro del Conde de Orgaz,* tanto en la ciencia del color, la luz, como en los efectos peculiares de las tintas.

Beruete lo señala: "En la obra entera de Velázquez es este retrato el que recuerda el estilo de El Greco. . . Se ve en el toque y la pincelada, en el manejo del negro de hueso, en los ocres y el carmín de la banda, cual si Velázquez hubiera sentido obsesión por aquel prodigioso trozo de pintura". Sin embargo, esta influencia está disciplinada por el más riguroso dibujo, elemento tan sacrificado por El Greco.

El período de 1630 a 1640 es de gran importancia en el desarrollo de la técnica velazqueña. Sus figuras ecuestres y las grandes cacerías, despertaron en Velázquez el gusto por los paisajes y sus lejanías de altas montañas. El artista renuncia a pintar sus principescos modelos en sus vestidos usuales, contra las paredes grises de sus habitaciones. Su paleta demanda colores más ricos y nuevos propósitos. El paisaje y el aire libre, toman especial valor. En un fondo de encinas nos enmarca *La caza del jabalí en el Hoyo* y *La caza del ciervo.*

Las cacerías reales no eran asequibles a todos; se limitaban al círculo más íntimo del Rey y eran presenciadas por la Reina y sus damas, desde un estrado. La caza de monte, era el ejercicio corporal más necesario a reyes y príncipes, pues es imagen de la guerra, y mediante él, se pierde el horror de la sangre y la muerte. Los españoles consideraban sus cazas como las más bravas y ágiles de todas. El Cardenal-Infante Don Fernando, escribía a su hermano desde Lombardía: "Al lado de la caza de Aranjuez y del Pardo, aquí todo es burla".

Los tres retratos de cazadores reales, Felipe IV, el Infante Don Fernando y el Príncipe Carlos, están compuestos y pintados en un mismo estilo, entre los años 1635 y 1636. Estaban

destinados al "Salón de las Cacerías" en la Torre de la Parada, residencia de caza de Felipe IV en los montes del Pardo, donde fueron ubicados en 1636.

Esta es la única efigie de Don Fernando, que aparece en los retratos reales. Apasionado cazador, quiso ver su retrato de "cazería" antes de salir de España, en recuerdo de los felices días pasados en las dehesas de El Pardo y de la Zarzuela.

La distinción de las aposturas es suprema. Los rostros repletos de vivacidad, la nota palpitante de los perros contra el azulado cielo castellano, los oscurecidos árboles y la grandiosa barrera del Guadarrama con sus topes nevados y nubes encendidas, en la dorada atmósfera, son evocadores de la corte española del seiscientos. Técnicamente, no son aún retratos al aire libre, pero sí son ya retratos totalmente desprendidos del vigoroso claroscuro, anterior a su viaje a Italia.

Según Beruete el retrato del Infante es el mejor. Es también el que tiene el perro más decorativo. El podenco de color canela, sentado sobre sus patas traseras, cerca de la espigada figura de su señor, es el mejor que Velázquez pintara. Otros elogian el retrato cinegético de Baltasar Carlos. La belleza delicada y la dulzura del rostro enmarcado por la terciada gorra sobre los rubios cabellos, la valona de encajes, las manos enguantadas, la cabeza del perro perdiguero que dormita, todo contribuye a hacerlo soberbio. Felipe IV, rubio, blanco con un perfil de reflejos azules, se halla ante el firmamento celeste.

El único cuadro de montería, en el cual la naturalidad de la escena será emulada más tarde por Courbet y Constable, es *La cacería del jabalí en el Hoyo* (Galería Nacional de Londres). Los españoles denuncian a Fernando VII, por haber emigrado este cuadro del país, sin compensación ninguna. Fue regalado por el Rey al hermano del Duque de Wellington, entonces embajador inglés en Madrid. El Duque parece haber concentrado también, su parte de pintura velazqueña.

De este período es el retrato de *El Príncipe Baltasar a caballo* de 1635, en el Prado. De menos de cinco años, el heredero del Imperio Español cabalga su favorita jaca, contra el dilatado campo por el que ya corre el aire, y en el cual se recorta la cumbre de la Maliciosa, en la nevada Cordillera del Guadarrama. Los retratos ecuestres deben a estos ambientes montañosos no poco de su efecto. Acompañan a la figura como la música a un cuadro vivo.

La túnica del príncipe contrasta con las mangas doradas. La cinta oficial de color rosado, le cruza el pecho y flota en la brisa, su "batón" sostenido con firmeza en la mano derecha, simboliza el poder, su posición. Aparece en el Catálogo de El Prado de 1828, con esta descripción: "Buena composición, la figura del Príncipe y la parte anterior del caballo, muy bien dibujados y excelentemente colorido. Cuadro pintado a la primera vez y de un efecto admirable". Justi refiriéndose a él dice: "Se comprende viendo esta obra por qué los españoles quieren a Velázquez como colorista, sobre Tiziano y Rubens".

Entre 1635 y 1638, Velázquez pinta un retrato del Conde-Duque de Olivares, quien era reconocido por los pintores como "gran protector y mecenas". A pesar de los grandes fracasos bélicos y diplomáticos, que lo hacían sentirse poco seguro en su puesto de primer ministro, ocurriósele que su pintor lo representase en parangón con el Rey, montado a caballo como general de caballería, aunque nunca olió la pólvora en el campo de batalla.

La injustificada petulancia lo hizo emular en tamaño y proporciones, las representaciones de los personajes reales. Esta obra fue admirada por cuantos la vieron, que no admiraron menos la osadía del fracasado. Ceán Bermúdez nos cuenta que el pintor se "esmeró" en él. Marañón en su biografía de Olivares, fecha el cuadro a raíz de la victoria de Fuenterrabía, de la cual dice: "fue el mayor éxito del personaje en política militar".

El ostentoso diseño, según Justi, no lo inventó Velázquez, sino que lo tomó de la escuela de Rubens. Está compuesto con un acento barroco y movimiento no frecuente en el pintor y que recuerdan los retratos flamencos. Para Ponz "es un modelo perfecto de equilibrio". Lafuente-Ferrari expresa: "es el más afortunado de los retratos ecuestres que el Prado conserva".

Un precioso boceto, preparativo de este gran cuadro, fue adquirido por el Museo Metropolitano neoyorquino, por la impresionante suma de 200,000.00 dólares. Adorna, desde hace dos años, la Sala del Siglo de Oro, de la pintura española.

Se puede suponer que este retrato fue la causa determinante de la caída del Duque, protector de Velázquez, quien a su vez creyó que caería en desfavor. Felipe IV, lo conserva en su gremio, llevándolo consigo en junio de 1644 a Fraga, en la segunda jornada que hiciera a Aragón, para apaciguar el le-

vantamiento de Cataluña, que ya se había sublevado en 1640. Marchando a Lérida, ciudad que estaba en manos de los franceses, se le ocurrió al Monarca que su pintor lo retratara en "arreo de gala", para regalo de la Reina, que permaneció en Madrid. El retrato de Fraga, es uno de sus pocos trabajos con fecha de su ejecución documentada.

Velázquez lo representa en traje bermejo y plateado, con el cual el Rey entró en Lérida el 7 de agosto de 1644. Hay un papel de aquella época, en el legajo de los "gastos de la furriera" de S. M. durante la jornada de Aragón de 1644, en la cual se consigna que "tardó en hacerse el retrato tres días".

El cronista contemporáneo D. José Pellicer y Tobar en *Avisos históricos,* dícenos el 16 de agosto de 1644: "El Rey (Dios le guarde) había enviado a la Reina, nuestra señora, un retrato de la misma forma que está en campaña, muy parecido y vestido de rojo y plata, en cuerpo y bastón". *Avisos,* describe el vistoso atuendo con que se presentó a las tropas: "Calzón justo, bordado de plata pesada, mangas de lo mismo, coleto de ante llano, banda roja bordada de plata, capote de albornoz rojo; los alamares de plata pesada, espadín y espuelas de plata, valona caída y sombrero negro con plumas carmesíes".

Este precioso retrato, el mejor de Velázquez en Estados Unidos, le pertenece a la riquísima Colección Frick de Nueva York.

Al mismo tiempo en Fraga, pinta el retrato de *El Primo,* Enano Don Diego Acedo, quien solía formar parte del séquito regio cuando salía el Monarca de jornada, visitando sus dominios en la península. Su cargo en la cancillería del Rey era de secretario de Cámara y Estampilla. Consta el dato en los "gastos de la furriera": "Mandó su Magd. que se hiciese una caja de madera para imbiar un retrato del Primo enano que avía hecho Don Diego Velázquez".

La bufonería española nunca tuvo tanta importancia como con Felipe IV, a un mismo tiempo, frívolo y melancólico. Se podían contar las veces que había reído en su vida. Según Erasmo en *Elogio de la locura,* el rey era de los señores que no pueden comer ni beber sin bufones y son incapaces sin ellos, de llenar una hora. Se presentan en el teatro, las fiestas, en audiencias a su lado. De este período data la serie de retratos de seres abyectos, amparados por la Casa Real. Enanos, lunáticos, bufones e idiotas, "hombres de placer".

Que, en fe de hombre de placer,
debe de haberse tomado,
licencia de entrar aquí (Afectos de odio y amor).

En siglos anteriores, cuando los viajes eran de difícil acceso, el entretenimiento en Palacio adquiría diferentes formas. Las cortes europeas amparaban estos seres deformes y raquíticos, dignos de lástima y alejamiento. El bufón con cascabeles, vestigio del payaso de la Edad Media, predominaba. Tenía el privilegio de zaherir con sus gestos audaces y dichos. En tiempo de León X., edad de oro de los bufones de Corte, se les exigía habilidades de versificador.

Paolo Tiépolo en *Relación* de 1563, encontró en España con estupor, que las costumbres carnavalescas de Italia: mascaradas, danzas, comedias, amoríos, extravagancias, formaban parte de las fiestas religiosas. "Los autos de Calderón —dice Flogel— con su inaudita mezcla de profano y sagrado, sobrepasan a casi todo lo más excesivo que ha podido concebir el arte dramático".

En esta serie de bufones y haraposos filósofos, Velázquez se cerró cada vez más a sus principios, a la consecución de los ideales que manifiestan las leyes estéticas, que junto a la sublimidad y corrección, entregan orden y purismo. En este marco estricto, libre de prejuicios, produce versiones que servirían de índice en una clínica moderna.

Sebastián Morra, bufón, enano, patizambo, sirvió con el Infante Fernando en Flandes. Muerto su Señor en 1641, regresó al servicio de su Rey. *El niño de Vallecas,* quien pertenecía a Baltasar Carlos. *Cabecillas,* modelo acabado de organismo degenerado. *Don Juan de Austria,* mote con que la corte distingue a otro bufón enano, en no acendrado respeto a la memoria del vencedor de Lepanto.

Como pintor, Velázquez, aquí sobresale por su fluidez y maestría, los tonos en sordina, las notas de color amortiguadas, las cabezas prodigio de técnica. Se traduce en la ejecución, la simpatía con que Velázquez observa a estos sujetos, que evidentemente le intrigaban. Ya Sánchez Coello y Antonio Moro habían tratado este asunto, pero nunca en el número ni con la maestría de Velázquez.

En las representaciones de los retratos emparejados de *Menipo* y *Esopo* en el Prado, Velázquez nos entrega una versión

levemente humorística y algo melancólica de los viejos y famosos filósofos griegos, copiando el tipo del haraposo pensador que Ribera introdujera y que se convirtiera en popular en Italia y España. En ellos revive el espíritu satírico de Quevedo, gran amigo de Velázquez.

Las cabezas de los dos filósofos son dos lecciones del pintor. Copiar estas cabezas equivale a captar todas las enseñanzas que el pincel velazqueño encierra.

Velázquez pertenece a la casta de los que demuestran su disconformidad con las impurezas de la vida, como Cervantes y Quevedo, presentándola en sus más descarados aspectos.

De 1633 a 1635, Velázquez pinta uno de sus cuadros de mayor tamaño y más reproducido: *La rendición de Breda*, en el Museo del Prado. Este cuadro es uno de doce ordenados por Felipe IV, a los pintores disponibles. Todos representativos de notables triunfos filipenses, que debían hacer del "Salón de Reinos" del Buen Retiro, una suerte de Panteón de la nombradía militar española. Este salón tomaba su nombre de los escudos colocados en ángulos de la bóveda, evocación de la grandeza de la Monarquía, que se extendía por el mundo entero. Fue inaugurado oficialmente el 28 de abril de 1635. Dicho salón subsiste hoy día como Museo del Ejército.

La rendición de Breda es mejor conocida como *Las lanzas*. Las 28 líneas verticales de las lanzas oscurecidas contra el cielo, cortan más de un tercio del paisaje, y colaboran poderosamente al barroquismo del diseño. E. du Gué Trapier remarca que el motivo de las lanzas ya había aparecido en Greco y Tiziano. Según Justi, desde un punto emotivo, las picas eran el homenaje a la infantería española, cantada en versos de Calderón:

Y al mirarlo, parecía
que espigas de acero daba,
y que al compás que marchaba
el céfiro las movía.

La ciudad de Breda era el "ojo derecho" de la frontera con Holanda y los españoles la consideraban como "el baluarte de Flandes". La caída de la casi inexpugnable ciudad en el otoño de 1625, después de ocho meses de combate, llegada a Madrid, causó delirio en el pueblo. El Conde-Duque de Olivares exclamó: "Se ha logrado una victoria contra el mundo entero", atri-

buyéndose el triunfo a la "fuerza invencible". Para celebrarlo se levantaron fiestas palaciegas y populares.

La composición de Velázquez es grandiosa. La fuente inspiradora fue un librito publicado en Lyón en 1533 *Quadrains historiques de la Bible* del canónigo Claudio Paradin, ilustrado por el grabador Bernard Salomón. La estampa de "Melquisedec ofrendando el pan a Abraham" es la que tomó Velázquez.

El centro del cuadro lo ocupan el General Ambrosio de Spínola, Marqués de los Balbases, soldado de fortuna genovés que comandaba el ejército español y con quien zarpó Velázquez en su primer viaje a Italia, y el vencido Justino de Nassau, hermano de Mauricio, Rey de Orange. El español salva al conquistado de excesiva humillación.

Antonio Machado comenta la figura de Spínola: "Trazó Velázquez, pincel supremo, el triunfo cortés, sin sombra de jactancia; algo muy español y específicamente castellano..."

Calderón de la Barca escribe, al mismo tiempo que Velázquez pinta el lienzo; y hace decir a Spínola al recibir las llaves:

Justino, yo las recibo,
y conozco cuan valiente
sois, que el valor del vencido
hace famoso al que vence.

Las figuras de Spínola y Justino con su agrupamiento de nobles, oficiales y hombres, fundamentalmente del mismo tamaño, dividen el cuadro en dos, de una manera muy similar a Rubens. El grupo de la derecha lo ordena siguiendo la composición de *El Expolio* del Greco; el de la izquierda, inspirándose en el cuadro de *El Centurión de Capernaún* del Veronés.

El sistema cromático es el de los retratos ecuestres. El cielo y la lejanía con sus amplias superficies frías de azul verdoso, abrasada por los reflejos del agua y humos de pólvora, dan ambiente al cuadro. La técnica fluida que adoptara a su vuelta de Italia, se intensifica y presta a las figuras una clase de transparencia, una cualidad de aparecer temblando en el aire, que más tarde será recuperada por la Escuela Impresionista del siglo XIX y se denominará como pintura al "aire libre".

En su *Araucana,* había Ercilla versificado este acontecimiento:

> No consiste en vencer sólo la Gloria
> ni está allí la grandeza ni excelencia
> sino en saber usar la victoria
> ilustrándola más con la clemencia.

Doce años después, la plaza de Breda volvió a manos de los holandeses.

Es curioso notar que en este momento, en el Museo Metropolitano de Nueva York, entre "las iluminaciones" en escala natural de los cincuenta cuadros más famosos del mundo se encuentra *La rendición de Breda* en compañía de *El entierro del Conde Orgaz* de El Greco y *Las fiestas de las brujas,* de Goya.

EN el año 1646, el 21 de enero, embarca Velázquez en Málaga e inicia su segunda estancia en Italia. Su propósito es el de adquirir pinturas y esculturas, contratar fresquistas y decoradores para adornar algunas piezas de recepción en el Palacio Real de Madrid. Su situación oficial en este viaje es la de Director de las Obras de Transformación.

"En Madrid, escribía un inglés, no hay obra de algún precio que el rey no compre y pague bien", pero Madrid, en comparación con Roma y Venecia, era un mercado modesto.

Su Majestad, escribe Jusepe Martínez, le dijo que pensaba crear una galería de cuadros.

—"Vuestra Majestad no puede poseer cuadros al alcance de cualquiera", le contestó Velázquez.

—"¿Qué había de hacer?", preguntó el Rey.

—"Me permito proponer Señor, si V. M. me concede licencia, ir a Roma y Venecia y adquirir lo mejor de Tiziano, Veronés, Bassano, Rafael, Parmesano y pintores análogos. Pues hay pocos príncipes que poseen cuadros de estos maestros, y aún menos en tal cantidad como mi celo podría procurarlos a V. M."

Así el 2 de marzo, Velázquez fue nombrado veedor y pagador de la construcción de la Sala Ochavada, que contenía la Sala de Reinos, la Sala de los Espejos y el Ochavo.

Velázquez llega a Roma en 1650. Ha alcanzado fama, pero su reputación está basada en su amistad con Felipe IV y



Apolo.



La Infanta Margarita.



El Conde Duque de Olivares. Fundación Fletcher.



Felipe IV, en Fraga. Colección Frick, Nueva York.

debida consideración a su posición en la corte española. Este fenómeno irrita al flemático pintor. En Roma, pinta el magnífico retrato de su fiel sirviente, el mulato sevillano Juan Pareja *El Moro,* hoy en la Colección de Radnor en Langford Castle. Terminado, el pintor le ordena a su sirviente que lo lleve a la casa de un noble donde los artistas se reunían, para que comparándolo con el modelo vivo, pudieran hacer mérito al parecido. "Con admiración consideraron el real y el pintado, dudando a cuál tenían que dirigirle la palabra".

Andrés Smith, pintor flamenco de paisajes, cuenta que se expuso con "otras pinturas insignes antiguas y modernas", en el claustro de la Rotonda. El retrato obtuvo universal aplauso al exhibirse en el Panteón, para el año del jubileo. Nos asegura Smith que los pintores decían: "Todo lo demás, viejo o nuevo es pintura: sólo este cuadro es verdad". En el Panteón se encontraba enterrado uno de los ídolos italianos, Rafael Urbino.

A Marcos Boschini, grabador y poeta, le debemos un poema en dialecto veneciano impreso en 1662. En su *Carta del Navegar Pittoresco* presenta a Velázquez como "espejo de caballeros".

Salvador Rosa, una de las primeras curiosidades de Roma y la figura más novelesca del mundo artístico de entonces, se encontraba en Roma en este momento. Boschini deja constancia que Salvador interroga a Velázquez en 1650:

> ¿Qué decís de nuestro Rafael? ¿No lo consideráis el primero?
> Rafael, a decir verdad, pues yo soy abierto y liberal, tengo que confesar que no me gusta nada.
> En tal caso, observó Rosa, en Italia no habrá nada de vuestro gusto.
> Lo bueno y lo bello se encuentran en Venecia; doy a sus pinceles el primer lugar; Tiziano lleva la bandera.

En Roma, más como buen católico y cristiano viejo que como pintor, pretendió besar el pie de Su Santidad, Inocencio X. Logrólo al ser recibido en audiencia por el Santo Padre, quien por su propio deseo le ordenó hacerle un retrato, como a otras personalidades de la Corte Pontífica. Heroico valor demuestra el Papa al hacerse retratar por el pintor más cruelmente realista, porque Velázquez fue fiel hasta la crueldad. Los contemporáneos se sobrepujaban al hablar de su fealdad. Cuando fue candidato al Papado, en el cónclave de 1645, llegó a indicarse

la conveniencia de no elegirle por lo desagradable de su físico, a Padre de la Cristiandad.

El Papa se tenía asimismo como el del rostro y figura menos estéticos de cuantos ocuparan la Santa Sede, siendo fama que al presentarle un sobrino suyo al pintor, le advirtió: "Es aún más feo que yo".

El Santo Padre vestido con capa y birrete rojos, está sentado en un sillón escarlata, ante cortinas carmesí y el rostro enrojecido del natural. Los críticos dicen que tiene este retrato "algo de rudo, material, trivial, conjunto de pasiones de un temperamento sanguíneo".

Domina el rojo en unísono de color y el antecedente directo de esta composición, es el formidable retrato del *Inquisidor Niño de Guevara* de El Greco, en el Museo Metropolitano de Nueva York. Es uno de los poquísimos retratos de Velázquez que llevan su firma. La forma y dedicatoria en italiano, están grabadas en el papel que el Pontífice sostiene en su mano: "Alla Santta di Nro Sigre— Inocencio X° per Diego Silva Velásquez— de la Camera de S. Mta. Cattca. Anno 1650". El retrato debe mucho de su efecto a la precipitación con que fue pintado. Tiene el encanto de lo inmediato. Velázquez firma su nombre con "s", forma viciosa, a la andaluza.

Velázquez había pintado este cuadro para su Majestad española, pero el Sumo Pontífice no lo dejó salir de la ciudad y lo regaló a su sobrino Camilo Pamphili. Hoy día es riquísima posesión de la "Galería del Príncipe Doria-Pamphili" de Roma, donde ocupa el puesto de honor en la "tribuneta" de la galería del palacio, en el Corso.

La obra encontró ruidoso éxito en los círculos artísticos romanos, siempre reacios al "forastieri". Palomino dice: "Velázquez llegó a Roma, pero no para aprender, sino para enseñar". Este retrato fue copiado por Sir Joshua Reynolds en 1750, quien lo aclamó como "el primer cuadro de Roma".

En recompensa, y para mostrarle su aprecio, el Papa obsequió a Velázquez con una cadena de oro y una medalla con su retrato, honor que se consigna en la inscripción de la lápida sepulcral del pintor. Se ha dicho también que un camarlengo llevó al pintor una suma de dinero, la cual fue rechazada con aristocrática dignidad. Al rehusar dijo Velázquez que "el Rey, su señor, le pagaba por su propia mano, por ser con su pincel, sólo un sirviente de su Rey". El Papa sonrió. Evitó la corte en

Roma, lo que no estuviera en consonancia con el pundonor de un caballero español.

En este segundo viaje el pintor se encuentra inmune a nuevas influencias y hace decir a los críticos: "Dos veces con ésta entra Velázquez en Roma, pero Roma no entró nunca en Velázquez". En la Ciudad Eterna, pinta dos pequeñas vistas de la *Villa de Médicis.* La hermosa Villa de Médicis en el cerro Pincian, cerca de la Iglesia de la Santísima Trinidad de Monti, fue edificada por Annibali Lippi, para el Cardenal Giovanne Ricci de Montepulciano, en el año 1560.

En estos dos pequeños lienzos Velázquez capta la atmósfera de dos momentos fugaces, de dos impresiones. Aplica la misma técnica que en sus retratos, es decir, nos individualiza la escena en un momento singular, único. Los dos temas son distintos y están tomados a diferentes horas. *El Mediodía* y *La Tarde*, no son dos "países" sino dos "paisillos" como los llamara Velázquez, en los viejos papeles. En *La Tarde*, con luz vespertina representa un pórtico enjalbegado, coronado por una balaustrada de mármol, contra la oscura masa de robles teñidos de verde oscuro. Es el pórtico del jardín que precede a la terraza del Belvedere.

En *El Mediodía,* a través de una "loggia" de mármol con arcos muy altos, se ven por las aberturas laterales, los cónicos cipreses, llamados por Lope de Vega "verdes obeliscos". Bajo el arco central, la famosa estatua de Cleopatra-Ariadne durmiendo. La estatua de Ariadne restaurada, se encuentra en el *Palazzo Pitti.* Un caballero de capa y sombrero negros, contempla el paisaje de espaldas al espectador. Se puede afirmar que la inclinación por las ruinas y edificios derruidos del siglo XVIII, encuentra aquí su semilla.

Beruete y Moret nos dice en 1920: "Son un estudio del ambiente y del aire libre... No ha influído aquí el arte italiano, ni aún los paisajes de fondo de los italianos". El estudio del "aire libre", no se abordó hasta el advenimiento de los Impresionistas. Velázquez es su solo precursor.

Velázquez se aleja del "paisismo" de su tiempo. La luminosidad solar, la transparencia del aire, el pincelazo menudo y vibrador recoge los reflejos fugitivos de la luz y da vida a las figuras envueltas en el aire. Moratín resume sus preocupaciones y soluciones asegurándonos que llegó a "pintar el aire", caracterizando así una de las manifestaciones de la pintura ve-

lazqueña. "Pintar el aire" fue sólo una de sus preocupaciones, que se convirtió en problema universal. Ya Leonardo da Vinci planteaba "la perspectiva aérea" en su *Tratado de la Pintura,* asegurando que "el aire no era incoloro, ni siquiera transparente".

En estos paisajes de Velázquez, todos los componentes viven y palpitan al unísono, radiantes de luz. Como paisajista, quiso arrancar a la naturaleza sus propios secretos, lo que le ha traído un nuevo significado a su pintura, de vago panteísmo. Nada expresa mejor su esfuerzo que una frecuente cita de Durero: "La verdad del arte se esconde en la Naturaleza; el que la pueda arrancar, la posee". A Velázquez se le ha llamado "el secretario de la naturaleza". Velázquez creó para cada objeto su método y su medio.

En *El Mediodía,* el picado de la vibración de la luz, da origen al llamado "puntillismo". En *La Tarde,* su pintura emana reposo y serenidad. Es comprobado que de la realización de estos dos lienzos, nacen posteriormente las vistas de Corot, Rousseau, Constable y los modernos pintores franceses.

El aire de un paisaje, coloreado, vibrante, interpuesto, es el principal personaje de estos paisajes y de futuros cuadros que le traerán fama universal como *Las Meninas* y *Las Hilanderas.* Más tarde, Eduardo Manet, proclama el evangelio de la pintura impresionista: "Todo se modela al aire libre", y asegura que el principal personaje no es el "aire libre, sino la luz".

De la preocupación con el aire, nace la preocupación con el ambiente. Las figuras humanas, las reprodujo Velázquez, con sujeción a las influencias modificadoras de un momento dado, con determinado ambiente, con determinada luz. La vida física, la atmósfera, los seres se agitan y vibran con igual titilación. La sensación visual es infinitamente compleja, producto de sus elementos y de sus vecinos. Con estas innovaciones relativas al fenómeno ambiente, inicia un concepto de la Pintura Integral, no formulado hasta nuestro tiempo.

VELÁZQUEZ se encontraba muy a gusto en la Ciudad Eterna. Corría el tiempo sin prisa. Enormemente interesado en todo lo que veía y las gentes con las que conversaba, retrasaba su partida, mientras su amo y señor se impacientaba, con la tardanza de su pintor. Las llamadas de España se sucedían, cinco cartas

escribía el Monarca a su embajador en Roma, el Duque del Infantado, para que apresurara su regreso. Finalmente la última orden estricta, no debía atrasar su viaje un minuto. Llegó a Madrid en 1651, un año después de lo que su Majestad pretendía. En la corte se presentó al Rey, quien escribió a Don Luis de Haro: "Ha llegado el Señor Velázquez y ha traído algunos cuadros".

Empieza la última década de la vida de Velázquez, que corresponde a su Manera Abreviada. Dueño absoluto de su técnica y su voluntad impuesta, se destaca tanto en la ejecución como en la invención de sus obras y lleva a su finalidad todas sus investigaciones.

Al dinamismo del mundo físico, agrega otras innovaciones trascendentales, relativas al mundo social. Es su análisis de la figura humana lo que lo lleva en su proceso a esta realización de su tercera manera, hoy día denominada de "síntesis". Inventó un método ligero, espontáneo, resumitivo, que encerraba el análisis detenido de la anatomía de los cuerpos, expresión de los rostros, significancia de las líneas del modelado, heridas por la luz. Observó los reflejos cuando forman sobre las figuras como velos, y se extienden sobre sus sombras. Renuncia al tenebroso, pero al avanzar hacia la luz, no va por el camino del color, sino por el fenómeno del "aire entre las cosas". Entonces cambió el tono pardo —tostado, por el gris, por el fondo gris-claro— neutro. Su función es la misma que el espacio vacío en la composición. En sus temas tristes o serios como *El Cristo en la Cruz*, en la Galería Nacional de Londres, el efecto es enervante. El gris no será nunca "precioso", ni admirable, ni horrible, en sus cuadros. Como el poeta cuando menciona "una catedral gris" o evoca "un rostro con el gris plata de la noche", el color sirve sólo para animar la imagen. Hay españoles que consideran El Greco como el descubridor del gris; los grises en todo caso, no son ajenos a los que Schiller denunciaba como enfermedad, cielo de lluvia o descomposición.

El puesto de Velázquez en la corte está regiamente asegurado. Se encuentra en más estrecha relación que nadie con el Rey: honrado, querido y respetado. En 1652 se le nombra Aposentador Mayor. "El único empleo —dice Gracián— al que he observado que los grandes conceden algún valor es el de gentilhombre de cámara con ejercicio, porque tienen el privilegio de ver al Rey en la mesa, cuando se viste y desviste y durante el

servicio de semana". Martínez en sus *Discursos* lo califica de "cargo de mucha importancia y honra".

Palomino se queja: "Que el puesto de Aposentador Mayor, es de tanto embargo, que ha de menester un hombre entero". Su última misión fue la de organizar el viaje a los Pirineos, para las bodas de María Teresa. Sus quehaceres llegaron a tal punto, que fueron causa de su muerte, debida a tanta fatiga.

Velázquez tiene a su cargo el ornato de los salones del recién construido Palacio del Buen Retiro y distribuye las pinturas y esculturas adquiridas en su reciente viaje a Italia.

Sin embargo, la gloria del Buen Retiro no eran las bellas artes sino su teatro, al que sólo tenía entrada la buena sociedad. El teatro del Buen Retiro, era escuela del arte decorativo. Velázquez actuó en cooperación con escritores, arquitectos y poetas. Calderón lo describía todo en su comedia *Guárdate del agua mansa.*

Un día de noviembre, claro y sereno, con un sol de cristal, se celebró la entrada. Todas las fantasías y ensueños del país, parecían convertirse en realidad. "Frente a la comedia española, todo lo que vemos aquí es burla", escribía a su hermano el Rey, el Cardenal-Infante Don Fernando. No sólo los poetas de eterna fama se presentaban allí, sino maestros en escenografía y compositores que crearon el "dramma in musica", a imitación de Florencia.

Calderón en su obra mitológica *Los tres mayores prodigios* o *El nuevo Palacio del Buen Retiro*, da su bendición a Felipe IV, a quien identifica como "el mayor rey de la tierra" y gana para su autor la Orden de Santiago, "cosa que ha parecido muy bien a la corte", decía Pinelo, cronista de Madrid.

La mayoría de las obras representadas en el Buen Retiro recuerdan los campos de batalla: *El sitio y la rendición de Breda* de Calderón, *La muerte del Rey de Suecia* de Lope, y *La Batalla de Nordlingen* de Quevedo.

Velázquez fue toda su vida amparo de pintores. Según Palomino, los artistas de toda laya encontraron en él asistencia y ayuda. Poco a poco, vio en torno suyo "el sevillano", caras conocidas: Francisco de Zurbarán, Alonso Cano, Herrera.

Alonso Cano era compañero de escuela de Velázquez. Fue nombrado Pintor del Rey y maestro de dibujo de Baltasar Carlos, quien en más de una ocasión había de quejarse al Rey, de

la rudeza con que era tratado. Cano, espejo de hidalguía, pertenecía a la especie de caballeros de las comedias de capa y espada, que tenía que hacer testamento cada vez que salía a la calle. Ningún pintor consiguió simplificar más, ni abreviar tanto el ingrato trabajo de la pintura. Sus estudios sobre *La Inmaculada Concepción*, los repitió como impresos, en la plástica como en la pintura. Llegó a obtener el título del "único pintor ideal de la escuela española". En 1644, su mujer apareció asesinada. Prevenido, huyó a Valencia. Regresó a Madrid y cayó en manos de los alguaciles. Por orden de Felipe IV, se le respetó la mano derecha, en las torturas a que fue sometido. Solicitó una ración en la catedral de su ciudad natal y se le llamó "el racionero Cano", pero vestido de clérigo siguió siendo el de siempre: vivió en pleito y guerra. Pintó para la Catedral de Granada lo mejor que produjo: *Los Siete Gozos de María*.

En 1643, un pobre muchacho llegaba de Sevilla y fue recibido por Velázquez. Su nombre era Esteban Murillo. Había pintado ya cosas que servían de recuerdo a los cargadores de las Indias y cuadros de edificación para los fieles de México y Perú. Velázquez le dio acceso a Palacio donde copió de las Salas Reales de Madrid, como nos cuenta Palomino, a Tiziano, Van Dyck y Rubens. Dos años permaneció Murillo en Madrid y volvió a Sevilla. Mengs decía que sólo le faltó un viaje a Italia para ser otro Rafael. Murillo llegó a ser el pintor más internacional de su nación.

También recuerda en esta ocasión a su amigo de la infancia Zurbarán y le entrega el Saloncete del Buen Retiro, para que lo decore con *Las Hazañas de Hércules*. Los asuntos mitológicos están de gran moda, pero lejos de la sensibilidad de Zurbarán y Velázquez, que han señalado la ruta del realismo. Velázquez pertenecía a una escuela de oposición, que había llevado del hartazgo de la perfección de los eclécticos, al realismo.

Hacia 1658, por expreso deseo del Rey, Velázquez pinta cuatro temas mitológicos: *Mercurio y Argos, Psiquis y Cupido, Apolo y Marcias* y *Venus y Adonis* para el salón principal, llamado "El salón de los espejos" por sus magníficos ocho espejos iguales, encerrados en marcos de ébano coronados de bronce dorado. Este salón concentraba grandes lienzos de Tiziano: *Carlos V, Felipe II y su hijo Fernando, Felipe IV joven.* Ade-

más, se exponía a Tintoretto, Rubens, Velázquez, Ribera y *La fragua de Vulcano* de Bassano.

Palomino se refiere a esta "Pieza de los espejos" tan espléndidamente y ricamente adornada. Del voraz incendio de 1734, sólo se salvó de los cuadros mitológicos de Velázquez, el de *Mercurio y Argos,* hoy en el Prado.

De este período es también *La Venus del espejo,* uno de los escasísimos desnudos femeninos de la antigua pintura española. Famosos sólo hay dos, ésta y la conocida *Maja desnuda* de Goya. Esta Venus es un "desnudo casto", según Clark, "desapasionado". El contorno de una incomparable sensación de esbeltez, elasticidad y movilidad. Hay en ella un hálito oriental ..."avanza suavemente el pie y acaricia con amor el suelo". En esta versión el pintor no pudo resistir el emular a Giorgione, Tiziano o Corregio.

La pintura del desnudo femenino no era aceptada en el ambiente español. "La pintura —predicaba Pacheco— sólo debe cantar la religión". La Inquisición castigaba con la excomunicación la ejecución y exposición de imágenes lascivas. Felipe III y Felipe IV no repudiaban el desnudo en asuntos mitológicos, en contra de los dignatarios de la Iglesia, porque "los intereses religiosos, no debían servir de dogal al arte" con su "santo horror" al desnudo.

Ponz nos ha dejado la siguiente descripción: "Entre los cuadros de Velázquez es muy celebrada la Venus echada de espaldas, cuya cara se ve en un espejo que finge hacia donde mira la figura". "El casto y rígido Velázquez ha colocado el espejo de manera que sólo se vea el rostro y nos oculta el seno". Ceán Bermúdez, registró el cuadro como perteneciente a la Casa de Alba en 1800. Dos años más tarde, muerta la célebre Duquesa Cayetana, Carlos IV dirigido por Manuel Godoy, su omnipotente ministro, con una orden real y arbitraria, lo hace dueño de los tres mejores cuadros que poseía la Casa de Alba: *La Venus* de Velázquez, *La escuela del amor* de Correggio y una *Madona* de Rafael. En posesión de Godoy ya se encontraba la *Maja desnuda* de Goya. "Una usurpación realizada por Godoy", se queja el último Duque de Alba. En 1813 todos los bienes del caído favorito fueron secuestrados.

Mr. Morret, por consejo de Sir Tomas Lawrence, compró *La Venus* en 500 libras. Su heredero se la llevó al remoto Yorkshire en la propiedad Rockeby, dándole así el nombre de

Rockeby Venus. Desde 1906 es parte de la riqueza del Museo Nacional de Gran Bretaña. En 1914 una sufragista invadió el museo y asestó al cuadro con una pequeña hacha, varios golpes. Rompió el cristal y produjo siete cortes en el lienzo. Veía en el desnudo indolente un símbolo de femineidad. No sólo de ser destruida por la sufragista se salvó esta Venus, sino que del fuego ordenado por los consejeros de Carlos III, que debía consumir las figuras tildadas de impúdicas.

Las Hilanderas de 1657, es una de las grandes obras maestras de este último período. Velázquez ha acompañado a unas damas al taller de la fábrica de tapices en la calle madrileña de Sta. Isabel, y mientras ellas hablan, él se aparta y considera el efecto pictórico de los grupos que se mueven. El artista se limita a pintar el escenario sin ulterior transformación. Beruete nos dice "Velázquez la pintó en el sitio mismo a la manera de una fotografía instantánea".

La composición de *Las Hilanderas,* según Angulo Íñiguez, tiene su origen en la bóveda de la Capilla Sixtina. Pacheco anota en *Arte de la pintura.* que el Cardenal Barberini dio orden al Vaticano de que dejasen "entrar cuando quisiese a dibuxar del Juizio de Micael Angel".

El sistema de construcción del cuadro es dramático y dos temas diferentes se conectan. Es un cuadro doble. En primer término una escena plebeya ocupada por las hilanderas y otra aristocrática al fondo, donde tres damas inspeccionan un tapiz. La escena del fondo se cree que sea un proscenio donde un pequeño drama mitológico se desarrolla. Ya en 1657 se registraba en un inventario como *La Fábula de Aragne,* que es parte del libro sexto de *La Metamorfosis de Ovidio.* Ortega y Gasset con seductora fraseología, ha contribuido últimamente a reforzar esta teoría.

El tapiz inspeccionado por las damas representa Aragne, quien ilustra *El rapto de Europa.* La Diosa Palas, habilísima en trabajar la lana, enterada de que también lo era la orgullosa Aragne, doncella de Lidia, su rival, entró en competencia con ella y abatió su altanería, castigándola por haber tejido las flaquezas de su padre Júpiter. La trocó en araña venenosa, cuyo veneno teníase por antídoto de la música.

En el primer escenario la luz cae amortiguada. Sobre el fondo de sombra de la sala ábrese en el centro el segundo escenario.

En 1664, entre los bienes de Don Pedro de Arce, se inventaría: "Otra pintura de Diego Belázquez de la fábula de Aragne, de más de tres baras de largo y dos de cayda, tasada en quinientos ducados".

En 1772, se enumera con *Las Meninas* en el nuevo Palacio del Buen Retiro.

En 1828, Eusebio lo analiza: "Cuadro pintado al primer golpe del pincel abriendo fresco y jugoso, un colorido dulce y brillante y un efecto de luz maravilloso, por los diferentes claros que ha sujetado a las leyes de la perspectiva y producen un efecto y una armonía admirable".

En 1776, Mengs, el célebre pintor de Carlos III, le escribe a Antonio Ponz una carta memorable, registrada en su *Viaje a España.* Dice Mengs: "Es donde sin duda dio Velázquez, la más justa idea del mismo Natural es en el cuadro de *Las Hilanderas,* que es de su último estilo y hecho de modo que parece que no tuvo parte la mano en la ejecución sino que la pintó la sola voluntad". La atmósfera de la habitación está tan perfectamente realizada que casi se puede oír el ruido de la rueca dando vueltas. Justi escribe: "Aquí ninguno de los personajes sospecha que el artista los acecha".

Sólo el genio del pintor podía combinar la mitología y la vida común con esa dinámica interrelación de todos los elementos, que le da a la pintura una cualidad dramática, no implícita en su tema. La figura de la joven de espaldas al público, en blusa blanca y de perfil perdido, que devana el ovillo de lana con movimiento inolvidable, tiene todo el encanto que el siglo XVIII francés dará a las figuras femeninas.

Las Hilanderas junto con *Las Meninas,* representan el ápice del arte velazqueño. En éstas ha logrado solucionar sus preocupaciones con el aire y la luz, el espacio y la atmósfera. El problema básico que Velázquez se propuso resolver técnicamente, fue la perspectiva aérea.

Lafuente Ferrari, estudia el uso de la luz en *Las Hilanderas:* "En primer término hay penumbra graduada y variada, y al fondo, el rectángulo de la pieza en plena luz, luz que disuelve en rubio polvo el atrevido impresionismo de las figuras y da valor a los brillantes tapices".

Las últimas grandes obras de Velázquez, son las más originales. *Las Meninas* permanece su cuadro más celebrado y el culminante de su genio. *Las Meninas* es tan famoso, que aún

los turistas que desconocen el castellano, se refieren a él por este nombre. Es el mayor lienzo de cuantos pintara, midiendo 3.18 metros de alto por 2.7 de ancho, y en él puso el artista, "cuanto supo y pudo", que era mucho.

El tesoro de la Lengua Castellana de Covarrubias define: "Menino" es el pajecito que entra a servir en Palacio, aunque de poco, al Príncipe y personajes reales. Nombre portugués "introduzido en Castilla, menino de meu nino— dezir— mi niño, minino por ser pequeñito". *Las Meninas* figuran en el Inventario del Alcázar en Madrid, en 1666: "Retrata la Sra. Emperatriz con sus damas y una enana" y se tasan en mil quinientos ducados de plata.

La escena es una amplia y severa estancia del Palacio Real de Madrid, en el llamado "obrador de los pintores de cámara", pieza principal del "cuarto bajo del Príncipe, que cae en la plazuela de Palacio". Las figuras aparecen iluminadas lateralmente. La luz procede del hueco de un balcón o ventana rasgada. Otra luz, entra por la puerta que al fondo de la estancia, se abre sobre un pasillo de claridad intensa. Velázquez de pie delante del gran lienzo, retrata a los Reyes Felipe IV y Mariana de Austria, situados fuera del cuadro y cuyos retratos unidos se reflejan en un espejo con marco negro, colocado al fondo.

La cabeza del pintor, morena y ligeramente inclinada, mira al espectador. Tiene el maestro en su mano izquierda una paleta muy pequeña, varios pinceles y el tiento. Su actitud es la de observar al modelo.

En el centro de la obra, está la rubia Infanta Margarita. A su derecha, su joven y bella menina, María Agustina Sarmiento le ofrece en una salva, un búcaro rojo de barro perfumado de Estremoz. Isabel de Velasco, al otro lado, está de pie junto a la augusta niña. Madame de Motteville en su *Memoirs*, describe una visita a la Infanta Doña María Teresa, ya en Francia: "Cuando tiene sed, una servidora trae un vaso a la Señora, y al dárselo se arrodilla, al otro lado hay otra servidora, arrodillada también, que le entrega la servilleta".

Dos enanos de la servidumbre palatina, Mari Bárbola y Nicolás de Portosato, completan el grupo. Delante de ellos dormita un mastín, sobre cuyo lomo planta su pie izquierdo, hostigándolo, Nicolás. La princesa y sus dos meninas visten el ostentoso guardainfantes.

En la penumbra del segundo plano, hay dos figuras: la de

un guardadamas y la de Doña Marcela de Ulloa, dueña o "Guardadamas, mujer de las damas de la Reina", que viste un hábito monjil y tocas de viuda. En la escalera bañada por el sol, José Nieto Velázquez, "Aposentador", recorta su silueta contra la luz.

Palomino le dedica a *Las Meninas* un capítulo de su biografía "en que describe la más ilustre obra de Diego de Velázquez" y dice que su autor acabóla en el año 1656. "Esta pintura fue de su Majestad muy estimada. Asistió frecuentemente a verla pintar y asimismo la Reina Nuestra Sra., Doña María Ana de Austria".

Los contemporáneos del cuadro llamábanlo *El cuadro de la Familia,* y con tal título se le inscribe en los viejos inventarios palatinos de 1666, 1686 y 1700: "Con su marco de talla dorado, presidiendo la pieza de Apolo, despacho de verano de Su Majestad". En 1772 llevado el lienzo al Palacio Nuevo "en la pieza donde cena Su Majestad" lo ve Ponz y dice que es "un cuadro historiado que ha sido tenido y se tendrá en el mayor aprecio".

Que en este cuadro de la familia aparezcan dos bufones no era de extrañar. Calderón en *Cisma de Inglaterra* exclama: "Que un Rey es tan singular, que se deje lisonjear de locos y de bufones".

Barrionuevo nos cuenta el 14 de octubre de 1656, año de *Las Meninas:* "Dícese que gusta la Reina de acabar de comer con confites, y que habiéndole faltado dos o tres días, salió la dama que tiene cuidado desto, y dijo que como no los llevaban. . . Respondiéronle que el confitero no los quería dar porque le debían mucho. . . Quitóse entonces una sortija del dedo y dijo: "Vayan volando por ellos con esta prenda a cualquier parte". Hallóse Manuelillo de Gante, el bufón presente, y dijo: "Torne V. M. a envainar en el dedo su prenda." Y sacó un real de a cuatro y diólo, diciendo: "Traigan luego los confites aprisa, para que esta buena Señora acabe con ellos de comer".

Sánchez Cantón nos dice: "Este incidente presenta aspectos sorprendentes de esta corte dueña de medio mundo, en que la Reina carecía de crédito para obtener confites y un bufón se los ofrecía".

Palomino describe al pintor en *Las Meninas:* "Tiene Velázquez en esta obra, la llave de la Cámara y Aposentador Mayor en la cintura, y en el pecho el hábito de Santiago, que después

de muerto le mandó Su Majestad se le pintara; y algunos dicen que S. M. mismo lo pintó, para aliento de los profesores de este nobilísimo arte, porque cuando Velázquez pintó este cuadro, no le había hecho el Rey esta merced". Este fidedigno autorretrato, es el único que existe de irremediable autenticidad.

El artista tranquilo prosigue con su trabajo. La luz tiene una vivacidad vaporosa, con una incomparable expresión de suave envolvimiento. El pintor consigue que el espectador penetre con la mirada el ambiente simulado. Velázquez añade los impalpables lazos que dan al ambiente dentro del cual se desarrolla la escena, la apariencia justa de la misma realidad, por virtud de la observación de los cambios que en los objetos, forma y color, introducen las capas de aire interpuesto. No puede dudarse que cuando el cronista Jerónimo Fray Francisco de los Santos, escribía su *Historia del Escorial* en 1651: "Tal es la disposición de la perspectiva que parece poderse entrar por él y caminar por el pavimento. . . y que entre las figuras hay ambiente", lo escribía al dictado de nuestro pintor.

La trabazón de la profundidad es concepto vulgarizado por Wolfin. Allende Salazar escribe en cambio: "El efecto plástico de los personajes, su completa independencia del fondo, es una característica general de la tercera manera; esta impresión se aumente todavía por la disposición de la luz. . . por la colocación del foco, de modo que la luz viene de atrás". El foco de la luz del fondo, precisamente establece y afirma la trabazón de los últimos planos.

El colorido de "Las Meninas" sorprende por su armónica valorización. Cada tono, además del grado de intensidad propio, tiene el que le proporciona la vecindad de los que le rodean. "Faltan palabras para explicar su mucha gracia, viveza y hermosura", añade Palomino.

La intimidad de "Las Meninas" ha consagrado el lienzo por siglos. Sánchez Cantón asegura que la rígida ceremonia cede a la vida diaria, y el protocolo, al corazón. Eleonora Duse al ver la informalidad y naturalidad del cuadro exclama: "Es un teatro real".

Habiendo venido en estos tiempos Lucas Jordán, el más barroco de los pintores, preguntólo el señor Carlos Segundo: "¿Qué os parece?" Y dijo Jordán: "Señor, esto es la Teología de la pintura", dando a entender en metáfora, que la Teología siendo la superior de las ciencias, así el cuadro era lo superior

en pintura. Todavía en 1835, Eugenio de Ochoa escribía e
El Artista: "Con perdón sea dicho del Señor Lucas, nosotros n
conocemos ninguno superior a la *Rendición de Breda*".

Los críticos y pintores barrocos apreciaron la trascendenci
del cuadro, pero los neoclásicos como Mengs, Ponz y Ceán Ber
múdez, no lo tuvieron en su justa apreciación. Madrazo, Cru
zada y Beruete en el siglo XIX admiraron su realismo. Madraz
dice: "Sin duda es el primer cuadro del mundo como facsímil
de la Naturaleza". Cruzada exclama: "No hay diferencia entr
lo pintado y lo vivo, que aquéllo es la verdad misma".

Teófilo Gautier se asombra al verlo: "¿Dónde está la pin
tura?, porque lo que tengo delante de mis ojos es la pura rea
lidad". En el primer catálogo del Museo del Prado en 1828, e
comentario de Eusebio la describe así: "Composición sabia
ingeniosa, dibujo natural y correcto, cuadro admirable por co
lorido y efecto de luz. Se adivina en él aquel vapor que se re
para en la sala, que envuelve y aleja todos los objetos que deben
debilitarse de tono al alejarse" y termina "este cuadro es un
prodigio de las dos perspectivas, lineal y aérea".

Desde 1927, el cuadro de "Las Meninas", está instalado
aisladamente en una pequeña sala en el Prado, como Rafael lo
estuviera en Dresden y "La Tempestad" de Giorgione, se ex
hibiera en Venecia.

La imagen completa de "Las Meninas" está reflejada en
un espejo, que no forma parte del cuadro. En el Prado, un es
pejo real provee al visitante con la imagen reflejada, vista ta
cual la vio Velázquez. Da Vinci en "Tratado de la Pintura"
libro que estaba en posesión del pintor, dice: "Cuando quieras
ver si toda tu pintura se conforma con la cosa sacada del natu
ral, toma un espejo y haz reflejar dentro de él la cosa viva y
compara su reflejo con tu pintura y considera bien si una y otra
semejanzas tienen conformidad".

Escribe Justi: "Su marco encuadra un magnífico espejo
que aniquila los siglos, un telescopio para la distancia tempo
ral que revela los momentos espectrales de los habitantes del an
tiguo Palacio, hace dos siglos. En esta pintura el ideal del histo
riador se ha convertido en verdad y realidad".

En esta negación del tiempo, esta actualización del pasa
do, que hace este cuadro un trozo de la realidad histórica d
España. Weisbach dice: "La imagen de la época, que aquí s
desarrolla, rebasa en mucho la esfera del retrato".

En el Prado, el lienzo recibe luz lateral y de levante y, naturalmente, por el mismo lado por donde entra la que pintó Velázquez. Goya en 1779, grabó "Las Meninas" al aguafuerte e inutilizó en seguida la plancha. Se conocen seis o siete de estos ejemplares. Ceán Bermúdez en su *Diccionario* de 1680 nos cuenta: "El excelentísimo Señor D. Gaspar de Jovellanos, conserva el boceto original que hizo Velázquez para esta obra" y añade: "Yo conservo el dibuxo de lázpiz roxo que sacó D. Francisco Goya para grabarle al agua fuerte, que a no ser de mano del mismo Velázquez no tendría en más estimación". El boceto de la Infanta Margarita que aquí se reproduce perteneció a la Colección del Duque de Estherazy en Pottendorf, Viena y hoy día es posesión de Wildesntein en Nueva York.

Atendiendo a su alto cargo de Aposentador Mayor y precediendo el viaje de Su Majestad, salió Velázquez de Madrid el 8 de abril de 1660, con objeto de disponer el ornato de la Isla de los Faisanes, lugar que en junio, se verificaría la entrega solemne de María Teresa al Rey de Francia, Luis XIV.

Llevaba Velázquez y sus acompañantes, su yerno del Mazo y un tapicero flamenco, Damián Goetus "los carros y acémilas necesarias para el transporte de la tapicería y los muebles" destinados al ornato. Asistió Velázquez a la ceremonia celebrada el sábado 7 de junio y también a los festejos. Al día siguiente, verificado el enlace, el pintor con la comitiva del soberano regresó a la corte y entró en ella al amanecer el 26 de julio. "Cansado de caminar de noche y trabajar de día, pero con salud. . ." escribía el 3 de julio a su amigo el pintor Diego Valentín Díaz, en una carta que se conserva en el "Archivo del Colegio de Niños Huérfanos" de Valladolid.

La salud no le duró mucho, poco más de un mes de vida le quedaba. Corrió en Madrid la noticia de su muerte en la jornada a la frontera francesa. Cuando el maestro penetró en casa "fue recibido de su familia y de sus amigos, con más asombro que alegría" no dando crédito a la vista y añade Palomino "parece que presagió de lo poco que vivió después".

En "El Escorial", la semana de Carnaval de 1658, nos cuenta D. Lázaro Díaz del Valle, el Rey como "Administrador Perpetuo" de las tres Ordenes Militares: Alcántara, Calatrava y Santiago, le declaró que deseaba honrar sus cualidades, su habilidad y servicios en aquella forma y le dejó la elección de la Orden. Velázquez eligió la de Santiago. El Consejo de la Or-

den resolvió hacer las "informaciones de las calidades", sobre la limpieza de sangre e hidalguía. El 15 de julio presentó su genealogía hasta los abuelos según los estatutos de la orden, que había de asegurarse que el pretendiente y sus antepasados hasta el cuarto grado, eran nacidos de legítimo matrimonio, con limpieza de sangre, cristianos viejos, sin mezcla de moro o judío o converso, en el mismo grado. Tenían que ser hidalgos, haber sido tenido por tales, hasta los abuelos no debían haber ejercido comercio, cambio u oficios manuales. Toda profesión que llevaba aneja retribución de dinero se consideraba "oficio vil". Además, "que ni el pretendiente ni sus sucesores fueron castigados por la Inquisición".

La audición de testigos duró desde el 1 de noviembre de 1658 hasta el 16 de febrero de 1659. Cinco hidalgos portugueses dieron noticias sobre su familia. Compañeros de su arte aseguraron que Velázquez no pintó como negocio, sino que vivió como hidalgo y se portó como tal. Oficio vil era el del pintor u orfebre si su arte reportaba beneficio "por ser trabajo de sus manos".

Referente a las dificultades a puntos de nobleza, Velázquez hizo valer que su familia en Sevilla, pasaba por noble, porque allí estaba exenta del impuesto a la carne, privilegio de la nobleza y el clero.

El Rey solicitó del Papa dispensa de probar nobleza. En virtud de sus derechos soberanos, Felipe IV otorgó en seguida a Velázquez condición de "hijo dalgo". El 27 de noviembre de 1659 recibió el hábito de manos del Conde de Niebla.

El 30 de julio de 1660 "comenzó a sentir grandes angustias y fatigas en el estómago y en el corazón". Visitóle por orden de su Majestad, don Alfonso Pérez de Guzmán, "El Bueno", Arzobispo de Tiro, Patriarca de las Indias. Hízole una larga plática, para consuelo espiritual.

Díaz del Valle registra en sus *Apuntamientos:*

"El viernes 6 de Agosto de 1660, no teniendo nada pendiente, después de recibir los Santos Sacramentos, a las tres de la tarde, dio su alma a quien para tanta admiración del mundo, lo había creado. . ." y añade: "Yo perdí en él un buen amigo, porque correspondía a mi voluntad".

Los restos del "pintor más pintor que jamás existió", "el rayo de sol de la pintura" a semejanza de El Greco "se perdieron sin dejar rastros".

CONTRADICCIONES DE OROZCO

(Fragmentos de un ensayo)

Por *Luis CARDOZA Y ARAGÓN*

QUISIERA decir algunas palabras más, nada contradictorias, sobre las contradicciones de Orozco y sobre el origen y la naturaleza de las mismas: sobre la unidad, la armonía, la identidad que las anima y rige.

Primero, preguntémonos si existen tales contradicciones. Y al responder descubrimos que algunas existen en nosotros en relación al pintor y no existen, con el mismo contraste, en el pintor. Claro que se contradice; pero no pocas son contradicciones según nosotros. Orozco es la coherencia creada por la unidad de sus múltiples contradicciones, la línea de su pensamiento, de su interpretación y su expresión. Hay perfecta coherencia entre su pasión y su obra. Encuentro en la desollada veracidad que nos transmitió en su pintura y en sus escritos que las emociones lo gobiernan, y lo aparentemente desmedido realmente lo vivió, lo sintió así. Le tocaron años de agonía, angustia y confusión. Muy sensible y dulce en el fondo, la realidad se le vuelve híspida, lo saca de quicio y nos representa el martirio, el caos, la furia, con un lirismo que condensa los aspectos más tétricos y dramáticos. La realidad la consideraba una pesadilla, y no sólo él sino muchísimos que la vivieron. Su sensibilidad no se regodea en ella: necesita descargarse de su dolor.

Hay unidad en la obra de Orozco: unidad que hoy se comprende mejor al leer los escritos, no sólo los destinados al público, sino también sus cartas, que empiezan a conocerse. Dentro de tal unidad hay afirmaciones equivocadas y bruscas de esa voz batalladora y urgida de verdad. No poco de lo que parece contradicciones de acuerdo con nuestro juicio, son afirmaciones dentro de una marea cada vez menos ignorada. La esperanza, a veces rota, el drama en que, dentro de la mayor gravedad, apunta la mueca grotesca, el desgarramiento de su desencanto o de su entusiasmo, lleva la marca de las fauces de sus panteras

expresionistas. Y de esa riqueza de pesadumbre y exaltación se alza su acento y su mesianismo que nos hace olvidar las imágenes que nos trazó de las fuerzas bestiales, de la avidez mezquina y la irracionalidad.

Cuando pensamos en el mural *Soldaderas,* en dibujos, aguatintas, litografías, en que además del paisaje recoge la tensión de México y nos expresa el pensamiento popular frente a la muerte, la vida y la lucha, en la serie *México en Revolución,* y luego oímos su risa despiadada, nos damos cuenta de que, justamente, en tal contraste se halla lo más personal de Orozco. No debe sorprendernos el ramalazo de ira naciendo junto a la ternura, y después de la ternura la más lóbrega tempestad. No hay contradicción en los contrastes, en los trazos de lo más agresivo y arrebatado, pugnaz y trágico, al mismo tiempo que brilla el arco iris. Su lógica es la de un pasional; su condición la de un alucinado. Que no sea la nuestra, es otro problema. Sólo quien no posee verdadera sensibilidad artística es incapaz de admirar la belleza que no aprueba su razón.

Su mexicanidad sobresale en los dos polos donde salta la descarga: ésta es su constante unidad. Naturalmente, de acuerdo con tal constante, con tal unidad hecha de contradicciones y para nada contradictoria, poco después abultará y afirmará lo contrario: las contradicciones contribuyen a crear su unidad y su coherencia al sobrepasarlas en la creación. ¿Qué importa las contradicciones reales y las imaginarias? Sin olvidar las contradicciones y posiciones que a veces son retrógradas, con su pintura comprueba que los conflictos que nos plantea no tienen otra solución sino la revolucionaria. Recordar *ante todo* las contradicciones reales o imaginarias y sus posiciones que a veces son retrógradas, es ignorar o soslayar la significación de Orozco. Nunca retrocedió ante sus contradicciones, y no sólo las hace suyas, sino que ellas, a su vez, lo engendran. Su magnitud se finca, como pedía Martí para "el Dante, el Lutero, el Shakespeare o el Cervantes de los americanos" en que "refleja en sí las condiciones múltiples y confusas de esta época, condensadas, desprosadas, ameduladas, por sumo genio artístico".

Al no más abrir la *Autobiografía,* en el prólogo de media página, lo contemplamos como fue y como aún no se le quiere ver. Se diría que se arrepiente de haber escrito; de que se exagera la importancia de su vida y comienza por querernos desanimar: "Entrego a la revista *Occidente* este somero relato de gran parte de mi vida. En él no hay nada de particular, ningu-

nas hazañas famosas, ni hechos heroicos, ni sucedidos extraordinarios o de milagros. Sólo las continuadas y tremendas luchas de un pintor mexicano por aprender su oficio y tener oportunidad de trabajar. Lo mejor de mi existencia se ha desarrollado durante la época llamada revolucionaria y en ésta ferozmente guerrera de convulsiones espantosas que muy bien pudieran terminar en parto de los montes, pero que de todos modos son de lo más divertido".

Unas cuantas líneas, dibujadas o escritas, y surge Orozco de cuerpo entero. Sepamos leerlo. Pienso en México al leer la brevísima introducción a la *Autobiografía.* Su acento está presente con severidad que se rompe de pronto en escepticismo. Sin embargo, escribió la *Autobiografía*, como todo lo suyo, con fervor. Y pintó y dibujó tanto que apenas nos iniciamos en su conocimiento.

¿La tónica mexicana es en voz baja, crepuscular? La otra tónica, siempre a punto de romper el sismógrafo, nos desconcierta. La tónica general, acaso, pero dentro de ella, las excepciones. Y dentro las propias excepciones, José Clemente Orozco con su gran rayo negro, desgarrada cumbre central en donde México se contempla con sus corrientes más remotas.

Al terminar el primer capítulo nos dice de la Academia: "Por todos estos medios y trabajando de día y de noche durante años, los futuros artistas aprendían a dibujar de veras, sin lugar a dudas".

"En la Academia había modelo gratis, tarde y noche, había materiales para pintar, había una soberbia colección de obras de maestros antiguos, había una gran biblioteca de libros de arte, de perspectiva, y, sobre todo, había un entusiasmo sin igual. ¿Qué más podía desear?"

Contagiado por ese entusiasmo y enriqueciéndolo con el de su vida —nunca se desanimó ante nada ni ante nadie, firme en la tarea de decir lo suyo— vio el mundo al borde de dar el paso que separa lo sublime de lo ridículo y afirmó su voluntad de ser. Orozco gestaba estas contradicciones con mesianismo iluminado. A veces se diría que se asombraba de su ambición y entonces se mofa de ella y de su mesianismo para constituir, partiendo de todas las pruebas, de todas las decepciones, la más clara y geométrica afirmación de México después de la pirámide de Teotihuacán.

Qué reciedumbre en su afirmación que neta se adelanta probada con los ácidos más corrosivos. "Imperaba el criterio aca-

démico: ya los antiguos llegaron a la perfección, ya hicieron todo lo que es posible hacer y sólo nos queda copiarlos e imitarlos servilmente. 'El dibujo florentino con el color veneciano'. Y si un pintor quiere hacerse modernista, que vaya a Montparnasse a tomar órdenes".

Orozco se formó, en gran parte, en la universidad de la calle —insustituible por su enseñanza superior, como Porfirio Barba Jacob llamaba a la lucha por la vida. Entre las cosas excepcionalmente afortunadas que le acaecieron —insisto en recordar— fue el haberse formado en su tierra y en contacto con su pueblo en años de convulsiones sociales. Tales circunstancias son decisivas para sus dotes y para definir su personalidad. Fue a Europa a los 50 años, una sola vez, menos de 3 meses, en 1932. Pasó el verano recorriendo Italia, Francia, Inglaterra, España. De aquel rápido viaje trajo viva la impresión del Greco, el Tintoretto y de los *Cartones* de Rafael que admiró en Londres. Y se vio mejor a sí y avanzó más seguro en el sentimiento y en el pensamiento de México.

El orgullo sereno con que habla de su pueblo bastaría para comprobarnos su certidumbre y su entusiasmo. Mezcla lo épico, lo dudoso y lo que ha claudicado con su sonrisa para que la lágrima se disimule: agridulce incisivo, de linaje tan diferente al europeo, como diferente era la cruenta asunción de su pueblo. En vez de glosar su voz, veamos la obra de esa época. En la voluntad de la expresión nativa se asienta una de las bases de la afirmación que es Orozco.

"¿Por qué habíamos de estar eternamente de rodillas ante los Kant y los Hugo? ¡Gloria a los maestros! Pero nosotros podíamos producir también un Kant o un Hugo. También nosotros podíamos arrancar el hierro de las entrañas de la tierra y hacer máquinas y barcos con él. Sabíamos levantar ciudades prodigiosas y crear naciones y explorar el Universo. ¿No eran las dos razas de donde procedíamos de la estirpe de los gigantes?"[1]

Luego muestra uno de los aspectos más constantes: la seguridad en su pueblo. Y mientras pensaba así en sus años mozos en la Academia, y al evocarlo en la *Autobiografía,* cuando ya había realizado mucho de su propósito, no dejaba en la sombra otra parte de la realidad y nacían los dibujos vindicadores. Y me pregunto ¿sus visiones atormentadas no corresponden a

[1] *Autobiografía,* página 24.

la realidad cotidiana? Vuelvo a recordar estas líneas al mismo tiempo que sus más angustiosos cuadros y dibujos, y descuella por encima de las contradicciones, la unidad forjada por ese batallar: "En todas las telas aparecía poco a poco, como una aurora, el paisaje mexicano y las formas y los colores que nos eran familiares". Así lo sintió y lo comprendió siempre: como una aurora.

"Para celebrar el primer centenario del Grito de Dolores, se organizaron grandes festejos y una exposición de pintura española". Orozco vuelve a recordar su fervor nacional. Un fervor que se respiraba, un fervor agudizado por el malestar de la bamboleante dictadura: "...pero, entonces nosotros protestamos ante la Secretaría de Instrucción: la Exposición española estaba perfectamente pero ¿qué no se nos daría nada a nosotros, mexicanos, cuya independencia era precisamente lo que se celebraba?"

"La exposición fue de un éxito grandioso, completamente inesperado. La española era más formal y pomadosa, pero la nuestra con todo y ser improvisada, era más dinámica, más variada, de más ambición y sin ningunas pretensiones. Ocupaba el patio entero, los corredores y todos los salones disponibles".

"La aventura no paró allí. Entusiasmados por el éxito, aceptamos una proposición del Doctor Atl: organizar inmediatamente una sociedad que bautizamos con el nombre de "Centro Artístico" y cuyo objetivo era conseguir del Gobierno muros en los edificios públicos, para pintar. ¡Al fin se realizaría nuestra ambición suprema! Tomamos en arrendamiento un local en el segundo piso de una casa en la calle de Monte de Piedad, y la inauguración fue celebrada ruidosamente con unos maravillosos macarrones a la italiana cocinados por el Doctor Atl en latas vacías de petróleo y ríos de cerveza servidos por una cervecería a cambio de unos cartelones de anuncio".

"Pedimos a la Secretaría de Instrucción el Anfiteatro de la Preparatoria, recién construido, para decorar los muros. Nos fue concedido; nos repartimos los tableros y levantamos andamios".

"La gran exposición de pintura mexicana había tenido lugar en septiembre de 1910. Empezamos a hacer preparativos para la pintura mural en noviembre siguiente. El día 20 estallaba la Revolución. Había pánico, y nuestros proyectos quedaron arruinados o pospuestos".[2]

---

[2] *Autobiografía.*

Orozco entra a periódicos de oposición al régimen maderista y hace dibujos políticos. En la plana mayor de los maderistas que ridiculizaba nos pone a uno de los héroes futuros, a Zapata, que se rebeló después contra Madero y cuya dimensión histórica muy contados intuían entonces. Lo de Zapata, en aquellos días, no era nada fácil comprenderlo. Aún años después, parte de la izquierda más definida, no se había formado una idea justa: los testimonios son abundantes. Sobre Madero, con todo y sus vacilaciones y su resistencia u oposición a las reformas que reclamaba el país, atacarlo entonces, después de su reciente triunfo, evidentemente no era servir a la Revolución. Y nos encontramos con una de las declaraciones desorientadoras de Orozco, como si volviese la espalda, de repente, a sus mejores afanes: "Así como entré a un periódico de oposición podía haber entrado a uno gobiernista, y entonces los chivos expiatorios hubieran sido los contrarios. Los artistas no tienen ni han tenido nunca "convicciones políticas" de ninguna especie, y los que creen tenerlas, no son artistas".

"El episodio maderista —nos dice a renglón aparte—, Revolución a medias, era pura confusión e inconsecuencia; lo demás fue lo mismo y quedó todo igual que antes".

"Las ideas de rebeldía de los jóvenes pintores de 1910 continuaban en plena fermentación, grandemente estimuladas por el estado general de desorden político en que se encontraba el país".

"Revolución a medias" afirmaba Orozco, juzgando políticamente, expresando "convicciones políticas", porque "todo quedó igual que antes". Por ello surgiría la figura universal de la Revolución Mexicana, Emiliano Zapata.

No nos engañemos con eso de que bien pudo estar en un lado o en otro; con aquello de que los artistas "no tienen ni han tenido nunca 'convicciones políticas' de ninguna especie, y los que creen tenerlas no son artistas".[3] Aun la indiferencia es ya una posición política. La plástica y sus escritos, su propia vida, desmienten sus palabras. Tales afirmaciones lamentables no son definiciones de ser artista, sino de ser contradictorio en el concepto en que hemos comprendido sus contradicciones. Y aunque se comprendan, no por ello dejan de ser contradicciones. Sí son ¿y qué? "La obra de arte es el resultado de esta lucha de elementos contradictorios de un mundo, de una sociedad en

[3] El entrecomillado es del propio Orozco.

un hombre, de las contradicciones mismas de ese hombre".[4] En todo caso, poco nos importan las contradicciones si nos dejó obras henchidas de fervor de México. Además es patente en su pintura y en sus escritos la aseveración antiformalista definidora de la naturaleza ideológica del arte y de la unidad de forma y contenido. No importa mucho que otros se hayan o no contradicho. Lo penoso, lo que importa, es que no nos hayan legado otra notable: su pintura sin contradicciones, tirada a cordel como las calles, desmedrada y sin pasión, nada o poco significa.

Orozco creó formas para asentar la Historia en ella; formas en cuya esencia se detiene lo transitorio y se condensa lo informe, lo huidizo y a la deriva. No embellece la realidad, ni en lo mediocre nivela lo real inventado por su imaginación con la realidad misma. La realidad no es realista sino poética. Y la poesía no es poética sino realidad. Goza y sufre con el pueblo no sólo por saber lo que hace sino por sentir lo que sabe, y excede el marco de su clase —pequeña burguesía— y nos da su testimonio, contribuyendo así a la lucha emancipadora, aunque no pertenezca a filas determinadas.

Refiriéndose a la pintura mural escribió en la *Autobiografía:* "Hasta los errores que cometió fueron útiles. Rompió la rutina en que había caído la pintura. Acabó con muchos prejuicios y sirvió para ver los problemas sociales desde nuevos puntos de vista". Su partido fue el pueblo mexicano y cuando lo hiere por amor se hiere a sí. Se niega con sus declaraciones sobre las ideas políticas en el artista, y con la negación afirma su perfil acerado y contradictorio.

La opinión sobre las ideas políticas en el artista sería torpe si no fuese tan pueril. En tal caso, muy particular, creo que nace por móviles precisos: se refiere a la disputa sobre el maderismo, que no ha concluido. Don Francisco I. Madero, según algunos juicios, fue la gran figura histórica para breve y determinado momento. La tarea, después de derrocar al general Porfirio Díaz, superaba a la visión del Presidente Madero.

Orozco vivió el debate. Los problemas se los planteaba con un carácter de integridad absoluta que en los terrenos políticos no siempre es posible exigir, y menos en los años en que un nuevo orden de cosas echaba sus cimientos. Las pendulaciones del régimen maderista causaron desazón a su romanticismo. El

[4] Louis Aragón, *Pour un realisme francais.*

choque de la realidad con su idealismo es constante de su vida y se agudiza en los años de *México en Revolución.* Bajo este signo de romanticismo revolucionario creó lo mejor de su pintura, torturado por elementos opuestos. Por lo general, la visión es como una manera de libertarse, agobiado por la realidad que niega la idealizada imagen suya, que se opone a ella y nunca se da por vencida. Obra en la que se palpa —a veces dentro de la propia preocupación por las magnas cuestiones colectivas— incertidumbres y angustias metafísicas. Una exaltación provocada por su romanticismo y su generosidad. Y pinta motivos en que trasciende la insolencia dolorosa del poeta maldito del XIX, con pronunciadísimas altas y bajas de tal sensibilidad y comprensión, que crean en él la diversidad de las representaciones.

La persistencia del mismo buen resultado suele antojárseme una forma de pereza mental semejante a la persistencia en el error. Repetirse es dejar de ser con plenitud, empezar a ya no ser. Nadie puede confundir una veleta y un dogma. La extrema movilidad y el extremo estatismo se tocan. Es poco defender el derecho a contradecirse: nada más natural si hay inquietud, sinceridad y talento. Y no sólo es un derecho; puede ser un deber. Un dogma es una veleta sin viento. En Orozco la fidelidad a las esencias mexicanas contradice sus aserciones sobre las ideas políticas del artista. Su contradicción dibuja su temperamento, su novedad raigal. Y si no perteneció a partido alguno, perteneció por entero a su pueblo y a su época y fue su mayor creador en las artes visuales. Los conceptos en él no son sistematizados. Carecen de orientación definida dentro de un sistema ideológico. Por otra parte, la corrección ideológica no sólo no basta sino hasta puede ser ajena a una buena pintura. ¿Sentir así no le aleja del prosaismo de lo que no es fruto de una inspiración propia? No descuidemos las peculiaridades de su psicología: hombre de nobles arrebatos, en él imperaron las exigencias de su personalidad. Niega por congoja y al negar afirma lo negado, asentada en su incertidumbre su fe agónica. No le preocupó que se le clasificara dentro de tal punto de vista estético o sociopolítico. ¿Romántico, realista, religioso, revolucionario, expresionista, liberal, anarquista, reaccionario? Todo a la vez y lo que se descubra más tarde. El mundo imprevisible, renovado y manante, de la obra de arte. Saber, gozar, ser uno mismo: la lealtad a los otros está hecha, en primer término, de esa lealtad a sí mismo.

EL NACIONALISMO CULTURAL EN LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Por *Gustavo CORREA*

El nacionalismo se presenta en las sociedades modernas como un fenómeno de una peculiar complejidad, cuya índole y características han sido examinadas igualmente por historiadores, sociólogos, economistas, estudiosos de la ciencia política, filósofos, antropólogos y sicólogos. Las numerosas definiciones y explicaciones que se han dado del fenómeno, lo mismo que los varios ensayos de clasificación topológica que se han propuesto, son el resultado de la diversidad de enfoques de estas varias disciplinas. En la ciencia política, por ejemplo, Max Silvius Handman nos ha hablado de un *nacionalismo de opresión*, un *nacionalismo irredento*, un *nacionalismo previsivo* y un *nacionalismo de prestigio*.[1] Carlton J. H. Hayes nos ha presentado tipos de nacionalismo que corresponden en términos generales a etapas de evolución histórica, social, económica y política: *nacionalismo humanitario*, *nacionalismo jacobino*, *nacionalismo tradicional*, *nacionalismo liberal*, *nacionalismo integral* y *nacionalismo económico*.[2] El historiador Hans Kohn ha señalado dos formas de integración nacionalista que obedecen tanto a una evolución histórica como a una determinación de carácter geográfico.[3] Tal el nacionalismo occidental propiamente dicho ejemplificado por Francia, Suiza, los Países Bajos, Inglaterra y demás países de habla inglesa, y el que se halla fuera de esta órbita histórica y cultural incluyendo al centro de Europa (Alemania), Asia y en el cual deberían quedar situados los países

---

1 MAX SILVIUS HANDMAN, "The Sentiment of Nationalism," *Political Science Quarterly*, XXXVI (1921), 107-114.

2 CARLTON J. H. HAYES, *Essays on Nationalism* (New York, 1928) y *The Historical Evolution of Modern Nationalism* (New York, 1931).

3 HANS KOHN, *The Idea of Nationalism* (New York, 1951) y *The Twentieth Century* (New York, 1949).

hispanoamericanos. En otra esfera de conceptos Rudolf Rocker se ha referido a las nociones de "pueblo escogido", "destino misional" y "reino perdido" como algunos de los mitos que guían los programas nacionalistas.[4] De la misma manera, Boyd C. Shafer ha insistido en las características místicas y religiosas del nacionalismo y ha indicado la creación de un lenguaje particular en el cual se manifiesta.[5]

Desde luego estos diversos tipos de nacionalismo o conceptos y mitos nacionalistas pueden hallar su expresión en la literatura de un país o conjunto de países. Con todo, lo que caracteriza a una literatura es el constituir uno de los índices espirituales y artísticos de una cultura dada en un momento determinado de su historia. Un enfoque cultural propiamente dicho en el estudio del nacionalismo nos permitiría situarnos en el interior de un sistema cultural para examinar los elementos que intervienen en su estructuración y conformación simbólica. En la evolución de una cultura la reafirmación nacionalista equivaldría a momentos de plenitud y fuerza del sistema, o, por el contrario, a etapas preliminares de actividad integradora en las cuales lo característico sería el afán de dotar al sistema de valor significativo. Estas dos fases se expresarían en dos formas distintas de nacionalismo cultural. En el primer caso el vigor, la saturación y la efectividad del sistema provocaría un desborde de energía espiritual que se traduciría en un sentido misional de la cultura, con tendencia a imponer esta última a grupos cada vez más extensos de personas por procedimientos de expansión cultural en una estructura significativa de símbolos. Esta última etapa estaría caracterizada por la búsqueda de la cultura y correspondería en última instancia a la definición ontológica del ser en un plano igualmente individual y colectivo.

En el caso concreto de los países hispanoamericanos su nacionalismo cultural correspondería a esta etapa preformativa de cohesión cultural y su literatura representaría uno de los vehículos adecuados de este proceso integrador. La trayectoria de esta literatura desde la Independencia hasta el presente se identificaría así con la marcha sucesiva de la cultura hispano-

---

[4] Rudolf Rocker, *Nationalism and Culture* (Los Angeles, 1937).

[5] Boyd C. Shafer, *Nationalism: Myth and Reality* (New York, 1955).

americana para constituirse en un sistema significativo de integración simbólica.[6] El signo distintivo de este proceso cultural es su carácter continental, ya que supera los brotes exclusivamente nacionalistas de países individualizados. Su rasgo definidor es su mismo carácter *extranacionalista* en cuanto se resuelve en una fórmula de americanismo cultural con modalidades diversas según los países en donde opera. El nacionalismo literario cobra, por esta razón, en Hispanoamérica la forma de un *americanismo literario.*

Podemos advertir varios aspectos y etapas en este proceso continuado de definición cultural. La primera fase es la del fervor patriótico de los nuevos países que hallan por primera vez un puesto en el concierto de las demás naciones de la tierra. El sentimiento de la patria nace y se configura al mismo tiempo que se pelea en el campo de batalla. La actitud violentamente antiespañola del momento culmina en una literatura de exaltación de la gesta americana y de las grandes figuras que intervinieron en ella como Boilvar y San Martín. La más famosa de todas las composiciones patrióticas, la oda "A la victoria de Junín", tiene un claro acento americanista. En ella aparece el libertador Bolívar como genio de la guerra presidiendo desde el pedestal de los Andes el destino glorioso de las comunidades hispanoamericanas bajo la sombra del antiguo emperador inca Huayna-Capac. Aunque la literatura que expresa este nacionalismo patriótico es característica de la época de la Independencia sus manifestaciones se encuentran a todo lo largo de la vida hispanoamericana. En el siglo XIX sobresalen el *Romancero nacional* de Guillermo Prieto y los cantos de Juan Cruz Valera a las glorias de San Martín en la Argentina. De 1877 y 1878 respectivamente son las odas "El nido de cóndores" y "San Martín" del argentino Olegario Víctor Andrade como un tributo a la máxima figura libertadora de su país. En todos los países

[6] Un sistema de cultura ha sido definido según ciertos antropólogos como un complejo de instituciones que tienen un sentido funcional (Bronislaw Malinowski, "Culture", en *Encyclopaedia of the Social Sciences,* IV, 621-645) o como una configuración de formas estéticas (Ruth Benedict, *Patterns of Culture,* New York, 1934, 1-51), o, según ciertos filósofos, como un sistema de símbolos (Ernst Cassirer, *An Essay on Man,* New Haven, Conn., 1944, 63-71), o aún, según algunos sociólogos como una integración de tipo lógico-significativo (Pitirim Sorokin, *Social and Cultural Dynamics,* New York, 1937, v. I, 7-53).

abunda una literatura de himnos, canciones a la bandera y otra clase de composiciones patrióticas.

Una fase de especial significación en la historia del americanismo literario es la representada por el movimiento de independencia intelectual de Hispanoamérica. Paralelamente a la creación política y geográfica de nuevas naciones se impone la urgencia de reafirmar una entidad cultural que justifique en forma digna y elevada las nuevas divisiones políticas. El venezolano Andrés Bello señaló en su silva "Alocución a la poesía" la ruta que deben seguir los hispanoamericanos en su independencia espiritual del viejo continente:

Tiempo es que dejes ya la culta Europa
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo a donde te abre
el mundo de Colón su grande escena.

Consecuente con su espíritu de americanidad en oposición al europeo, el mismo Bello en su "Silva a la agricultura de la zona tórrida" invita a las "jóvenes naciones" a que contemplen la fecundidad y belleza de la tierra americana, estimulándolas para que con el trabajo y el cumplimiento del deber se hagan acreedoras al dictado de la inmortalidad en la comunidad de las naciones de Occidente. Su llamado cultural, en cuanto implica rechazo de lo europeo, es el signo de alerta para la formación de una cultura de genuinas raíces americanas.

El movimiento romántico en Hispanoamérica representa una nueva fase en la historia del americanismo literario, en cuanto se halla encaminado a encontrar temas genuinamente americanos. El romanticismo descubrió el paisaje americano e incorporó en la literatura un ambiente y formas de vida autóctonas. Ya hacia el año de 1820 el cubano José María Heredia nos había presentado en el poema *En el Teocalli de Cholula* una visión del paisaje mexicano y de la nación azteca. Pero fue el argentino Esteban Echevarría quien encauzó este movimiento que él mismo había importado de Europa hacia la autoexpresión nacional con bases en la historia y geografía de su pueblo. En su poema *La cautiva* se propuso descubrir la pampa con sus peculiaridades telúricas y geográficas y sus tradicionales gauchos que papel tan importante habían de desempeñar en la formación de una conciencia nacional argentina.

El ejemplo del romanticismo argentino fue seguido en todos los países y cobró formas diversas. Una de ellas fue el descubrimiento y culto del hombre nativo de la América, si bien en la forma idealizada del *hombre natural*. El tema del indígena fue particularmente favorecido y apareció en numerosas novelas, dramas y composiciones poéticas en el siglo XIX. De toda esta producción de indianismo idealizado se destaca la novela *Cumandá* (1879) del ecuatoriano Juan León Mera. En la Argentina proliferó la literatura gauchesca de tipo legendario hasta convertirse en robusta tradición literaria a través de escritores como Hidalgo, Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Hilario Ascasubi, Rafael Obligado y algunos otros. La concepción romántica del gaucho dio su obra maestra en el *Martín Fierro* de José Hernández, considerado con razón como el poema nacional de la Argentina.

El romanticismo deja, por consiguiente, un saldo positivo en el movimiento de americanización de la literatura proclamada en forma doctrinaria por Echevarría en su libro *Dogma* y en el prólogo a su poema *La cautiva*. La actitud de Echevarría, rectifica, sin embargo, la posición de Bello de un antieuropeísmo esencial. Al rechazar la tradición hispanocriolla y aceptar las influencias europeas, particularmente la de Francia, iniciaba el *afrancesamiento*, el cual ha constituido una de las tendencias más vigorosas y duraderas en la literatura hispanoamericana. Generaciones sucesivas de escritores hispanoamericanos tomaron a Francia como guía, ejemplo y modelo de sus creaciones. La influencia se hizo sentir también a través del realismo y del naturalismo, particularmente en la novela.[7] Pero donde el espíritu galo llega a su mayor grado de saturación es en el modernismo, que se mantuvo vigente por un espacio de treinta años (1880-1910), y el cual puede ser considerado como el movimiento literario de mayor trascendencia en la América Hispana. La actitud de afrancesamiento parece constituir a primera vista una clara negación de todo intento de diferenciación nacional y definición de la personalidad. Sin embargo, el afrancesamiento,

---

7 Para la influencia francesa del realismo y naturalismo en la novela, véase el artículo de Max Henríquez Ureña "Influencias francesas en la novela de la América española" en *La cultura y la literatura Iberoamericanas*. Memoria del Séptimo Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (Berkeley, California, 1955), 107-116.

como lo ha demostrado muy bien Alberto Zum Felde, constituye un elemento de polarización de la mentalidad hispanoamericana hacia normas universales de cultura, representadas en forma eminente por la herencia francesa.[8] Según este mismo crítico, la cultura hispanoamericana del futuro habrá de superar en su sentido de universalidad a la francesa, depositaria a través de su historia, de los esquemas clásicos grecolatinos. El proceso de afrancesamiento, que en el fondo constituía una tendencia ingénita hacia la universalización, significaba, por consiguiente, para la cultura hispanoamericana un camino de autodefinición cultural que aún está en vía de cumplirse. La plena conciencia de este germen universalizante de potencial desarrollo en el futuro encontró su exacta expresión en la famosa doctrina del arielismo hacia el año de 1900. *Ariel* señalaba el camino de la *latinidad* frente a la creciente invasión cultural de tipo anglosajón que había cobrado la forma de un utilitarismo pragmático en los Estados Unidos de Norteamérica. El libro de Rodó era un evangelio de americanismo con un vigoroso sentido ético y misionario y constituía un *llamado* a la juventud hispanoamericana como imperativo de conducta. La defensa de la latinidad no sólo creaba un arquetipo misional hacia el futuro, sino que incitaba a la reintegración de todas las facultades espirituales del hombre para llevar a cabo dicha misión. Su evidente sentido nacionalista, o más bien americanista, se perfilaba como una actitud de definición cultural, en cuanto aceptaba el elemento de universalidad como ingrediente específico de la cultura hispanoamericana. La influencia de Rodó tuvo profundos efectos en los primeros veinticinco años del presente siglo. El modernismo acogió el credo arielista de la latinidad, pero le dio un sesgo hispanizante a través de Rubén Darío, el más egregio representante de la escuela. En poemas como *Salutación al optimista* y *Canto a la Argentina* el poeta proclama las virtudes, vigor y fuerza de las "Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda". En algunos otros como *A Roosevelt* denuncia el imperialismo yanqui y lanza una voz de alerta a los Estados Unidos. En otros, sin embargo, como en *Salutación al águila* proclama una posible unión entre el cóndor andino y el águila norteamericana. Tanto el modernismo como el arielismo reafir-

---

[8] Alberto Zum Felde. *El problema de la cultura americana* (Buenos Aires, 1943).

maban el concepto de una gran patria hispanoamericana y daban sentido unitario a la cultura de Hispanoamérica.

El arielismo y el modernismo con su aspecto de universalidad significaron un alejamiento parcial de los temas puramente americanos. Sólo en ciertas manifestaciones esporádicas del modernismo hubo un intento de expresión americanista como en la poesía de José Santos Chocano y en la prosa retorcida de Leopoldo Lugones en la *Guerra gaucha.* Superado el fervor modernista la literatura hispanoamericana encontraba tema de renovada inspiración en la voz auténtica de la tierra y el hombre americano. La llamada *novela de la tierra* como *La vorágine* (1928) del colombiano José Eustasio Rivera y *Doña Bárbara* (1929) y demás novelas de Rómulo Gallegos eran una expresión genuina de americanidad. Por su parte, los movimientos nativistas que cristalizaron entre los años de 1925 y 1930 superaban la actitud idealizada y pintoresca del romanticismo. Ahora el hombre americano se presentaba en su descarnada desnudez realista o adquiría en otras manifestaciones una conformación de carácter simbólico o de nostálgica mirada hacia el pasado. Algunos de estos movimientos aparecían vinculados a doctrinas de reinvindicación social, política y económica. En el Perú, el *indigenismo literario* que había hecho su aparición a fines del siglo pasado en la poesía de González Prada y la novela de Clorinda Matto de Turner, incorporaba en su seno los programas sociales y económicos del *APRA.* La revolución interna que proclamaba este partido político y la denuncia que hacía de los tradicionales explotadores del indio peruano se convertía así en materia de novela. El nacionalismo más explícito de esta literatura aparecía en la forma de denuncia de las compañías explotadoras extranjeras. Algunas de las más conocidas novelas de este grupo como *Tungsteno* de César Vallejo y *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría en el Perú, *Huasipungo* de Jorge Icaza en el Ecuador, y más recientemente *Entre la piedra y la cruz* de Mario Monteforte Toledo en Guatemala, llevan un fuerte acento de antiimperialismo. Sin embargo, la novela antiimperialista propiamente dicha brotó en la zona geográfica del Caribe, como resultado de la penetración económica de los Estados Unidos en esta región de Hispanoamérica. Algunas de las más representativas son *Sangre en el trópico* de Hernán Robleto y *Cosmapa* de José Román en Nicaragua; *Manglar* y *Puerto Limón* de Joaquín Gutiérrez y *Mamita Yunai* de

Carlos Luis Fallas en Costa Rica; *Juan Criollo* de Carlos Loveira y *Las impurezas de la realidad* de Juan Antonio Ramos en Cuba; *La llamarada* de Enrique Laguerre en Puerto Rico; *Canal Zone* de Demetrio Aguilera Malta en Panamá; *Mene* de Ramón Díaz-Sánchez en Venezuela; *El metal del diablo* de Augusto Céspedes en Bolivia.

El indigenismo literario no se presentaba únicamente en su aspecto de reivindicación social, sino que llegó a adquirir formas de romántica reconstrucción de épocas pasadas. En la novela y poesía se recreaba en forma artística, a base de los descubrimientos arqueológicos del presente siglo, la vida de las grandes culturas incaica, maya y azteca. En los libros *Los hijos del sol* (1921) de Abraham Valdelomar y *El pueblo del sol* (1924) de Augusto Aguirre Morales en el Perú, las *Leyendas de Guatemala* (1930) de Miguel Ángel Asturias en Guatemala, *La tierra del faisán y del venado* (1934) de Antonio Mediz Bolio, y *Amerindmaya* (1938) y *El alma misteriosa del Mayab* (1934) de Luis Rosado Vega en la provincia de Yucatán en México, encontramos en forma vívida un muestrario de tradiciones, ritos, ceremonias, costumbres y formas plásticas precolombinos. En esta reconstrucción artística podemos sorprender un despertar del arquetipo mítico del "reino perdido", a la vez que un empeño oculto o deliberado de forjar símbolos que expresen en forma cabal el sentido auténtico de la nacionalidad. El indio adquiere en esta clase de literatura una categoría simbólica con aptitud para expresar un sector oculto del alma nacional. Una tercera vertiente literaria indigenista, derivada de la investigación antropológica de campo, muestra al indio en pugna e interacción, al mismo tiempo, con la tradición hispanocriolla de los blancos y mestizos. La escisión tajante en una cultura de origen europeo y una cultura de características indígenas se presenta como una verdadera *problemática cultural*, en cuanto trata de encontrar fórmulas adecuadas para una futura integración de culturas, dentro del marco de la nacionalidad. Las novelas *Entre la piedra y la cruz* (1948) y *Donde acaban los caminos* (1953) de Mario Monteforte Toledo en Guatemala nos revelan las dos zonas culturales del país en proceso activo de reajuste, pugna e integración.

En el plano de la conformación de símbolos nacionales encontramos también el cholismo literario de particular raigambre en el Perú, cuyo sentido nacionalista es el de erigir la simbiosis

racial de la raza blanca y la indígena en una categoría de esencia nacional. En la Argentina el gaucho fue erigido en símbolo humano de la argentinidad a través de la novela *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes. La poesía negra de Nicolás Guillén, Ramón Guirao y Emilio Ballagas en Cuba, y la de Luis Palés Matós en Puerto Rico crearon una serie de coordenadas culturales nativistas en la región de las Antillas.

A través de todos estos movimientos nativistas,[9] los cuales aún dejan sentir sus efectos, el hombre autóctono del Continente Americano entró a ser ingrediente activo y sustancia de arte en la marcha hacia una integración de culturas. No bastaba proclamar en fórmulas defensivas y de carácter misional la tendencia universalizante de la cultura hispanoamericana. Era necesario descender en forma casi documental a los datos concretos de la geografía, la historia y el hombre del Continente. De esta sumersión en la matriz nativa surgieron símbolos de validez al mismo tiempo nacional y americana.

Las corrientes nativistas prepararon asimismo el terreno para el movimiento de autodefinición ontológica que se ha perfilado en los últimos años en una abundante literatura ensayística en algunos países de la América. Esta etapa iniciada hacia el año de 1930 se encuentra en pleno desarrollo y se ha aplicado al descubrimiento de las esencias sicológicas y fenomenológicas de la nacionalidad. La búsqueda de lo mexicano, lo argentino, lo peruano, etc., cobra la forma de un esfuerzo introspectivo de definición cultural. A base de los datos concretos de la geografía, la historia y el hombre, los escritores de este movimiento penetran con una metodología rigurosa en el fondo mismo de la problemática cultural, tratando de formular una caracterología nacional y de fijar el significado de los ingredientes culturales que intervienen en cada caso en la constitución de lo nacional. El movimiento cobra plena validez en México con la publicación de *El perfil del hombre y la cultura en México* por Samuel Ramos, en el año de 1934, y se continúa en forma ac-

---

9 Los movimientos nativistas han sido definidos desde el punto de vista antropológico de la siguiente manera: "Any conscious, organized attempt on the part of a society's members to revive or perpetuate selected aspects of its culture," Ralph Linton en *American Anthropologist*, XXXXV (1943), 230. Según este punto de vista los movimientos nativistas pueden presentar el carácter de *reconstrucción y supervivencia* de épocas pasadas *(revivalistic)* o cobrar el sentido de *perpetuación* de elementos culturales tradicionales.

tiva con otra serie de publicaciones como *El laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz, *Los grandes momentos del indigenismo en México* (1950) de Luis Villoro, y los ya numerosos ensayos de Leopoldo Zea: *El problema de la cultura americana* (1943), *Dos etapas del pensamiento hispanoamericano: del romanticismo al positivismo* (1949), *Conciencia y posibilidad del mexicano* (1952), *América como conciencia* (1954). Los libros de Zea plantean en particular el problema de la mexicanidad como una forma especial de la americanidad e insisten en las características occidentales y por tanto universalizantes de los datos que presenta lo estrictamente nacional. El movimiento es, pues, de alcance americanista con vastas repercusiones en todo el Continente. En la Argentina la interpretación nacionalista de su literatura por Ricardo Rojas en su voluminosa obra *La literatura argentina* y sus ensayos de tipo también nacionalista como *El profeta de la pampa* y el *Santo de la espada* que relatan con un acento místico y profético las vidas de Sarmiento y San Martín, sirven de fondo a la afanosa búsqueda de la argentinidad en escritores más recientes. Carlos Erro en *Medida del criollismo* (1929), *Tiempo lacerado* (1936) y *Diálogo existencial* (1937) discurre sobre la esencia del criollismo o argentinidad en su relación íntima con el problema más vasto de la americanidad. Los libros de Ezequiel Martínez Estrada *Radiografía de la pampa* (1932) y *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1950) bucean en las interioridades del alma argentina y ensayan una medida del mito arquetípico del gaucho para la conciencia de la argentinidad. En terreno similar se coloca Eduardo Mallea con su *Historia de una pasión argentina* (1935), quien traslada su preocupación de la argentinidad a novelas como *Bahía del silencio* (1940) y *Todo verdor desaparecerá* (1941). Otros ensayistas de la misma dirección son Bernardo Canal Feijoo con su *Teoría de la ciudad argentina* (1951), Leopoldo Marechal con *Adam-Buenos Aires* (1948), Romualdo Brughetti con *Descontento creador* (1943) y Jorge Luis Borges con su libro *Inquisiciones*. En el Uruguay se destaca Alberto Zum Felde con su libro ya citado en el cual explora el sentido americanista de la cultura. En el Perú la búsqueda de la peruanidad ha descansado más sobre coordenadas de tipo social y geográfico como lo revelan *La ruta cultural del Perú* (1945) de Luis E. Valcárcel, y *El hombre continente* (1939) de Antenor Orrego. Con la misma tendencia geográfica apare-

cen en Bolivia los libros de Fernando Díez de Medina *El velero matinal, El hechicero del Ande, Thunupa* y *Nayjama*. En el Paraguay Natalicio González persigue una línea sociológica e histórica en su *Proceso y formación de la cultura paraguaya* (1940) y en Chile Benjamín Subercaseaux sigue el camino de lo geográfico en Chile o una loca geografía (1940). Las bases de lo histórico y sociológico son también evidentes en los colombianos Luis López de Mesa con su *Disertación sociológica* y Germán Arciniegas con sus numerosos libros de fondo marcadamente histórico.

Al llegar al final de esta inquisición sobre el camino que ha tomado el nacionalismo en la literatura hispanoamericana podemos llegar a varias conclusiones. En primer término, cabría afirmar que el nacionalismo de la literatura hispanoamericana se confunde en todo momento con el concepto más amplio de americanismo literario. Los brotes exclusivamente nacionales, cuando han existido, sólo cobran sentido dentro del esquema unitario de la americanidad. En segundo término, podemos observar que el movimiento de americanismo ha pasado por etapas varias como la de exaltación patriótica, la de independencia cultural, la del cultivo de temas americanos, la de un consciente y virtual afrancesamiento, la de proclamación de un sentido misional a través del concepto de la latinidad, la de recuperación de los datos concretos del Continente Americano a través de los movimientos nativistas, y, finalmente, la del examen introspectivo de las esencias de lo diferenciador americano. Estas diversas etapas se presentan en general en sucesión cronológica y corresponden a momentos culturales diversos en la historia de los países hispanoamericanos. Podemos, igualmente, discernir reactivos varios que en algunas ocasiones han ayudado a definir estas varias actitudes. En la primera etapa, la de exaltación patriótica, encontramos lo americano en pugna con lo español y se piensa en una *despañolización* del Continente. La independencia intelectual de Bello se resuelve por una *deseuropeización*. El romanticismo incorpora nuevamente lo europeo, pero desecha la tradición hispánica. El arielismo polariza la latinidad en esquemas franceses de pensamiento, frente a la inmanente invasión de influencias anglosajonas. El modernismo concuerda con el curso marcado por el arielismo, pero en algunas de sus manifestaciones incorpora la tradición hispánica. El nativismo reafirma el postulado de la independencia cultural. En

la etapa en que nos encontramos el alma americana se repliega sobre sí misma para conocerse en sus posibilidades y en su esencia y situarse en condiciones de expresarse en esquemas universales. En esta etapa el americanismo se convierte propiamente en americanidad y ésta en impulso ansioso hacia la universalidad. La trayectoria de vaivenes, rectificaciones, indecisiones y ahondamiento revela su sentido claro: el afán de encontrar la ruta de la propia realización y de llegar a una integración cultural que defina en forma nítida la cultura de Hispanoamérica. De ahí que el camino recorrido hasta el presente corresponda solamente al proceso preformativo de un sistema de cultura que aún marcha a la conquista de su final plenitud. En la etapa del futuro, la América Hispana se habrá encontrado a sí misma, y en sus características esenciales de extranacionalismo y de universalidad. el mundo podrá contemplar la cultura del porvenir.

¿ESTÁ EN CRISIS EL TEATRO ESPAÑOL?

Por *Juan R. CASTELLANOS*

AUNQUE hoy se nos dice que "es de mal gusto, casi cursi, hablar de la decadencia del teatro", no faltan los lamentos de cuantos opinan que el teatro español está en franca decadencia. Hasta en las páginas de *Hispania* (órgano de la Asociación de profesores de español en los Estados Unidos) han aparecido reportajes descorazonadores —en gran parte basados en las jeremiadas de Sáinz de Robles— sobre el lamentable estado de este teatro.

Pero de la decadencia del teatro se ha venido hablando, en todo el mundo, desde hace ya años. La crisis actual no es la primera ni será la última. Hay sin embargo críticos españoles que, sinceramente, creen que el teatro en España "nunca alcanzó un estado tan deprimente, encogido y jurdano como ahora". Este es el criterio de un tal Sergio Vela, quien en 1954 añadía: "Yo, la verdad, no sé qué hacer, ni sé tampoco qué decir; pero lo cierto, lo tremendamente cierto, es que el panorama teatral madrileño —y, en general, el panorama español— es desolador. O sea, que el teatro al uso es mediocre. Es decir, pasa por un período de decadencia agudísima".

Las causas de esta crisis son, para estos críticos pesimistas, de índole varia. Para unos reside en la falta de autores inteligentes y de actores fervorosos y bien preparados; para otros, en que la gente ha perdido el hábito de ir al teatro y ha encontrado nuevos modos de entretenimiento; un tercer grupo atribuye la crisis a la situación económica: alto precio de las entradas, por un lado, y egoísmo de los empresarios que se niegan a poner en escena obras que no prometan una buena media económica, por el otro.

Pero no obstante el pesimismo de los más, empiezan a escucharse algunas notas de optimismo. Ramón Sender, por ejemplo, llega a declarar que "el teatro es uno de los géneros en que siempre hemos sido ricos, aunque nunca tanto como ahora. . . ;

tenemos cinco autores de primer orden, lo que no ha sucedido en el período romántico ni en el clásico". Este aserto de tono ditirámbico lo vemos, en parte, confirmado por quienes desde España nos aseguran que el teatro "se renueva", y que la prueba de ese resurgimiento está en la apertura de nuevos locales.[1] Para el redactor de la revista *Teatro* es de más importancia la apertura de nuevas salas que "la genialidad de las obras, los alardes escenográficos o los divismos interpretativos".[2] En suma, hay ya bastante españoles convencidos de que el teatro va resurgiendo y que "sus dificultades se van solucionando con el renacimiento de la zarzuela y con el advenimiento de una nueva generación de escritores".

A lo anterior habría que añadir la curiosidad que de nuevo siente el público por ciertas obras y el interés del Estado en cultivar esta forma de entretenimiento: celebración de concursos teatrales, adjudicación de premios a los autores noveles, y concesión de subvenciones a compañías y empresarios dedicados al desenvolvimiento de ciertos géneros.[3] Asimismo sirve de opti-

---

[1] Los cuatro teatros a que nos referimos son: el antiguo teatro de la Zarzuela y el cine Goya, ambos adquiridos por la SGAE (Sociedad General de Autores Españoles), el primero para ser dedicado al género lírico, principalmente de zarzuela, y el segundo al género dramático; el teatro Eslava, que inicia su segunda época después de años de cierre, y el Teatro-Club Recoletos fueron recuperados para la escena gracias a los esfuerzos de algunos actores y otros amantes del teatro.

[2] Véase *Teatro,* Nº 20 (Madrid 1956), p. 4. En el mismo lugar se nos dice: "Ninguna otra prueba mayor de vitalidad podíamos tener para nuestro teatro que ésta de las aperturas de nuevos locales, esto es, de nuevos cauces y nuevas posibilidades para autores, actores y público".

[3] Para darnos idea de la ayuda del Estado español al desarrollo del arte dramático citamos fragmentos de la orden publicada en el *Boletín Oficial del Estado,* del 10 de junio de 1957: "El Ministerio de Información y Turismo a propuesta de la Dirección General de Cinematografía y Teatro, y de acuerdo con el informe emitido por el Consejo Superior de Teatro, después de examinar los pliegos presentados al Concurso Nacional de Empresas y Compañías Teatrales otorga las siguientes subvenciones: 100,000 pesetas al actor empresario Alejandro García Ulloa 'para facilitar el desenvolvimiento de sus temporadas de teatro clásico'; 300,000 pesetas a los empresarios de la Compañía Lírica Española, 'para el desarrollo de campañas de dicho género'; 200,000 pesetas al empresario del teatro Eslava de Valencia, 'para el desenvolvimiento de campañas teatrales de género y verso y dramático'; 600,000 pesetas a José Tamayo, como empresario y director del teatro de la Zarzuela, de Madrid, 'para la temporada de género lírico nacional. . . con una duración de seis meses consecutivos' ".

mismo a los amantes del teatro el hecho de que las obras se montan hoy con más engalamiento: efectos de luz, decorados, vestuario, y están dirigidas con más acierto. Otro signo de vitalidad, en fin, lo quieren descubrir algunos en los éxitos aislados de piezas españolas y en el triunfo que con frecuencia obtienen obras extranjeras. Vázquez Zamora —para quien lo que llega de fuera es superior a lo español— estima que estas obras extranjeras van despertando un gusto por el teatro.

Por nuestra parte hemos de confesar que si bien el teatro español no está "por los suelos" ni es notoriamente inferior al de otros países, la apertura de nuevos locales no justifica el optimismo de los que creen que hemos entrado en una "etapa de recuperación". Se trata, a nuestro juicio, de un remedio de urgencia, motivado por la alarma que la situación del teatro causaba. En otras palabras, se adquirieron nuevas salas porque el teatro estaba mal y no porque estuviera bien.

Lo hemos dicho en otra ocasión[4] y lo repetimos ahora: cuantitativamente España no tiene nada que envidiar a otros países. Es rara la temporada que no pasan de cien los estrenos en los teatros madrileños.[5] Cualitativamente, sin embargo, los grandes éxitos de obras españolas han sido muy escasos, y a menudo ese éxito no corre parejo con la calidad. Ejemplo al cuento es *La muralla* (1954), de Calvo Sotelo, la obra más aplaudida en España desde aquellos tiempos de 1936 en que se representaba *Nuestra Natacha* de Casona. *La muralla*, es cierto, llegó a apasionar al público por la sorpresa inicial que provocó lo desusado de su libertad temática y expresiva. El hecho de que un hombre, Jorge, que veinte años antes había robado la mejor finca de Extremadura y ahora, forzado por su conciencia, quiera devolvérsela a su legítimo dueño —un "rojo" de mala vida— levantó verdadero ardor polémico. Como su tema no es nada

---

[4] Véase Juan R. Castellano, "Un nuevo comediógrafo español: A. Buero Vallejo", *Hispania*, xxxvii (1954), 17-25.

[5] En 1956, por ejemplo, hubo unos 60 estrenos en los teatros comerciales y 40 en los experimentales. Hubo también reposiciones, tanto en verso como en el teatro musical. Para los aficionados a la estadística estos estrenos pueden distribuirse del modo siguiente: 20 comedías españoles, 11 extranjeras, 20 espectáculos líricos (entre zarzuelas, operetas y revistas), 15 espectáculos de los llamados folklóricos —a veces verdaderas fantasías. Además, en los teatros de ensayo se montaron 40 piezas, entre españolas y extranjeras (Cf. *ABC* (Madrid), dic. 30, 1956).

del otro mundo, es muy posible que los españoles vieran, o quisieran ver, en el fariseísmo e hipocresía de cuantos rodean al protagonista algo así como un síntoma de la corrupción del actual régimen. Sea como sea, las polémicas que suscitó la obra excitaron la imaginación de la gente, que acudía al teatro para ver la "obra de moda", la obra que "había que ver". Lo más significativo del caso es que Calvo Sotelo logró que la censura le aprobara una obra que ningún otro autor, con toda probabilidad, hubiera logrado ver aprobada. Realmente *La muralla* constituye una de esas excepciones que en España no crean precedente, pues las muy contadas obras españolas que se ocupan del hombre agobiado, torturado, por motivos de conciencia o subconciencia, apenas llegan a los teatros comerciales y quedan relegadas a función única en los teatros de ensayo o minoritarios.

Decía Pedro Salinas hace años que el autor dramático tiene dos maneras de encararse con el público: la de "halagarle los gustos hechos y adular sus opiniones sabidas, perdiendo así toda la ventaja de la altura, siendo uno menos entre los creadores"; la otra consiste en "imponerle genialmente gustos nuevos, mejor dicho, adivinar en la entraña de ese alma del público unos gustos latentes, no formulados, y dárselos, hechos palabra y vida, de modo que el público sienta en la novedad que se le lanza no otra cosa que una nueva forma fresca e inédita de vivir". La mayoría de los comediógrafos españoles en los momentos actuales pertenecen al primer grupo, el de aquellos que sólo buscan un éxito fácil y escriben comedias con miras a sus ingresos más que a su prestigio. Hay otros capaces de hacer labor digna pero que se rinden a los gustos de un público que va al teatro, como va al cine, a divertirse. Entre los jóvenes hay algunos que aspiran a hacer un teatro de altura, voces nuevas que quieren mantenerse al margen de la vulgaridad, si bien en este intento demuestran, en ocasiones, ser más literatos que dramaturgos.

En tan corto espacio es imposible hacer siquiera un resumen de las obras y autores más destacados en los últimos tres o cuatro años. Pero, aun a sabiendas de que nuestro juicio y valoraciones puedan ser discutibles, nos atreveremos a señalar unos cuantos. Antonio Buero Vallejo nos parece, hoy por hoy, el dramaturgo que apunta más alto. Su *Irene o el tesoro* (1954), duramente criticada en el periódico *ABC* (el más influyente en

cuestión de estrenos), duró poco en los carteles a pesar de sus valores intrínsecos; elementos realistas y un duendecillo simpático que acaso represente lo subconsciente en la protagonista. Del varapalo recibido en este estreno ha podido resarcirse Buero, afortunadamente, con sus últimas comedias, *Hoy es fiesta* (1956) y *Las cartas boca abajo* (1957), que tuvieron muy buena acogida de crítica y de público. El crítico de *ABC*, Alfredo Marquerie, dice de la primera que "está más cerca del moderno teatro norteamericano: Elmer Rice, Tennessee Williams, Arthur Miller [etc.] que de los modelos vernáculos". El veterano José López Rubio sigue escribiendo comedias de buen gusto, con diálogo jugoso lleno de ingenio y de fina ironía. La más valiosa, quizá, es *La otra orilla* (1954) que, por desgracia, se mantuvo poco tiempo en los carteles, y esto a pesar de tener buena crítica y de ponerse en uno de los mejores teatros y por una compañía bien metida en el público. Más aplaudida fue la titulada *El caballero Barajas* (1955), con música del maestro Manuel Parada. Su argumento está tejido alrededor de un personaje (Indalecio) que ha inventado un aparato misterioso capaz de captar la voz de otra persona (un famoso tenor italiano) y de traspasarla a un tercero (Fernando) que la utiliza en provecho propio.

En la línea de deformación —de situaciones tanto como de personajes— en que había sobresalido el inolvidable Jardiel Poncela hay que colocar hoy a Miguel Mihura, autor que sabe manejar la intriga con gran habilidad. En ese intento de convertir la realidad en farsa ha logrado éxitos como el de *El caso del señor vestido de violeta* (1954), la historia de un torero de moda aquejado del extraño complejo de viejecita, *Sublime decesión* (1955) y *Carlota* (1956), obra ésta donde a lo excéntrico se añade un toque de misterio detectivesco de gran comicidad. Alfonso Sastre y Delgado Benavente, en el género del drama, son autores de obras ambiciosas que suscitan polémicas, pero que quizá están poco logradas por ser sobradamente miméticas de corrientes extranjeras.

El gran "taquillazo" de la temporada 1956-57 lo fue *Dónde vas, Alfonso XII*, una cosa espantosa debida a la lamentable pluma de Ignacio Luca de Tena. El autor tuvo el acierto de saber cautivar la imaginación del público utilizando un romance popular que recuerda el triste episodio de la muerte de la joven reina Da. Mercedes. En la misma temporada también lograron

éxito de taquilla *La Celestina,* en adaptación de Huberto Pérez de la Osa y con escenificación de Luis de Escobar, autor a su vez de una comedia muy bien recibida, *Fuera es de noche,* con la cual se inauguró el nuevo Teatro-Club Recoletos; *Los pobrecitos,* de Alfonso Paso, joven que tiene indudable talento y que en esta obra —merecedora del Premio Carlos Arniches— ha sabido crear, en un ambiente de sainete, caracteres reales en situaciones cómicas y sentimentales; *El grillo,* de otro joven muy prometedor, Carlos Muñiz, pudo darse sólo en un teatro de cámara.

Se puede ver, pues, que España no carece de autores de talento e inventiva. ¿Por qué, entonces, se habla constantemente de crisis teatral? En nuestra humilde opinión se habla de decadencia porque al teatro español contemporáneo le falta algo, algo vivo, fuerte, capaz de perturbar los corazones inertes —como diría Ortega y Gasset—, le falta la vibración de entusiasmo que solía tener en otras épocas. El público, excepto una minoría burguesa intelectual, se muestra indiferente a las cosas de teatro y no va a ver más que aquellas obras o aquellos títulos avalados por una propaganda previa. Es fácil imaginarse que cuando ese público acude a ver obras extranjeras[6] o alguna que otra española, excepcional por cualquier concepto, lo hace porque encuentra en ellas problemas, situaciones o temas que excitan su interés.

Para comprender este apartamiento del público conviene recordar que el autor español se ve impedido de expresar ciertos aspectos de la vida: el agobio o la angustia en que vive la sociedad moderna, como lo hacen autores extranjeros. Cuando se atreve a abordar tales temas, sus obras no se estrenan o se ponen sólo una noche en algún teatro experimental. La censura es como una espada de Damocles que gravita sobre el escritor español. Claro que ha habido y habrá, por fortuna, noconformistas (en novela y poesía más que en el teatro), hombres que soslayando impedimentos han perdido el temor a ser sinceros consigo mismos. Por ello algunos han sentido los pinchazos de la espada. Alfonso Sastre nos cuenta que el Teatro Na-

---

[6] Algunas de las obras extranjeras representadas y discutidas en España durante este período se cuentan: *Té y simpatía, El diario de Ana Frank, Anastasia, Más allá del horizonte, La rosa tatuada, Las brujas de Salem* y *El zoo de cristal.* Ha de advertirse que varias de ellas deben su éxito a la crítica favorable que habían recibido en otros países y al hecho de que ya se conocían antes por el cine.

cional María Guerrero devolvió a un autor (probablemente el mismo Sastre) la obra que le había presentado, con la siguiente anotación: "Sus personajes y su argumento resultan poco gratos, sobre todo en momentos como los que el mundo atraviesa actualmente". Esto equivale a tanto como decir que sólo las obras de puro entretenimiento pueden ser aceptables. Con razón exclama Sastre: "El sistema es torpe y favorece, en vez del género teatral purificador, el teatro de la evasión y del enmascaramiento: el teatro alegre y confiado; el teatro que da una imagen falsa de la realidad. Ese teatro chato y risueño, que, favorecido por una línea de menor resistencia, ha invadido los escenarios españoles".[7]

Otra prueba de que el autor español tiene que andarse "con pies de plomo" es el caso de *Aventura en lo gris,* obra que, por su atrevimeinto para el ambiente español, Buero tuvo que darla a la imprenta sin que viera la luz de las candilejas. En cambio, otra obra con el mismo tema, *La maison de la nuit,* del francés Thierry Maulnier, se representó en España por aquel entonces sin que nadie levantara la voz. (¡Una de las tantas paradojas españolas!). Guillermo de la Torre observa muy acertadamente en un estudio comparativo de ambas obras que, mientras el francés "se mueve con absoluta libertad, sin sentirse trabado de ninguna cortapisa... Buero ha debido proceder con cautelas y reservas soslayando problemas ideológicos...; nada sacaríamos en claro si no conociéramos ciertos impedimentos y restricciones del medio en que vive".

A otro género de pintorescas barreras aduaneras corresponde la estúpida ley que prohibe la representación de una obra donde figura un niño chico en el reparto con carácter profesional. *Irene o el tesoro* estuvo a punto de no poder subir a las tablas por haber en ella un duendecillo; y si ello no llegó a pasar fue por tratarse de un teatro oficial. Otras obras corrieron peor suerte, como le ocurrió a *South Pacific,* que tenía dos niños en la versión española. Ha habido casos en que a los padres les han quitado la patria potestad y se ha recluído a los niños en una especie de reformatorio. ¡Otra paradoja española! Porque en el cine hay un niño, Pablito Calvo, que ha triunfado sin obstáculos de ninguna clase.

---

[7] Véase "El porvenir de la tragedia", en *La República* (Bogotá), dic. 12, 1954, p. 3.

Ahora bien, ¿en qué quedamos? —se nos preguntará. ¿Hay o no hay teatro en España? ¿Existe verdadera crisis o hay esperanzas de renovación? Ante todo es preciso reconocer que, alejados de la escena española dos autores de aquilatada calidad, Lorca y Casona, cuyas obras apenas son conocidas del público español, quedan muy pocos dramaturgos de renombre. Hay, sí, jóvenes de talento, muy prometedores, que con el tiempo acaso puedan dar más de sí. En los momentos presentes es aventurado hablar de "renacimiento" o de "renovación". Tampoco se debe hablar de "decadencia". La situación es compleja para poderla esquematizar: tal vez transitiva, de decadencia en algunas cosas y de resurgimiento en otras. Una situación, a pesar de todo, viva, donde apuntan no sólo dramaturgos jóvenes sino un público joven, y donde, pese a toda dificultad, no pasa temporada sin que los autores españoles estrenen algo que merezca la pena. El fárrago abrumador de las mediocridades de un teatro que Poncela llamaba "asqueroso" no puede matar la creciente realización de cosas excelentes. Si consideramos los obstáculos puestos en su camino, lo que han logrado y están logrando los autores españoles es poco menos que sorprendente, y si la censura no pesara sobre la imaginación de los mejores acaso veríamos cosas de más valor. La tragedia de lo español hoy es que no adquiere la difusión y resonancia de lo escrito en otras lenguas. Bien lo expresaba Mariano Picón y Salas cuando, refiriéndose a todo lo hispánico, decía en una entrevista que se le hizo en Madrid el último verano: "La tragedia de las letras hispánicas de hoy es que parecen estar en la periferia de la cultura occidental, sin los medios de que disponen las grandes metrópolis literarias del mundo —Londres, París, Nueva York—, para distribuir las creaciones *urbi et orbi*".

Existe, además, una especie de desdén por lo que se hace en España, pero de ese desdén tal vez sean los españoles mismos los más culpables, ya que son ellos los primeros en desdeñarse. Para nosotros, espectadores lejanos del panorama teatral español, hay una esperanza: la de una generación de escritores que se esfuerza por encontrar nuevos medios de expresión.

TÉCNICA NOVELÍSTICA DE AGUSTÍN YÁÑEZ

Por *José VAZQUEZ AMARAL*

HASTA el advenimiento de Agustín Yáñez en la novela mexicana, sólo Heriberto Frías con *Tomochic* y su indudable heredero, Mariano Azuela, con *Los de Abajo*, pueden considerarse seriamente como maestros del género. Los otros no hicieron más que calcar técnica, asuntos y esencia de lo que en otras partes del mundo se hacía con técnica original. *El periquillo sarniento* es copia descolorida del *Gil Blas* de Le Sage y *Santa* es una versión de la *Nana* de Zola. Todo esto es del dominio común y solamente se menciona por razones de mera aclaración. Tampoco creemos necesario recordar la explicable falta de originalidad inicial de nuestras jóvenes literaturas, que a su vez explica lo que hasta fecha muy reciente era su mayor tropiezo: la prisa que tenemos por levantar valores literarios prefabricados. Esto no es desdén ni falta de reconocimiento de los buenos esfuerzos en busca de una expresión mexicana en la novela, esfuerzos que comienzan con Altamirano y su *Clemencia* y *El Zarco* y se perfilan claramente en *La Parcela* de José López Portillo. Pero estos escritores no hicieron más que trazos lineales en las superficies líticas de lo mexicano. Todos ellos son dibujantes de la realidad mexicana con técnica de la época pictórica del jeroglífico precortesiano y unidimensional.

La novela mexicana que más se conoce en español y en traducciones es *Los de Abajo*. Sin desconocer los méritos de esta novela, que por primera vez rebasó los linderos nacionales para entrar en el ámbito internacional, es preciso notar que adolece de fallas fundamentales. Tal vez el defecto más serio sea que los protagonistas de Azuela son espectros con voces en sordina en vez de verdaderas entidades psicológicas vivas y reales. Aun Demetrio Macías, del cual se dice que hubo un modelo vivo en la revolución mexicana, parece más que una persona, un aspecto del paisaje o trasudor de esta tremenda lucha. Si

no fuera por el carácter, estrictamente episódico de *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, esta extraña pero magnífica mezcla de géneros merecería el primer sitio que le usurpa *Los de Abajo.* Ya que México ha alcanzado un perfil auténtico en otros campos del arte y el mayor logro americano en la pintura contemporánea, debe parecer inexplicable su relativo atraso en la novela. Si la eminencia pictórica se explica por su milenaria tradición en las artes plásticas, su atraso en la novela se puede atribuir en parte a razones antropológicas. El crisol racial de México ha sido numéricamente mayor al de los demás países hispanoamericanos aunque tal vez más homogéneo. Fue necesario el fuego y la sangre de la revolución para que surgiera, primero, lo más telúrico: la pintura. Después empieza a aparecer la novela y el teatro, productos de mayor sinergia social y propios de países industriales más bien que de los países agrícolas.

Mariano Azuela, que presenta un ciclo novelístico completo, por lo que toca a la creación de un metamundo artístico, debe señalarse como escritor que todo lo probó aun sin tener en sus manos el don creador necesario para la realización de su propósito. Para el ambiente urbano y cosmopolita de la ciudad de México hay que convenir que tanto *Nueva burguesía* como *La marchanta* logran captar, en la red de sus tramas, verdaderos seres humanos. El tipo de la *marchanta* es quizá el más logrado de todos los creados por Azuela. Pero de todos sus protagonistas se puede decir lo que afirma Joyce Cary de Zola en su ensayo *On the function of a Novelist:* "He made a world rich in characters, but they moved on a surface. He was blind to the large dimensions of history or morality". Azuela no estaba dotado del aliento creador del novelista en sentido universal. Como es del todo inadmisible la existencia de una verdadera novela sin protagonistas humanos meridianamente troquelados, hay que declarar que la de Azuela es una novela en busca de protagonistas verdaderos. Del gentío de sus novelas muy pocos poseen la veracidad humana intrínseca de los tipos de *Al filo del agua*[1] de Agustín Yáñez, que ya corresponde a una técnica más contemporánea.

De hecho es posible hacer una comparación de técnicas semejantes en Yáñez y James Joyce analizando la cantidad y propósito de diversos recursos novelísticos, como la cantidad y pro-

[1] Acaba de aparecer la segunda edición de esta novela, editada por Porrúa Hnos.

pósito de la acumulación de titulares de periódico de que ambos se sirven para el desarrollo de sus tramas. Yáñez, en cuatro páginas y siete títulos, nos presenta al México capitalino repercutiendo en la provincia, el carácter del periodismo amarillista de la época, la vida mexicana en ciertos aspectos disolventes, la transformación de una mujer joven en la provincia mexicana, y todavía le queda algún espacio para añadir unas cuantas pinceladas más al retrato del Señor Cura. Joyce con su abracadabrante balumba de títulos logra también su principal objeto pero de paso consigue aplastar al lector física y mentalmente. Aquí debemos aclarar que estas comparaciones no llevan otro propósito que el de señalar semejanzas o identidad de técnicas aplicadas con mayor o menor felicidad en consecución de fines específicos.

Se ha dicho del Ulises de Joyce que pertenece "al gran grupo de novelas en forma de sonata, es decir, en cuanto a forma: tema, contratema, recapitulación, desarrollo y final. Y en la subdivisión correspondiente es del tipo: novela de padre e hijo. Sigue, pues, la gran tradición de la *Odisea* y ofrece muchos puntos de contacto con el poema de Homero. Aquí encontramos a Telémaco, a su padre, las sirenas, los cíclopes, bajo disfraces inesperados, caprichosos jerigoncescos, veraces y gigantescos".[2] Pero aunque el andamiaje que descubrimos al analizar *Al filo del agua* sea semejante al del Ulises —el de mayor calidad de cuanta novela se había escrito a partir de *Bouvard et Pécuchet*—, hay que precisar diferencias específicas muy importantes entre estas dos últimas novelas, aunque las dos están acomodadas al propósito rector de la *enciclopedia en forma de farsa.* En Joyce este método se llevó al extremo permitido por una capacidad extraordinaria para el detalle microscópico y requirió quince años de trabajo prodigioso. Joyce, como Flaubert, sirve a un propósito satírico al amontonar detalle sobre detalle. Esto nos da la más importante diferencia que se puede establecer entre el método del maestro irlandés y el de Agustín Yáñez: la *intención anímica.* El propósito de Yáñez es solamente lograr el más acabado retrato psicológico de sus protagonistas. Cuando Joyce, en *Ulises,* empieza con la noticia *In the Heart of the Hibernian Metropolis* y sesenta títulos y treinta y tres páginas más adelante termina con *Diminished Digits Prove Too Titillating For Frisky Frumps,* el efecto acumulado es el de una car-

---

[2] POUND, EZRA, *James Joyce and Pécuchet,* en *Shenandoah,* Otoño de 1952, p. 14.

cajada paralítica como el de las máscaras de la comedia griega. En contraste, con parecida enumeración temática pero en solamente en dos párrafos largos, Yáñez habla del cura Don Dionisio María Martínez y produce el efecto de un mural entero con los colores de la escala fría de José Clemente Orozco, otro artista de Jalisco. El mexicano Yáñez mide sus pinceladas, controla sus colores, el irlandés lanza al lector en un maremagnum de variadísima invención cuyo funesto desenlace es el tedio.

También es marcado el contraste si hablamos de diferencias esenciales entre los protagonistas de *Ulises* y de *Al filo del agua,* Leopold Bloom y el cura José María Martínez, respectivamente. Bloom representa al hombre medio, sensual, base de la sociedad democrática contemporánea, mientras que el cura es el hombre único singular que vive *para* y no *por* los demás, que nunca piensa en sí mismo. Tal vez sea lógico que Joyce, habitante de la capital de Irlanda, haya escogido a Bloom el sensual, y Yáñez, de la provincia hispanoamericana, a un párroco oscuro como protagonistas máximos de sus respectivas novelas. En cuanto a las limitaciones de Joyce son las mismas que René Descharmes ha señalado para *Bouvard et Pécuchet:* que los incidentes no se encadenan con la debida necesidad imperiosa, que el plan carece de lógica y que cualquier otro hubiera dado lo mismo. A pesar de lo condensado, breve y claro de *Bouvard et Pécuchet* se dice que su efecto total carece, hasta cierto punto, de animación. En esto último sí superó Joyce a Flaubert. En *Ulises,* a pesar del tremendo esfuerzo necesario para leer los trozos de temática sostenida, el lector siempre tiene que estar a la expectativa porque lo inesperado está sucediendo constantemente. Esta expectación da cierta flexibilidad al carácter, muchas veces granítico, de las catalogaciones de Joyce. Yáñez, al contrario, no tiene que prescindir del desarrollo lógico y mesurado de su novela porque su intención es anecdótica y real, nunca satírica, intención siempre impostada como comentario retorcido de la realidad simple. Ya hemos comparado la realización estética de Yáñez con la de José Clemente Orozco; en contraste se puede decir que la intención pictórica de Joyce es más parecida a la de un Daumier que se mofase de la profesión general de ser hombre.

El sistema flaubertiano de la enciclopedia en forma de farsa, llevado a su máxima potenciación en *Ulises* y en *Finnegan's Wake,* es semejante a los rompecabezas en que se corta un cua-

dro en pedazos irregulares con sierra de vaivén. El lector lanzando dentro del fluir de la conciencia joyciana se encuentra en trance de continuo ensamblador de pedazos para ver si acierta con el cuadro completo. Como cada pedazo tiene forma y color propios, se deriva cierta satisfacción tanto de su contemplación aislada como del interés de la activa colaboración del lector con el autor en busca del desenlace. No se nos debe escapar tampoco que hay algo de Edgar Allan Poe y Conan Doyle en estas andanzas. La lectura de las obras de Joyce tiene algo de novedoso que hace del lector un conscripto so pena de no llegar a comprender la novela si se niega a colaborar con el autor. Muy otro es el caso del lector del novelista jalisciense. Yáñez hace gala de economía y precisión en el lenguaje, sólo cabe dentro de cada aspecto o escena particular lo que contribuye a la integración del todo. Como el leitmotiv de una sinfonía, los temas principales de la novela se repiten para recordar al lector el camino ineludible que el autor ha trazado a su obra dentro de una armazón concreta. Pero dentro de este rigor estructural los protagonistas de Yáñez no son ni rígidos ni planos sino que obedecen a una lógica psicológica semejante a la de Juan Ruiz de Alarcón, el primer mexicano que da a sus personajes una vida en consecuencia con su naturaleza interior, actuando sinergéticamente con su ambiente.

En *Al filo del agua* el tema de padre e hijo está representado por Timoteo Limón y por Damián. La variación sobre el tema clásico es que Damián no es Telémaco sino Ulises. En el Ulises de Joyce encontramos la misma variación puesto que el hijo, Esteban Dédalo, es Ulises y su padre es una especie de Timoteo Limón irlandés. La odisea de Damián se desarrolla dentro de la mayor naturalidad y realismo histórico. Los *norteños —wetbacks* prerrevolucionarios— de la novela son los odiseos que encuentran individualización en la figura de Damián. También representan un fenómeno sociológico mexicano de creciente influencia en la civilización de los Estados Unidos y de este país en la de México. *Al filo del agua* tiene proyecciones de carácter internacional en aspectos que van más allá de los límites puramente literarios. Es una novela que retrata una importante realidad mexicana y la lanza sobre un fondo de proporciones universales en lo sociológico, económico, político y cultural. El autor explica que *Al filo del agua* es una expresión campesina "que significa el momento de iniciarse la lluvia,

y —en sentido figurado— la inminencia o principio de un suceso". El título es feliz no sólo por expresar cabalmente el tema que aborda la novela —el período inmediatamente anterior a la revolución— sino también porque es una expresión vívida y poética tomada del lenguaje del campesino, autor y actor principal de la gran revolución de 1910. El título es también la forma más adecuada para decir al lector que la novela es solamente la primera parte de un ciclo sobre el episodio nacional más importante del siglo veinte. Sabemos —por confesión del propio autor— que esta secuela ya está terminada y que sólo espera el momento oportuno para salir al público lector.

Con este necesario dato es posible situar dentro del desarrollo total de la novela lo que a pirmera vista parece un caprichoso interludio lírico, el capítulo sobre *Victoria y Gabriel.* Sin este episodio la novela todavía estaría completa dentro de su carácter de odisea con todos los protagonistas de rigor aunque sin el lirismo magnífico y repentino de este pasaje. El interludio parece surgir, como la figura misma de Victoria, de la nada. También Gabriel, el campanero adolescente, aparece como un arcángel imposible y súbito, como si un murciélago de la alta torre de sus campanas se transformara en mancebo extraño y demoníaco, irreal como Victoria misma. Porque Victoria, la arrebatadora viuda de Guadalajara que está de visita en el pueblo, bien podría ser la encarnación de la alada de Samotracia sin que disminuyera un ápice su existencia fiática dentro de una novela que trata de un pueblo arrumbado en la provincia mexicana. Gabriel también se nos presenta como un héroe de la época romántica, de orígenes tan oscuros que ni Lucas Macías, el Tiresias de *Al filo del agua,* ha podido indagar su procedencia. Pero este artificio —estos dei ex machina— cuya única justificación aparente es que contiene las páginas más hermosamente líricas de toda la novelística mexicana, tiene, además, una razón de ser fundamental en la trama definitiva que tendrá la novela con la complementaria que ya está escrita. *Victoria y Gabriel,* entonces, no constituyen un contratema sino que son los protagonistas principales e independientes de la segunda parte del ciclo. Tanto Gabriel como Victoria aparecen, no tanto porque pertenezcan en estricta cronología a esta primera parte, sino porque son adumbración, fuera del foco que presenta los personajes claros y concretos de *Al filo del agua.* Por eso son los personajes que sacan de quicio al pueblo entero,

no a fuerza de un traumatismo inmediato y grosero sino mediante el ejercicio de sus propias naturalezas esenciales. Victoria sin quererlo, sin darse cuenta, fascina a todos los hombres del pueblo, Circe inocente, preocupa al párroco y llena de rabiosos celos a las mujeres. Gabriel, sin hacer más que lo que le pide su esencia apocalíptica, tocando sus campanas a muerte y a gloria, hace que el pueblo enloquezca con sus clamores, y después que lo callan, con su silencio enloquecedor. Es así como Yáñez introduce, en forma de feliz hallazgo de símbolos humanos de naturaleza demasiado demoníaca, los casi sobrenaturales Gabriel y Victoria que anuncian la llegada del fuego y de la sangre. Pero la sobriedad de Yáñez logra que estas figuras precursoras no parezcan inverosímiles. Sólo ceden su esencia arcangélica y fantasmal al análisis frío de la crítica que está obligada a descubrir lo que hay detrás del tinglado de la farsa.

No sabemos hasta qué punto Agustín Yáñez, profesor de literatura también, conozca la técnica novelística de Joyce; nada nos sorprendería que lo que nosotros llamamos su técnica joyciana no sea otra cosa que las mismas formas novelísticas modernas usadas por dos narradores que describen realidades humanas semejantes. En efecto, poco de exótico encontraría Joyce en la humanidad jalisciense, tan poco como Yáñez en el Dublín de Esteban Dédalo, los dos derivan sus características y peculiaridades más acusadas de un común y hermético fondo cultural a la sombra de la iglesia católica. Jalisco es la tierra de los *cristeros* que no hace muchos años desafiaron al gobierno central con las armas en la mano, Irlanda también se rebeló contra el poderío inglés en defensa de su independencia política y cultural. Yeats, Thomas y Joyce no están muy lejos de los novelistas y políticos de la *Nueva Galicia*, es decir, de la región que recibió el reconocimiento de un parentesco con lo céltico español, que no difiere esencialmente de lo céltico irlandés. No se crea que proponemos un determinismo estético basado sobre lo étnico, pues sólo hemos hecho algunas notas sobre ciertas afinidades técnicas entre un escritor irlandés y otro mexicano, que tal vez no sean más que una de tantas coincidencias del genio literario.

Libros y Revistas

LIBROS

C. Wright Mills, *La élite del poder*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 388 págs., México, 1957, Sección de Obras de Sociología.

La élite del poder en Norteamérica, no es el resultado de una depuración político-moral capaz de regir a conciencia los intereses mayoritarios, sin embargo, por los estratos que ha formado a través de los años y gracias a su fuerza económica, es la que rige los destinos del poderoso país, ignorando, la mayoría de veces y por no haber estado nunca cerca de ellos, los problemas que trata de resolver.

Quince capítulos dan cuerpo a este libro; entre ellos resultan sugestivos los denominados: Los 400 de Nueva York, Los Ricos Corporativos, La Ascendencia Militar, La Sociedad de Masas y La Inmoralidad Mayor. Pero en todos, se descubre el testimonio de una democracia que flaquea, así como de un pueblo que se mueve con inseguridad dentro del cuadro económico-político de su nación. Wright Mills explica que no siempre un grupo fijo de individuos ha gobernado a los millones de hombres que conforman al pueblo estadounidense, pues en la actualidad, los amos de la situación son los señores de la guerra, quienes dominan ampliamente la cultura, la economía, la política, etc., constituyendo *La élite del poder*, misma que, como es lógico suponer, decide y ejecuta tomando poco en cuenta la voluntad popular. "Un reducido grupo de hombres —manifiesta Mills— se encarga ahora de las decisiones hechas en nombre de los Estados Unidos. Estos cincuenta hombres de excepción, de la rama ejecutiva del gobierno, incluyen al Presidente y a los miembros del Gabinete... Los tres puestos políticos primordiales del país (las secretarías de Estado, Hacienda y Defensa) se hallan ocupadas por: un representante neoyorquino del primer bufete de la nación, que se ocupa de los intereses internacionales de Morgan y Rockefeller; por el ejecutivo de una compañía del Oeste Central, ex director de un grupo de más de treinta corporaciones; y por el ex presidente de las tres o cuatro corporaciones mayores y del primer productor de equipo militar de los Estados Unidos".

La psicología que esa *élite* encierra se caracteriza, más que como producto histórico, como forma de vida y concepciones valoradas y revaloradas por varias generaciones, pero siempre dentro del mismo círculo a semejanza de la nobleza de otros países, la cual se mantiene a la espectativa de la intromisión de falsos nobles o nuevos ricos. La diferencia entre las dos clases pudientes de los Estados Unidos, los antiguos y los nuevos ricos, trae aparejada diferencias políticas.

Los cuatrocientos magnates residentes no en la capital sino en Nueva York, celebrados diariamente por los cronistas sociales, intentan formar la "alta sociedad" norteamericana. *Los altos directivos* surgen de la "clase alta", educada en los colegios tradicionales y exclusivos para ella. Sin embargo, en muchas ocasiones, tales directivos se levantan desde el anonimato de la clase media o de la inferior, y, cuando ya sienten la atmósfera un tanto elevada, necesariamente

se fusionan o confunden para no ser reconocidos ni perder la estimación que han ganado con ciertos sacrificios, procurando emplear en su vida social el mismo método que utilizan para enfrentarse a los negocios y, de una vez, transformar la pequeña o mediana compañía en gigantesca empresa.

Wright Mills alude a la casta militar. Dice que su importancia fue mínima hasta la Primera Guerra Mundial, pero que hoy día no sólo se le acepta como parte de la normalidad sino de la necesidad. Al militar norteamericano actual se le hace olvidar las condiciones e intereses de los civiles, creándole una estructura psicológica y peculiar, diferente de la del hombre común y semejante a las intenciones nacidas en la escuela de los cuatrocientos magnates.

La religión, la enseñanza, el deporte, todo está acorralado por los grandes intereses. La propaganda comercial así como la propaganda política, aturden a las juventudes y las inclinan hacia la vaguedad y el desasosiego. "Una gran parte de la corrupción norteamericana —aunque no toda— es simplemente —afirma el autor— parte del viejo esfuerzo por enriquecerse y después, por hacerse todavía más rico. Pero hoy, el ambiente en que se lleva a cabo la vieja lucha es distinto. Cuando las instituciones políticas y económicas eran pequeñas y estaban diseminadas —como en los más sencillos modelos de la economía clásica y de la democracia jeffersoniana— ningún hombre podía otorgar ni recibir grandes favores. Pero cuando las instituciones políticas y las oportunidades económicas están concentradas y relacionadas entre sí, entonces las funciones públicas pueden ejercerse en provecho propio".

La élite del poder representa el esfuerzo, la documentación y el estudio circunscritos a uno de los fenómenos socioeconómicos de más relieve en la historia de la humanidad; su autor, Mills, catedrático de Sociología en la Universidad de Columbia, dada la sinceridad con que expone el problema, adquiere deudores al entregar al público este volumen.

EDUARDO BARRIOS, *Los hombres del hombre*, Edit. Losada, S. A., 184 págs., Buenos Aires, Argentina, 1957.

El autor de esta novela no sólo puede representar a su país en el género sino que también a lo mejor de la novelística americana; el chileno Eduardo Barrios, es de los pocos cultivadores de la novela que han llegado a la madurez del oficio cuidando la sencillez de la expresión y la orfebrería de la prosa, sin ignorar la trascendencia de la temática. Podría decirse que Barrios arriba a su última novela, *Los hombres del hombre*, sin haber soltado jamás el aspecto o elemento que más caracteriza a su relato: el hilo psicológico.

En su primera obra: *Del natural*, ese hilo empieza a desenvolverse a través del sexo. En *El niño que enloqueció de amor*, contado en primera persona como ahora *Los hombres del hombre*, el conflicto reside en el proceso interno del niño que se prenda angustiosamente de una mujer, continuando así la importancia del sexo.

El personaje psicológico persiste en *Un perdido* y en *Gran señor y rajadiablos*. Pero es en *El hermano asno* donde en verdad encontramos un avance de esta su última novela, porque ahí, Barrios ensaya los desplazamientos desiguales de la conciencia que fructifican en individualidades distintas aun cuando siempre forman parte del mismo personaje. Fray Lázaro (que ingresó al convento por causa de una decepción amorosa) recuerda sonriente la vida exterior desordena-

da, y fray Rufino, su antípoda, místico y piadoso, no pudiendo luchar en determinado momento contra el *hermano asno*, la rebeldía del sexo, da rienda suelta a sus impulsos y *rebuzna* con escándalo ante el estupor de los otros frailes; por este acto inaudito, los hermanos de claustro buscan un culpable y señalan a fray Lázaro.

En *Los hombres del hombre*, el autor nos entrega un personaje atribulado por la duda, que narra, en primera persona, sus propias reacciones, las cuales escribe en un diario, elemento éste que ya ha aparecido antes en manos de fray Lázaro y del *niño que enloqueció de amor*. Para deslindar su incertidumbre, dicho personaje reflexiona a través de ciertas personas ficticias: Juan, Fernando, Luis, Jorge, Mauricio, Rafael y Francisco, que corresponden a diversas actitudes o estados de ánimo de la misma persona: el sensato, el objetivista y astuto, el celoso, el débil, el humilde, el sentimental y el soñador y fraterno. Todos ellos rondan alrededor del marido que se supone engañado por su cónyuge. La incertidumbre es esa y con ella se sostiene el tema de la novela; tema que se inicia cuando el consulado británico les comunica la muerte de Charles Moore, quien les deja en herencia la suma de treinta y dos millones de pesos.

El marido relata que se casó a los treinta y cinco años de edad, que vivió los once siguientes viajando con su esposa, que no habían alcanzado la felicidad completa por la carencia de un hijo, y que al nacer éste, lo bautizaron con el nombre de su padrino: Charles, el amigo inglés que conocieran durante un viaje a Europa; Charles residía en Argentina pero llegaba a Santiago cada verano y se alojaba en el hogar como huésped. Al morir, Charles, sin herederos legítimos, deja dieciséis millones al niño y ocho a cada uno de los padres, con la condición de que si ellos se divorciaran, corresponda a la madre elegir curador para el niño.

En ese ambiente, el marido elucubra en todo sentido, desde la violencia hasta la incredulidad del hecho; se vuelve calculador, pesimista, etc., y rodeado de los diferentes personajes que conforman su yo, busca puntos de referencia entre el niño y la madre, entre el niño y él mismo, su padre, entre el niño y el padrino inglés, anotando en su diario el conjunto de reacciones a las cuales ha bautizado individualmente con nombres de personas.

Eduardo Barrios logra mantener de principio a fin la situación embarazosa y desesperante en que ubica la psicología fragmentada de su personaje. Al final, el marido interroga a su esposa sobre la duda. Ella, con argumentos sólidos refuta los de él.

Mas, aparte del desenlace, cabe hacer hincapié en la tesis que el autor sustenta. Podemos concluir citando, respecto a la *multitud* que integra al hombre, estas palabras que Barrios pone en labios de su personaje: "¿Cómo no ha descubierto antes el ser humano que una muchedumbre lo forma? Empezamos a saberlo, sin embargo. No en vano corren los tiempos: el espíritu avanza. Me pregunto a veces si esta es la causa de que nazca en el hombre la conciencia colectiva, este verdadero progreso del siglo, gracias a lo cual esperamos entendernos, y no sólo dentro de la sociedad, también dentro del individuo, sociedad en potencia".

JUAN RUIZ DE ALARCÓN, *Obras completas, Tomo I, Teatro,* Edit. Fondo de Cultura Económica, LIV-1,022 págs., México, 1957, Colec. Biblioteca Americana, Núm. 33.

Tres tomos constituyen las *obras completas* de Juan Ruiz de Alarcón. En los dos primeros se reunen todas las obras de teatro, y en el último, aparte de su poesía lírica, se recogen aquellas piezas que sin poder confirmarse son atribuidas a la paternidad ruizalarconiana, así como también otras en las cuales colaboró durante su preparación.

En este primer tomo, nos encontramos con la participación de los humanistas Alfonso Reyes y Agustín Millares Carlo; éste escribe el prólogo y demás anotaciones, y aquél la introducción. Los nueve títulos aquí presentados, son: *Los favores del mundo, La industria y la suerte, Las paredes oyen, El semejante a sí mismo, La cueva de Salamanca, Mudarse por mejorarse, Todo es ventura, El desdichado en fingir* y *Los empeños de un engaño.*

Alfonso Reyes apunta, entre otras consideraciones, las visicitudes de Ruiz de Alarcón. Se refiere a su mala suerte, su menguada posición económica y a la envidia que en los autores de la época —tales como Lope de Vega y Mira de Mescua— provocó su talento. "El teatro lo seducía en teoría, como ejercicio literario. Acaso, como práctica, llegó a abominar de él, por los muchos sufrimientos que le produjo el roce con toda aquella canalla dorada de las letras". No obstante que Ruiz de Alarcón se retiró amargado del mundo teatral, su nombre en la actualidad alcanza dimensiones extraordinarias en la literatura de habla hispana. Reyes señala el hecho de que las comedias de Ruiz de Alarcón se adelantaron al teatro que se escribía en el Siglo de Oro, ya que a su juicio el autor mexicano es el dramaturgo "más 'moderno' " de su tiempo. Asimismo, Alfonso Reyes repara en la influencia que *La verdad sospechosa,* de Ruiz, tuvo sobre Corneille con su *Le menteur:* influencia que llega hasta Molière y por ende a la comedia francesa costumbrista. Para finalizar su introducción, y después de acentuar el mexicanismo del genial jorobado, solicita: "puesto que en la península ha habido todavía en nuestros días quien lo rechace y lo halle extraño, acojamos nosotros con los brazos abiertos al gran poeta de la razón, del sosiego y la urbanidad, al gran mexicano sufrido, paciente y altivo, tan superior a sus desgracias, tan parecido a nuestra historia".

Por su parte, Agustín Millares Carlo nos ofrece en el *prólogo* una biografía de Ruiz de Alarcón, un estudio que versa sobre la producción literaria comprobada, otro sobre las formas de versificación empleadas en las dos Partes de su obra que él mismo (Ruiz) publicara, así como una relación de los distintos criterios que se han observado en la preparación de los tres tomos que abarcan las Obras Completas. "Por primera vez, que sepamos —afirma Millares Carlo—, se intenta llevar a cabo la empresa de dar al público la edición anotada de las obras completas del gran dramaturgo mexicano".

JORGE L. TAMAYO, *Epistolario de Benito Juárez,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 638 págs., México, 1957, Colec. Vida y Pensamiento de México.

La *selección, prólogo y notas* de las cartas de Benito Juárez se deben a Jorge L. Tamayo, quien incluyendo fragmentos de discursos, circulares y artículos publicados en periódicos de la época, todos ellos pronunciados o es-

critos por el Benemérito de las Américas, completa con el *Epistolario* una amplia visión de la trayectoria política y familiar del patriota.

La *introducción biográfica* de Tamayo nos recuerda que Benito Pablo Juárez García, nacido en San Pablo de Guelatao, casi en la Sierra Madre de Oaxaca, encontrándose huérfano de padre y madre a los doce años, baja a la ciudad, recurre a "su hermana Josefa que trabajaba como sirvienta con la familia Maza" y allí aprende a leer. Luego, realiza estudios primarios, ingresa al Seminario Conciliar de Oaxaca para abandonarlo más tarde, se inscribe en 1829 en el Instituto de Ciencias y Artes del Estado y, siendo aún estudiante de la carrera de Leyes (1831), es "designado regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de Oaxaca", cargo con el que inicia la serie de atribuciones públicas que culminarán en la Primera Magistratura de la República en 1858.

El compilador no omite, en la antes dicha *introducción,* ni una sola de las grandes acciones que caracterizaron a Juárez; narra los destierros y las cárceles que desde antes de los treinta años acosaron al ejemplar oaxaqueño, manifestando que si algunas veces tales lances se produjeron por su inclinación al liberalismo y por su respeto a la legalidad constitucional, en otras ocasiones, cuando el enemigo lo destituía, él, Juárez, era hostilizado porque "dentro de su actividad profesional, se dedicó a defender a los indígenas y a tratar de resolverles su problema de tierras frente a la voracidad de quienes se las arrebataban; pero, sobre todo, se enfrentó a los abusos que el clero cometía en Oaxaca en el cobro de los derechos eclesiásticos... En 1834, por defender a los indígenas de Loxocha frente a las exacciones del párroco local, fue reducido a prisión". Además, Tamayo describe las reacciones de Juárez, ante esa sucesión de penalidades, como las mismas que le caracterizaron a lo largo de su vida: impasible, justo, inexorable, dispuesto siempre a marchar hacia adelante.

Las cartas que integran el libro han sido ordenadas cronológicamente. La última está fechada un día antes de la muerte de Juárez. A cada una se le ha encontrado un título adecuado al contenido de la misma, siendo por ello muy fácil mantener el control de los temas mediante la disposición del *índice general.* De tal manera que a quien interese, por ejemplo, saber algo relacionado con el título EN TODO ARREGLO DEBE SALVARSE SIEMPRE EL DECORO Y LA DIGNIDAD DE NUESTRA NACIÓN, descubrirá que a este tema el índice le asigna la página 281, donde se lee que en carta dirigida a Matías Romero —fecha: diciembre 22 de 1864— Juárez escribe: "Excuso recomendar a Usted, porque Usted lo sabe mejor que yo, que en el modo, forma y sustancia de un arreglo debe salvarse siempre el decoro y dignidad de nuestra Nación, porque es cabalmente el objeto de nuestra actual contienda... creo que debemos intentar en esa República (Estados Unidos) lo que buenamente y sin comprometer nuestra dignidad podemos obtener; pero no fiar en ello exclusivamente la esperanza de nuestro triunfo... No faltarán hombres que por un loable entusiasmo... o acaso por ambición indiquen a Usted como medida de habilidad y de alta política, que acepte toda oferta, aun cuando envuelva algo de sacrificio del honor nacional... Óigalos Usted con cautela; rechace con energía sus insinuaciones".

JORGE ENRIQUE ADOUM, *Poesía del siglo XX,* Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 392 págs., Quito, Ecuador, 1957.

Valéry, Rilke, Claudel, Lubicz-Milosz, Hughes, Eliot, Nicolás Guillén, Maiacovski, García Lorca, Vallejo, Hikmet y Neruda, son los poetas que se

estudian en el presente volumen. Para tal estudio, el autor ha hecho valer más su preocupación por lo ideológico que la inclinación de los poetas por ésta o aquella técnica. Además, los nombres que aquí ha incluido no son aquellos que corresponden totalmente a su halago personal, sino los que piensa "que han ejercido la influencia más notable en la poesía contemporánea de Europa y América, de nuestra habla y de otras lenguas".

Jorge Enrique Adoum, cuya fina poesía nos lleva a pensar que es el más viable poeta para suceder en prestigio a su paisano Jorge Carrera Andrade, se presenta ahora con este grupo de ensayos que nos inducen a recordar las calidades de otros dos ensayistas ecuatorianos. Benjamín Carrión y Alfredo Pareja Diezcanseco. Adoum, con este libro, no es una promesa de ensayista sino una realidad que empareja con sus mejores títulos de poesía.

La prosa de este nuevo ensayista ecuatoriano es limpia, sin alarde de grandes manejos pero obediente a los dictados gramaticales. Desde el punto de vista de la información aparece erudita, amparada en nutrida bibliografía aunque alejada de citas inútiles que vuelven, a veces, reiterativas las lecturas.

Ideológicamente, Jorge Enrique Adoum hereda ese afán de plantear la verdad, de condenar el crimen, que los inconfundibles novelistas de su tierra han impuesto a cada una de las páginas más valientes que conforman sus novelas.

El sistema empleado para tratar a los doce poetas que prestan tema a sus trabajos, consiste en el recuento histórico del ambiente que a cada uno de los abordados les toca vivir; en seguida, se recurre a la mezcla de la biografía y el retrato literario, para lograr, finalmente, identificar al hombre con su poesía.

En esta forma, Adoum asienta una conclusión definitiva acerca de los nombres que ya antes hemos mencionado. Veamos. Valéry: "deshumanizado"; Rilke: "ególatra"; Lubicz-Milosz: "Tardío sobreviviente de una edad pasada"; Claudel: "Durante la guerra, mientras con sones de trompeta clamaba sus poemas patrióticos, Claudel presidía el consejo de administración de una sociedad que proporcionaba motores de aviación a Alemania"; y Eliot: "sostiene que la poesía no tiene ningún efecto social: pero su propio caso es comprobación de lo contrario: ha ejercido una de las más importantes influencias en la poesía contemporánea: y todos los poetas de este nuevo decadentismo están logrando imponer —más que expresar— cierto sentimiento de derrota y pesimismo, de desesperanza y miedo, que determina otras tantas actitudes de deserción frente a la vida y al futuro".

Los siete poetas restantes están en la línea ideológica de Adoum, sobra entonces cualquier explicación o comentario respecto a la forma en que el ensayista enfoca las obras poéticas respectivas.

JUAN FERRATÉ, *Teoría del poema,* Edit. Seix Barral, S. A., 134 págs., Barcelona, España, 1957, Colec. Biblioteca Breve, Núm. 115.

El joven crítico Juan Ferraté nació en Reus —Tarragona— el año de 1924. Ahí y en Burdeos cubrió estudios preuniversitarios. Más tarde, 1950, se licenció en Filología Clásica. De algún tiempo a esta fecha viene colaborando como crítico literario en revistas españolas e hispanoamericanas. Desde 1954 sirve la cátedra de lenguas clásicas en la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba.

En su libro *Teoría del poema*, Juan Ferraté reune un conjunto de ensayos "divididos en dos clases: los que tratan de problemas generales de la poesía y sus procedimientos y los que plantean casos particulares de determinados poemas y poetas. Pero a pesar de abarcar un extensísimo campo, todos ellos delatan una sola y estructurada doctrina, una básica teoría del poema".

En los ensayos de este libro no se alude a un simple e intelectual entender. Los signos no remiten abstractamente a los significados como simples notificadores. La función del signo en la obra de arte es compleja y alcanza profundidades insospechadas. Para Ferraté el arte es una formalización de la experiencia. Los datos manifiestan un sentido y son signos cuyos conceptos se encuentran aprisionados en ellos mismos.

Esta obra contiene cierto interés para nuestros ambientes hispanoamericanos, como lo demuestran los principales ensayos agrupados en la parte primera del libro, de los cuales citamos: *Aspectos de la obra de arte, Poesía y realidad,* y *El tema de la poesía.*

En los títulos que se refieren a poetas importantes —no sólo de nuestra lengua sino también italianos y franceses— estudia la mecánica, la técnica empleada por ellos en la construcción de algunos poemas. Así, cuando analiza parte de los procedimientos parecidos en Baudelaire y Josep Carner, quienes llegaron a construir algunos poemas que vibran en una atmósfera semejante. Más adelante, Ferraté investiga las formas de creación poética similares en el italiano Sergio Corazzini y el español Antonio Machado.

ERICH FROMM, *Ética y psicoanálisis*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 249 págs., México, 1957, Colec. Breviarios, Núm. 74.

Fromm no considera a la Psicología como ciencia aislada sino interdependiente con la Sociología, la Filosofía entre otras, y con la Ética humanista objetivista cuya evolución depende de la que experimente la Psicología como ciencia teórica.

En este Breviario el autor aborda el Psicoanálisis específicamente freudiano, asegurando que "el Psicoanálisis en su intento de establecer a la Psicología como una ciencia natural incurrió en el error de divorciar a la Psicología de los problemas de la Filosofía y de la Ética"; sobre esta base, según las necesidades que va imponiendo el desarrollo temático del libro, se aclaran algunos puntos importantes que Freud no profundizó en su doctrina.

Fromm cree que el hombre puede salvar al hombre valiéndose de las posibilidades que ofrece la Ética Humanista; fundamentando la productividad humana en actividades que constituyen los fines de la vida, la experiencia propia del ser, y no en la forma irracional que resulta de presiones ejercidas por X autoridad, la cual obliga a que se observen sus cánones, no permitiendo al hombre liberarse y discernir él mismo acerca de su conducta.

El Psicoanálisis al tomar en cuenta para su estudio al hombre todo, aportó su mayor contribución a la Ética donde el "tema principal es el carácter". Para Erich Fromm el carácter es el que nos lleva a cobrar consistentemente, razonando según los tipos, los cuales pueden ser de "orientación improductiva" o productiva; "el objeto más importante de la productividad es el hombre mismo" que "comprende al mundo, mental y emocionalmente a través de la razón y el amor".

Fromm no interpreta el complejo de Edipo dentro de la fórmula freudiana; para él no existe la rivalidad sexual hacia el padre sino la rebeldía ante la ética irracional o autoritaria, dado que generalmente es el padre quien impone la conducta al hijo; imposición que arroja consecuencias según la intensidad manifestada en el choque.

Anselmo Carretero y Jiménez, *La integración nacional de las Españas,* Edit. Las Españas, 179 págs., México, 1957.

El contenido de este libro responde a las conferencias que el autor, Anselmo Carretero y Jiménez, sirvió en el Ateneo Español de México. Carretero y Jiménez es otro de los republicanos españoles que espera que a la caída de Franco se pueda hacer de España una patria nueva, empleando todos los elementos nobles y desechando los errores que el tiempo y la distancia han hecho valorar mejor.

La tesis que aquí se sustenta tiende a insistir en la idea de una federación de pueblos. Clama contra el centralismo que absorbe y olvida los intereses de cada provincia en particular, obrando en función de la "España una" como si ésta no estuviese integrada por varias nacionalidades.

Alrededor de su tesis, Carretero Jiménez se remonta a los orígenes de España y los elementos (étnicos, orales, históricos, etc.) que poco a poco, después de siglos, llegaron a constituir la nación actual, misma que ha visto rota su unidad a causa de localismos perjudiciales, o luchas como las de Castilla y León, o divisiones como la de Portugal. Pero, por sobre todas las cosas —nos dice—, "España es una comunidad de pueblos cuya variedad no es ningún mal para la patria común, sino valor espiritual que debemos cuidar". Carretero propone un gobierno ecuánime y justo apoyado en todas las clases sociales; eliminando los pequeños partidos regionales y aceptando el bilingüismo como cosa natural.

Alfonso Reyes, *Obras completas,* Tomo VI, Edit. Fondo de Cultura Económica, 455 págs., México, 1957.

No cabe duda que en este nuevo tomo del máximo escritor mexicano, Alfonso Reyes, vuelven a reunirse las calidades de su prosa y la emotividad con que narra la historia literaria. La España de Lope, de Quevedo y de Tirso de Molina, y el México de Juan Ruiz de Alarcón, son referidos mediante los relatos y comentarios a la vida teatral o novelesca. Con ese estilo decantado, con la elegancia en el decir y con la precisión erudita que le son ya peculiares, Reyes va proyectando siluetas, analizando personalidades, rememorando lances de la vida del Siglo de Oro y conduciendo al lector lego lo mismo que al enterado por las páginas encantadas de la literatura española.

Es de hacer notar el hecho de que el autor recoja en este interesante volumen trabajos que conservan la frescura y el sabor de la época en que fueron escritos. "No puedo negar —dice Reyes— que más bien tienen para mí el valor de recuerdos; que con ellos no pretendo adelantar un paso en terrenos antes y después de mí practicados por otros con mejor fortuna y conocimiento más

apurado... He decidido conservar a estas páginas su verdadero carácter: son testimonios de una época de mi vida; nada más".

El tomo a que venimos aludiendo contiene: *Capítulos de literatura española, De un autor censurado en el "Quijote"* y *Páginas adicionales.*

Con exquisita sensibilidad Alfonso Reyes escribe párrafos que son ni más ni menos que obras de un clásico de la literatura contemporánea, así cuando al referirse a Lope de Vega, afirma: "La ardiente gloria que lo rodea ¿no lo deforma acaso? Cruza como un trazo de fuego por el espacio de la escena española, atronada de aplausos y vítores; todo el Siglo de Oro parece concentrarse en su nombre; rebasa la proporción humana: es el monstruo de la naturaleza que decía Cervantes; toca la orilla mitológica: es, por antonomasia, el Fénix de los Ingenios, que resurge de sus cenizas; se da todo en cada ocasión, nace y muere cada día, y amanece a cada nueva aurora vestido de nuevas invenciones: hijo amado de la plasticidad, gemelo de Proteo, su sensibilidad insaciable asume cien formas diferentes. Viaja cabalgando en los vientos, como la nube de Shakespeare, y no bien remeda un engendro infernal cuando ya, otra vez, parece un ángel".

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, *Escritores representativos de América*, Tomo I, Edit. Gredos, 319 págs., Madrid, España, 1957, Colec. Biblioteca Románica Hispánica.

Esta Biblioteca de ensayos y estudios que dirige Dámaso Alonso, publica ahora el grupo de escritores que el peruano Luis Alberto Sánchez ha incorporado a su libro en número de veintisiete, representando 386 años de labor literaria en nuestra América. Sánchez abarca de 1533 a 1919 y sólo aborda, por lo tanto, escritores ya fallecidos.

Los trabajos que integran el libro de ninguna manera pueden ser exhaustivos. Son, como el autor lo anticipa, de poca extensión, pues se "intenta agotar la materia en el menor número de palabras posible, es decir, dentro de una imprescindible brevedad".

Para el orden de presentación de los escritores, Luis Alberto Sánchez recurre al estricto cronológico, rechazando por ende la clasificación por escuelas o por generaciones. El primer estudio que hace el ensayista peruano corresponde a Alonso de Ercilla y Zúñiga, de quien muestra sus aportes estéticos y lingüísticos, determinados por su sensibilidad y formación cultural, lamentando a la vez, que a su obra se le haya dado más importancia como historia que como literatura.

El que sigue en turno es Garcilaso Inca de la Vega, cuyo valor estriba en la esencia de su fantasía, el romanticismo de sus evocaciones y la fluidez que emana de su pluma no obstante la complejidad de su vida mestiza.

Más adelante le preocupa Sor Juana Inés de la Cruz. Sánchez la analiza con amor y exalta su sabiduría turbada en algún momento por la intransigencia claustral, así como por su original contribución al caudal literario volcado en "el conceptismo antes que en el culteranismo".

Luego estudia, entre otros, a Rafael Landívar, a Fernández de Lizardi, a Andrés Bello, a José Batres Montúfar, a Domingo Faustino Sarmiento, a Juan Montalvo, para concluir con Ricardo Palma, del que apunta que aparte de su obra clásica: *Las tradiciones peruanas*, elaboradas durante treinta años y publi-

cadas en número de 453, es considerado en su aspecto poético influido por el romanticismo y varias tendencias más que pueden apreciarse en *Recuerdos de España* y *La bohemia de mi tiempo.*

RICHARD NEUTRA, *Planificar para vivir*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 461 págs., México, 1957.

Sabemos que es imposible bajo las condiciones económicas que rigen el mundo actual, derrumbar todo lo construido para vivir mejor y rehacerlo de acuerdo con la comodidad y bienestar que veinticinco años de esfuerzos, sintetizados en las páginas de este libro, han logrado en el campo de la planificación.

Richard Neutra ha demostrado la validez de su teoría en distintas latitudes. Condena el hacinamiento de los apartamentos modernos y el afán de utilizar en las construcciones hasta el último centímetro de terreno. Considera que todos los planificadores han prestado un juramento solemne respecto a servir al hombre, "conociendo tanto su funcionamiento orgánico como sus necesidades para no atrofiar nuestro cuerpo y nuestra mente dándole no una tumba a plazos sino un porvenir halagüeño".

En la lectura de este libro, no encontramos presupuestos ideales o planos funcionales, sino los medios que el diseñador tiene en las manos para proporcionarnos felicidad y estabilidad psíquica y emocional, valiéndose de la construcción científica y de acuerdo con las verdaderas exigencias del género humano.

Richard Neutra asegura que la "idea de la atracción estética debe despojarse de una cualidad de intemporalidad o eternidad que a menudo se le atribuyó en el pasado. Semejantes atracciones están estratificadas sutilmente de acuerdo con su recepción y asimilación nemocerebral". Existen formas que nos atraen y nos satisfacen, ello basta para que las estudiemos en relación a la atracción esencial que nos causan, ya que en un futuro no lejano pueden convertirse no sólo en hastío sino en repulsión inconsciente que alterará nuestra estabilidad emotiva.

Acerca del diseño, Neutra explica que, su funcionalismo, debe abarcar —además del hecho aislado— la forma más lejana, el sitio donde se establecerá la raza mejor, si se toma en cuenta hasta la más pequeña reacción neuromental, tan importante para la construcción como el material que se va a usar en ella.

No obstante que el presente es un libro especializado, su contenido es accesible a cualquier lector. Los tecnicismos casi no aparecen, y las reiteraciones que se observan, es posible que obedezcan al afán de insistir sobre la retentiva del interesado.

WALDO FRANK, *La pasión de Israel*, Edit. Losada, S. A., 186 págs., Buenos Aires, Argentina, 1957.

Este volumen se inició cuando Waldo Frank, en el lugar mismo de los hechos, empezó a elaborar artículos que agencias norteamericanas le habían solicitado a fin de difundirlos en idioma español. Fue hasta después, que Frank se interesó en el asunto y redondeó *La pasión de Israel.*

La obra trata de aparecer como desvinculada a cualquier móvil de carácter político, aparentando introducirse en lo que conceptuamos como una pequeña

biografía de Israel, y que, por lo tanto, al tocar el transcurrir histórico, de inmediato invade la órbita de la política. No importa que el tema se desarrolle en pasiva, es igual, porque precisamente, uno de los casos difíciles de historiar sin que recordemos la integración del Estado israelí, es éste, a menos que el observador llegue a Israel empeñado en estudiar su flora y su fauna. Por otra parte, la pasividad o la neutralidad de un periodista, o un escritor, que en otro tiempo habría editado *La pasión de Egipto*, no puede a estas alturas convencer a nadie.

Waldo Frank refiere sumariamente la historia de la cultura judía, recuerda la dispersión de ésta sobre la faz del mundo, su supervivencia en medios heterogéneos y su regreso, a partir de 1948, cuando un fuerte núcleo de judíos poseídos del espíritu de identificación, lucha por un ideal común olvidándose de que individualmente son gentes nacidas y criadas en medios opuestos.

Sobre la línea de dirigentes que menciona, Frank distingue a Ben Gurión colocándolo más allá del simple marco descriptivo, mostrándolo como un político avezado, a la altura de Churchill, y defendiendo la rudeza de sus procedimientos por considerarla necesaria para "tratar con los árabes y las potencias".

JUAN COMAS, *Manual de antropología física*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 698 págs., México, 1957, Sección de Obras de Antropología.

Los temas que contiene este libro de Juan Comas, están expuestos dentro de las dimensiones que exige su importancia y a la altura de los más recientes adelantos científicos; de ahí que su edición, si no supera, bien puede competir con los *manuales* divididos en varios tomos y con las ediciones extranjeras más aventajadas.

En el capítulo sobre *Craneología*, Comas advierte: "nuestra misión es únicamente abrir o facilitar el camino a los futuros antropólogos físicos, al mismo tiempo que ofrecer al no especializado un panorama general de suficiente amplitud". Y en efecto, en seguida encontramos la utilidad de este *tratado*, constantemente renovada debido a la necesidad que hay de incluir, en los programas de enseñanza, el estudio de esta materia, la cual hará al hombre conocer al hombre, ya que puede y debe aplicarse en Historia, Criminalogía, Industrias, Genética, Pedagogía, Sociología, etc. A este propósito, Juan Comas señala cómo ha de emplearse en esos y otros campos.

En la parte titulada *Herencia*, el antropólogo Comas toca, junto a otros, el problema racial, y observando los distintos prejuicios que se relacionan con el tema, hace hincapié, por ejemplo, en el prejuicio existente respecto al hombre de piel oscura, de quien dice que bajo ningún concepto debe ser considerado inferior o subhumano, pues científicamente está demostrado que la relegación practicada en diferentes lugares del mundo, sólo es consecuencia de una falsa estructuración histórico-político-económica. Análogo —agrega— al caso del negro es el del judío, el mestizo, el indígena, etc.

Este *Manual de antropología física* está dividido en diez partes y ampliado por siete apéndices. *Generalidades* es la parte que nos introduce al tema, familiarizándonos con las páginas siguientes. En *Origen y evolución del hombre*, Comas presenta las teorías de Darwin, Lamarck, etc., confesando que pese a las especulaciones científicas o religiosas, "debemos resignarnos a declarar que el grande y apasionante misterio del origen de la vida sigue por el momento

en una oscuridad casi absoluta". En *Crecimiento* —a la tercera parte, *Herencia,* ya nos hemos referido—, este fenómeno, fundamental durante la infancia, es apreciado en sus diferencias de organismos jóvenes y adultos, con sus características somáticas y los índices usados a fin de conocer mejor esa función que tan estrecha relación guarda con la vida total del ser. En *Somatología,* se centralizan todos aquellos métodos y conceptos de carácter casi universal, a los cuales se ha llegado mediante congresos y reuniones verificados con ese fin. Siguen *Biotipología y tipos constitucionales: Craneología, Osteología: Paleoantropología; Sistemática racial y grupos humanos:* y *Utilización y enseñanza de la antropología física.*

NICOLE, *Se le soltaron los leones,* Edit. Goyanarte, 149 págs., Buenos Aires, Argentina, 1957.

La novelista Estela Canto, ha traducido de la lengua francesa este relato en cuyas páginas su autora, Nicole, presenta los más variados tipos humanos —estrafalarios en su mayoría—, moviéndolos con una lentitud que marcha en desacuerdo con la gracia y el humor intentados en la obra.

Por esta vez, tanto Goyanarte como Estela Canto no ganarán la voluntad de todos sus lectores. La atmósfera de la novela no es sólo el humor francés que se anuncia en la solapa del libro, sino también la crudeza con que se construyen la mayor parte de las situaciones emotivas. No se puede opinar de otro modo. Recordemos que Albertina, después de cambiarse amantes como trajes, y decepcionada del último, Andrés, regresa a Burdeos para echarse en brazos de Santiago, su esposo, a quien no escribió nunca durante su ausencia voluntaria, pero que, impasible y buen hombre, la perdona, para diez meses más tarde convertirla en madre de su primer hijo.

La historia principal se inicia con el viaje de Albertina que, joven y recién casada, abandona a su marido y se lanza a la calle en busca de ciertas libertades. Albertina huye de Burdeos y se domicilia en París. Las experiencias que va adquiriendo se las comunica por carta a Cecilia, amiga que la aconseja y le discute aquellas aventuras que juzga descabelladas. El relato está contado a través de las epístolas que las dos mujeres se dirigen; técnica que Nicole maneja con dominio ya que en ningún momento el lector pierde el interés por la correspondencia de Albertina y Cecilia. Sin embargo, el lector se decepciona cuando del buen humor resuelto con finura se pasa a la brusquedad carente de dote literaria; hay pues, en este aspecto, cierto desequilibrio, lo cual podría originarse en que algunas veces, el sentido picaresco de las frases sufre alteraciones al vertirse a otro idioma; o también, a que ese tipo de ingenio no alcanza la madurez necesaria para arrancarnos la carcajada o al menos, la sonrisa. Además, el humorismo puede apartarse de la moral cuando se desea jugar con el sexo, pero lo que resulta imposible es negar ésta a base de planteamientos inconsistentes.

FREDERICK METCALF THOMAS, *Estrategia para la supervivencia,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 300 págs., México, 1957, Sección de Obras de Política.

Leyendo esta obra es fácil explicarse por qué las casas editoriales norteamericanas se negaron a publicarla las casi cien veces que fueron solicitadas.

Estrategia para la supervivencia no sólo es una protesta contra el avance científico en pro de la destrucción humana acrecentada por un ultranacionalismo y un falso orgullo de ostentación, sino la oposición profundamente sentida de una fórmula basada exclusivamente en la comprensión moral sin bases ideológicas o convicciones religiosas de esencia metafísica.

Metcalf Thomas es original en los planteamientos de su tesis: con supuestos personajes nos hace vivir una probable tercera Guerra Mundial, presentando pasajes de novela que, en cualquier momento, podrían traducirse en realidad ya que la ciencia actualmente es más un peligro que una seguridad. Más de la mitad de los dieciocho capítulos que integran el libro se refieren a la posibilidad de un tercer choque bélico mundial, con los resultados lógicos del aniquilamiento de la cultura, el retorno a la vida cavernaria, la amargura, el miedo y el resentimiento en que entonces se viviría.

La solución del problema para Metcalf Thomas, es el control de las armas no por el Gobierno ni los militares, sino por los hombres de ciencia que intervienen en su producción, siendo ellos mismos sus propios inspectores. Por lo general, el papel del científico lo considera similar al del médico, quien se ha mantenido al margen de influencias religiosas o económicas, sirviendo hasta donde es posible, desinteresadamente.

En *Algo tangible,* capítulo último del libro, propone la formación de un organismo no internacional, sino transnacional, que dirija la estrategia para sobrevivir lejos de influencias políticas, en un territorio dejado neutral y sostenido no por Gobiernos sino por pueblos. Los científicos —apunta Metcalf Thomas— deberán ser voluntarios en esta auténtica cruzada por salvar a la humanidad, y su fin e ideal será: servir. Tal es su *fórmula.*

M. A. ELLISON, *El sol y su influencia,* Edit. Universidad Nacional Autónoma de México, 240 págs., México, 1957, Colec. Problemas Científicos y Filosóficos, Núm. 5.

Además de emitir ondas, el sol desprende partículas que afectan el aspecto del espacio con las auroras, influyendo en el magnetismo terrestre y las comunicaciones. Por otra parte, a pesar de ser una masa gaseosa por lo intenso de su temperatura, es tan compacta que guarda armonía entre las fuerzas que se producen en el seno de sus diferentes núcleos, como por ejemplo, la fotósfera, de donde nos llega luz y calor, y donde se forman las perturbaciones más o menos cíclicas que conocemos con el nombre de "manchas solares".

Ellison describe, con sencillez y brevedad, el color, su temperatura, sus otros niveles, su constante solar, etc. En la misma forma, se ocupa del sol, "esta estrella sostén de nuestro mundo", la cual viene a ser una más sin importancia en nuestra Galaxia, cuyas medidas resultan casi incomprensibles: cien mil años luz de diámetro y diez mil de espesor, medidas a las que únicamente logran acercarse las ondas de radio, permitiendo que los astrónomos vean lo que es imposible contemplar con los telescopios más potentes.

Todos los experimentos registrados hasta nuestros días y que se relacionan con *El sol y su influencia,* se consignan en este libro de Ellison, sirviendo de base para que entendamos los experimentos más recientes y descifremos fenómenos que por la frecuencia con que ocurren, no les concedemos ninguna importancia.

Emilio Prados, *Circunscisión del sueño,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 77 págs., México, 1957, Colec. Tezontle.

Con la misma pureza de expresión que ya antes han recogido otros poemarios suyos, tales como *Memoria del olvido* y *Jardín cerrado,* el poeta español Emilio Prados recoge sus últimos poemas en el título: *Circunscisión del sueño.*

El presente poemario ha sido ordenado en dos partes por su autor: Pacto Interior y En la Gracia del Viento. En ambas, el poeta nombra las cosas con su antigua voz; reconoce los elementos que integraron poemas anteriores; vuelven a estar con él: la estrella, el río, el trigo, el pájaro, el espejo.

Su antigua voz recorre las dos partes del libro pero no en el mismo tono; Pacto Interior está escrito en forma más subjetiva, más individual, más íntimo; el poeta apenas expresa su canto: lo único que sale de él es el poema. Tal vez por esto, por desear encontrarse dentro del propio canto, suelta el verso tras el verso sin importarle que de uno a otro nazca la incoherencia, la abstracción, la vida de la metáfora sin vida larga, la vida de la imagen sin perpetuidad:

Me asomé, lejos, a un abismo...
(Sobre el espejo que perdí he nacido).
. . . .
Tiré mi cuerpo, hueco, al aire...
(Abren su voz los ojos de mi sangre).
. . . .
Se pudrió el tiempo en que habitaba...
(Brota en mi espejo un cielo de dos caras).

La segunda parte, En la Gracia del Viento, lanza a Emilio Prados al exterior y lo pone de inmediato en comunicación con las cosas. El poeta recibe el aire de frente y nota con júbilo que se le han cargado los pulmones; la voz entonces ya se ha vuelto más robusta y salta en el verso más sonora:

Campo de trigos mil, el trigo al campo
vuelve en un trigo terminado, y sume
su presencia total, su cuerpo entero,
gracia del viento que aún sin nombre deja.

José María Valera, *Comentarios a la Sociología de M.H. Cornejo*, Edit. San Marcos, 84 págs., Lima, Perú, 1957.

Más que *comentarios* el presente volumen encierra una Tesis Profesional, misma que fue presentada en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos para optar por el grado de Doctor en Letras.

José Mejía Valera estudia el pensamiento de Cornejo a través de su obra. Advierte que su vehemencia teológica como su "estilo recargado" fueron probablemente producto de su época y de su edad. Analiza las ideas sociológicas del Maestro y señala los aportes que merecen mencionarse comparativamente ante las teorías nuevas, ya que con ellos el estudiantado peruano podrá comprender y valorar la obra de Cornejo.

En la exposición de Mejía Valera se capta la admiración que él guarda por el sociólogo peruano, sentimiento que no le permite olvidar que de aquel tiempo al nuestro las necesidades humanas han cambiado, y por ende, los conceptos han

evolucionado. No obstante, Mejía reconoce en Cornejo la capacidad de reconciliar las distintas corrientes que influían al mundo de entonces, representadas por sociólogos como Wundt, Spencer y Ward. "Es por esta razón —manifiesta el sustentante— que su sistema debe clasificarse como sintético y, a la vez, de transacción".

Leído este estudio, comprendemos que su aportación no será útil sólo a la sociología peruana, ya que aun cuando M.H. Cornejo se basó en su pueblo para fundamentar su teoría, la amplitud de su visión resume ideas válidas de una época e influencias extranjeras que privaron en nuestras latitudes.

IGNACIO HELGUERA, *El monstruo y otros cuentos*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 203 págs., México, 1957, Colec. Tezontle.

Quince cuentos, desarrollados con temas varios y en ambientes distintos, son los que conforman el título que nos ocupa. Ignacio Helguera cuenta sus asuntos con una naturalidad que afecta la estructura literaria del relato. A veces, cuando la voz del cuentista entra a preceder el diálogo de los personajes, su apego a determinado tipo de conducta preconcebida lo acerca más a la fotografía que a la literatura.

Helguera se inclina más por la temática realista que por la fantástica, aunque en ambas las perspectivas de superarse aparezcan igualmente prometedoras.

Cuentos como *El perseguido* o *Cuatro días de cirquero*, muestran al autor dentro de una nueva dimensión: su calidad humana; mientras otros como *Tragedia mínima* o *Tragicomedia alteña*, no agregan ningún reconocimiento para su labor de relatista; sin embargo, no sucede lo mismo con *La familia desaparecida* y *El monstruo*, dado que el dramatismo de mayor intensidad aprisiona con firmeza la atención del lector, además, el recurso de la solución inesperada remata el cuento con mayor brillantez.

ALFONSO FRANCISCO RAMÍREZ, *Antología del pensamiento político*, Edit. Cultura, T. G., S. A., 510 págs., México, 1957.

Si consideramos que las antologías, sean políticas o literarias, tropiezan por anticipado con impugnadores de las más variadas categorías y por los motivos más contradictorios, debemos, para compensar tal antecedente, disponernos a ser tolerantes cada vez que llegue a nuestras manos un trabajo de esta índole, procurando buscar sus aciertos e ignorar, hasta donde sea posible, sus errores. Ahora bien, con este razonamiento en casa, hemos de empezar por aplaudir el esfuerzo del señor Alfonso Francisco Ramírez al intentar darnos una *antología del pensamiento político* en todos los tiempos y en todas las latitudes; asimismo, hemos de celebrar la ordenación y distribución del material empleado. En seguida, pasamos a la parte que se refiere a los errores, advirtiendo que ante la realidad de la *antología* que tenemos a la vista, estamos en la obligación de hacer la siguiente salvedad: ignorar dichos errores siempre que no sean garrafales. Este es el caso del señor Ramírez, con quien podemos olvidarnos, por ejemplo, de nuestra discrepancia en cuanto al criterio de selección, pero de ninguna manera aceptarle que el general Porfirio Díaz es "el más grande gobernante de México", o que Carlos Marx haya sido excluido de la *antología*,

en la cual, de más de cien nombres que se agrupan hay por lo menos veinticinco que nada tienen que hacer junto al pensamiento político universal. Volviendo a México, reparamos en la ausencia de Lázaro Cárdenas a quien no se le puede objetar que no haya escrito ningún libro que recoja su ideario político, puesto que en el caso de Miguel Hidalgo y Costilla, el autor no acude a texto alguno escrito por el patricio, sino a las *Proclamas, Bandos y Correspondencia* recopilados por J. E. Hernández Dávalos. ¿O no se ha considerado a Cárdenas porque sólo se incluyen personajes ya fallecidos? Tampoco sería válida tal excusa, pues notamos la presencia de José Vasconcelos y Jacques Maritain.

Mauricio DE LA SELVA.

AUGUSTO CORNU, *Los orígenes del pensamiento marxista,* Ed. Charles C. Thomas, Springfield, Ill., EE. UU., 128 págs., en 4º

Es éste uno de esos pequeños libros útiles por contener el resumen de un tema, escrito por un catedrático cuyo criterio se ha formado hasta llegar a la concisión y a la claridad.

No se trata de una crítica sino de una ordenada y parcial exposición del pensamiento socialista, desde los grandes descubrimientos que ampliaron el horizonte intelectual e incrementaron las necesidades, en el siglo XV, hasta Marx.

Veamos cómo el rechazo a la autoridad tradicional afirma el derecho a la duda y a la libertad de pensamiento, con el Renacimiento y la Reforma. A estas ideas el racionalismo agrega el concepto del progreso y en Francia, principalmente, asume un carácter materialista, inspirado por el empirismo inglés y por Descartes. Se suma la luz de los enciclopedistas y Rousseau formula la primera contradicción de tendencias dentro del orden capitalista: la integración del hombre al medio, y la exacerbación del individualismo por la competencia y el lucro. Paralelo a Rousseau, Kant señala los primeros elementos de una visión monística y orgánica del mundo. Siguen los románticos alemanes, que rechazan el dualismo racionalista y el formalismo kantiano, y proclaman que la idea de desarrollo y progreso no se reduce al hombre sino que se extiende a todo; así se anunció la primera idea de evolución, como término medio entre las concepciones estática y dinámica del mundo.

Uno de los grandes filósofos de todos los tiempos, Hegel, iba a romper este *impasse.* La raíz de su sistema está en el símbolo de Cristo, como reconciliación entre lo material y lo racional. En todo lo que existe hay coexistencia de lo real y de lo racional; pero lo esencial, lo dinámico es el elemento negativo. Esta concepción —que es el meollo del sistema hegeliano— llevó al filósofo al examen de la sociedad humana, que está determinada por la evolución histórica y lógica de las formas de la consciencia en relación con el objeto; tan inmenso esfuerzo era nada menos que una teoría para interpretar el mundo como una realización progresiva de la idea absoluta, y reducir los hechos y las cosas a conceptos. Al hacer la filosofía de la naturaleza, de la historia y de la ley, Hegel rechazó el método científico que elimina de la realidad el elemento cualitativo y mantiene sólo el cuantitativo, y que al establecer medidas, hace posible el razonamiento matemático. Su posición compromisoria lo hizo aceptar al Estado como expresión perfecta de la moralidad objetiva;

sin embargo, su crítica de las desigualdades que produce el lucro en la sociedad burguesa ya es racional y dialéctica. La doctrina de Hegel marcó el fin de la filosofía romántica idealista, y aunque no comprendió la realidad como objeto de la actividad práctica y concreta del hombre y por consiguiente no llegó a la causa eficiente de la transformación del mundo, es, en su parte dialéctica y materialista, la base del pensamiento socialista y contemporáneo.

La llamada "izquierda hegeliana", en sus diferentes grupos, desarrolló ese sistema dialéctico, enriquecido por las experiencias de la acción. El ala de Feuerbach, Hess, Marx y Engels usó el propio método hegeliano para destruir la parte idealista del sistema y derivar hacia el materialismo histórico. Los dos primeros aún tuvieron vaguedades y resabios de escuelas anteriores; pero fueron los más inmediatos determinantes del marxismo, hasta el punto de que ya más que mediada su vida, Marx todavía arrancaba sus proposiciones de los razonamientos de Feuerbach.

Tres básicas nociones del hegelianismo se incorporaron definitivamente a la obra de Marx: la unión necesaria entre el pensamiento y el ser, el desarrollo dialéctico de la historia, y la racionalización cada vez mayor de la realidad como causa eficiente y propósito final de todo desarrollo dialéctico. Según Cornu, Marx no se aprovechó tanto de los socialistas franceses cuanto de los alemanes; por otra parte, durante muchos años tuvo presente a la sociedad alemana, donde se había formado. Desde la primera fase de su obra —que es una crítica constante a los sistemas de Hegel—, trató de buscar una teoría de acción lo más alejada posible del liberalismo y del idealismo en todas sus formas. A partir de la publicación de *La sagrada familia*, que escribió en colaboración con Engels en 1844, su trabajo se centra en torno a las cuestiones económicas y especialmente, a las formas de la producción y de las relaciones sociales. Este nuevo campo lo acerca a Proudhon, de quien luego se aparta porque le pareció que su crítica contra la propiedad privada no llegaba hasta sus extremos fundamentales, o sea el papel que correspondía al proletariado en la transformación histórica. Vemos cómo se va formando el pensamiento de Marx a través de sus escritos, en una secuencia lógica, siempre hacia un fin entrevisto. Lejos van quedando la especulación, los sistemas verbales, y se integra un método, una filosofía y una doctrina de acción, hasta el *Manifiesto comunista*, que se publicó en 1848. De ahí en adelante, la afirmación de Marx ya no se modificó: la dinámica de la historia conduce a la revolución inevitable que reemplazará a la sociedad capitalista por la sociedad comunista, acabará con el trabajo sojuzgado, establecerá la producción colectiva y hará posible la integración completa y armoniosa del hombre en el mundo.

El libro del profesor Cornu adolece de varias fallas. En primer término, toda su exposición es marxista y de ahí que sus varios enfoques críticos se dirijan sólo al pensamiento socialista anterior a Marx y no a la obra de éste. No menciona además, *El capital* como si no fuese indispensable tratar sus antecedentes con tanto o mayor detenimiento que los de las primeras obras de Marx. Y por último, tampoco menciona a la mayor parte de los originadores del socialismo; por ejemplo Paine, Godwin, Owen, Babeuf, Saint Simon, Fourier, Gray, Blanqui, Barbés, Bakunin y muchos otros antecesores y contemporáneos de Marx, que fuera de la órbita alemana, son indudablemente los que dieron contenido económico y capacidad de acción al socialismo en general, influyendo particularmente en todo el sistema marxista. El propio Engels —sin cuya cola-

boración no puede juzgarse seriamente el trabajo de Marx— apenas está citado de pasada.

Repetimos, sin embargo, que el manual del profesor Cornu es didáctico, útil y claro.

De Sanctis sobre Dante.

Desde Fazio degli Uberti y Bruni en el siglo xv, Guinguené, Lamartine y Lamennais, Kopisch y Witte, Rossetti y Croce en Francia, Alemania e Italia en siglos subsiguientes, hasta Pound y Eliot en nuestros días, la obra de Dante se ha analizado como la creación poética por excelencia —acaso la más importante que haya producido el hombre.

Es mucho decir que los ensayos de Francesco De Sanctis sean la mejor crítica que existe sobre *La divina comedia* y sus personajes; sin embargo, uno se siente tentado de afirmarlo cuando relee los capítulos de la monumental *Historia de la literatura italiana* o los siete estudios que los profesores Rossi y Galpin, de la Universidad de Wisconsin, acaban de publicar en un tomo que lleva por título el de estos comentarios.

En todas las épocas, Italia ha contado con críticos muchas veces de calidad más alta que la de sus escritores contemporáneos. Basta recordar que al lado de Carducci y de Leopardi, figuraron en el siglo xix Puoti, Manzoni, De Sanctis y poco después, Gentile y Croce.

De Sanctis desembocó en *La divina comedia* por todos los caminos de la literatura italiana, que al decir de Croce, conocía como nadie, excepto Carducci. Ya habían enjuiciado la obra Pouti, con su método purista estético; los críticos franceses, con su método histórico, y los críticos alemanes, con el enfoque filosófico con que llegan a la literatura. Estas tres influencias se conjugan en De Sanctis y son la base de su arte.

A través de su cátedra de literatura italiana en varias universidades de su país, De Sanctis fue forjando una nueva interpretación del gran poema; ya a mediados de siglo había terminado varios de los ensayos que nos ocupan. Este proceso alcanza la cumbre en los capítulos sobre Dante de la *Historia*, que se publicó en 1870-71.

De Sanctis figuró en primera fila en el movimiento romántico que en el campo de la política y de las ideas, se tradujo en las diversas revoluciones italianas del siglo xix. Fue diputado y ministro de educación y sintió apasionadamente la lucha de su pueblo por el laicismo y la unidad y la libertad. Sin embargo, su concepto de la crítica excluía el enjuiciamiento ético de la obra de arte. Hombre de cabal pureza, no admitía transacciones ni malas causas en la conducta personal; pero en el campo del arte, su integridad iba unida a la valoración exclusiva del material bajo juicio.

Su método consistía en revertir el proceso de la creación: examinaba la situación concreta, la forma poética, el elemento dramático y su relación con el lenguaje en que estaba expresado; luego iba al poeta y trataba de identificar totalmente el medio en que había creado, sus reacciones ante ese medio y sus motivaciones o propósitos para crear lo que había creado. La esencia del arte es la forma —decía—; forma que resulta de la idea y de la voluntad de quien la manifiesta; esta es la verdadera unidad orgánica del arte; la forma no es una idea sino una cosa y por consiguiente, el poeta imagina cosas y no ideas.

La imagen, medio propio de la poesía, debe ser plástica, concreta y con todos los rasgos, fuerzas e imperfecciones de la naturaleza; y como ésta es imperfecta, se deduce que la base del arte —como la de la vida— no es lo perfecto sino lo imperfecto. De aquí que Francisca de Rimini sea más poética que Beatriz, y el *Infierno* más poético que el *Paraíso.*

Flaca era para él la obra producida según el criterio del "arte por el arte"; "el poeta", decía, "contribuye el medio de producción, pero el hombre contribuye la fuerza". De aquí que sea en términos de la pasión, de la insuperable claridad, de la justeza expresiva y de la belleza plástica, cabales encarnaciones de lo que Dante quería expresar, como juzgue *La divina comedia.* Según él, andaban equivocados los que pretendían criticarla no sólo desde el punto de vista del arte sino como tratado político o filosófico.

Su reverencia por la claridad se debía más a su formación latina que a la dialéctica hegeliana que tanto lo influyó durante las primeras épocas de su trabajo. Odiaba la vaguedad, la anfibología, los abstractos que distorsionan o empañan la realidad. Sólo lo que es claro es bello, afirmaba.

Por eso se explica la influencia que ha tenido en poetas de tanta justeza expresiva como Pound y Eliot. Ambos llegaron a Dante a través de él, y aprendieron a desentrañarlo gracias a su método. La propia exégesis que Pound hace de Cavalcanti —contemporáneo de Dante y su amigo íntimo— es una valoración crítica a la manera de De Sanctis.

El tomo que comentamos contiene los ensayos de De Sanctis sobre el tema de *La divina comedia,* el carácter de Dante y su utopía, Francesca de Rimini, Farinata, Pier delle Vigne, Ugolino y la traducción del poema al francés por Lamennais. Estos ensayos no sólo son material insuperable sobre aquella obra, sino prosa perfecta y llena de pensamiento sobre el arte, la poesía, la creación y la crítica misma. El trabajo de Rossi y Galpin es meritorio no sólo por la traducción impecable sino por haber logrado reunir estos materiales dispersos en revistas y notas.

Ignoramos si los ensayos de De Sanctis están traducidos al castellano. En todo caso, para los que no leen italiano, este libro *(De Sanctis on Dante),* editado en inglés por la Universidad de Wisconsin, es indispensable para conocer lo mejor que se ha dicho sobre uno de los mejores poetas de todos los tiempos.

FREDERIC HAROLD YOUNG, *La filosofía de Henry James*, Ed. Bookman Ass., Nueva York, EE. UU. (en inglés), 338 pp. en 4°.

Contemporáneo de los sólidos precursores del socialismo, influido por los utopistas y a contrapelo de la civilización materialista que se regó por el mundo tras la Revolución Francesa, Henry James, padre del gran cuentista y escritor Henry James y de William James, fundador del pragmatismo, es el personaje de este libro.

James era una especie de enciclopedista de la teología, que empezó como discípulo del escocés Sandeman, cuyo limitado horizonte cuasi-ortodoxo dejó para seguir al suizo Swedenborg, igualmente religioso que el primero, aunque más articulado "a la moderna" por influencia de Aristóteles. Ya entrando a la madurez, le interesó "la maravillosa literatura del socialismo, sobre todo los escritos de Charles Fourier"; pero nunca perdió el espíritu científico, la audacia para analizar y aplicar los textos sagrados y sobre todo para criticar a

sus ministros, que fueron característicos de Swedenborg. Su trabajo posterior tendió a amalgamar todas esas doctrinas, hasta llegar a una interpretación propia, que es el "socialismo espiritual".

Esta interpretación no fue un sistema, sino una serie de enfoques teológico-filosóficos neoplatonianos y fuertemente imbuidos por el calvinismo. Partía James de una estructura básica: la jerarquía del conocimiento, dividido en sensible, científico y filosófico, correspondiendo a la forma en que están organizados los "reinos" de la vida del hombre. La ciencia resulta un eslabón obligado entre la religión y la filosofía, y ésta sólo se ocupa de la esencia de las cosas. En consecuencia, el único problema de la filosofía es la creación, las formas finitas que imparte a sus creaturas el creador infinito. Ésta era la doctrina central de James, cuyas dificultades lógicas son aún mayores en el desarrollo que en la concreción arriba intentada.

Expuso seguidamente James padre, su doctrina del "hombre espiritual", según la cual la personalidad no corresponde necesariamente al origen o al destino del hombre: es decir, tiene todas esas oscuras esencias y motivaciones que Freud situó en el subconsciente un siglo después. El hombre se integra a la naturaleza a través de una evolución (existencial) y una evolución que va desde el sentido, la razón y la revelación, a lo divino, lo natural y lo humano. Este cabalismo está expresado en una gráfica muy a la manera platónica.

Parte de la doctrina del "mal espiritual" de este razonamiento: "Cuando hablamos de inquirir en el origen del mal, no queremos significar mal físico o el mal que uno sufre; ni mal moral ni el mal que uno hace, sino el mal espiritual, es decir el mal que uno es". La parte importante de esta segunda sección del pensamiento de James es la crítica contra el "moralismo" y todos los derivados del liberalismo; en esto los argumentos tienen apoyo en Fourier y en el sedimento racionalista que dejó a James su contacto con los socialistas. Le parecía que las únicas normas para profundizar en el mal eran las religiosas, las teológicas.

Con dialéctica platoniana, James extiende su doctrina a la historia, afirmando que ésta se sumariza en tres grandes "intereses": la iglesia, el estado y la sociedad. Aplica en estos campos su "doctrina de la redención", según la cual la humanidad sigue un ciclo de integración de la naturaleza semejante al del "hombre espiritual", hasta llegar a una "ciudad de Dios", pariente del "reino de Dios" de la biblia, de la "ciudad de Dios" de San Agustín y de otras concepciones similares de Leibniz y de los utopistas (sobre todo de los socialistas religiosos).

Como vemos, el pensamiento de Henry James padre tenía muy poco de original, salvo su esfuerzo por amalgamar a lo largo de una obra tenaz y larga, a Calvino con Sandeman y Fourier y Swedenborg y el sistema de los gnósticos. William James —con mucho amor filial— lo considera un pensador positivo, radical, fresco y vital (ese término tan a la moda, de importación anglosajona y de contenido tan ubicuo) en su idea sobre Dios; su débil huella —dice William— no explica la categoría de su obra sino la resequedad intelectual de la época. El autor del libro que glosamos, en un capítulo inicial, elogia la limpia fe y la profundidad teológica de James; pero cita también unas cuantas críticas sobre su obra de conjunto, especialmente la de "un lector" del personaje, que apunta con exactitud: "Nunca desarrolló su filosofía espiritual hasta someterla a la prueba de la reforma social", y por consiguiente asumimos que tampoco corrió el riesgo de los grandes reformadores que desembocaron en el socialismo

y nos han abierto el nuevo camino para interpretar la historia y el papel del hombre sobre la tierra.

Imaginamos que la buena crítica que ha merecido el libro del Dr. Young en los Estados Unidos se debe en buena parte a que James es uno de los poquísimos filósofos con que cuenta ese país en el siglo XIX. A nosotros nos parece un encomiable esfuerzo paleográfico del Dr. Young. En arte, y especialmente en filosofía, es innecesario estudiar figuras que a su falta de originalidad suman intrascendencia para la sociedad de su época y sobre todo para la sociedad contemporánea.

La honestidad de juicio, la prosa clásica y el indudable buen estilo de Henry James padre, tal vez no justifican el tremendo esfuerzo realizado por el autor del libro que se comenta.

La utilidad que reconocemos al libro es como documento para el estudio de la historia intelectual norteamericana.

Mario MONTEFORTE TOLEDO.

SALOMÓN ADLER, *La economía china*, 289 p.

Uno de los trabajos más completos realizados hasta nuestros días respecto a la economía china desde 1949 —año en que los revolucionarios al mando de Mao Tse-tung y Chu-Te toman el poder— es esta obra de Salomón Adler. Lo interesante que resulta el tema y la actitud imparcial, objetiva, de su autor, hacen de este libro, claro y bien estructurado, de buena información y apasionante, una obra de consulta necesaria para quien desee, sin prejuicios, comprender qué es lo que ha sucedido y está sucediendo en esta nación tan lejana y desconocida por nosotros. La obra comienza —con un capítulo que lleva como título "panorama general"— por proporcionarnos algunos informes acerca de la población y la superficie de este país: según el primer censo hecho en China, en 1953, con técnica moderna, hay 600 millones de habitantes y posee 10 millones de kilómetros. La población se divide en dos grandes ramas: los *han* (que constituyen el 94 por ciento) y las minorías nacionales (unos 35 millones de personas): mongoles, coreanos, manchúes, uighuis (turkis), huis, tibetanos, chuangs y yis. De 1949 a la fecha se han descubierto nuevas tribus.

A continuación trata el autor uno de los temas fundamentales para la economía china: nos referimos a la situación que ha poseído la agricultura en el país oriental. Este renglón es de primera importancia debido a que la población rural es, cuando menos, de 500 millones de personas. Los aldeanos ricos y los terratenientes constituían "como el 10 por ciento de la población y poseían el 70 por ciento de la tierra cultivada", los aldeanos pobres, por lo contrario, "formaban el 70 por ciento de la población y poseían apenas el 10 por ciento de la tierra".

Respecto a los recursos naturales, el autor nos hace ver que "China está más que adecuadamente dotada con las dos materias primas básicas para su industrialización moderna en gran escala". Más adelante explica con más detalle Adler que "No necesita uno sino comparar sus recursos *conocidos* con los del Japón, de la India, y aún de la Gran Bretaña, para ver que China está relativamente bien en cuanto concierne a recursos naturales básicos para su industria-

lización, y que en este aspecto sólo se queda a la zaga de los Estados Unidos de América, Rusia y posiblemente el Canadá".

Como lo muestra Li Fu Chun (en su *Reporte sobre el Primer Plan Quinquenal*, Pekín, 1955) sólo existía industria pesada en el extremo noreste, instalada, antes de 1949, por los japoneses. La industria ligera (particularmente de textiles y alimentos preparados) estaba, en cambio, más desarrollada. Este estado de cosas era causa de que, en una población de 500 millones de habitantes, hubiera únicamente un millón de trabajadores ocupados en producciones de estilo moderno. Todo ello nos hace ver que "en 1949 la base industrial de China era mucho menor, tanto absoluta como relativamente, a la de Rusia en 1914". El autor de esta obra, haciendo un hábil diagnóstico de una de las peores enfermedades que tuvo la China del Kuomintang apunta que "Fue una desgracia para China que las ramas más altamente evolucionadas de su economía estuvieran ligadas al mercado mundial antes de que existiera o pudiera crearse un mercado nacional genuino".

En la sección dedicada a los *Transportes,* el autor nos muestra una serie de hechos y datos de sumo interés para comprender el estado de desorganización catastrófica que existía en este renglón en una país que posee, entre otras cosas, vías fluviales de primera importancia. A pesar de que Sun Yat Sen concibió un célebre plan de construcción de una red ferroviaria, en 1949 sólo había en China unos 22,000 km. de vías férreas "de los cuales funcionaban menos de la mitad y los restantes estaban en diversos estados de desorganización y abandono".

La última parte de este "Panorama General" estudia la situación económica en 1949. Aquí se muestra cómo los Estados Unidos, ante la crisis económica y política de China, proporcionó, en sólo 12 años, 4,500 millones de dólares. "Lo que las Cuatro Familias (Chiang Kai Shek, H. H. Kung, T. V. Soong y los hermanos Chen) no podían embolsarse o usar para fines militares, se dejaba perder" (o sea que iban a parar a manos de los comunistas). La crisis política, las inflaciones y las desinversiones en masa, hicieron que literalmente el nuevo gobierno, al inicio de sus actividades, se enfrentara en 1949 con un caos financiero y moral pocas veces igualado. Respecto a la inflación, Adler nos explica que "Durante 12 años el Kuomintang había cubierto un déficit de más de 50 y a veces del 80 por ciento de sus gastos totales acudiendo localmente a la emisión de billetes. El resultado inexorable fue una catastófica inflación de papel moneda, con todos los síntomas clásicos bien conocidos". Este capítulo, después de haber analizado, por un lado, los recursos naturales de China y, por otro, la situación económica, termina con esta frase elocuente: "Difícilmente pudo haber sido mayor el abismo entre las potencialidades económicas de China y el horrible desbarajuste del Kuomintang".

Después del "Panorama General", muy útil como preámbulo a un estudio sobre la economía china de hoy, hay un capítulo de sumo interés respecto al "Progreso económico de 1949 a 1952" o sea la época de rehabilitación política y económica, época dura porque la guerra, el hambre, la desorganización habían reinado durante un buen número de años. De manera segura, paciente, optimista, los chinos fueron resolviendo sus problemas de inmediata urgencia. Se empezó por hacer que los centros urbanos dirigieran el campo, centralizaron la producción agraria como primer paso para la planificación agrícola. Gran éxito tuvo también la rehabilitación en materia de transportes, "por primera vez en más de una década —nos dice el autor— fue posible viajar por ferrocarril de Shanghai a Pekín". Aunque al principio el gobierno tuvo que reconocer ocho

clases de moneda (reconocimiento que fue entonces, contra lo que pudiera pensarse, "una fuente de fuerza no de debilidad") con la ocupación de Shanghai "quedó establecido un sistema unificado para todos los territorios controlados por el gobierno". El uso de monedas extranjeras quedó eliminada en el mismo Shanghai "terminando el estado de cosas de todo un siglo, durante el cual China no había sido el ama de su propia casa en materia de moneda". En Shanghai, debido al bloqueo incesante del Kuomintang, hubo brotes inflacionistas en abril, julio, noviembre de 1949 y el último en el primer trimestre de 1950". Sin embargo, las alzas fueron mínimas comparadas con las anteriores.

En marzo de 1950, "mientras China estaba todavía lejos de recuperarse totalmente de las consecuencias de 12 años de guerra civil y desgobierno sin precedente, la economía había vuelto a encarrilarse". A partir de este momento hasta la actualidad es posible decir, con Adler, que "Aunque el ritmo del progreso económico chino es paulatino, es, sin embargo, relativamente rápido: en verdad, probablemente más rápido que el realizado por cualquier otro país, exceptuando Rusia". Adler nos explica, además, por qué "a pesar de la rapidez de la industrialización de China, ha sido menos veloz y atrevida que la de Rusia" revelándonos que una de las causas de ello estriba en el hecho de que Rusia fue el primer país que acometió, rodeado por un agresivo cerco capitalista, una industrialización de tipo comunista.

El autor, al través de todo el libro, nos hace un análisis del Primer Plan Quinquenal (1952-1957), de sus objetivos y de sus increíbles realizaciones, de la línea que se ha mantenido respecto a la industria pesada, a la agricultura, la educación, salubridad, comercio exterior, etc.

El libro termina con varios apéndices donde están contenidos los extractos de la Constitución que más interesan en relación con el libro, los extractos del Programa Mínimo que es bueno tener a mano y, por último, una bibliografía tanto de autores chinos como extranjeros que puede ser muy útil al estudioso de este tema.

Adler ha sacado de este análisis profundo de la economía china un fervoroso entusiasmo. Una prueba de ello es, verbigracia, su afirmación, respecto a la agricultura, de que "Puede decirse que la reforma agraria, por su alcance e impacto sobre una población que excede a la de toda Europa occidental, fue la mayor revolución de la historia".

Enrique GONZÁLEZ ROJO.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTA
REVISTA EL DIA 6 DEL MES DE
MARZO DE 1958 EN LOS TALLE-
RES DE LA EDITORIAL CVLTVRA,
T. G., S. A., AV. GUATEMALA
NUMERO 96, MEXICO 1, D. F.

S U M A R I O

N U E S T R O   T I E M P O

A V E N T U R A   D E L   P E N S A M I E N T O

P R E S E N C I A   D E L   P A S A D O

D I M E N S I Ó N   I M A G I N A R I A

Printed in Mexico